SILVIA MATEOS

CÓMO ~~NO~~ *enamorarse* DE UN CHULO *prepotente*



cómo no enamorarse de un chulo prepotente

BILOGÍA ENAMORARSE

LIBRO 2

SILVIA MATEOS



índice

Prólogo
1. Divertido
2. Esos Ojos
3. Pura Sensualidad
4. No Tan Imbécil
5. No Es Lo Mío
6. Conciencia
7. Cape Cod
8. Evita El Pecado
9. El Juego Del Gato Y El Ratón
10. ¿Sabéis Si Los Gilipollas Vienen De Dos En Dos?
11. Maldita La Hora En La Que La Probé
12. ¿En Serio, Violeta?
13. Santander
14. Ejerciendo De Guía
15. Escalofríos
16. Pasado Y Presente Juntos
17. La Teoría
18. Lo Que Pasa En Santander…
19. Mi Condena
20. Una Última Vez, Lo Juro
21. Podría Acostumbrarme A Esto
22. Conformándome
23. Esto Nuestro
24. No Soy Tonta, Solo Me Lo Hago
25. Quisimos Ser Algo Que Se Quedó En Un Casi
26. Hasta Las Trancas, ¿Verdad?
27. Demasiado Tarde
28. Todas Las Cosas Que No Le Dije
29. Intentarlo No Es Suficiente
30. Tocado Y Hundido
31. Mentiras
32. Cuenta Atrás
33. Despedida De Soltera
34. La Boda Del Año 1
35. La Boda Del Año 2
36. Recogiendo Los Pedazos
37. Aprendiendo A Vivir Sin Una Parte De Mi Corazón
38. Por Lo Que Vale La Pena Luchar

Epílogo

Referencias musicales
Agradecimientos

SILVIA MATEOS

CÓMO ~~NO~~ *enamorarse* DE UN CHULO *prepotente*

Copyright © 2024 Silvia Mateos
Ilustración: Adela Aragón
Todos los derechos reservados.
Diseño, maquetación y corrección: Bola Ocho Ediciones
Fecha publicación 1ª edición: marzo 2024
ISBN: 9798885020688

«Y de pronto llegará alguien que baile contigo,
aunque no le guste bailar, y lo haga, porque es
contigo y nadie más».
Jorge Luis Borges

prólogo

LAURA

LA BODA DEL AÑO

VI

Lau, ve poniéndote con la música de la boda.

CHULO PREPOTENTE

Todavía no entiendo por qué tiene que encargarse ella de la música.

VI

Porque conoce mis gustos.

CHULO PREPOTENTE

Y yo los de Ryan.

RYAN

Mis gustos son los mismos que los de Violeta.

CHULO PREPOTENTE

De verdad que dais asco. El amor os vuelve tontos.

RYAN

Ya te tocará

CHULO PREPOTENTE

Por encima de mi cadáver. Este cuerpazo no

puede quedarse solo para una mujer.

VI

Ay, Mark, algún día llegará una chica que hará que te tragues esas palabras.

YO

Tranquila, Vi, ya tengo una extensa lista de canciones para la boda. Relájate, anda.

CHULO PREPOTENTE

Hombre, la princesita Lauren nos honra con su presencia.

YO

Tenéis que decirme con que canción queréis comenzar el baile.

VI

Tenemos tres o cuatro en mente. Cuando decidamos una, te avisamos.

YO

Estupendo, una cosa menos de la lista.

CHULO PREPOTENTE

Sigo sin saber por qué ella es la experta en música y no yo.

YO

Sencillamente porque los americanos no tenéis ni puñetera idea de organizar una fiesta en condiciones, mucho menos una boda.

CHULO PREPOTENTE

¿Y eso quién lo dice?

YO

A las pruebas me remito, machote, por algo todo el mundo quiere pasar las vacaciones en España, por su fiesta.

CHULO PREPOTENTE

No es que tú seas el alma de la misma precisamente.

YO

Tu qué coño sabrás cómo soy cuando estoy de fiesta.

CHULO PREPOTENTE

Solo con verte la cara de amargada me lo imagino.

YO

Que te den por el culo, mamonazo.

VI

Chicos.

RYAN

Chicos.

CHULO PREPOTENTE

Esa boquita, Lauren, alguien podría pensar que tienes envidia de no ser tú la que te casas.

YO

De verdad, chicos, no sé en qué momento pensasteis que era buena idea que este energúmeno y yo coincidiésemos en el mismo chat.

CHULO PREPOTENTE

Por una vez, estoy de acuerdo con la rubia, pero que no sirva de precedente.

YO

«Precedente». Enhorabuena, chulito, vas ampliando tu vocabulario. Ten cuidado, no sea que la gente empiece a pensar que no eres tan tonto como pareces y, cuando tengas que demostrarlo, no des la talla

CHULO PREPOTENTE

Tranquila, cariño, te puedo asegurar que yo doy siempre la talla.
Cuando quieras, te lo demuestro.

YO

No está hecha la miel para la boca del asno.

VI

Chicos, os recuerdo que sois los padrinos de la boda. Para que todo salga perfecto, convendría que os llevaseis bien o, al menos, que lo intentarais.

YO

Preferiría que me clavasen alfileres entre las uñas, sería más soportable.

CHULO PREPOTENTE

Me presto voluntario 😉

RYAN

Creo que es mejor que dejemos esta conversación por hoy. Mark, te veo esta tarde en la cancha con los chicos 😉

VI

Te veo en un rato en la oficina, Lau 😉

YO

Ok, bombón, chao 😉

CHULO PREPOTENTE

Adiós, Lauren 😉

YO

Adiós, gilipollas.

Argh, te juro que no soporto a este tío. Me enerva hasta límites insospechados, de verdad que no puedo con él. No sé en qué momento a mi mejor amiga se le ocurrió juntarnos para ayudarlos a organizar la boda. Somos como dos cometas colisionando.

Desde el primer momento en que lo vi, en la puerta de mi casa, desesperado por ver a mi amiga, tan guapo, tan perfecto, mirándome con esos ojazos tan azules… Joder, me dio un vuelco el puñetero corazón. Por mi mente pasaron imágenes de nosotros dos, desordenando mis sábanas, entrelazando nuestras extremidades, compartiendo gemidos, vaya calor me entró de repente. Lástima que abriese la boca y lo fastidiase todo. Es verdad que me escudé en la bordería para no demostrar lo que me hizo sentir solo con verlo, pero él no se quedó atrás, y cuando me llamó Lauren, ahí ya entré en barrena y no hubo ningún filtro en mis palabras. Palabras que le lancé como dagas y que él supo esquivar con maestría, todo hay que decirlo.

Desde esa primera visita, han sido muchas las ocasiones en las que hemos tenido que coincidir, al fin y al cabo es el mejor amigo del «amorcito» de mi mejor amiga y me niego a dejar de disfrutar de la compañía de ambos por evitarlo a él. Bien es cierto que alguna vez he conseguido escaquearme, alegando alguna salida con mi grupo de salsa. Porque, si mi gran pasión es viajar, pasión que hizo que Violeta y yo nos volviésemos emprendedoras al abrir nuestra agencia de viajes, no me apasiona menos bailar.

Cuando lo hago, todo y todos desaparecen. Me sumerjo de tal manera en la música que siento

como si, en vez de bailar, volase. Me embarga una sensación de felicidad que persiste en el tiempo, aunque haga horas que haya dejado de moverme

A lo que iba, hace ya casi un año que vi a Mark por primera vez y, salvo en las ocasiones en las que quedamos los cuatro, que intentamos comportarnos civilizadamente (unas veces lo conseguimos, pero otras muchas no), procuramos ignorarnos mutuamente. Confieso que, alguna vez, cuando él no se da cuenta, no puedo evitar mirarlo, pero es que es tan impresionante el muy mamón. Joder, si quisiera podría dedicarse a la pasarela, con ese cuerpo tonificado gracias a los partidos de baloncesto que juega con sus amigos varias veces por semana. Ese pelo castaño demasiado largo por algunas zonas y que se le riza por la nuca hace que desee enroscar mis dedos en él. Y esos ojos, joder, vaya ojos, son capaces de traspasarte el alma, de desnudarte con solo una mirada. Un capítulo aparte merece su boca: perfecta, jugosa, canalla… Madre mía, lo que no hará esa boca en el cuerpo de una mujer, escalofríos me entran solo de pensarlo. Lo dicho, puede que lo mire un poco más de la cuenta cuando nadie me ve.

Pero sé perfectamente de qué pie cojea el chulito prepotente, sé cómo se las gasta. Cada noche en la cama de una mujer diferente, sumergido en un cuerpo distinto. Que no me parece mal, ¿eh? Al fin y al cabo, hasta no hace mucho, yo era igual. Hasta lo de Sean, yo hacía lo mismo. Pero ya no. La desilusión con el que, hasta el momento, ha sido mi última pareja ha hecho que me plantee mi modus operandi. Yo, que siempre he deseado enamorarme, he entendido que no iba por el camino correcto para encontrar el amor. No puedo pasar de cama en cama, de cuerpo en cuerpo y esperar que, de esta manera tan superficial, encuentre al que sea el amor de mi vida. Al fin y al cabo, cada uno de los que ha pasado por mis brazos buscaba un rato de diversión, pero nunca he debido de ser lo suficientemente memorable para que alguno se plantee algo más duradero conmigo. Pensé que con Sean lo había conseguido, pero descubrí que solo estaba conmigo por un tonto sentimiento de culpa, de manera que todo terminó casi antes de haber empezado.

Ahora busco lo que tiene mi mejor amiga. Una historia de amor como la suya, no me conformo con menos. Qué coño, no me merezco menos. Y si ella, que nunca ha creído en el amor, lo ha conseguido, tengo la esperanza de hacerlo yo algún día. Por eso no he vuelto a estar con ningún tío en casi un año. Me dedico exclusivamente a nuestra agencia y a mis clases de baile. Bueno y, gracias a mi mejor amiga, ahora también a preparar una boda.

Lo que me trae de vuelta al mejor amigo de Ryan. No tengo ni idea de cómo aguantar su presencia, preparándolo todo, mano a mano, durante los siete meses que faltan para que se lleve a cabo el enlace.

Como aguantar los calores que me entran cada vez que lo tengo a mi lado.

Cada vez que lo tengo cerca.

CAPÍTULO UNO

divertido



MARK

Sonrío divertido cuando dejo el teléfono encima de la mesa. Cada vez que mantengo una batalla con Laura, gano años de vida. Es de mecha corta y entra al trapo en cero coma. Casi antes de que yo termine mi frase, ella está contestando, con una rapidez mental que me flipa. Si no nos llevásemos tan sumamente mal, sería interesante tenerla de amiga. Pero ella ha marcado un límite en nuestra relación y no hay manera de hacer que baje sus barreras; por consiguiente, me relaciono con ella de la única forma en la que me lo permite, molestándola.

Me hago un café, que me tomo mientras me visto. Elijo mi corbata mientras la imagen de la mejor amiga de Violeta viene a mi mente. Es una pena que sea de las que busca un amor para toda la vida, no puedo evitar pensar en lo bien que lo pasaríamos en la cama, juntos. Se me ocurre una manera muy placentera de canalizar toda esa energía que dedica a discutir conmigo. Estoy seguro de que, después de pasar por mis brazos, se quedaría más suave que la seda. Vamos, como un corderito.

Me río al imaginarlo, Laura como un corderito… Nah, no tengo tanta imaginación. La imagen de chica buena no casa para nada con el diablo rubio de ojos azules y cara de ángel que es la socia de mi mejor amiga. Más bien la asocio con el demonio de Tasmania. Sí, eso es, un atractivo demonio de Tasmania.

Termino con el nudo de mi corbata y dejo la taza en el fregadero, después cojo el maletín y cierro la puerta. Me encamino hacia el despacho de arquitectura, propiedad de mi familia, donde trabajo desde que terminé la carrera. Trabajo que me gusta, no lo niego, pero donde no me dejan dar rienda suelta a todas las innovadoras ideas que pasan por mi cabeza cada dos por tres.

Es un despacho tradicional, rozando lo clásico, y, aunque siempre me ha llamado la atención diseñar todo tipo de estilos, en los últimos tiempos, mi cabeza no para de dar vueltas a diseños más actuales. Líneas sencillas donde el cemento, el acero y el cristal, unidos en líneas puras, son los protagonistas de mis dibujos. Dibujos que guardo en un cajón de mi escritorio de casa. Las noches que me cuesta conciliar el sueño, me encierro en mi despacho y doy rienda suelta a mi creatividad. Plasmo en papel de dibujo las líneas de la casa de mis sueños. Esa que construiré algún día, espero, no muy lejano.

Paso la mañana ocupado con varios proyectos que me han adjudicado, visito un par de obras y, cuando se acerca la hora de la comida, al ver que me encuentro cerca de la agencia de mi mejor amiga, decido pasarme por allí e invitarla a comer.

Con el casco de protección en una mano y el maletín en la otra, abro la puerta de la oficina de Violeta.

Hace algo menos de seis meses, debido al gran éxito que hizo despegar su negocio a lo grande, mi amiga y su socia decidieron contratar a un chico para que las ayudase en todo lo

relacionado con el papeleo. Esto supuso que la oficina se les quedase pequeña y decidieron alquilar una más grande a poca distancia de la anterior. Después de una reforma, de la que me encargué yo mismo, les quedó la oficina en la que me encuentro ahora, amplia, espaciosa, moderna y donde cada una de las socias dispone de un despacho propio.

Cada vez que me acerco a la agencia, están las dos en un mismo despacho trabajando. Hoy no iba a ser menos y, cuando entro en el de Violeta, me encuentro a Laura inclinada sobre la mesa, dejándome una magnífica panorámica de su trasero redondo y prieto.

—Maravillosa vista —digo apoyado en el marco de la puerta.

—Mark!!!! Que alegría verte. —Violeta se levanta para darme un abrazo.

Laura bufa y ocupa el lugar que ha dejado libre mi amiga, y de paso me ignora.

—Venía a ver si podía sobornarte con una comida en tu italiano favorito.

—Oh, es una idea estupenda, ¿te apuntas, Laura? —Se vuelve hacia la rubia.

—No, gracias, soy muy joven para morir de una indigestión —dice mirándome fijamente, para dejar claro que el que le produce dicha indigestión soy yo.

—Mejor, no me gustaría que avinagrases la comida con tu sola presencia-—contraataco yo.

—Chicos —empieza Violeta—, comienzo a estar cansada de este tira y afloja que os traéis entre manos. Aunque solo sea por mí, ¿podéis hacer el intento de llevaros bien? Me da igual que solo sea en mi presencia. Es agotador esquivar los puñales que os tiráis el uno al otro.

—Por eso mismo prefiero no acompañaros a comer. No se me da demasiado bien fingir —suelta Laura.

—Hummm, me apuesto lo que quieras a que te ha tocado fingir en más de una ocasión, por eso tu cara de…

—MARK —me corta Violeta.

La mirada envenenada que me dedica su socia me alegra el día. Dejo el casco y el maletín en un sillón del despacho, agarro del brazo a mi amiga y salgo con ella riendo entre dientes. Punto para mí.

Cuando estamos acomodados en una de las mesas del restaurante, Violeta coge mi mano y me mira suspicaz.

—No sé qué placer encuentras en hacerle rabiar, de verdad. Con lo bien que podríais llevaros. Sois más parecidos de lo que piensas —dice Vi.

—Es divertido, no me puedes negar que a ella le entretiene tanto como a mí. Y no vuelvas a decir que nos parecemos, somos como el día y la noche —contesto distraído mirando la carta.

—¿Por qué miras el menú si siempre pides lo mismo? —pregunta.

—Tienes razón —contesto y lo dejo a un lado—. Por mucho que mire, siempre acabo pidiendo la lasaña, pero se ha convertido en una costumbre. —Me encojo de hombros.

—Ya —asiente—. Bueno, volviendo a la conversación anterior. Deberías tener un poco de

manga ancha con Laura, lleváis casi un año enfrentados de esa manera, a mí, por lo menos, me resultaría cansado.

—¿Qué dices? No te imaginas la vida que me dan esos piques con ella. Me sacan de la aburrida rutina, es el mejor momento del día —le digo mordiendo un grisín.

—Pues a mí me parece que entre los dos hay tensión sexual no resuelta. —Me mira fijamente.

—Estás loca. Ni siquiera es mi tipo. —Hago un gesto con la mano para quitarle importancia a su comentario.

—Vamos, Mark, cualquier mujer es tu tipo, te gustan absolutamente todas.

—Bueno, ahí te doy la razón. Todas menos tu amiga.

—¿Y eso por qué? Laura es preciosa, divertida, inteligente, no sé por qué no iba a ser tu tipo.

—Vale, reconozcamos que es todo eso que has dicho y mucho más. Pero también es de las que buscan una relación para toda la vida y yo soy alérgico a ellas. Además, que no, joder, que no me gusta, es demasiado, demasiado todo, no me hagas ahora enumerarte todas las cosas que no me gustan de ella. —La llegada de nuestra comida me libra de tener que contestarle porque, sinceramente, no encuentro ningún motivo para convencerla de que no me gusta su mejor amiga.

Disfrutamos de nuestros platos en silencio y Violeta debe de ver en mi cara que no quiero seguir con la conversación porque cambia de tema en cuanto vuelve a hablar.

—Hoy habéis quedado para echar un partido, ¿verdad?

Asiento con la boca llena.

—Aprovecharé para adelantar cosas de la boda con Laura, vente con Ryan cuando terminéis y pedimos algo de cena —me propone.

—Todavía quedan siete meses para que os caséis, ¿no crees que estas un pelín histérica? —la vacilo.

—¿Tú sabes la cantidad de detalles que conlleva preparar una boda? —Me mira enfadada—. Si todavía no tenemos ni el sitio para celebrarla —suspira irritada.

—Pensaba que habíais ido a mirar un par de fincas. Al menos seguís con la idea de celebrarla al aire libre, ¿no? —Dejo el tenedor en mi plato vacío y me inclino hacia ella—. ¿O ya has cambiado de opinión?

—Que va, eso es lo único que tengo claro. Para todo lo demás, cambio de opinión veinte veces al día. Ni siquiera me decido por el vestido. —Se tapa la cara con las manos—. Es tan frustrante.

—Bueno, no te agobies. Delega un poco más en nosotros. A mí no me importa acompañaros a visitar sitios para celebrar la boda. Y apuesto que a tu amiga tampoco. En cuanto al vestido, eso mejor os lo dejo a vosotras, es cosa de chicas.

—¿Cosa de chicas? Mira que eres antiguo, estoy segura de que me darías una opinión acertada, llegado el caso.

—Por si acaso, no hagas la prueba. Yo no sé nada de vestir chicas, a mí se me da mejor

desvestirlas. —Me río al ver su cara.

—Mira que eres bestia, Mark. —Me da un golpe en el brazo

—Que va, soy sincero. —Le guiño un ojo.

—Hablando de chicas, ¿ya tienes acompañante para el evento?

—¿Bromeas? Estamos hablando de siete meses vista, ¿tú sabes la cantidad de féminas que pasarán por mis brazos durante estos meses? Supongo que cuando se vaya acercando el momento lo tendré más claro. Además, no es necesario que vaya acompañado, ¿verdad?

—Verdad. Es más, Laura, de momento, tampoco lleva compañía. Solo deseo que, de aquí a septiembre, por fin, encuentre al amor de su vida. —Suspira soñadora—. Se lo merece más que nadie.

No tengo ni puñetera idea de por qué la idea de ver a Laura aparecer en la boda del brazo de un tío, y que, además, se haya convertido en el amor de su vida, hace que me arda el estómago, pero el ardor es real y la rabia que me consume momentáneamente, también.

La llegada del postre me obliga a dejar de darle vueltas a esa sensación extraña que me ha invadido. Saboreo mi *panna cotta* y sonrío al ver como Violeta cierra los ojos al llevarse a la boca una cucharada de tiramisú.

—¿Nunca llegarás a cansarte de ese postre? —le digo divertido.

—¿Llegarás tu a cansarte de las mujeres? —pregunta de vuelta.

—Nunca —contesto seguro.

—Lo mismo —zanja la cuestión.

Me río. Mi amiga no cambiará nunca, no puede resistirse ni al chocolate ni al café, es una verdadera adicción, y este postre es la combinación perfecta de ambas adicciones.

Una vez que pagamos la comida, salimos del restaurante y, con Violeta agarrada a mi brazo, emprendemos la marcha hacia su oficina.

—Entonces, ¿decías en serio lo de ayudarnos más con el asunto de la boda? —Me empuja suavemente.

—Claro que sí. Siempre que no me obligues a elegirte la ropa interior para vuestra noche de bodas. —Pongo tal cara de horror que mi amiga rompe a reír a carcajadas y me encanta. Me encanta haber sido capaz de destensarla. Últimamente la noto agobiada por el tema de su próximo enlace y me cuesta ver en ella a la Violeta que conocí el año pasado, en el viaje que nos unió.

—Eres incorregible —me dice.

—Por eso me quieres tanto —sonrío seguro.

—Ya sabes que sí —contesta cuando entramos en la agencia—, eres mi mejor amigo y al tío que más quiero después de Ryan. Bueno, y de mi padre y mi hermano.

—Vale, ocupar el cuarto puesto entre tus hombres favoritos no me parece mal. Sigo

pensando que debí adelantarme a mi amigo y haberte conquistado antes —me burlo.

—Me tenías perdida desde el mismo momento en que crucé la mirada con la de tu mejor amigo —me devuelve la burla.

—*Porca miseria* —digo haciéndola reír.

Entro en su despacho esperando encontrarme con Laura, pero no la veo por ningún sitio. La luz de su oficina está apagada también, por lo que debe de haber salido a comer. Ignoro la punzada de decepción que siento y recojo mis bártulos mientras camino hacia la puerta.

—¿Vendrás a cenar después del partido? —pregunta Vi, dándome un beso en la mejilla.

—Depende de lo matado que termine, no te prometo nada. Me espera una tarde ajetreada visitando obras y me apuesto a que los chicos cuentan con darnos una paliza en la cancha para llevarse la revancha por la del último día. Lo intentaré. —Le devuelvo el beso y, en cuanto salgo por la puerta, olvido todo lo que no sea lo concerniente a mi trabajo y todas las visitas que me esperan en el par de horas que faltan para que se termine mi jornada laboral.

No me equivocaba al imaginar que el equipo al que nos solemos enfrentar iba a darnos duro para vengarse por la paliza que les dimos la vez anterior. Duro y sucio.

—Joder —le digo a Ryan una vez terminado el partido, mientras bebemos una cerveza en un bar próximo a la cancha—. Vaya paliza me han dado. Siento como si me hubiese atropellado un camión.

—La verdad es que hoy no han jugado muy limpio. No olvides ponerte un poco de hielo en esa ceja cuando llegues a casa. Ese golpe no tiene muy buena pinta. —Me señala con su botellín.

—Vaya codazo me ha soltado el muy cabrón. —Toco el golpe y noto cómo se va hinchando por momentos.

—Oye, me hizo Violeta prometerle que te llevaría a cenar conmigo a casa.

—No sé, tío, estoy reventado. No creo que sea muy buena compañía. —Es verdad que el día me ha pasado un poco por encima.

—Por favor. Últimamente mi chica está tan obsesionada con la boda que no la reconozco. Tiene mirada de lunática y me da miedito.

—Ja, ja, ja, ja, ja. Mira que eres exagerado. Yo he comido hoy con ella y, aunque la he notado un poco tensa, sigue siendo nuestra Violeta. Aún no la hemos perdido —digo acabando mi cerveza—. Venga, va, ceno con vosotros. Pero tendrás que dejar que me duche allí y prestarme algo de ropa.

—Eso está hecho, colega. Vamos, anda, seguro que ya estará Violeta subiéndose por las paredes.

Nos reímos con la imagen de su novia escalando por todo su apartamento y nos montamos en el coche de Ryan con destino a su casa.

Siempre sienta bien disfrutar de una noche de relax cenando con mis mejores amigos.

Sin fingir ser el perfecto arquitecto.
Siendo solo yo.

CAPÍTULO DOS

esos ojos



LAURA

—A ver, Vi —le digo a mi amiga, que no deja de andar inquieta por el salón—. Ya tenemos dos nuevas localizaciones para visitar el fin de semana. Estoy segura de que te enamorarás de una de ellas. Relájate un poquito. Estás consiguiendo ponerme nerviosa a mí.

—Joder, Lau, cuando decidimos casarnos, en ningún momento imaginé que iba a resultar todo tan complicado. —Se sienta de golpe a mi lado en el sofá y estoy a punto de echarme a reír si no fuese por la cara de perro apaleado que pone mi amiga.

—Vas a tener que pedirle al guapito de cara que te empotre bien fuerte para quitarte toda la tensión. —Ahora sí que me río, no puedo evitarlo al ver su cara de indignación.

—Pero qué burra eres, tía. Cada loco con su tema.

—Ay, neni, pero si hace meses que no cato maromo. Deja que por lo menos viva mi vida sexual a través de ti. —Me descojono de la cara de asco de mi amiga.

—Me niego a contarte mis escarceos con Ryan para placer de tu imaginación.

—Pensé que para eso estaban las amigas —contesto a la vez que hago un puchero.

—De eso nada. Una amiga está para hacerte ver que no tienes medida. Has pasado de disfrutar casi cada fin de semana con un hombre distinto a pasar a un estado permanente de sequía por andar buscando al hombre perfecto. Que creo yo que en el término medio está la virtud, ¿no? —dice a la vez que me mira fijamente.

—¿Y qué propones?, ¿qué vaya buscando cuerpo por cuerpo al amor de mi vida? Te recuerdo que eso ya lo hice y no resultó. Es más, terminé aburrida.

—Yo solo digo que no te cierres en banda. No hace falta que vuelvas a lo de antes, pero déjate querer un poco de vez en cuando. Dale una alegría al cuerpo, sin ver en cada uno de los que pasan por tu cama un supuesto candidato a pasar por la vicaría. Estoy segura de que, cuando menos te lo esperes, cuando no estés buscando con tanta impaciencia al hombre de tus sueños, este se presentará delante de tus narices. Pero si sigues así, acabarás recuperando tu virginidad. —Acaba su discurso riéndose.

No tengo más remedio que acompañarla en sus risas. Y así nos encuentra Ryan un momento después, cuando entra en el salón acompañado por el impresentable de Mark.

—Joder, Mark, vaya leche tienes en la ceja. —Mi amiga se levanta inmediatamente para ver el golpe con más detenimiento.

—Vaya, chulito. —No puedo morderme la lengua—. Parece que, por fin, un novio celoso te ha puesto en tu sitio.

—Ja, ja, ja, no puedo con tu gracia, Lauren. —Jodido Mark, sabe lo mucho que me molesta que me llame así—. Simplemente me puse en la trayectoria de un codo. —Se encoje de hombros —. Vi, si no te importa, voy a usar vuestra ducha, no tengo humor en este momento para

enfrentarme a esto. —Me señala a mí al decir lo último.

—Tranquilo, Mark, ya sabes que nuestra casa es la tuya. Cuando salgas, veremos qué puedo hacer con esa ceja. —Mark sonríe con dulzura a mi amiga y me pierdo en esos ojos que ahora muestran toda la calidez del mundo, todo el cariño que siente por Violeta.

Me pregunto qué se sentirá al ser la destinataria de esa mirada cargada de afecto, cuántas mujeres se habrán sentido afortunadas al contar con sus atenciones. Me gustaría saber cuáles son las sensaciones que te embargan cuando te sientes rodeada por esos brazos, cuando esa boca toma posesión de la tuya, cuando…

—Laura, ¿me oyes? —Ryan me mira esperando que conteste a alguna pregunta que me ha hecho.

—Perdona, no te he oído, ¿qué decías? —Salgo de mi trance.

—Que si te sirvo más vino —vuelve a preguntar.

—Eh, no, no. Creo que va siendo hora de marcharme —digo mientras me levanto.

—¿Ahora? —Violeta me mira sorprendida—. Pero si acabamos de pedir la cena.

—Estoy muy cansada y ha empezado a dolerme la cabeza —respondo.

Continúan un rato intentando convencerme para que me quede, pero al final me dejan por imposible. Cojo mi bolso en el mismo momento en que Mark entra secándose el pelo con una toalla y enfundado en la ropa de su amigo.

Este me mira, pero, por primera vez desde que lo conozco, no me suelta una de sus pullitas. Recojo rápidamente mi abrigo y salgo con prisas del apartamento después de darle un beso a mi amiga y despedirme de Ryan y Mark con un ligero cabeceo.

Una vez en mi piso, me sirvo una copa de un rioja que me manda mi padre de vez en cuando y me siento en el sofá a rumiar mi mosqueo. Pongo mi música favorita en el móvil y, acompañada por la voz de Antonio Vega y su «El sitio de mi recreo», en la oscuridad de mi comedor, disecciono lo que me ha pasado hace un rato en casa de mis mejores amigos.

Quizás ha sido ver al inexpugnable Mark con esa vulnerabilidad que emanaba hoy, con ese golpe en la ceja y esa cara de agotamiento, lo que ha echado a volar mi imaginación. O tal vez ha sido el celibato autoimpuesto que llevo últimamente, que me hace andar como una perra en celo e ir fijándome en cualquier tío que se me ponga por delante. Pero no, porque eso no me ha pasado antes. Cada día me relaciono con hombres, en mi trabajo, en las clases de salsa, y ninguno ha poblado mis pensamientos tan nítidamente como hace un rato lo ha hecho el chulito prepotente. Por ese motivo, he tenido que escaparme con prisas de allí, me he bloqueado de tal manera que he salido huyendo antes de que Violeta adivinase mis pensamientos. Porque me conoce tanto y tan bien, que una sola mirada al interior de mis ojos y hubiese sabido perfectamente lo que estaba pasando por mi mente.

No me hago ilusiones al pensar que lo va a dejar pasar, pero de momento me he librado.

Cuando la vuelva a ver en la oficina, me habrá dado tiempo a inventar una excusa creíble para mi espantada de hoy. O eso espero.

A la mañana siguiente, en cuanto pongo un pie en la agencia, Violeta sale de su despacho con mirada sagaz y, después de coger de mi mano su *espresso panna* de todos los días, hace un gesto con la cabeza para que la acompañe.

Suspiro resignada y voy detrás de mi amiga que, dándole un sorbo a su vaso, se apoya en la mesa y va directa al grano.

—¿Vas a contarme qué coño te pasó anoche? —pregunta suspicaz.

—Ya te lo dije, estaba cansada y me dolía la cabeza —contesto sin mirarla a la cara.

—Y yo soy tan tonta que me lo creo. Lau, que hace muchos años que nos conocemos, dispara.

—Joder, Vi, no sé. De repente, me sentí incómoda allí, como que no encajaba.

—¿De qué coño estás hablando?

—De la complicidad que tienes con Mark, de lo bien que estáis cuando os encontráis los tres juntos. Me da la impresión de que soy la nota discordante del grupo. Como que sobro cuando os reunís.

—No digas gilipolleces. —Se acerca y me abraza—. Mark es mi amigo, sí, pero tú eres más que eso, eres mi hermana. No hay nada que yo no haría por ti. —Se separa para mirarme a los ojos—. ¿Quieres que deje de verlo tan a menudo? Sabes que, si me lo pides, aunque me duela, lo haré.

—Joder, no. Tú misma lo has dicho, dejar de verlo te duele. No puedo pedirte eso.

Mi amiga me mira con más detenimiento.

—Lau, ¿seguro que es solo eso lo que te pasa?

—¿A qué te refieres? —pregunto entre dientes.

—Dime que no te gusta Mark.

—Buff.

—Buff, nada. Lau, ¿qué pasa?

—Puede que ayer fuese presa de una locura transitoria y nos imaginase en posición horizontal y dándole como a cajón que no cierra. —Me tapo los ojos con las manos.

—Joder, Lau, no sé si reír por la burrada que acabas de decir o llorar por lo que esto implica.

—Olvídalo. Creo que esta abstinencia autoimpuesta me está friendo las neuronas. Me parece que te voy a hacer caso y voy a volver a darle gusto al *body*. —Esbozo un amago de sonrisa.

—Es una idea estupenda. Mira, quiero mucho a Mark, pero las dos sabemos que no es un tío de relaciones serias. Reconozco que no está mal para un revolcón, pero no es de los que se ata. Y tú te mereces a alguien que te baje la luna. La luna y todo el puñetero firmamento. —Aprieta mi hombro cuando se sienta en su silla.

—Bueno, pues empieza la operación «apertura de agujero» para mí. —Rompo la intensidad del momento de la mejor manera que sé, bromeando y siendo tan bestia como siempre—. Vuelvo a la caza y captura del empotrador perfecto. —Le guiño un ojo a mi amiga y las dos rompemos a reír a carcajadas.

Entro en mi despacho y paso la mañana enfrascada en nuevos itinerarios de viajes que ofrecer a nuestros futuros clientes.

Como algo rápido que me compro en un *delivery* y, cuando quiero darme cuenta, ya casi es la hora de cerrar.

—¿Te vienes a casa a cenar? —pregunta Violeta asomando la cabeza por la puerta.

—No puedo, hoy salgo con el grupo de salsa. Queremos probar un nuevo garito que han abierto cerca de Times Square. Hablan muy bien de él y tengo muchas ganas de conocerlo, de bailar y de desconectar. —Sonrío con ganas—. Cenaré algo que pille por la nevera y saldré a mover el esqueleto. Quién sabe, quizás hoy duerma acompañada. —Le guiño un ojo mientras apago el ordenador y me uno a ella en la puerta de la agencia después de coger mi abrigo.

Andamos unas calles juntas y, cuando llega la hora de separarnos, Violeta me abraza con cariño.

—¿Nos acompañarás el domingo a ver las localizaciones para la boda? —Veo cautela en sus ojos.

—Claro. Te dije que podías contar conmigo.

—También viene Mark. ¿Te supone algún problema? Si quieres le pido a Ryan que le diga que no venga. —De ahí su prudencia anterior.

—No seas boba. A ver si por un tonto calentón que tuve en una breve ausencia de lucidez, vamos a dejar de seguir como hasta ahora. Cariño, se necesitan muchos Mark para lograr desestabilizarme a mí. Cuenta con mi apoyo el domingo. —Le doy otro abrazo y me despido. Echo a correr hacia mi apartamento. Tengo el tiempo justo de cenar algo y prepararme para dedicar las siguientes horas a mi otro gran amor, el baile.

El local es todo lo que nos habían contado y mucho más. Amplio, con un par de barras enormes y otras dos más pequeñas en las esquinas. Reservados en los sitios adecuados, una gran cabina donde pinchar música y un escenario pequeño para las ocasiones en las que invitan a diferentes grupos a tocar allí. Pero lo que realmente impresiona es la enorme pista de baile, despejada y ubicada en el centro del garito.

Después de pedir nuestras consumiciones y coger sitio en una zona con sillones, no tardamos en soltarnos a bailar. La música es buena. Alternan la salsa con el merengue y la bachata y, como cada vez que suena esta música que me vuelve loca, me dejo llevar. Me vengo arriba y mis pies vuelan por la pista cambiando de pareja con cada canción, cerrando los ojos y abandonándome con una sonrisa a los ritmos latinos que dominan mi cuerpo.

Llevamos dos horas bailando, sudorosos, parando únicamente para refrescarnos con las copas que van sirviéndonos, una detrás de otra. He perdido la cuenta, pero me encuentro tan contenta, tan entusiasmada, que no me importa acabar como las grecas. Mañana ya me arrepentiré de mis excesos. Ahora… Ahora solo voy a seguir disfrutando de la noche.

No siento los pies, enfundados en los tacones de los zapatos de baile, pero me da igual, me importa una mierda. Estoy pasándomelo tan bien, me duele tanto la tripa de reír, que salgo de nuevo a la pista cuando empieza a sonar una de mis canciones favoritas «Flamenco y bachata» de Daviles de Novelda.

…ha sido tu mirada que es la que me atrapa
ha sido tu boca la que la que me mata
La fusión perfecta, flamenco y bachata…

También ayuda que me muevo al ritmo con Kane, mi compañero de baile favorito. Siempre ha habido una química especial entre los dos. Por eso sonrío cuando noto cómo baja su mano casi hasta mi culo y me acerca más a su cuerpo, apretando así su abrazo. Cierro los ojos, sonrío y me dejo llevar mientras sincronizo mis movimientos a los suyos, como si fuésemos una sola persona. Suelto una carcajada cuando deposita un beso en mi cuello y noto su sonrisa pegada en mi piel. Seguimos bailando con la siguiente canción, pegándonos cada vez más, no dejando que pase ni el aire entre nuestros cuerpos, caldeando los ánimos entre los dos, saboreando anticipadamente lo que parece inevitable que ocurra esta noche, deseándolo ambos. Pienso seguir a rajatabla el consejo de mi amiga y dejarme llevar. ¿Y con quien mejor que con Kane?

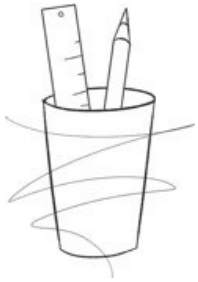
Me hace girar, dar vueltas y me río feliz, hasta que mis ojos se posan en una mirada azul que, desde la barra, no pierde detalle de cada paso que doy. Esos ojos azules me hacen trastabillar, es casi imperceptible, no creo que nadie se haya dado cuenta de mi breve traspié. Las manos expertas de Kane me cogen al vuelo y continúo con el baile. Pero ya no es lo mismo, ya nada es igual, porque esos ojos me persiguen el resto de la noche, incluso cuando cierro los míos, se me aparecen detrás de los párpados.

Me cago en Mark y en sus ojos. Vaya manera de joderme la noche.

Puñetero Mark y sus puñeteros ojos.

CAPÍTULO TRES

pura sensualidad



MARK

—Si estorbo me lo dices y me voy, ¿eh? —Una voz femenina me saca de mi ensimismamiento.

Me vuelvo hacia la preciosa pelirroja que me acompaña esta noche.

—¿Perdona? —pregunto.

—Llevas más de media hora sin apartar la vista de la rubia que está en el centro bailando. Si te aburre mi compañía, pido un taxi y te dejo solo con ella.

Me giro de nuevo hacia la pista, donde Laura baila o, mejor dicho, se refriega contra un maromo como si fuesen los únicos habitantes de la tierra y, más que bailar, estuviesen haciendo el amor.

La vi nada más apoyarme en la barra y, desde ese momento, como bien ha dicho Karen, no he podido apartar mis ojos de ella.

No pensé que un simple baile; más bien, ver a la rubia bailar de esa manera, ondulando su cuerpo, acoplándolo a su pareja de baile, girando y clavando sus caderas con rotundidad; me causaría una erección instantánea.

Verla así, libre, sudorosa, con los ojos cerrados y una amplia sonrisa en la boca, mandó un latigazo de anticipación a mi entrepierna.

No ayuda nada ese vestido ajustado que se pega a su cuerpo como una segunda piel y la abertura con la que, cada vez que da un giro, como ahora, me deja ver parte de una de sus largas y perfectas piernas. Es pura sensualidad, pura sexualidad. Joder, Mark, piensa en planos, en medidas, (no, en medidas mejor no, que te vas a otras más curvilíneas), números, cualquier cosa que te baje el calentón.

En ese momento, la rubia repara en mí y me sostiene la mirada durante un segundo más largo de lo normal, para volver a continuación a los brazos de su pareja de baile.

Me dirijo a mi acompañante, no es justo que, con lo bien que empezó la noche con ella, vaya a terminar de una manera totalmente diferente a lo esperado.

—No, no, tranquila. Solo me pareció que la conocía.

—Bueno —me dice coqueta—, voy al servicio. ¿Qué te parece si luego, tú y yo, terminamos la noche en mi casa? —Acaricia mi pecho y sonríe con lujuria.

—No puedo imaginarme mejor plan. —Me besa antes de desaparecer en dirección a los baños.

Vuelvo mi atención de nuevo a la pista, pero ya no veo a Laura. Recorro con mis ojos todo el local y la veo en la barra, a un par de metros de donde yo estoy.

Me acerco a ella mientras el camarero le sirve un botellín de agua.

—No me extraña que estés acalorada, vaya espectáculo erótico-festivo le has dado al personal.

Se da la vuelta y me mira de arriba abajo, poniendo en su boca una sonrisa de desdén.

—Veo que hoy te toca pelirroja. ¿Qué va a ser mañana, rubia, morena, calva? Todas te van bien, ¿eh? —escupe.

—Es curioso que estés al tanto de mi vida amorosa —suelto con sorna.

—No lo flipes. Ni estoy al tanto ni me interesa, pero, con tu historial, no me cuesta imaginarlo. Y deja de llamarlo vida amorosa, di más bien vida sexual. Dudo mucho que sepas lo que es el amor. —Se da la vuelta con un golpe de melena y me deja con la palabra en la boca.

Jodida rubia del demonio.

No puedo ir detrás de ella para contestarle como se merece porque Karen vuelve a mi lado.

Cojo a mi acompañante del brazo y salimos del local para dirigirnos a su casa.

Esta es la primera noche, de muchas más que vendrán, que, cuando me entierro en el cuerpo de una mujer, lo hago con otra en la cabeza.

Repito: jodida rubia del demonio.

A la mañana siguiente, estoy tocando el timbre de la rubia de mis desvelos a las nueve de la mañana. Llevo más de quince minutos y nada, que no abre la puñetera puerta. Estoy a punto de tirarla abajo cuando aparece al otro lado con cara de desear matarme. Es posible que haya sido su primera intención al verme.

—Mark, espero que sea cuestión de vida o muerte la razón por la que has venido a joderme si no quieres acabar con tu cabeza dentro de mi retrete.

La miro de la cabeza a los pies, recreándome en esas piernas infinitas que se ven debajo de una camiseta XXL con las siglas UC en el pecho. Y vaya pecho. Si tiene este aspecto tan apetecible nada más levantarse, no quiero ni pensar en el que tendrá después de una noche de sexo. Espera, que igual la he pillado con compañía.

—¿Estás sola? —pregunto antes de entrar en el apartamento.

—No, me esperan en la cama Brad Pitt y Richard Gere para continuar con el trío que acabas de interrumpir. No te jode.

Gimo en mi interior al imaginarme la escena que acaba de describir y, sin que ella me vea, me recoloco el paquete, que acaba de ir por libre.

—Veo que tienes buen despertar —observo.

—Cuando me despiertan tres horas después de haberme acostado, no suelo tener muchas ganas de socializar —contesta entrando en la cocina a prepararse un café.

—Uno solo para mí, gracias. —Laura me mira enfadada, pero no dice nada y coge dos tazas.

—Mark, tengo sueño y no estoy de humor para discutir contigo. ¿Qué coño quieres a estas horas? De todos modos, ¿cómo puedes tener tu ese aspecto tan, tan…? —dice señalándome con la mano.

—¿Estupendo?, ¿maravilloso?, ¿apuesto? —continúo por ella.

—Despejado. Tú también estuviste hasta las tantas de fiesta, y me imagino que la continuaste por tu cuenta una vez que abandonaste el local. —Alza las cejas.

—Pura genética —contesto.

—Apuesto a que sí —murmura—. En fin, ¿me explicas por qué has venido a perturbar mi sueño? —me entrega una de las tazas y se apoya en la encimera de la cocina esperando mi respuesta.

—Si hubieses visto los dos millones de mensajes que ha enviado Violeta al chat de la boda, sabrías que les han llamado de Los Hamptons para adelantar la visita a una de las fincas. Como ellos tienen hoy otro compromiso, nos han pedido… No, nos han suplicado, que nos ocupemos nosotros.

—Joder, joder, anoche se me acabó la batería y se me olvidó ponerlo a cargar cuando llegué a casa. —Sale corriendo a por su bolso y saca el móvil de su interior. Busca su cargador para enchufarlo a la toma de corriente.

—De manera —continúo—, que ya puedes ir a quitarte las legañas que tienes pegadas en los ojos. —Sonrío cuando veo cómo se los frota—. Ponte presentable y mueve ese culo pomposo que tienes para ponernos en marcha, tenemos algo más de dos horas hasta nuestro destino.

—Oh, cariño —me dice sarcástica—, no hay duda de que sabes cómo conquistar a una chica. —Y se encierra en su habitación, no sin antes dedicarme una mueca de burla.

No puedo, ni quiero, evitar una carcajada. ¿He dicho ya que mis encuentros con Laura me dan vida, me rejuvenecen?

Menos de veinte minutos después, la tengo otra vez conmigo en el salón, a eso se le llama rapidez. Con unos simples vaqueros, un jersey de rayas marineras y su larga melena, recogida en una coleta alta, parece una cría. Una cría preciosa, con cuerpo de diosa y cara de ángel. Mientras recoge varias cosas que va metiendo en su bolso, no puedo evitar recrearme en su imagen. No sé cómo puede estar tan perfecta con un atuendo tan sencillo, joder. Laura hace de llevar vaqueros un arte. Cuando está preparada y se pone frente a mí, veo que no lleva ni una gota de maquillaje y, me cago en todo, no puedo apartar mis ojos de su bonita cara.

—Eh. —Chasquea los dedos delante de mí—. ¿No se supone que tienes prisa? Vuelve a la tierra y ponte en movimiento. Quiero acabar cuanto antes con esto. No es mi plan favorito de sábado pasar todo mi tiempo libre contigo —dice mientras coge una cazadora de cuero y abre la puerta del apartamento.

La sigo sin decir nada, no podría, me he quedado en blanco durante un momento.

Cuando estamos acomodados en mi coche, hace el intento de conectar su móvil en el *bluetooth* para escuchar alguna de sus listas de música, pero aparto su mano cuando hace el

amago de sintonizarlo.

—Mi coche, mi música —digo categórico.

—Uh, ah —contesta golpeándose el pecho con los puños—, mi coche, mi música, mi hembra. —Pone voz ronca—. Pareces un puto troglodita. No sé qué os pasa a los tíos que os pensáis que vuestro coche es una prolongación del pene. Apuesto que no dejas que nadie lo conduzca.

Rompo a reír con ganas, como hacía tiempo que no reía.

—Ay, Lauren, me parece que este viaje contigo va a ser de todo menos aburrido.

No me dice nada, se limita a mirar por su ventana. De reojo, vislumbro una sonrisa que intenta ocultar, pero no lo hace a tiempo, y verla relajada, a mi lado, me llena por dentro de una calidez inesperada que hace que mi día mejore de forma inmediata.

Llevamos poco más de media hora de viaje, con un silencio solo roto por la voz rasgada de Bonnie Tyler y su «It's a Heartache». Tanto silencio que creo que se ha dormido, pero la rapidez con la que coge su teléfono cuando suena me hace entender que no, que quizás se hace la dormida para no tener que hablar conmigo.

Arruga el ceño al ver el nombre de quien llama, se muerde el labio antes de suspirar y descolgar.

—Hola, Sean.

—…

—Realmente, no me apetece nada.

—…

—No hay nada de lo que tengamos que hablar. Dejaste muy claro todo la última vez que nos vimos.

—…

—Eso lo podías haber pensado cuando decidiste darme el golpe de gracia.

No puedo escuchar lo que dice su interlocutor al otro lado del teléfono, pero por la tensión en el cuerpo de Laura, no está siendo una conversación que ella desee mantener.

—Mira, Sean, no tengo ninguna intención de retomar nada contigo. Aquello está más que muerto. Muerto y enterrado. Y te recuerdo que fuiste tú el que lo mataste.

—…

—Adiós, Sean. Por favor, sigue ignorándome tan bien como lo has hecho hasta ahora y no vuelvas a llamarme.

Laura cuelga y vuelve a dirigir la vista hacia su ventana.

Dejo pasar cinco minutos, al fin y al cabo, no deberían interesarme sus asuntos privados, pero la curiosidad gana la batalla y no puedo evitar preguntar.

—¿Un ex?

Me mira, mordiéndose el labio inferior, y veo como sopesa si sincerarse conmigo o no.

—Podría decirse, sí. —Vuelve a mirar por la ventana—. En realidad, es un gilipollas que me confesó que estaba conmigo por pena y culpa. —Encoje los hombros, pero noto que sigue dolida.

Desvío un minuto la vista de la carretera y la observo alucinado. No entiendo cómo alguien puede estar con ella por pena. Se me ocurren un millón de motivos por los que acercarme a Laura, y puedo asegurar que ninguno de ellos es la pena, ni la culpa, ni ningún otro sentimiento que no incluya entre ellos la lujuria y el deseo.

Presto otra vez atención a la carretera y volvemos al silencio, silencio que rompo al momento.

—Tú lo has dicho. —La miro de reojo—. Ese tío es un gilipollas. No dejes que ese mamón te amargue el día. Disfruta de esta zona del país que bien merece la pena…, aunque la compañía no sea la que quisieras.

Me mira un momento antes de volver a sumirse en sus pensamientos.

—En realidad —habla un rato después—, no eres tan mala compañía. —La miro fijamente —. Hasta que abres la boca y lo jodes todo.

Rompo en una carcajada que ella imita, por mucho que note que quiere evitarla.

—Está bien, te prometo que no abriré la boca más de lo estrictamente necesario. —Le guiño un ojo.

—Trato hecho. —Sonríe contra el cristal.

Seguimos unos kilómetros más, al ritmo de la música. Es increíble lo de esta tía, incluso sentada en el coche, no puede evitar mover su cuerpo al compás de la melodía, creo que ni siquiera es consciente. Simplemente su cuerpo se mueve hacia cualquier lugar en el que suenen notas musicales, igual que los girasoles se mueven buscando el sol.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —suelto.

—Ya sabía yo que no podrías estar mucho rato sin abrir la boca, era demasiado bonito para ser verdad. —Chasquea la lengua, pero me animo a seguir hablando cuando veo que sonríe. No sé qué tiene que, cuando estoy en su compañía o pienso en ella, no puedo evitar sonreír yo también.

—¿Siempre has bailado tan jodidamente bien?

Me mira divertida.

—Vaya, eso parece un cumplido, ¿tengo que empezar a preocuparme? —Me saca la lengua cual niña pequeña.

—No te acostumbres —respondo devolviéndole el gesto—. En serio, ¿dónde has aprendido a bailar de esa manera?

—La verdad es que me encanta bailar desde pequeña. Así como Violeta no puede vivir sin sus canciones, yo no puedo hacerlo sin el baile. Es escuchar música y se me van los pies, es

instintivo. Pero no fue hasta hace algo más de dos años que me animé a apuntarme a clases de salsa. Puedo decir con seguridad que es la mejor idea que he tenido en la vida. Ando contando las horas para acudir a clase. También, algún fin de semana, nos reunimos todo el grupo y salimos por los locales de moda a bailar. No me canso, puedo pasarme horas y horas bailando. —Los ojos le brillan de felicidad.

—Ya lo vi anoche. —La miro de reojo—. ¿Y el chico con el que bailabas…?

—Mark, Mark, Mark, ¿ahora vas a preguntarme por mis amigos?

—Eh, no. Solo que había mucha complicidad entre vosotros y me preguntaba…

Me mira fijamente, intentando descubrir el interés que encierra mi pregunta.

—Deja de preguntarte cosas que no son de tu incumbencia. —Ahora parece mosqueada—. Yo no te pregunto con cuantas te acuestas, ni cuantas veces lo has hecho con la pelirroja de anoche. Limitémonos a hacer lo que Violeta y Ryan esperan que hagamos por ellos y volvamos cuanto antes a casa.

De esta manera, corta todo intento de conversación por mi parte, y me maldigo interiormente por haber roto esta especie de tregua que habíamos conseguido.

No sé en qué momento se me ha ocurrido preguntarle cosas tan personales. Pero es que no consigo quitarme de la cabeza la imagen de ellos dos en la cama, tan bien avenidos como en la pista de baile. Y no sé por qué puñetero motivo, esa imagen que se niega a desaparecer de mi cabeza me molesta como no te puedes imaginar.

En algún momento, tengo que ponerle nombre a esto que me embarga cada vez que me la imagino con otro.

Pero eso será en otro momento.

Ahora solo me interesa volver a conseguir esa camaradería que habíamos conseguido hasta que se me ha ocurrido meter la gamba con preguntas ridículas.

Ahora solo me interesa volver a hacerla sonreír.

Que vuelva a reír conmigo.

CAPÍTULO CUATRO

no tan imbécil



LAURA

La manera que tiene este tío de joder un ambiente relajado debe de ser un don. Igual es su superpoder, no sé, pero realmente es algo muy molesto.

Reconozco que tal vez, a lo mejor, he estado un poquito susceptible con el tema, pero cuando ha intentado tirarme de la lengua sobre mi relación con Kane, me he acordado de que por su culpa y la de sus ojos, esos ojazos azules que se me aparecían por todos los rincones la noche anterior, no pude terminar la jornada enredada en el cuerpo de mi pareja de baile.

Y estoy frustrada, y caliente, y necesitada, y caliente. Ah, bueno, que eso ya lo he dicho. Vale, pues lo repito, por si acaso no ha quedado claro. Estoy caliente, puede que se deba a mi larga abstinencia sexual o, tal vez, que no ayude estar encerrada en un cubículo tan pequeño, rodeada de tanta masculinidad. Porque, joder, si algo le sobra a Mark es eso, emana sexualidad por los cuatro costados. Y esa manera que tiene su cuerpo de llenar todo el espacio que ocupa, madre mía, si parece que estoy en pleno agosto y no a finales de febrero. Qué calor me entra solo con aspirar su perfume. ¿En serio tiene que oler tan bien? Mecagoenlaleche.

Tampoco ayuda nada el momento tan cálido que hemos compartido durante gran parte del viaje. Puedo enfrentarme al Mark que disfruta molestándome y picándome, pero dudo mucho que pueda hacerlo al Mark amable y divertido. Me ha sorprendido, no voy a negarlo. Resulta que el chulo prepotente puede que no sea tan imbécil como me tiene acostumbrada.

Puede ser.

Sé que tengo que disculparme por mi salida de tono, pero es que no estoy habituada a hacerlo con él. No es la tónica que llevamos desde que nos conocemos. Él me pica, yo le digo una burrada y él me contesta con una burrada mayor. De esa manera, entramos en bucle, un bucle donde no entran las disculpas. Nunca. De ninguna manera.

Pero esta vez no ha entrado al trapo y me ha sorprendido la sombra de decepción que ha nublado sus preciosos ojos. Joder, no sé por qué coño he tenido que saltar.

Suena «Don’t answer me» de The Alan Parsons Project y parece que se están riendo de la situación. Por una simple pregunta, se ha roto el ambiente relajado que teníamos. Me cagüen.

Voy a abrir la boca para disculparme cuando llegamos a nuestro destino. Mark para el motor y se queda unos minutos callado, mirando al frente, sin moverse.

—Laura —¿no Lauren?—, perdona si te he hecho sentir incómoda antes con mis preguntas. Tienes razón, no tienes que darme explicaciones de con quién vas o con quién te acuestas. —Me mira a la cara—. A lo mejor me siento un poco protector. No dejas de ser la mejor amiga de Violeta y ya sabes todo lo que me importa ella. Si te hacen daño, ella sufrirá, y no puedo verla sufrir.

Me dejan noqueada sus palabras. No sé cómo tomármelas, supongo que tengo que estar

agradecida, pero no es agradecimiento lo que se ha instalado dentro de mí. Me hubiese gustado más que hubiese preguntado por su propio interés, no sé, quizás porque sienta un pellizco de celos. El mismo que sentí yo anoche cuando lo vi con aquella preciosa pelirroja. La decepción me invade. No entiendo por qué motivo. Siempre he procurado ver a Mark solo como el mejor amigo de Ryan y, por extensión, de Violeta; pero hace acto de presencia y me sacude de tal manera que tengo que apartar la mirada de él para que no lea en mí como en un libro abierto.

—No te preocupes —contesto—, no tienes nada por lo que disculparte. He sido yo la que he reaccionado de manera excesiva. ¿Te parece bien si lo olvidamos y nos dedicamos a buscar el sitio ideal para que se casen nuestros amigos? —Amago un intento de sonrisa que me queda más como una mueca, pero que parece que cuela ya que Mark me mira con esa sonrisa canalla que me vuelve loca. ¿Qué me vuelve loca?, ¿desde cuándo pienso de esa manera? Ay, madre, que realmente estoy muy necesitada.

—Solo si me dejas invitarte después a comer para compensar mi metedura de pata. —Sonríe de medio lado y consigue que mi corazón deje de latir por un segundo.

Muy muy necesitada.

—No sé si te saldrá a cuenta. Mi madre dice que más vale comprarme un traje que invitarme a comer. —Me encojo de hombros y Mark rompe a reír, lo que me caldea por dentro.

—Mientras no acabes comiéndote lo de mi plato, no pasa nada. —Vuelve a mirarme—. ¿Vamos a cumplir con nuestro cometido? —dice abriendo la puerta del conductor.

—Vamos. —Asiento. Me pongo la cazadora antes de salir del coche y luego nos acercamos a una mujer que nos espera a la entrada de la finca.

—Bueno, me imagino que ustedes son la feliz pareja. Enhorabuena por su próximo enlace. —Nos ofrece la mano.

—Eh, nosotros… —Me he quedado en blanco mientras correspondo al saludo.

—Exacto —contesta Mark por mí—. Yo soy Ryan y mi chica es Violeta. Encantados. Vamos a ver qué tienen que ofrecernos. —Me guiña un ojo y, aturdida, los sigo. Traspasamos la puerta de una finca que, nada más fijar la mirada en ella, sé categóricamente que no es para nada del estilo de mi amiga. Cruzo la vista con Mark y, al ver su cara, sé que está pensando lo mismo que yo.

A pesar de ello, pasamos la siguiente hora y media dejando que nuestra anfitriona nos hable de las mil y una maravillas que componen el lugar. No hace falta decir que desconecto después de la primera media hora de visita. En cambio, mis ojos recorren por completo al espécimen masculino que sigue atentamente todas las explicaciones que nos da la encargada.

Lleva un pantalón vaquero que se ajusta a sus musculosas piernas. No puedo recrearme en su trasero pues lleva una americana de pana que se lo tapa. Debajo de esta, un jersey negro de cuello alto que le sienta de muerte. En algún momento entre el jueves, cuando le vi en casa de mis amigos, y hoy, se ha cortado el pelo. No me había dado cuenta hasta ahora, de todas formas, aun así, lo lleva un poco más largo de lo normal, sigue rizándose a la altura de la nuca. Me

cosquillean los dedos por las ganas que tengo de hundirlos en ese mismo lugar, comprobar si es tan suave como parece, solo Dios sabe lo que me cuesta contenerme. De pronto, me mira fijamente y sonríe de medio lado, como si hubiese adivinado lo que está pasando por mi cabeza en ese mismo momento. Mátame, camión. Agacho la cabeza avergonzada y tengo que volver a subirla cuando se dirige a mí.

—Rose te estaba preguntando si quieres hacerle alguna pregunta. —De manera que es por eso por lo que me estaba mirando, respiro aliviada.

—Eh, no, no. Creo que tengo todo claro —contesto, sin tener ni idea de lo que han hablado durante, miro el reloj, la última hora.

—Bueno, pues entonces, dejo que lo hablen entre ustedes y espero su contestación cuando lo hayan decidido. Eso sí, les recomiendo que no lo dejen para muy tarde, es una finca muy solicitada y, a lo mejor, si no se deciden pronto, les quitan la reserva.

Nos despedimos de Rose y caminamos hacia el coche.

Antes de entrar en él, Mark me mira y sonriendo dice.

—Entre el cero y el cien, ¿cuánto te has aburrido?

—¿Tanto se me ha notado? —Alza las cejas—. Está bien, un noventa y nueve —confieso.

—No hace falta que me lo jures, has estado sumida en tus pensamientos durante un buen rato. Al menos parecían ser buenos a raíz de la sonrisa permanente que has tenido durante toda la visita.

Joder, joder, joder, ¿cómo no iba a estar sonriendo si él era el objeto de mis pensamientos? Piensa, Laura, piensa una buena respuesta.

—Estaba recordando la noche de ayer. En lo mucho que disfruté. Estoy deseando repetirla.

No sé qué es lo que se esperaba que contestase, pero seguro que no lo que he hecho, porque, de repente, todo su buen humor se ha ido al garete. Con cara de mala leche, abre la puerta del conductor y se coloca detrás del volante. Me quedo momentáneamente parada, sin saber qué ha sido lo que he dicho que haya podido molestarlo. Finalmente, abro la puerta del copiloto y me siento a su lado.

—Mark. —Me mira—. ¿Todo bien?

—Sí, sí. —Lo veo apretar los dientes—. Vamos a buscar un buen restaurante. Te prometí una comida. —Me dedica una sonrisa, aunque esta no llega hasta sus ojos.

Decido dejarlo estar y me concentro en ver el paisaje por la ventana hasta que entramos en un pueblecito encantador que se asoma a la costa.

—Westhampton. —Leo el cartel—. Nunca había estado por esta zona.

—¿De verdad? ¿En 11 años que llevas aquí no has visitado todo esto? —pregunta asombrado después de aparcar.

—No. —Niego con la cabeza—. Recuerda que Violeta y yo nos hemos dedicado exclusivamente a ahorrar para poner nuestra agencia en funcionamiento. Las pocas veces que pillábamos vacaciones, aprovechábamos para visitar a nuestras familias en España. Siempre

hemos querido recorrer los alrededores de Nueva York, pero por hache o por be, nunca encontramos tiempo.

—Será un placer hacerte de guía. —Me sonríe, ya el mal humor de antes desaparecido, y disfruto de esto, de los dos, paseando por este precioso pueblo, sin enfrentarnos a una de nuestras míticas discusiones.

—Se nota que estamos en febrero y la mitad de las casas están cerradas. Deberías ver esto en pleno apogeo veraniego, no se puede dar un paso sin tropezarte con un turista —me explica.

—Pues a mí me parece que tiene más encanto así, solo ocupado por los habitantes habituales. No sé, es como más acogedor. Apuesto a que se conocen todos. Seguro que se saben sus nombres y se detienen a saludarse y a conversar cada vez que se encuentran. Mira aquella pareja de ancianos —Le señalo a la pareja en cuestión—. Me imagino su historia de amor. Novios desde el instituto, seguramente solo se han separado cuando él tuvo que irse al frente. Ella lo esperaría, cosiendo su ajuar, con miedo de que no volviera, de que alguna bala enemiga terminase con su amor. Pero el volvió, herido pero entero, y ella lo cuidó hasta que se recuperó y pudieron casarse. Calculo que tienen cuatro hijos y doce nietos con los que reunirse en las fechas más especiales. —Veo que está mirándome fijamente con una sonrisa en la boca—. ¿Qué? —pregunto.

—No conocía esa faceta tuya tan romántica —contesta apartándome un mechón de pelo que el viento ha llevado a mi cara.

—Bueno —Agacho la vista ruborizada—. Supongo que soy una romántica empedernida. —Encojo los hombros—. Que sigo esperando al amor de mi vida. Aspiro a conseguir algo como lo que tienen Ryan y Violeta. A diferencia de mi amiga, yo sueño desde pequeña con mi boda perfecta.

Mark me sostiene la mirada, en silencio, ahora no sonríe, simplemente me mira, concentrado en cualquier cosa que se le esté pasando en este momento por la cabeza.

—Vamos —dice saliendo de sus cavilaciones—, conozco un restaurante donde se come de maravilla.

Lo sigo, con la sensación de que he dicho algo que le ha hecho plantearse un millón de cosas, algo ha cambiado entre nosotros en el breve instante que ha durado esa mirada. Ignoro qué ha sido, pero noto como Mark ha impuesto una línea inaccesible entre nosotros, una barrera, que, a pesar de todas nuestras discusiones, nuestras pullas, antes no estaba ahí.

Me lleva hasta un pequeño restaurante con vistas a la bahía cuya especialidad es la carne a la parrilla. Pedimos varios platos para compartir y comemos conversando de todo y de nada. Nos quedamos un rato en silencio viendo las olas romper contra la orilla.

—Es una pena que un pueblo tan apacible en invierno se convierta en un hervidero de turistas en verano. Con lo tranquilos que deben de vivir aquí el resto del año —suspiro al hablar.

—Si no fuese por la temporada de verano, posiblemente este pueblo hubiese desaparecido hace tiempo. El ochenta por ciento de su economía proviene del turismo. —Me informa Mark.

—Ya, ya me imagino, es solo que… —Me quedo callada.

—Continúa. —Parece muy atento a mis palabras.

—Es tan bonito todo esto, así, tal como está. Debe de ser una gozada pasear por la playa desierta, metiendo los pies en el agua congelada. Si hay algo que echo de menos de Santander es eso, pasear por la playa en pleno invierno, sentir el gélido viento en la cara, despeinándome… —Ladeo la cabeza mirándolo al ver que sonríe sin quitarme los ojos de encima—. ¿Te parece divertido lo que digo?

—Qué va, al contrario. Me sorprende descubrir lo distinta que eres a todo lo que me tenías acostumbrado hasta este momento.

—¿A qué te refieres?

—Hasta ahora —bebe un sorbo de su copa de vino—, la imagen que tenía de ti era la de una tía dura, sarcástica, peleona, despreocupada, solo interesada en divertirse. Bueno, sé que también te preocupas por tu agencia y por Violeta.

—Por Violeta doy la vida —contesto tajante.

—Lo sé, ya me di cuenta cuando Ryan la cagó en el viaje y la protegiste como una leona a su cría. El caso es que esta Laura, esta versión de ti, es nueva y me sorprende, para bien, no te equivoques. Solo que, no sé cuál de las dos lauras es la real.

Ahora soy yo la que le da un sorbo al vino y pienso antes de contestar.

—Solo hay una Laura, la que tienes delante. La alocada y que no tiene filtro en la boca, y la que sueña con arcoíris y nubes de algodón. Ambas se complementan a la perfección. La Laura romántica no suele salir a relucir muy a menudo. La vida real la tiene un poco asustada y le cuesta enseñar su cara. No sé, hoy échale la culpa al agotamiento, a las pocas horas de sueño que llevo encima o al ambiente relajado y bucólico de este pueblecito. —Me encojo de hombros—. Cuando volvamos a la gran manzana, volveré a desplegar mis garras y a ponerme el traje de maléfica. —Acabo guiñándole un ojo.

—Entonces habrá que alargar el momento antes de que te salga cola y cuernos de demonio —se burla de mí—. ¿Qué más echas de menos?

—¿Perdona? —He perdido el hilo momentáneamente.

—Antes has dicho que una de las cosas que echas de menos de tu ciudad es pasear en invierno por la playa, ¿qué más?

—Déjame pensar. —Cierro los ojos—. A mi familia, obviamente. Tengo un hermano y una hermana y siempre hemos estado los cinco muy unidos. Hablamos todos los días, pero no es lo mismo.

—¿Cuánto hace que no vas?

—Va a hacer tres años y, aunque ellos vienen de vez en cuando, hay veces que me hacen mucha falta. A ver, tengo a Violeta, que es como una hermana para mí, pero, no hay nada como los abrazos de mi madre. Fíjate que hasta echo de menos las discusiones con mis hermanos —me río al recordar.

—Ah, por eso eres tan buena metiéndote conmigo —me vacila.

—Claro, son años de entrenamiento. Aunque te recuerdo que normalmente eres tú el que empiezas nuestras disputas.

—Pero es que eres de mecha muy corta, Lauren. —Me mira divertido—. Y es tremendamente entretenido hacerte rabiar.

—Pues si te aburres, puedes probar a darte de cabezazos contra las paredes. Eso también entretiene.

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja.

Me río con él, es inevitable, nos hemos acostumbrado a picarnos; y tiene razón, para qué negarlo, es la mar de entretenido.

El camarero aparece con dos cafés y un trozo de tarta de queso con dos cucharas que no soy consciente de haber pedido, de manera que imagino que lo habrá hecho Mark en algún momento mientras yo estaba distraída recordando.

—Continúa —me dice ofreciéndome una cuchara.

—A ver —pruebo un trozo de tarta y cierro los parpados gimiendo de placer, al abrirlos, me encuentro a Mark con sus ojos fijos en mi boca y su cuchara a medio camino hasta la suya—, echo de menos —sigo hablando— la comida española. No sé si os dio tiempo a probar algo cuando estuvisteis allí de viaje, pero no hay nada como la comida de mi país.

—Algo probamos, sí. —Su voz suena un poco ronca, de modo que carraspea y sigue hablando—: pero no creo que encuentres una oferta gastronómica tan amplia como en Nueva York. Puedes comer comida de cualquier país. Solo con levantar el teléfono puedes hacerte a la idea de que estas en cualquier lugar del mundo solo por su comida.

—A lo que yo me refiero —lo miro concentrada— es a la comida hecha en puchero, a fuego lento. Como un buen cocido, un rico arroz. ¿Qué me dices de la tortilla de patata? Me cuesta creer que, cuando visitasteis España, Violeta no os la hiciera probar.

—Bueno, aquí también sabemos cocinar. No se nos dan nada mal los asados, las barbacoas, la ensalada de patata. Hay muchos platos oriundos del país y no tienen nada que envidiar a tu cacareada tortilla de patata.

—¿Estas vacilándome? No puedes comparar vuestra ensalada de patata con nuestra tortilla. Eso es como… Como comparar, no sé, este vino —señalo mi copa—, con un buen rioja o un ribera del Duero, no tiene nada que ver.

—¿Se puede saber qué le pasa a este vino? A mí me ha gustado mucho.

—No te ofendas, no está mal, pero recuérdame que te dé a probar el rioja que me manda mi padre de vez en cuando.

—Eso está hecho, siempre que le sumes a la invitación esa famosa tortilla de patatas. Tendré que dar mi opinión, ¿no?

Me quedo callada. No esperaba que tomase mis palabras al pie de la letra, ni que nuestra conversación sobre diferentes comidas, terminase en una ¿invitación? a cenar en mi casa.

Es verdad que hoy hemos llegado a un punto de cordialidad que ha relajado nuestra, normalmente, tensa relación. Pero no sé si estoy preparada para llevar dicha relación hasta el punto de confianza que requiere una cena para dos en la intimidad de mi apartamento. Sería tan fácil enamorarse del Mark que estoy conociendo hoy.

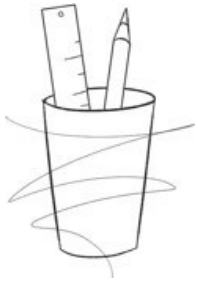
Tan fácil y tan peligroso

Porque yo busco un compromiso.

Y Mark huye de ellos.

CAPÍTULO CINCO

no es lo mío



MARK

Ya ha anochecido cuando cojo el desvío que nos lleva a Nueva York. Clavo la mirada en mi acompañante, que se ha quedado dormida nada más salir de los Hamptons. Tiene las piernas dobladas hacia un lado y su cabeza está girada hacia mí, de manera que me permite admirar su preciosa cara. Tengo que recordarme mirar la carretera, no quiero provocar un accidente, pero mis ojos se desvían una y otra vez hacia su boca, jugosa, apetecible, totalmente creada para ser besada. Hace un mohín con ella arrugando los labios y tengo que tragar saliva para obligarme a no parar el coche y comerle la boca en la cuneta de la carretera como un puñetero adolescente. No sé qué coño me pasa con ella últimamente pero no soy capaz de quitármela de la cabeza. Incluso cuando estoy con otras mujeres, su imagen me acompaña a todas partes. Y si algo me ha quedado claro hoy, es que Laura y yo somos totalmente incompatibles.

Si no lo hubiese sabido de antemano, el oírla hablar de sus sueños románticos, de su boda soñada y de su deseo de encontrar al puto amor de su vida hubiese acabado de aclarármelo. Y yo le puedo dar muchas cosas. Puedo darle las mejores noches de sexo. Regalarle los mayores y más placenteros gemidos que se pueda imaginar. Premiarla con los besos más húmedos y más maravillosos que existan, pero, si algo no puedo darle es una promesa para siempre, no puedo ser el amor de su vida, no es lo mío, nunca he pretendido ser el amor de nadie. Yo tengo claro que no me voy a enamorar nunca, repito, no es lo mío. Me conformo con mis noches desenfrenadas, mi trabajo y mis amigos. Así es como he planeado mi vida y así va a seguir siendo para los restos. A mí ya me va bien vivir de esa manera. Empezar a sentir algo por la mejor amiga de Violeta solo supone una complicación. Y si hay algo que nos representa a los tíos es que no nos gustan nada las complicaciones. Y no hay nada menos complicado que pasar cada noche con una mujer distinta. Ellas lo saben, yo lo sé y no hay vuelta de hoja. Nunca repito con la misma dos noches seguidas. Puedo volver a quedar con alguna con la que hace meses que no quedo, pero, ¿dos noches seguidas con la misma? Ni de coña. Solo ha ocurrido una vez, con Kim, en el viaje a Europa y porque los dos teníamos bien claro lo que nos traíamos entre manos. Lo demás, puede dar lugar a confusiones y, como he dicho antes, no me gustan las complicaciones.

Aparco en doble fila, justo frente a su portal, y aprovecho que sigue dormida para volver a empaparme de su imagen. Es realmente guapa. Así, dormida, parece un ángel. Sonrió al pensar en que Laura es de todo menos un ángel. En cuanto abre la boca, queda claro que es una chica con las ideas claras y con carácter, que no deja que nadie la pase por encima. Recuerdo la conversación que ha tenido esta mañana por teléfono con su ex. No sé cómo semejante gilipollas ha sido capaz de dejarla marchar, no me cabe en la cabeza. Si hubiese sido mía, no hubiera

habido fuerza humana que me hubiese separado de ella. Espera, Mark, ¿qué coño estás pensando? Ni se te ocurra volver a imaginarte nada con ella.

Apretando la mandíbula, la muevo suavemente para despertarla. Cuando abre los ojos, se me queda mirando fijamente, aturdida, mientras intenta ubicarse. Está tan jodidamente adorable que tengo que recordarme que Laura es una complicación, para no atrapar su labio inferior, algo más grueso que el superior, y saborearlo con gula.

—Eh —digo en voz baja—. Ya hemos llegado, bella durmiente.

Laura mira por la ventana y, al ver su portal, se estira, desperezándose, y consigue con esta acción que su camiseta se levante un poco y me permita ver una porción minúscula de su estómago, pero suficiente para que un latigazo de deseo vuele a mi entrepierna. Hostias, Mark, tienes que poner remedio a esto.

—Bueno, pues al final no ha estado tan mal el día —sonríe y trago saliva—. Muchas gracias por la comida y por la compañía. Cuando te esmeras, no eres tan capullo como quieres hacer creer. —Se inclina hacia mí como para besarme, pero se lo piensa mejor y se retira para abrir la puerta del coche—. Nos vemos.

—Lauren —la llamo un segundo antes de que cierre la puerta. La mirada que me echa, de mala hostia, hace que sonría para mí—. Tú también me has sorprendido. No eres tan…

—No te acostumbres —me corta—, esto solo ha sido una pausa en nuestra guerra. —Si no fuese por la sonrisa que se le escapa, igual me lo hubiese creído—. Como te dije antes, ahora me pongo el traje de maléfica. —Me guiña un ojo antes de cerrar la puerta y correr hacia su edificio.

Me la quedo mirando un rato, hasta que la luz del portal se apaga y se enciende la de su casa.

No puedo irme ahora a la cama, por lo menos no solo. No cuando ha despertado tantas cosas dentro de mí, cuando ha encendido tantas partes en mi interior.

Tiro de agenda y llamo a una de mis amigas, ni siquiera escojo una, la primera que aparece en mi teléfono es la elegida de esta noche. Después de una breve conversación con ella, arranco el motor de mi coche y me encamino hacia la casa de… no importa el nombre, porque sé que no va a ser el suyo el que se pase por mi cabeza cuando explote en su interior. Tengo más que asumido que será la cara de Laura la que se me aparezca cuando descargue toda mi frustración en el cuerpo de otra.

Como la última vez.

La mañana del domingo me encuentra desvelado en mi cama. Nunca paso la noche en cama ajena y anoche no fue la excepción. En cuanto terminé lo que me llevó a casa de la morena, me vestí y, tras despedirme de forma apresurada, lo confieso, volví a las frías sábanas de mi habitación. Aunque lo intenté, Morfeo no quiso acompañarme una vez llegado a mi apartamento. No dejé de dar vueltas, intentando sacarme de la cabeza a la jodida rubia del demonio. Joder, es que ni siquiera encerrarme en mi despacho a dibujar, que es lo que normalmente me relaja,

consiguió que dejara de pensar en ella. Frustrado y cabreado, tiré mi lápiz de dibujo contra la pared y volví a tumbarme, asumiendo que esa noche solo podría volver a dormirme en compañía. Lo malo es que la compañía que necesito para poder conciliar el sueño es la única que no está al alcance de mi mano.

Me levanto a prepararme un café bien cargado y, mientras me lo bebo, apoyado en la encimera de mi cocina, leo por encima los mensajes que desbordan mi móvil. Paso por alto el resto de chats y voy directamente al que comparto con mis mejores amigos y Laura. Parece que hemos quedado en, miro el reloj, exactamente media hora para hablar de nuestras impresiones de la finca de ayer, antes de ir a conocer otra que se encuentra en New Jersey.

Meto la taza en el lavavajillas y entro apresuradamente en la ducha, sonriendo ampliamente. Quizás la perspectiva de volver a ver a la rubia haya hecho que mi día se vuelva un poco más luminoso a pesar de las nubes que amenazan lluvia en el exterior. Solo quizás.

Soy el último en llegar. Cuando entro, están los tres conversando amigablemente en una mesa en la esquina de la cafetería. Me acerco a la barra a pedir un desayuno completo y voy hacia ellos, sentándome al lado de mi amigo.

—Vaya, chulito —me dice Laura alzando las cejas—, ¿una noche dura? —se burla con una sonrisa.

—Menudo careto te gastas. —Mi amigo no duda en tirarme de la lengua—. Parece que has estado muy ocupado.

No digo nada, me limito a darle un sorbo al café que la camarera acaba de dejar delante de mí.

—Y dinos —miro a Laura, que es la que se está dirigiendo a mí en este momento—, esta vez qué ha tocado, ¿rubia, morena o pelirroja?

—¿Qué pensarías si te digo que las tres a la vez? —respondo desafiante.

—Pensaría que eres un capullo arrogante además de un fantasma.

—¿Fantasma? ¿Acaso no me crees capaz de aguantar con tres a la vez? —Sé que sueno un poco pagado de mí mismo, pero me fastidia que la rubia de las narices me vacile. Y más cuando ella es la que ha poblado las imágenes más tórridas en mi jodida imaginación.

—Lo que no entiendo —me parece notar un atisbo de enfado en su voz— es cómo lo haces para tener a todas postradas a tus pies. Sinceramente, no te veo tan interesante. —Acaba mirándome de arriba abajo.

—Eso es porque gano en las distancias cortas… y desnudo. —Me río al ver como Laura se atraganta con su café al oír mi respuesta.

—Dios —dice—. Cómo me gustaría que alguna te bajase esos humos que te gastas, chulo prepotente.

—Hummmm, apuesto a que te gustaría ser tú la que lo consiguieses.

—Bueno, chicos. No olvidéis la razón por la que estamos aquí. —Violeta me hace recordar que no estamos solos—. Dejad vuestras muestras de afecto para otro momento. Ahora me interesa más vuestra opinión sobre la finca que visitasteis ayer.

Y a la vez que Laura pone al día a mis amigos de nuestras impresiones, yo no puedo evitar mirarla mientras explica todo lo que vimos. Me transporto al día de ayer, a lo bien que lo pasamos juntos. Recuerdo cómo paseamos por el pequeño pueblo de Westhampton, relajados. La manera en la que le brillaban los ojos al hablarme de su familia, de su ciudad. Su imagen dormida a mi lado en el coche se aparece ante mí, y no es hasta que Ryan me empuja con su hombro, que me doy cuenta de que llevo un rato desconectado de la conversación que está discurriendo en la mesa.

—Tío —me dice mi amigo—, ¿quieres dejar de soñar despierto?

—Seguro que está pensando en su acompañante de ayer —suelta Laura.

Si tú supieras, rubia. Ay, si tú supieras.

—Perdón, estaba pensando en una cosa del curro. —La mirada que me echa Violeta me da a entender que no se ha creído mi excusa.

—Estábamos diciendo —mi amigo vuelve a hablar—, que solo nos queda la visita de esta tarde y la del fin de semana que viene a Cape Cod.

—Espero —Violeta continúa por Ryan—, que alguno de esos dos sitios acabe por enamorarnos, porque os juro que estoy perdiendo la paciencia. —Cierra los ojos derrotada.

—No te preocupes. —Laura la abraza por los hombros—. Seguro que encontramos el sitio perfecto para celebrar la boda, todavía quedan algo más de seis meses para el día. Encontraremos el sitio ideal, aunque sea lo último que hagamos. Cuenta con ello.

Violeta le dedica una sonrisa deslumbrante a su mejor amiga, que esta le devuelve, y yo me quedo embobado mirándola. ¿Por qué no puede dedicarme una sonrisa de esas a mí? ¿Por qué no podemos volver a compartir risas y confidencias como ayer? ¿Volvemos a nuestra relación de odio/desprecio? Maldita sea, yo no esperaba eso, no quería eso. Quiero volver a hacerla reír, que vuelva a sentirse cómoda a mi lado y no como ahora, que da la impresión de que se va a romper de lo tensa que está.

—Venga, nena —Ryan coge de la mano a su chica—. Verás como encontramos el sitio de tus sueños. Y si no, yo, con tal de casarme contigo, lo hago en cualquier playa, solo con nuestra familia directa de testigos. —Mi amigo besa la mano de Violeta y ella no puede evitar emocionarse.

Miro a Laura y la veo con una sonrisa en la boca e igual de emocionada que su amiga; y me imagino lo que está pasando por su cabeza. Me apuesto lo que sea que desea encontrar un amor como el que tienen ellos. Es más, ayer me lo confesó. Por esa razón, tengo que ignorar todas las cosas que me hace sentir cuando estoy a su lado e, incluso, cuando en la soledad de mi apartamento no puedo evitar pensar en nosotros dos enredados entre las sábanas de mi cama. Esa cama a la que no he llevado nunca a ninguna mujer, pero en la que no me imagino a otra que no

sea ella. No puedo albergar sentimientos por Laura, no puedo acostarme con ella y echarla después a un lado como hago con las demás. Es la mejor amiga de Violeta y, por suerte o por desgracia, nos quedan muchos momentos que compartir junto a ella y Ryan. No puedo enturbiar mi relación con mis mejores amigos por esta absurda obsesión que he desarrollado en los últimos días por Laura. Me niego a perderlos por una tontería, por mucho que desee quitarme estas ganas con ella, por mucho que me apetezca.

Por eso, tal vez tenga que agradecer que me lo ponga tan fácil, que haya vuelto a nuestra rutina, a nuestro tira y afloja. Es un campo en el que me siento a mis anchas: molestarla y que ella me responda.

Lo que no entiendo es por qué, de repente, no me parece tan divertido como tiempo atrás. No encuentro tan atrayente hacer enfadar a Laura, hacer que me mire con rabia. Puede que, una vez que he sido el culpable de sus risas, de su buen humor, me haya vuelto adicto a ellas, a sus miradas cálidas, sus bromas sin malicia.

Puede ser que me haya vuelto adicto a ella.

Adicto a Laura.

CAPÍTULO SEIS

conciencia



LAURA

—Lau, ¿quieres prestarme atención? —Oigo la voz de Violeta como de lejos—. No sé qué coño te pasa esta mañana. Estás agilipollada, tía.

—¿Qué? —Miro a mi amiga intentando entender lo que me ha dicho.

—Tía, llevas unos días la mar de rara, ¿estás viéndote con un tío y me lo has ocultado? —Me mira suspicaz.

—Anda, no te hagas pajas mentales —contesto—. Sigo en el mismo dique seco que hace meses. Lo que pasa es que estoy un poco cansada. Entre las clases de baile y ayudarte con el tema de la boda, además de todo el curro que tenemos, no me da la vida.

—Ay, lo siento. Sé que te estoy pidiendo demasiado con el tema de la boda, pero es que estoy tan agobiada que solo tenerte a mi lado me hace todo más llevadero. —Mi pobre amiga suena culpable y no puedo evitar abrazarla para que se quede tranquila.

—No te preocupes. —Deshago el abrazo—. Sabes que estoy encantada de ayudarte. Lo único que me gustaría es que disfrutases de todos los preparativos; en cambio, me da la impresión de que te estas preparando para ir al matadero cual cordera.

—No, no es eso. Solo…

—¿Solo qué? Desembucha —digo.

—Que es tan importante para mí darle el sí quiero a Ryan que necesito hacerlo en un marco incomparable, y me da la impresión de que no voy a encontrar el sitio adecuado, ni el vestido, ni los detalles, ni…

—Para, para que te embalas. Nena —cojo sus manos con cariño—, tú sabes que Ryan se casaría contigo hasta debajo de un puente y con ropa deportiva. No es el sitio, es con quién, y eso lo tenéis los dos más que claro. Sois el uno para el otro, no necesitáis nada más. Como si queréis escaparos y casaros en Las Vegas o por el rito zulú. Lo sabes, ¿verdad?

Mi amiga asiente emocionada.

—Sí, lo sé. Quién me iba a decir a mí, aquella Violeta que decía no enamorarse, que se iba a convertir en este flan con patas por culpa de los preparativos de su boda. Solo que Ryan me ha dado esta historia de amor tan preciosa, tan inmensa, que quiero corresponderle regalándole un día que nunca olvide.

—¿Tú crees que en el momento en el que te vea vestida de novia va a ser consciente de todo lo demás que pase a su alrededor? Chica, ese tío te mira como si fueses el mejor regalo del mundo, envuelto en papel brillante y con un lacito para él… Y el siguiente pensamiento que tendrá será la manera de quitarte el envoltorio y disfrutar de su regalo con manos y lengua, bueno y con su…

—¡Calla! —Violeta se tapa los ojos y yo me descojono de la risa. —De verdad, no sé cómo

puedes pasar de ser pura dulzura a ser la mayor marrana que existe sobre la faz de la tierra.

Me encojo de hombros.

—Ya ves, chica, es un don, un superpoder. —Le guiño un ojo y, al mirarla, sé que he conseguido mi meta: hacer que se ría y destensarla. El tema de la boda la tiene de los nervios, casi no la reconozco.

Violeta empieza otra vez a hablar del trabajo, itinerarios, planes, cuentas, números y yo vuelvo a desconectar y volver a mis pensamientos anteriores, esos que no se me van de la cabeza desde hace unos días.

Juro que no era mi intención molestar a Mark ayer en la cafetería, pero cuando Ryan lo vaciló, burlándose de su careto, y vi sus ojeras trasnochadas, no sé qué carajo me entró por el cuerpo y no pude evitar picarlo. Lo que no me esperaba era que me contestase como lo hizo, lo que consiguió que me enfadase y volviésemos a nuestra rutina de siempre: yo molestándolo y él quedando por encima de mí. Mecagoenlaleche, con lo bien que habían acabado las cosas entre nosotros el sábado.

Sé que me conviene volver a nuestro tira y afloja de siempre. Al menos, esto lo sé manejar, no es tan peligroso como el acercamiento que tuvimos en los Hamptons. Si quiero tener mi corazón sano y a buen recaudo, no debo tener ningún tipo de contacto con él, ni de palo, no, estar cerca del chulito es perjudicial para la salud. Debería llevar el cartel de peligro en letras bien visibles en la frente. A ser posible, con luces de neón y, si no, resaltadas en amarillo fosforito. Sí, definitivamente, volver a las andadas con él va a ser lo mejor para mi paz mental. Ya me ocuparé yo de enfriar el calor que me provoca estar a menos de un metro de él. Si he podido hacerlo en el año que hace desde que nos conocemos, no sé por qué no voy a seguir haciéndolo.

Quizás porque ahora sabes que hay algo más detrás de esa fachada de mujeriego que se gasta. Puede ser simpático, cariñoso, dulce… Le tapo la boca mentalmente a la perra de mi conciencia, esa que me dice las verdades como puños, la que no se anda con paños calientes, la que me avisa de que quizás, el chulo prepotente, me gusta más de lo que intento hacer ver.

Me cago en mi puñetera conciencia.

Ahora se cree Pepito Grillo, manda narices.

Noto a mi amiga ponerse tensa a mi lado. La miro de reojo, intentando averiguar qué le pasa y sigo su mirada hasta la rubia que está de pie, al otro lado del escritorio.

La que faltaba, ya estamos todos. La mismísima Britney de las narices. La ex de Ryan que hizo todo lo posible por separarlos durante su viaje a Europa el año pasado. Este lunes no tiene pinta de acabar bien. Nada bien.

—Britney. —Mi amiga se levanta de su silla y se encara a ella—. ¿Qué haces aquí?

—Me gustaría hablar un momento contigo. —Dirige su mirada hacia mí—. A solas.

Voy a saltarle a la yugular cuando mi amiga habla por mí.

—Ella se queda, no hay ningún secreto entre nosotras, de manera que di lo que hayas venido a decir y vuelve por el mismo camino por el que has venido. —Olé con Violeta, ni se ha

despeinado al ponerla en su sitio.

La barbie Malibú se toma su tiempo, calibrando si hablar o no y, tras echarme una mirada de reojo, empieza su discurso.

—Me he enterado de que te casas con Ryan.

—Así es, ¿te supone algún problema? —Mi amiga se envara, preparada para una discusión.

—No, no. Mi obsesión por Ryan está superada.

No puedo evitar soltar una carcajada sarcástica

—Seguro —suelto por lo bajini.

—¿Perdona? —La atención de la rubia está ahora puesta en mí.

—No te perdono —no puedo evitar contestar—. Me parece que tienes muy poca vergüenza al presentarte aquí después de cómo te portaste con mi amiga. Ni siquiera las víboras son tan rastreras como tú —escupo.

—Lau —me avisa Violeta.

—¿Qué? Se tenía que decir y se dijo. Punto. —Me cruzo de brazos.

—Dejemos que Britney diga lo que ha venido a decir. —Violeta la mira, animándola a seguir con un gesto de la cabeza.

—Me ha costado… —Carraspea nerviosa—. Me ha costado meses de terapia darme cuenta de que lo que yo sentía por Ryan no era sano. Después de que él hablara con mi padre y le contara mi comportamiento durante el viaje, este me obligó a visitar a una psicóloga para, en fin, para intentar mejorar mi actitud. Al principio me negué, obviamente yo sentía que no tenía ningún problema, al fin y al cabo, toda mi vida he conseguido lo que se me ha antojado, respaldada por mis progenitores, que no dudaban en tirar de chequera en cuanto yo abría la boca. Pero, a mi vuelta de Europa, mi padre amenazó con cortarme el grifo y, por primera vez en mi vida, me planteé poner remedio a mi comportamiento. Mis padres han acudido a mis sesiones, ya que ellos también se sienten culpables al no haber sabido ponerme límites nunca. Creo que a los tres nos ha venido bien todo esto, ahora estamos más unidos, por fin parece que somos una familia, esa que eché de menos durante todos estos años. —Britney termina con lágrimas en los ojos.

Yo bufo, alucinada por la cara tan dura que tiene esta mamarracha.

—¿Y te piensas que, viniendo aquí a contarnos tu vida de pobre niña rica, vas a inspirarnos la lástima suficiente para que Violeta olvide todo lo que les hiciste? Eso no es excusa para tu comportamiento. Joder, que casi acabas con su historia —digo entre dientes.

—Laura, relájate. —Mi amiga vuelve a llamarme al orden.

—Ni «relájate» ni narices, Vi. Ella no tuvo que recoger tus pedazos a la vuelta del viaje, cuando te pasabas los días como alma en pena vagando por el apartamento y las noches llorando como una magdalena.

—No necesito tu perdón. —La rubia se dirige a mí—. Ni siquiera entiendo qué pintas en esta conversación. He venido a disculparme con Violeta, a decirle que acepto que ella ganó.

—Aquí no se trata de ganar o perder, no era ninguna competición, aunque tú te lo tomases como tal. —Mi amiga habla con calma—. Aquí se trata de dos personas que se enamoraron y de que por tu, llámalo obsesión, llámalo celos, estuvieron a punto de dejar pasar la oportunidad de estar juntos. Si después de meses de terapia, aún no lo has entendido, a lo mejor tienes que plantearte cambiar de psicóloga. —Violeta dando otra de sus lecciones de educación y clase.

La cara de Britney se pone de color escarlata, no sé si de vergüenza o de rabia.

—De todos modos —continúa mi amiga—, si a lo que has venido es a buscar un perdón para poder sentirte mejor, vete tranquila. Hace tiempo que te perdoné, en el mismo momento en el que entendí que no eras lo suficientemente importante en mi vida para perder un minuto de mi energía en guardarte rencor.

—La buena de Violeta. —Britney habla con un tono de sarcasmo—. Siempre fuiste mejor que yo, ¿verdad?

—Ni lo dudes —contesto yo por mi amiga.

Britney se nos queda mirando, sopesando si merece la pena seguir hablando o no. Parece que ha ganado el *no*, a tenor de sus siguientes palabras.

—Creo que no ha sido buena idea venir, no sé en qué momento pensé que podíamos llegar a entendernos —diciendo esto la rubia nos echa una última mirada altanera y se da media vuelta dispuesta a irse.

—Britney —la llamo y, cuando se vuelve a mirarme, no puedo evitar sacar a la bruja que llevo dentro—, yo que tú le pediría a la psicóloga que te devolviera el dinero. Creo que no ha hecho un buen trabajo contigo.

—Eres igual de poca cosa que tu amiga. Ahora entiendo por qué os lleváis tan bien. Mejor me voy, no quiero que se me pegue la falta de clase. —Sale del despacho después de mirarnos de arriba abajo con una mueca despectiva.

—Tanta paz lleves como descanso dejas —grito por encima de su hombro un momento antes de que abandone la agencia.

—Ostras, Vi —digo volviéndome hacia mi amiga—, pero, esta tía ¿de dónde se ha escapado? —Me preocupo al verla tan seria y callada—. ¿Estás bien? No la hagas ni caso. Esa pava es una resentida. Está amargada, tú ni puñetero caso.

La carcajada que sale de la boca de Violeta me pilla desprevenida y tardo en acompañarla. Una vez que lo hago, no podemos dejar de reír, ha sido una situación surrealista.

—¿Cómo ha pasado de arrepentida a rabiosa? —pregunta con las lágrimas corriendo por su cara—. Está visto que esta tía no cambia ni con ayuda de profesionales. Que pena, con lo guapa que es.

—Si, guapa. Guapa se va a ver para casarse, no va a haber hijo de su madre que la aguante.

Mi respuesta vuelve a desembocar en otra serie de carcajadas, tal es el escándalo que armamos que nuestro ayudante se asoma por la puerta del despacho para preguntarnos si estamos bien, a lo que contestamos con una afirmación de cabeza por parte de las dos. Vuelve a su mesa,

aunque me apuesto el cuello a que se va pensando que vaya par de piradas le han tocado por jefas.

La situación no deja de ser singular, pero agradezco la distracción del momento. De esta manera, mis pensamientos no vuelan hacia cierto sujeto de ojos azules y ademanes chulescos que últimamente se cuela en mi cabeza más veces de las que debería.

Acabada la jornada, estamos cerrando la puerta de la agencia, comentando entre risas nuestro encontronazo con Britney, cuando, al volver la cabeza, vemos a Ryan y a su mejor amigo acercándose a nosotras por la esquina de la calle. Mis ojos no pueden evitar radiografiar a Mark, mecagoentodoloquesemenea, ¿cómo puede estar tan cañón con un sencillo traje? Este tío debería ser esculpido en mármol para dejar constancia de lo bueno que está para las generaciones venideras. Relájate, Laura, que se te va a notar lo mucho que te pone últimamente. ¿Últimamente? ¿Acaso ha habido un momento, en el tiempo que hace que os conocéis, que no te haya puesto? Otra cosa es que tú lo hayas ignorado, pero la atracción por él, haberla la hay, como las meigas.

Jodida conciencia de las narices, ya vuelve a hacer de las suyas. Qué puntito en la boca le daba yo.

—Aquí están mis chicas favoritas. —Ryan besa a mi amiga en la boca y se acerca a darme un beso en la sien a mí—. ¿Invitáis a este par de sedientos a una cerveza para relajarnos después de un duro día de trabajo?

—La verdad es que me duele un poco la cabeza, pero supongo que tomarme una cerveza no puede hacerme daño, ¿no? —responde Violeta.

—¿Estas bien? —El tono preocupado de Mark me hace envidiar una vez más el cariño que siente por mi mejor amiga.

—Si, sí, he tenido una tarde un tanto intensa. —Violeta lo abraza, quitando importancia a su malestar.

—Por decirlo suavemente —mascullo.

—¿Ha pasado algo? —Ahora es Ryan el que suena preocupado.

—Vamos, creo que sí que necesito una cerveza para poder contarlo, ¿vienes, Lau? —Mi amiga ya ha pasado su brazo por el de su chico y se disponen a cruzar la calle en dirección al *pub* que hay en la otra esquina de la calle.

—Eh, no. Hoy tengo clase de salsa y no me gustaría perdérmela. —Es verdad que tengo clase, pero no son tantas mis ganas de ir como las de deshacerme de la mirada de Mark, que no se ha despegado de mi persona desde que ha llegado.

—Bueno, pues mañana nos vemos en la oficina. —Violeta me da un beso y, tras despedirme de Ryan, cruzan en dirección al *pub*. Mark se queda un segundo más, con sus ojos fijos en mí. Parece que va a decirme algo, pero se lo piensa mejor y, tras hacerme un gesto de despedida con

la cabeza, sigue los pasos de los otros y lo pierdo de vista un momento después.

Leches, leches, leches. Por eso tengo que evitar tener más contacto del necesario con él. Si su simple presencia durante cinco minutos me deja gilipollas perdida, no quiero imaginarme volver a pasar otro día entero con él como el pasado sábado.

Nothing, nichts, rien, res, niente, me da igual el idioma en el que lo diga, todos me llevan a la misma conclusión: nada. No puede pasar nada. Por mucho que me ponga ese maromo de ojos azules, tener algo con él supondría el suicidio de mi corazón. Es mejor que siga siendo platónico lo que me hace sentir.

Ja, platónico dice, una mierda. Ese tío te hace sentir de todo, y nada de ello es platónico.

Cállate, conciencia, mi vida era más tranquila cuando no salías a pasear.

Mucho más tranquila.

CAPÍTULO SIETE

cape cod



MARK

—¿Me estás diciendo que Britney se ha atrevido a visitarte en la agencia? —Mi cara de sorpresa debe de ser similar a la que tiene Ryan, pero es que no me puedo creer que nuestra examiga haya tenido la poca vergüenza de presentarse delante de Violeta para incomodarla.

—Eso mismo os estoy diciendo. Ha venido a comprobar en primera persona que nos casamos. Todo ello enmascarado en una especie de disculpa, que obviamente no me he creído. —Mi amiga le da un sorbo a su cerveza con cara de deleite—. Pero se ha ido calentita, ya te lo digo yo.

—¿Te has enfrentado a ella? —Ryan le hace la pregunta a su chica alzando una ceja.

—Lo he hecho muy diplomáticamente, ya sabes que soy muy educada cuando quiero. —Le guiña un ojo—. Ya tenía a mi guardaespaldas para poner a la rubia en su sitio.

—¿Guardaespaldas? —pregunto sin entender a qué se refiere.

—Sip, todo lo que me he callado, lo ha vomitado Laura. Ya sabéis que ella tiene mucho menos filtro que yo —contesta risueña.

—Ja, ja, ja, ja, ja. Esa es mi chica —suelto sin pensar.

—¿Tu chica?— pregunta Violeta suspicaz.

—Quería decir «nuestra chica» —reculo.

—Ya —contesta Violeta ocultando una sonrisa detrás de su botellín de cerveza.

—Bueno —digo cambiando a otro tema menos peligroso—, el próximo fin de semana viajáis a Cape Cod, ¿no?

—Sí —Ryan pone los ojos en blanco—, espero que esta sea la definitiva. Por la cuenta que nos trae.

—Oye —Violeta mira mal a mi amigo—, no querrás insinuar que estoy resultando pesada, ¿no?

—Un poquito. —Mi amigo junta los dedos índice y pulgar para subrayar sus palabras—. Reconoce que estas un pelín insoportable últimamente. —Ella arruga el ceño y Ryan la abraza por los hombros—. Pero, aun así, yo te quiero —dice dándole un beso en la frente—. Oye, estas un poco caliente. —Pone su mano en la misma—. Joder, Violeta, me parece que tienes algo de fiebre.

—La verdad es que llevo todo el día encontrándome un poco rara —confiesa.

—Mejor nos vamos a casa y te pongo el termómetro. —Se termina lo que le queda de cerveza de un trago, se despide de mí y se lleva a su chica hacia su casa.

Yo salgo del *pub* un rato más tarde, después de terminar mi consumición y de pagar las de los tres. Me ajusto el abrigo en el cuello y me voy, dando un paseo, hasta mi apartamento a pesar del frío de esta noche de finales de febrero. Tal vez, con un poco de suerte, el aire invernal

consiga refrescar los pensamientos que últimamente me tienen de lo más confuso y acalorado. Pensamientos en los que Laura es la protagonista indiscutible cada minuto del día, pero, sobre todo, de la noche.

Cada jodido minuto de mis días.

La semana me va pasando por encima y sin darme cuenta llego al viernes, agotado, estresado y con ganas de desconectar. No he visto a mis amigos en estos cuatro días. Al final, la fiebre de Violeta vino acompañada de un virus estomacal que la ha tenido todo el tiempo en la cama, exceptuando los momentos en los que los vómitos se hacían los dueños de su cuerpo. Ryan, como buen novio, ha estado cuidándola día y noche. Debido a eso, tampoco le he visto el miércoles en nuestro partido semanal. Por eso, descuelgo rápidamente el teléfono cuando veo una llamada entrante de mi amigo.

—Ryan, ¿qué tal está Violeta? ¿Ya se encuentra mejor? —pregunto nada más descolgar.

—Si, esta algo mejor, pero todavía no acaba de remontar.

—Joder, vaya faena —digo—. Espera, pero este fin de semana es lo de Cape Cod—. No es una pregunta, es una afirmación.

—Por eso te llamo. Evidentemente nosotros no podemos ir y necesitamos que vayáis en nuestro nombre —me pide.

—Un momento, ¿cómo que «vayamos»? No estarás pidiéndome que vaya con…

—Exacto. Violeta ya ha hablado con Laura y está al tanto de la situación. Solo falta que hables con ella y os pongáis de acuerdo para mañana.

—No me jodas, tío. Ya tengo planes y te aseguro que son mucho más placenteros que pasar el tiempo con la jodida rubia del demonio.

—Mark, de verdad que si no fuese importante no te lo pediría. Además, pensaba que Laura y tú os habíais empezado a llevar mejor.

—Eso fue un espejismo que vivimos el sábado pasado. No sé, échale la culpa a los Hamptons y su bucólica estampa. Te aseguro que lo único que Laura tiene ganas de hacer conmigo es arrancarme la cabeza de un mordisco. —Acompaño mis palabras con un bufido.

—Ja, ja, ja, ja, ja, anda que no eres exagerado ni nada, tío. Mira, estoy seguro de que a tu «plan» del sábado no le importará que lo pospongas para otro momento, así crecen las ganas. —Vuelve a reírse—. Si perdemos la reserva de Cape Cod, te aseguro que Violeta entra en pánico. Seguro que no quieres verla brotar cual niña del exorcista, ¿no?

—¿Lo dices por su manera de vomitar de estos días? —le vacilo

—Lo digo por la manera en la que empezará a darle vueltas la cabeza como a la protagonista de la película, mamón.

—Ja, ja, ja, ja, está bien. —Suspiro sonoramente para darle pena a mi amigo—. Me sacrificaré por ti, pero que sepas que, si vuelvo sin cabeza, recaerá sobre tu conciencia.

—Anda, mártir, que eres un mártir. Le digo a Violeta que estás encantado de ir por nosotros. —Ahora es él quien se burla de mí.

—Sí, sí, cuando tengas que hablar en mi funeral, veremos si estás tan gracioso.

—Mira que eres dramático. Te dejo, voy a decírselo a Violeta. Ya me cuentas a la vuelta.

—Adiós, capullo —digo antes de colgar.

Me cago en mi amigo y en toda su ascendencia. ¿Cómo narices voy a ignorar las cosas que me hace sentir la amiga de Violeta si una y otra vez el destino se empeña en cruzármela en el camino? Así no, joder, así no. Maldigo en voz alta y busco el nombre de la rubia entre mis contactos del teléfono. Lo coge al tercer tono y, por su voz, tengo la certeza de que le ha hecho tanta gracia la propuesta de mis amigos como a mí.

—Dime.

—Hola a ti también, Lauren.

—Mark, no estoy de humor para aguantar tus pullitas.

—Vamos, rubia, tú nunca estás de humor, no es nada fuera de lo común.

—¿Has llamado para tocarme los ovarios? Porque desde ya te digo que tengo mejores cosas que hacer. —Joder, qué pronto entra al trapo, cómo me pone.

—Supongo que ya te ha contado Violeta las novedades. Por eso te llamo, para ver cómo lo hacemos mañana.

—Si, ya me lo ha dicho. —Suspira—. Mira, Mark, yo ya tenía planes para mañana y no puedo ni quiero suspenderlos. No estoy diciendo que no vaya a hacerle el favor a nuestros amigos, pero para no tenerte pendiente de la hora a la que termine, es mejor que cada uno lleve su coche y nos reunamos allí, ¿te parece bien?

—Vale, no me parece mal. Supongo que eres consciente de que por culpa de la hora a la que nos han puesto la visita a la finca, tendremos que pasar la noche allí. —Tenemos cita a las nueve de la noche, y como el trayecto de vuelta a Nueva York dura algo más de cuatro horas, es inevitable que durmamos en Cape Cod.

—Si, ya lo había pensado. Si te parece bien, reservo dos habitaciones en algún hotel de la zona.

—De acuerdo, yo reservaré restaurante para cenar. Si no te parece demasiado sacrificio cenar en mi compañía.

—Yo no he dicho nada —contesta.

—Pero te estoy oyendo pensar.

—Vaya, hombre, ahora puedes leer la mente. Cuántas virtudes tienes, chulito.

—No me vas a negar que no te hace ni puñetera gracia pasar el sábado conmigo.

—Para saber eso, no necesitas telepatía, lumbreras. —El bufido que pega me hace separarme el teléfono del oído.

—Ay, Lauren, Lauren, llegará el día en el que desearás pasar todo tu tiempo conmigo.

—No lo verán tus ojos, eso ocurrirá cuando se congele el infierno.

—Hum, he oído que Lucifer tiene pensado encargar unos cañones de nieve para su humilde morada. —Me rio—. Quizás seas afortunada y tu deseo se cumpla antes de tiempo.

—Mark, de verdad, deberías dejar de esnifar la cera que te pones en el pelo, te hace tener ideas absurdas.

—Ja, ja, ja, ja. Buenas noches, Lauren, nos vemos mañana en Cape Cod. Disfruta de tu noche de viernes.

—Disfruto de cualquier momento en el que no te veo. Adiós, procura no soñar conmigo.

—No serían sueños, serían pesadillas.

—Seguro. —Es lo último que sale de su boca antes de colgarme.

Y de esta manera, con esta conversación tan tirante, vuelven mis ganas de ella. De averiguar si su piel es tan suave como aparenta. De si se eriza en los momentos de pasión. De si sus labios encajaran en los míos como las piezas de un puzle y si el azul de sus ojos se convertirá en el del mar los días de tormenta cuando la haga mía. ¿He dicho que vuelven mis ganas de ella? No sé a quién quiero engañar, las ganas no me han abandonado desde hace días, qué digo, desde hace meses, porque no sé en qué puto momento empecé a ver a la mejor amiga de Violeta como algo más que eso. En qué momento empecé a obsesionarme con sus curvas, con sus ojos, su boca…

No dejo que mi cabeza vaya más allá, cojo mi móvil de nuevo y llamo a mi cita de mañana, no para posponerla, sino para adelantarla. Creo que necesito de otro cuerpo para olvidar el que me atormenta a cada minuto.

Otra cosa es que consiga olvidar uno con otro. Creo que soy lo suficientemente inteligente para saber que no.

Pero puede que anestesie mis ganas.

O puede que no.

Las primeras horas de la mañana me encuentran con un café en la mano, mirando por la ventana de mi cocina. Otra noche desvelado, otra noche en la que, ni siquiera dibujar ha conseguido relajarme. La perspectiva de pasar la noche del sábado al lado de la mujer que me desespera de la misma manera que me excita me tiene un tanto desconcertado. Es la tercera noche que paso en brazos de una mujer de la que no he podido disfrutar al cien por cien, y todo porque, en el momento más álgido, la cara de Laura es la que me ha acompañado para desestabilizarme y hacerme apretar los dientes por la impotencia. Impotencia por no poder llegar a ella, porque no consigo que se relaje en mi presencia. Salvo en el viaje que hicimos a los Hampton el sábado pasado, cada vez que hemos estado frente a frente, las chispas que han saltado entre nosotros

podrían haber incendiado toda la isla de Manhattan.

Y no me he dado cuenta hasta ahora de lo que me jode. Me he acostumbrado a la rutina de nuestras discusiones, de nuestros piques, y ahora, después de haber conocido a la Laura que se descubrió ante mí el sábado anterior, joder, me he quedado con ganas de más. Quiero que vuelva a sentirse cómoda a mi lado, volver a ver sus ojos brillar cuando habla con tanta pasión de lo que ama, ya sea su familia, su trabajo o sus clases de salsa. Es una Laura de la que podría llegar a… escupo el café que tengo en la boca cuando me doy cuenta de hacia dónde me llevan mis pensamientos. No, no, ni de coña quieres decir que podrías enamorarte de ella, ni siquiera lo pienses Mark. Solo es producto de tu noche de insomnio, de las ganas que le tienes. Si solo pudieses tenerla en tu cama una vez, seguro que te quitas esa puñetera picazón que te embarga cada vez que evocas su cara y su cuerpo. Si, me digo a mí mismo mientras dejo la taza sucia en el lavavajillas y me voy a la habitación a preparar una pequeña bolsa de viaje para pasar la noche fuera. Estoy seguro de que, si me acuesto con ella una sola vez, me dejaría de tantas gilipolleces.

Solo que no lo voy a hacer, ni hoy, ni nunca. Está en juego mi amistad con Violeta, y si ella conociese los pensamientos que tengo con su amiga, me rebanaría las pelotas y se las daría de comer a cualquier animal del zoo de central Park.

Antes de salir hacia Cape Cod, paso por casa de mis amigos para interesarme por Vi, que, aunque sigue con la cara un poco verde (cosa que no me he cortado en resaltar), parece sentirse mejor. Me hago un poco el remolón, consiguiendo que me inviten a comer, y después del café, ya no tengo ninguna excusa para enfrentarme a mi destino (si, Ryan tiene razón y soy un poco melodramático, que le voy a hacer).

Mi coche le va comiendo kilómetros a la carretera, y en el silencio, solo roto por la música que sale del reproductor de CD, dejo volar mi mente hacia el tema que está siendo recurrente en los últimos tiempos, Laura. Arrugo el ceño al intentar averiguar cuáles son sus planes de hoy para no haber podido ir en un mismo coche, o mejor, prefiero no imaginármelos. Porque si esos planes incluyen a su pareja de baile del otro día, me temo que el humor con el que la reciba al llegar a mi destino no va a ser el más adecuado.

Pongo el intermitente al ver el desvío hacia Hyannis y aparco el coche en el muelle, dispuesto a bajarme y sacar un billete para el ferri hacia Nantucket.

Una vez estacionado dentro del trasbordador, me asomo a la barandilla del barco para disfrutar del trayecto hasta la isla donde pasaré la noche. Cuando llego al lugar donde, espero, se celebre la boda de mis mejores amigos, Laura ya está esperándome apoyada en su coche. Tiene una actitud relajada, enredando con su móvil y con una ligera sonrisa en la boca. Disfruto unos segundos admirándola, sé que, en cuanto me vea, esa pose cambiará hasta una más tensa. Bingo. En cuanto es consciente de mi presencia, se envara de tal manera que me hace apretar los dientes jodido por provocar tanto rechazo en ella.

—Hombre, Lauren, esto es puntualidad y lo demás es cuento. —No puedo evitar molestarla.

—Pues a ver si aprendes, chulito. —Sus ojos chispeando por el enfado—. Llevo un rato

esperando, ya pensaba que no vendrías.

—¿Y perderme toda la diversión? Ni loco.

—Bueno, a lo mejor te habían entretenido anoche.

—Y lo hicieron, vaya si lo hicieron. —Miro por encima de su hombro—. Pero siempre cumplo mis promesas.

—Si te parece bien, vamos a ir entrando. —¿Ha sido un atisbo de celos lo que he visto detrás de sus ojos?—. Cuanto antes empecemos con esta tortura, antes podremos irnos.

—Y por tortura, ¿te refieres a toda la parafernalia de la boda o a mi compañía? —Me intriga su contestación.

—¿Quieres la verdad o una mentira piadosa? —contesta entrecerrando los ojos.

—La verdad. Siempre la verdad, aunque duela.

—Ay Mark, Mark —dice dándome palmaditas en la cara, y el simple contacto de su piel hace que me encienda—. Mejor no te lo digo, no quisiera dañar ese ego tamaño campo de fútbol que tienes. —Se adelanta para entrar en la finca, dejándome con dos palmos de narices.

Laura 1-Mark 0.

Como en las otras ocasiones, cuando echamos un vistazo, nos damos cuenta de que este tampoco es el sitio adecuado para celebrar la boda. Después de un rato visitando los alrededores de la finca y tras despedirnos de la empleada que nos lo ha enseñado tan amablemente, salimos de allí decepcionados y con la impresión de que volvemos a partir de cero. Joder, a este ritmo, Ryan y Violeta no se casan. Me paso la mano por el pelo, frustrado, y dirijo la mirada hacia mi acompañante, que parece tan frustrada como yo.

—Joder —pongo en palabras lo que acabo de pensar—, a este paso no hay boda.

—No digas eso, no te atrevas a decirlo. Violeta va a tener su boda ideal, aunque sea lo último que haga.

—Pues tú me dirás dónde coño vas a conseguir un sitio para celebrarlo. Ninguno de los que hemos visitado ha sido de nuestro agrado, ninguno es de su estilo.

Laura me mira un rato más largo de lo normal y luego desvía sus ojos hacia un lado, en concreto hacia la playa, donde unas pequeñas barcas de pescadores se mecen al vaivén de las olas.

—Joder —dice—. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? —Me mira con los ojos brillantes—. Tengo el sitio perfecto para la boda de nuestros amigos.

—¿Y piensas compartirlo conmigo o tengo que adivinarlo?

—¿Te acuerdas del otro día en la cafetería? —Niego, no sé a qué se refiere—. Ryan le dijo a Laura que no le importaría casarse en una playa, acompañados solo de los más allegados.

La miro fijamente mientras su idea se va afianzando en mí.

—Joder, es una idea cojonuda. Una boda en la playa, informal, no hay nada que les pegue

más a nuestros amigos que eso. Sin grandes lujos. Solo celebrando el amor. Laura —no puedo evitar abrazarla y alzarla en el aire—, me encanta la idea. —La dejo en el suelo, pero no suelto el abrazo—. Es maravillosa.

—Yo siempre tengo ideas maravillosas —contesta zafándose de mis brazos—, y tener buenas ideas siempre me da un hambre de lobos. De manera que más vale que hayas hecho una buena elección de restaurante si no quieres tener que vértelas conmigo. —Y por fin, por primera vez desde que nos hemos encontrado, aparece una sonrisa dirigida a mí en su preciosa boca. Más tarde, cuando esté a solas en mi cuarto, pensaré en el motivo de que me haya caldeado por dentro, el motivo de por qué, ese simple gesto, su sonrisa, dedicada a mí, sea lo mejor que me ha pasado en toda la semana.

Cenamos en un restaurante donde la especialidad son los pescados y mariscos y, aunque no la noto tan tensa como cuando nos encontramos, no acaba de soltarse como lo hizo en el anterior viaje. Mantenemos una conversación educada, pero un tanto impersonal. Todos mis intentos por profundizar más en su vida se dan una y otra vez contra el muro que ha erigido a su alrededor. Cansado de su actitud, cuando terminamos la cena, pago la cuenta (no sin antes discutir con ella, que quiere pagar a medias), y conduciendo cada uno nuestro coche, nos dirigimos hacia el hotel.

Una vez en la recepción, Laura le da los datos de la reserva al recepcionista que amablemente busca en el ordenador.

—Lo siento, pero aquí no aparece ninguna reserva con ese nombre —le explica el chico.

—Tiene que haber algún error. Yo misma llamé ayer para hacer la reserva. Por favor, vuelva a mirar. Laura Rojas. Eran dos habitaciones para una noche con desayuno incluido.

—Déjeme que vuelva a mirar —dice el chico solícito.

Laura se vuelve hacia mí extrañada.

—De verdad que reservé ayer. Justo después de colgarte el teléfono —se disculpa.

—Tranquila, seguro que se trata de algún error administrativo, verás como todo se soluciona —intento relajarla.

—Señorita —Laura se vuelve hacia el recepcionista—, ya sé lo que ha ocurrido. Es cierto que hizo una reserva, pero fue para ayer mismo por la noche. Lo siento mucho.

—¿Qué? La madre que me parió. ¿Me equivoqué con la reserva? —Apoya su cabeza en el mostrador y cierra los ojos apretando los labios.

—No te preocupes. —Pongo una mano sobre su hombro—. Seguro que se puede arreglar —me dirijo al chico—: ¿Es posible reservar ahora esas dos habitaciones?

—Lo siento mucho, pero ya no están disponibles. Lo único que nos queda es la *suite*, con una cama doble. Si la quieren, seguro que puedo hacerles un precio especial por lo… inverosímil de su situación. —Sonríe amablemente.

—Nos la quedamos, muchas gracias. —Me entrega las llaves después de firmar todo. Cojo a una atribulada Laura del brazo y me dirijo hacia el ascensor.

—Joder, Mark, vaya cagada. No sé en qué estaba pensando ayer. Siendo una *suite*, seguro

que tiene un sofá, puedo dormir en él y dejarte a ti la cama —me dice cuando estamos frente a la puerta de nuestro cuarto.

—Ni lo pienses. Si alguien tiene que dormir en el sofá, soy yo. Mi madre me arrancaría las orejas si se entera de que no le cedo la cama a una dama —contesto mientras abro la puerta y entramos en una habitación inmensa con una no menos inmensa cama.

Nos quedamos los dos mirando el mismo punto y se produce un silencio incómodo entre nosotros. Silencio que rompe Laura.

—Es absurdo que uno de los dos duerma en el sofá. Con una cama tan grande, ni intentándolo podríamos llegar a tocarnos. —Ya te digo que yo sí lo intentaría, gustosamente—. Podemos compartir cama.

—¿Segura? —pregunto sintiendo la duda en mi voz.

—Por supuesto, solo dame un minuto en el baño para cambiarme y luego es todo tuyo —contesta. Coge su bolsa de viaje, entra en el servicio y cierra la puerta tras ella.

Cojonudo, tantas noches soñando con tenerla a mi lado en la cama, y cuando por fin lo consigo, no es en la forma en la que había imaginado. Me da a mí que va a ser otra noche larga y de insomnio. No sé cómo coño voy a poder dormir sintiéndola a mi lado sin poder tocarla, sin poder hundirme en ella. Esta noche va a ser una tortura.

Una puñetera tortura.

CAPÍTULO OCHO

evita el pecado



LAURA

Tonta, tonta y más que tonta. No sé en qué carajos estaba pensando para hacer mal la reserva. Bueno, sí sé en lo que estaba pensando, o más bien en quién estaba pensando. Pensaba en el maromo que duerme tranquilo al otro lado de esta enorme cama, como si esta situación tan surrealista no le afectase como está afectándome a mí. Pero claro, ¿cómo va a afectarle si está más que acostumbrado a saltar de cama en cama como una ficha de parchís? Salto tres y me como cinco. Joder. En cambio, yo no os quiero contar los sudores que siento por todo el cuerpo. Incluso a esta distancia que nos separa, siento el calor que emana de su cuerpo dormido, o quizás es el calor que desprendo yo misma. Ni idea, pero ¿es normal el calor que hace aquí a principios de marzo?

Me remuevo inquieta en mi lado de la cama, no encuentro la puñetera postura para poder dormir. Mis ojos no hacen más que desviarse hacia el bulto que distingo a mi lado. Bueno, aunque decir «a mi lado» es decir mucho. En el hueco que hay entre los dos, bien puede aterrizar un Boeing 747.

Suspiro, agobiada, debatiéndome entre levantarme y arrasar con el mueble bar que tiene la suite para ponerme como las grecas y saltar sobre Mark al grito de guerra de «haz lo que quieras conmigo» o, por el contrario, ponerme a contar ovejitas o a recitar el extenso santoral español para poder conciliar el sueño. De verdad, Laura, quién te ha visto y quién te ve. Anda que hace unos meses hubieses tú desaprovechado la ocasión de disfrutar de semejante espécimen en todas las posturas habidas y por haber y otras cuantas que podríais inventar juntos. Pero no, me recuerdo, tienes que evitar cualquier relación con el chulito que no sea la estrictamente necesaria, la que no sea verle como el mejor amigo de Ryan y Violeta, y, por extensión, tuyo. Aunque para qué engañarnos, el ojazos y yo no podremos ser nunca amigos, sentimos una animadversión mutua el uno por el otro y, aunque a mí, de vez en cuando, como ahora, me puedan las ganas de él, sería una idea pésima involucrarme de esa manera. Al fin y al cabo, Mark nunca repite dos veces seguidas con la misma tía, y yo… Yo estoy segura de que, una vez conocido su cuerpo, no me conformaría con una sola vez. Por eso debo huir de su contacto como de un vampiro, con cruz y estaca de madera en la mano de por medio.

La luz de la mañana me hace apretar los ojos, cerrados todavía por el sueño que me alcanzó bien entrada la madrugada. De lo primero de lo que soy consciente es de un cuerpo pegado a mi espalda y un aliento en mi cuello. Un brazo masculino me abraza por la cintura y una mano abarca la totalidad de uno de mis senos por debajo de la camiseta que uso para dormir. En mi somnolencia intento recordar con quien acabé la noche y abro los ojos de par en par al darme

cuenta de quién es el dueño de ese pecho musculoso que siento clavado en mi espalda. Y no solo es el pecho lo que siento pegado a mí. Otra parte de su anatomía se está despertando y lo siento muy intensamente allí donde la espalda pierde su nombre.

Soy consciente del momento en el que Mark se despierta, porque le oigo respirar agitadamente, no sé si porque se ha dado cuenta de donde tiene la mano, que ha empezado a mover en una caricia, o tras percatarse de que es mi cuerpo el que está agarrando como si fuese su tabla de salvación.

Ninguno de los dos se mueve y yo disfruto unos segundos más de la calidez que se adueña de mí al sentir su respiración en mi cuello, bueno, quien dice su respiración dice todo lo demás, tampoco voy a pretender ser una santa.

—Mark —intento bromear para acallar mis nervios, y mi deseo, que una no es de piedra—, ¿te has puesto palote por mí?

—Cómo se nota tu escasa vida sexual, Lauren —su voz está más ronca de lo normal y las cosquillas se adueñan de mis bajos fondos—, si no, sabrías que es lo normal en los despertares masculinos. Me hubiese pasado aunque hubiese dormido con un dragón de Komodo.

Me envaro al oírlo, aunque no me aparto. Él tampoco lo hace, nos quedamos así, haciendo la cucharita y con mis ojos sospechosamente húmedos por su respuesta. Tengo que reconocer que me ha dolido. No es plato de buen gusto oírle a un tío decir que te encuentra igual de atractiva que a un reptil autóctono de Indonesia.

—Saca ahora mismo la mano de debajo de mi camiseta si no quieres que te la convierta en un muñón de un mordisco —digo recuperando la compostura.

—Joder, Lauren —dice apartándose de mí—, qué mal despertar tienes.

Me levanto de un salto de la cama, dispuesta a vestirme, pero antes de entrar en el baño para hacerlo me doy la vuelta mirándolo con rabia.

—Cuando pensaba que no podías ser más capullo, abres la boca y, milagrosamente, te superas a ti mismo —le escupo.

Dicho esto, me encierro en el cuarto de baño dando un sonoro portazo. Miro mi imagen en el espejo y maldigo a la Laura que me mira con la cara sonrojada, los ojos brillantes y los labios ligeramente abiertos, todo ello producto del calentón que me ha embargado al sentir el cuerpo de Mark casi fusionado con el mío. Me lavo con agua fría y me visto con rapidez, no quiero pasar un minuto más en compañía de este impresentable.

Cuando salgo del baño, veo a un Mark ya vestido, sentado en el borde de la cama y con la cara enterrada en sus manos.

Levanta la cabeza cuando me oye salir y cruza una mirada arrepentida conmigo.

—Laura, yo… — intenta decirme, pero obviamente no le dejo hablar.

—Mira, Mark, lo mejor que podemos hacer es limitarnos a soportarnos en los momentos que coincidamos con nuestros amigos. Es obvio que no nos aguantamos, que cada vez que estamos juntos en la misma habitación, los puñales vuelan, y no quiero que Ryan y Violeta tengan que

elegir entre uno de nosotros. Intentaré coincidir lo menos posible contigo.

—Eso no es necesario, ambos somos adultos y sabemos comportarnos —contesta en voz baja.

—Está visto que no. Además, yo ya no quiero fingir que me caes bien. Es agotador intentar ser alguien que no soy, medir mis palabras para no empezar una discusión contigo delante de ellos. Cuando no podamos evitar estar en la misma habitación, nos limitaremos a saludarnos educadamente y punto.

—Pero…

—Adiós, Mark. Es una suerte que hayamos venido en coches separados, de esta manera no tenemos que aguantarnos mutuamente. —Cojo mi bolsa de viaje y salgo de la habitación. Intento que no me afecte lo que implica esta despedida. No volver a coincidir con Mark más que lo estrictamente necesario.

Y no entiendo, si esto es lo que quiero, que la sola idea de perderlo de vista me cause más dolor que felicidad, pero es así. En este momento siento como si un puño estrujase esa parte de mi corazón en la que ha empezado a habitar Mark.

Necesito alejarme para volver a respirar, porque estar a su lado me roba el aire. Estar a su lado hace que me olvide de mí misma, de mi bienestar, de mis principios, de mis sueños. Porque, si lo que quiero es una historia de amor como la de mi amiga, debo alejarme lo más posible de esos ojos azules que me nublan la razón. Antes de que sea tarde, antes de que empiece a colarse en mi vida, antes de que sea demasiado importante para poder vivir sin él.

Después de un domingo en el que me he limitado a vagar por mi apartamento, me preparo para ir a trabajar, y soy consciente de que no presento mi mejor cara para enfrentarme al tercer grado de mi amiga y socia. Al fin y al cabo, son muchos años de conocernos y sé fehacientemente que, en cuanto Violeta ponga sus ojos sobre mí, va a saber al momento que algo me ha pasado. En este caso, alguien. Y ese no es otro que Mark, como una apisonadora por encima de mi autoestima.

Entro en la oficina, cargando con nuestros cafés, y respiro aliviada al ver que mi amiga aún no ha llegado. No es que piense en escaquearme de lo inevitable, pero, por lo menos, este tiempo de gracia permite que me recomponga y pueda ofrecerle mi mejor cara. Como diría una famosa folclórica de mi país, «dientes, dientes, que es lo que les jode», pues eso, sonrisa profidén para cuando Violeta aparezca.

No pasan ni cinco minutos desde mi llegada cuando mi alma gemela hace acto de presencia. Se abalanza sobre su café (vaya adicción que tiene al oro negro) y me repasa con la mirada de arriba abajo.

—A ti te pasa algo —suelta así, sin anestesia.

—Buenos días a ti también, salada. —Joder, no ha tardado ni medio segundo en calarme.

—Sí, sí, todos los buenos días que quieras, pero ya puedes estar largando por esa boquita lo

que te tiene tan cabizbaja. —Hace un gesto con la mano para invitarme a empezar a hablar.

—Joder, Vi, a veces creo que tienes el poder de la clarividencia. Das miedito. —Hago un gesto como de escalofrío solo de pensarlo.

—Ya, pero no desvíes el tema de lo importante. Empieza a cantar cual tenor.

—No hay nada importante que contar, solo lo mismo de siempre. Ponnos en una coctelera a Mark y a mí juntos y tienes un cóctel explosivo al instante. No hace falta ni agitar.

Violeta me mira, suspicaz, y te juro que esa mirada sí que es verdaderamente aterradora.

A ver por dónde sale.

—¿Sigues presa de la locura transitoria que te dio hace unos días? —Bingo. Ya sabía yo que esta se olía algo.

—No sé a qué te refieres. —Me hago la loca, o por lo menos lo intento.

—No hace mucho me confesaste en este mismo despacho que te habías imaginado a Mark y a ti compartiendo fluidos. —Arquea las cejas.

—Joder, Vi, luego la bruta soy yo. —La miro un tanto flipada.

—Bueno, son muchos años de andar juntas, algo se me tenía que pegar, ¿no? Desembucha, jodía.

—Está bien, ¿qué quieres que te confiese?, ¿qué Mark me pone? No creo que haya en la faz de la tierra una tía a la que no le ponga. Eso no es nada del otro mundo. —Me encojo de hombros para quitarle importancia al asunto.

—Ya, pero es que no estamos hablando del resto de mujeres del mundo, estamos hablando de ti —me mira fijamente—, de mi mejor amiga, esa que lleva un tiempo, demasiado largo si te interesa saber mi opinión, sin tener sexo ni interesarse por ningún tío.

—Ya, bueno, échale la culpa a mi sequía, que me tiene más caliente que el pico de una plancha.

—Si eso fuese verdad, te pasaría con cualquiera que se arrimase a ti. Pero, corrígeme si me equivoco, no te he oído ningún comentario al respecto hasta ahora. —Me lanza una mirada todavía más profunda—. A ti no solo te pone Mark, te gusta de verdad ¿no?

—Bueno, ¿y qué si es así? —salto a la defensiva—. Tengo más que claro que él solo busca sexo ocasional, no es más que un cimbrel con patas. —Cuando me pongo nerviosa, no filtro.

—Ja, ja, ja, ja. ¿Cómo puedes ser tan burra? —Se tapa la cara con una mano como si fuese un emoticono de WhatsApp.

—Ya ves, son años de entrenamiento. —Le guiño un ojo.

—¿Y qué vas a hacer? —me pregunta.

—¿Cómo que qué voy a hacer? Pues evitarlo más de lo que he lo hecho hasta ahora. —Me fijo en la cara de mi amiga—. ¿Por qué me miras así?

—Mira, Laura, así como el otro día te decía que no te involucrases con Mark, ahora te animo a que lo hagas, a que vivas. Porque si alguna vez es capaz de sentir algo por una tía, no conozco a nadie más adecuada que tú —contesta muy seria.

—Tú estás pirada o la nata del café se te ha subido a la cabeza. Si ni siquiera me encuentra atractiva. Estoy a la misma altura que un reptil a sus ojos.

—¿De dónde coño sacas esa tontería? —pregunta ojiplática.

—De él mismo, de manera que no me vengas con frases de autoayuda y de motivación. Mark ni siquiera dedica dos vistazos a mi persona.

—No estes tan segura —susurra, pero la oigo perfectamente.

—Mira, Violeta, no vas a conseguir que me baje del burro. No pienso avergonzarme más delante de Mark, por eso te pido que, de ahora en adelante, si quieres que te ayude con el tema de la boda, o con cualquier otra cosa, intentes que tu amigo y yo coincidamos lo menos posible.

Mi amiga debe de ver algo en mi semblante porque no ahonda más en el tema; y yo agradezco que lo deje estar de momento.

—Bueno, ahora cuéntame, ¿qué te pareció la finca del sábado?, ¿pasa el filtro?

—Siento decirte que no tiene nada que ver con vosotros —la cara de Vi es un poema—, pero, ahora viene cuando me vas a comer a besos. —Su cara cambia de la pesadumbre al interés—. He tenido una idea cojonuda. Bueno, en realidad la idea la dejo caer Ryan la semana pasada, pero he estado dándole vueltas y creo que es una opción maravillosa.

Los ojos de mi amiga brillan de anticipación y yo sonrío, segura de que le va a encantar la idea. Qué coño, le va a flipar.

—¿Quieres hacer el favor de sacarme de este sinvivir? Mira que te gusta a ti un melodrama.

—¿Qué te parece casarte en la playa? —Vi abre la boca emocionada—. No, no digas nada. Imagínate una pérgola decorada con flores y gasas, unas hileras de sillas adornadas a su vez con flores; y Ryan y tú frente al altar que mirará al mar, vestidos de blanco y descalzos. Lo ideal sería que se celebrase al atardecer, con la luz del ocaso iluminándoos. A mí me parece una estampa preciosa.

Una lágrima rueda por la mejilla de mi amiga que me abraza entusiasmada.

—Dios, Lau, creo que es perfecto. Sencillamente perfecto. Es que ya me lo estoy imaginando. Estoy segura de que a Ryan le va a entusiasmar tanto como a mí. Gracias. —Vuelve a abrazarme—. Voy corriendo a mi despacho a contárselo. Tenemos muchas cosas que organizar. Lo primero es encontrar una playa que se ajuste a nuestros planes. Ay, Lau, gracias por conseguir que vuelva a ilusionarme con mi boda —me dice antes de salir corriendo de mi despacho y de entrar al suyo para contarle las buenas nuevas a su chico.

Me derrumbo en mi silla y cierro los ojos. Joder, estas conversaciones tan intensas pueden conmigo, ya siento el leve pinchazo entre mis ojos que vaticina un buen dolor de cabeza.

Lo más difícil está hecho, que era venderle a Violeta mi idea. Una cosa menos. Ahora me toca idear las mil y una excusas para no coincidir con mi tormento particular.

Seguro que evitándolo durante unas semanas, estas ansias que tengo de él se irán diluyendo en la rutina del día a día. Seguro que el dejar de verlo va a conseguir que no se me aparezca tanto en mis sueños. Voy a dedicar todo mi esfuerzo a anular esta atracción que siento por él. Y como

dice el refrán, un clavo saca a otro clavo, ¿no? Pues voy a poner todo mi empeño en terminar con Kane lo que Mark estropeó la otra noche.

Porque quitarme las ganas con otro cuerpo es el antídoto perfecto para la tontería que me embarga, para dejar de babear como una adolescente cada vez que veo aparecer al arquitecto por una esquina.

Lo dicho, un clavo saca a otro clavo.

Tal vez.

O no.

Ya veremos.

CAPÍTULO NUEVE

el juego del gato y el ratón



MARK

Llevo una semana sin poder ver ni hablar con Laura y estoy que me subo por las paredes, o mejor, que me doy de cabezazos contra ellas. Muy duro y muy fuerte. Porque me lo merezco, joder, me lo merezco. Eso y más.

Echo la vista atrás, hasta la noche que pasamos en aquel hotel de Nantucket, en aquella enorme cama y en lo difícil que fue para mí estar acostado tan cerca, pero, a la vez, tan lejos de ella. Porque en el silencio de la noche, era plenamente consciente de su olor, de su presencia, de cómo lo llenaba todo, del sonido de su respiración, del de las sábanas cada vez que la sentía moverse, de ella.

No sé en qué momento de la madrugada conseguí conciliar el sueño, apostaría algo que fue poco antes del amanecer, tampoco sé en qué momento me acerqué a su cuerpo y me acoplé a ella como dos imanes que se atraen, como dos mitades de un mismo ser.

Fui el primero en despertar, sintiendo su calor, cada curva, cada una de esas puñeteras curvas que me tienen bizqueando desde, ahora lo sé, demasiado tiempo. Fue una puta pasada sentir mi mano llena por ese pecho. Ni grande ni pequeño, simplemente perfecto. Hecho a la medida ideal para mí, para que pudiese acogerlo en mi palma sin que desbordase. Hizo que se despertasen en mí millones de sensaciones, todas ellas maravillosas. Y no voy a ser hipócrita, también hizo que se despertase una parte de mi anatomía que se encuentra en el hemisferio sur de mi cuerpo. Llamadme guarro, salido y todo lo que se os pueda venir a la cabeza, yo simplemente me llamo humano. Disfruté como un pervertido de la tranquilidad que me daba el saber que estaba dormida, que, por ese breve espacio de tiempo, iba a poder tenerla así, pegada a mí sin ser víctima de la amputación de alguno de mis miembros. Noté el preciso momento en el que se despertó y fue plenamente consciente de dónde se encontraba y de la situación. Y tuve que ahogar un gemido de satisfacción cuando no se apartó de mí. Por lo menos, no de inmediato como yo hubiese pensado. No hasta que, producto de mis nervios y mis ganas, solté la primera gilipollez que se me pasó por la cabeza. ¿En serio?, ¿un dragón de Komodo? Joder, si es que me hubiese merecido un par de hostias con la mano abierta.

No me reconozco, sinceramente. Cada vez que estoy con Laura, dejo de ser el hombre seguro y con aplomo que se lleva de calle a cualquier tía que le apetezca, y me convierto en un adolescente inexperto, nervioso ante su primera vez.

Se encerró en el baño, cómo no, yo también hubiese escapado de mí mismo si hubiese podido. Esperé, cabizbajo, a que saliera para poder disculparme por mi cagada. Pero no me dio opción, se encaró a mí nada más abrir la puerta del baño y no puedo explicar la puñalada en el pecho que sentí cuando reconoció que no le caía bien, que no me soportaba, que no me aguantaba. Me dejó tan descolocado que no reaccioné cuando salió de la habitación dando un

portazo. Me quedé allí, sentado, intentando digerir todo lo que me había dicho, intentando averiguar por qué me escocía tanto, por qué, por primera vez en mi vida, me molestaba tanto caerle mal a una mujer. Pasé de psicoanalizarme y, cuando quise salir detrás de ella, Laura ya se había ido, pagando el alojamiento y sin mirar atrás.

Durante esta semana, he intentado hacerme el encontradizo con ella cada vez que he ido a ver a Violeta a la agencia, pero, o es verdad lo que me dice su amiga y está muy ocupada con diversas gestiones que la tienen fuera de la oficina, o esta tía me huele y se escabulle antes de que yo llegue. Apostaría más por esto último. Sí, me juego el cuello.

Miércoles de partido. Después de la paliza que nos ha metido el equipo contrario, sedientos y sudorosos, Ryan y yo disfrutamos de una cerveza en el bar de siempre. Es una costumbre que ya hemos instaurado antes de irnos a casa.

—Bueno, ya te he dejado un rato rumiando lo que sea que te pase, ahora ya puedes contármelo. —Ryan me saca de mis pensamientos.

—No sé a qué te refieres. —Me hago el loco.

—Sí sabes a qué me refiero, o más bien a quién me refiero. —Me mira suspicaz.

—¿Qué sabes del tema? —pregunto.

—Hasta ahora, nada. Solo era una sospecha, pero tú me lo acabas de confirmar. —Sonríe de lado—. Es obvio que hablamos de Laura.

Me paso una mano por el pelo y le doy un trago a mi botellín.

—No sé, tío, no lo entiendo ni yo. No sé en qué momento dejé de verla como una amiga para pasar a verla como… —No sé cómo continuar.

—¿Cómo a una mujer? —Termina mi amigo por mí.

—Pero no como a cualquier mujer. Es más —confieso—, mucho más.

—Te daría el mismo consejo que me diste tú a mí cuando sentía las mismas dudas respecto a Violeta.

—¿Y cuál fue? —No recuerdo ni lo que dije ayer, como para recordar lo que le dije hace más de un año.

—Me aconsejaste que me quitase las ganas que tenía de ella, que aprovechase el momento, que viviese y, cuando llegase la hora de volver a la rutina, me quedase con el recuerdo. Te aconsejaría que hicieses lo mismo si no fuera porque es Laura. Joder, Mark, que es nuestra Laura. —Como si hiciese falta que mi amigo me lo recordase.

—Ese es uno de los motivos que me echan para atrás.

—Y tú eres de los que no repite. Que no te juzgo, ¿eh? Cada uno hace con su vida y con su cuerpo lo que le venga en gana. Pero ella no está en la misma onda en este momento. Ella ya pasó por esa etapa y ahora busca algo más. Y si tú no estás dispuesto a dárselo, es mejor que te apartes y dejes que encuentre lo que busca.

—Y ese es el otro motivo —digo con pena.

—¿Pero? —indaga.

—¿Qué te hace pensar que hay un pero?

—Que nos conocemos desde hace años y sé ver detrás de cada uno de tus malditos gestos. —Su afirmación suena como una sentencia.

—No puedo sacarme a Laura de la cabeza, eso no me ha pasado nunca con ninguna otra. Normalmente, después de acostarme con cualquiera de mis conquistas, automáticamente las borro de mi pensamiento. Pero con ella es imposible, y ni siquiera nos hemos besado. ¿Cómo diferenciar una simple atracción sexual de algo más?, ¿en qué momento supiste que lo querías todo con Violeta?

—No soy consciente del momento exacto en el que lo supe, recuerda que por aquella época era un poco necio y capullo. Supongo que fue en el momento en el que me imaginaba el futuro y la veía a ella en él, en cada rincón de mi casa, en cada pequeña rutina del día a día. Cuando se convirtió en mi lugar seguro, mi sitio de paz.

—Joder, ¿y cómo hago para averiguar lo que siento? Ella me rehúye. Cada vez que me acerco a la agencia, ella hace mutis por el foro, me evita, es como si jugásemos al gato y el ratón. —Mi voz suena frustrada.

—Igual lo mejor es que pongas distancia entre vosotros y lo averigües antes de intentar nada. No sea que te precipites y te des cuenta de que lo que te pasa es solo un calentón y ya sea demasiado tarde para evitar el daño. Ya sabes, los experimentos con Coca-Cola.

Me quedo mirando a mi amigo, sopesando sus palabras.

—Quizás al no verla durante una temporada tus ganas se enfríen —termina.

—O quizás no. —Acabo mi cerveza y me despido de mi amigo.

Ryan me ha dado mucho material para poder darle vueltas al coco durante una buena temporada. Agito la cabeza negando para mí. No sé qué es lo que me ha dado esta tía que no puedo dejar de pensar en ella. O puede que esa sea la cuestión, que no me ha dado nada, no me da cancha y no es algo a lo que esté acostumbrado. Joder, si ni siquiera he probado todavía su boca. Esa boca que no se corta en ponerme en mi sitio. Y así, malhablada y enfadada, incluso así, muero por comérsela. Definitivamente, tengo que poner tierra de por medio para poder darle una tregua a mis pensamientos. Para que esto que me provoca, esto que me hace sentir, se vaya por donde ha venido. Sí, sin duda es la mejor idea.

Sin duda.

Ya.

Después de un mes de mi conversación con Ryan, ya no siento que sea tan buena idea no tener

noticias de la rubia. Creo, o, mejor dicho, sé con seguridad que Laura está evitándome. Anula los planes con mis amigos al enterarse de mi presencia, alega trabajo atrasado, clases de salsa o quedadas con su grupo para salir a bailar. Yo, sacando mi lado egoísta, no dejo de ir a ningún sitio con ellos, esperando, rogando, suplicándole al cielo y a quien sea que mueve los hilos, que alguno de esos días aparezca, que se presente, aunque sea para discutir conmigo, para ponerme contra las cuerdas con su lengua afilada, con su altanería, creciéndose como cada vez que se enfrenta a mí. Pero no, los deseos deseos son, y no siempre se cumplen. Y me mata. Me mata darme cuenta de lo mucho que la echo de menos, de lo mucho que me he acostumbrado en este año a su presencia al lado de Ryan y Violeta. De los planes que hemos compartido este tiempo juntos, sin darle importancia, viéndolo normal. Y ahora, después de más de un mes sin saber de ella, me doy cuenta de que uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde. De que esos momentos, que antes me parecían tan normales, tan rutinarios, de tan poca importancia, ahora los recuerdo como especiales. Cuando antes no valoraba sus sonrisas, sus bromas, sus pullas, ahora daría mi mano izquierda por volver a vivirlo todo. Sin borrar nada. Ni siquiera nuestras múltiples discusiones.

Viernes, y como en las últimas semanas, aquí ando, solo en casa, comiéndome la cabeza. Me siento de lo más absurdo. Me niego a estar así por ninguna tía y mucho menos por una a la que le importo una mierda. No sé qué más necesito para darme cuenta de que no hay nada que hacer, Laura esta vetada para mí. Más vale que lo asuma, lo trague y lo mastique.

Tirando de agenda, quedo con la primera chica que ha descolgado el teléfono. De puta madre, ya tengo plan para esta noche. Mark vuelve al ruedo de las relaciones de un día, del sexo sin compromiso y de los besos efímeros. Así es como he elegido vivir y así es como debe ser. Punto.

Me preparo a conciencia, sin pensar en nada ni en nadie más. Solo cuando estoy peinándome y dándole forma a mis rizos con un poco de cera, viene a mi mente Laura y su comentario jocoso sobre la misma que me lanzó la última vez que hablamos por teléfono. Ignoro la punzada de irritación que me sobreviene al pensar en ella, aprieto los dientes y sigo preparándome, dispuesto a disfrutar de la noche.

Mi acompañante no puede ser más guapa. Alta, una cara de ensueño y un cuerpo con las curvas perfectas para perderse esta noche en ellas. Para dejar aparcadas en sus caderas las ganas que tengo de otra, olvidadas las ansias entre sus largas piernas y prisionero en sus labios el deseo por ella, por la jodida rubia del demonio.

Si todo es tan perfecto, entonces, ¿por qué coño no estoy disfrutando de su compañía tanto como debería? Converso cuando tengo que conversar, pregunto lo apropiado para que se sienta escuchada, sonrío en los momentos adecuados e incluso en un par de ocasiones he cogido su mano y depositado un beso en ella. Pero si me viera desde fuera, con otros ojos, como si hubiese

salido de mi cuerpo y me estuviera observando con mirada crítica, no me reconocería ni mi madre. Me cago en todo, me ha dado más fuerte de lo que pensaba. Lo llevo crudo.

Aunque no me apetece, asiento cuando me propone terminar la noche tomando una copa en un *pub* cercano. Allí nos encaminamos y, nada más entrar y escuchar la música que sale por los altavoces, sé que estoy bien jodido. Estoy verdaderamente en problemas.

Porque la música que suena en este momento es, precisamente, la que le gusta bailar a la rubia. Y como si fuese portador de un radar, sé que ella está aquí, la siento antes de verla. Un escalofrío me recorre de la cabeza a los pies y me doy la vuelta lentamente, buscándola con la mirada hasta que por fin la localizo, y desde el mismo instante en que mis ojos se posan en su figura, sé que no podré desviarlos durante el resto de la noche.

Apoyado en la barra, me empapo de ella, de sus gestos, sus risas, sus movimientos cadenciosos, el vaivén de sus caderas envueltas en unos vaqueros ajustados que no dejan hueco a la imaginación.

No deja de bailar con el mismo chico de la otra vez y resoplo al ver la complicidad que existe entre ellos. Mataría por que solo una de las sonrisas que le regala a su compañero de baile me la dedicara a mí. Pero se ve que hay alguno que nace con estrella y otros, como yo, que nacemos estrellados.

Mi acompañante se ha cansado de mi mutismo y de que la ignore y se ha ido a pastar a prados más frescos o, lo que es lo mismo, ha ligado con un maromo que está más disponible de lo que estoy yo esta noche. No me importa, me parece bien. Al fin y al cabo, pasó a un segundo plano en el mismo momento en el que posé mis ojos en Laura. Sí, soy un gilipollas por cambiar a una mujer dispuesta por otra que me ve como un simple grano en el culo. Llamadme masoquista, iluso o, vale, os permito llamarme algo peor. Seguro que no es más fuerte de lo que me llamo yo mismo. Pero ¿qué le voy a hacer? Me acabo de dar cuenta de que me gusta lo difícil. ¿Y hay algo más difícil que conquistar a Laura? A mí no se me ocurre nada. Es más fácil ganar la lotería (aun sin jugar a ella), que conseguir las atenciones de la rubia.

Ay, Laura, Laura, Laura. Me pierdo en esas piernas infinitas subidas a unos tacones de infarto. Me parece un verdadero arte el que tienen ciertas mujeres de subirse a semejante altura y moverse de una manera tan grácil como lo está haciendo ella. Parece que flota.

La canción termina y le sucede otra. Aunque también es latina, observo un sutil cambio en su melodía. Es, cómo decirlo, más sensual, o llamadme loco por estar pensando siempre en lo mismo, más sexual.

Vuelvo a centrarme en la pareja que está en el centro de la pista de baile y, ¡¡¡JODER!!!, ¿en serio eso que están haciendo ellos es bailar? Me doy cuenta de que tengo la boca abierta y la cierro bruscamente, pero es que me he rozado yo menos con algunas compañeras en la cama de lo que se están rozando ellos para ejecutar ese baile.

Mis ojos se posan en la cara de Laura, creo que es más seguro que fijarme en donde tiene la mano su compañero de baile, que no es otro lugar que donde la espalda pierde su nombre. Laura disfruta de la canción con los ojos cerrados y una sonrisa enorme y preciosa en los labios. Algunos mechones de pelo se le pegan a la cara, imagino que debido al sudor, y tengo que contenerme para no acercarme a ella y retirárselos detrás de la oreja para poder contemplar mejor sus facciones. Y ya que estamos, para darle una buena hostia al tío con el que baila para que quite la mano de su trasero. Afortunadamente, en el último minuto, recuerdo que no soy nadie para tomarme la libertad de estampar mi puño en la cara morena del bailarín que agarra a Laura como si fuese suya. Joder, será mejor que me marche para casa. Aquí no pinto nada y prefiero que no me vea, no tengo ninguna excusa para estar aquí solo, mirándola como un acosador.

Me doy la vuelta, dispuesto a irme, cuando por el rabillo del ojo, veo como se aproxima a la barra. Escondido detrás de una columna, me digo que solo un minuto más. Solo me quedaré mirándola un minuto más, un solo minuto.

Se apoya, bebiendo agua de un botellín y con una sonrisa en la cara, mientras observa a las demás parejas bailar. Es fascinante verla así, relajada, tan a gusto con ella misma, disfrutando de lo que más le gusta.

Hago una mueca cuando veo a un moscón que se arrima a ella con, me imagino, intención de ligar, pero arrugo el entrecejo cuando veo como Laura se tensa y empieza a alterarse al hablar con él. La conversación va subiendo de tono y es cuando ella se da la vuelta con el ánimo de irse y él la agarra con fuerza de la muñeca, cuando decido que ya se terminó lo de ser un mero observador y pasar a la acción.

Como si ella no supiese defenderse sola. Como si necesitase un héroe para rescatarla. Como si no se bastase y sobrase ella misma para sacarse las castañas del fuego. Qué absurdos somos a veces los tíos. O, por lo menos, qué absurdo soy yo.

Laura es mucha Laura.

Procuraré no olvidarlo la próxima vez.

Prometo no olvidarlo.

Por la cuenta que me trae.

CAPÍTULO DIEZ

¿sabéis si los gilipollas vienen de dos en dos?



LAURA

Me he vuelto una experta en el arte del escaqueo o, mejor dicho, en el arte de huir de Mark. Después de mi espantada el fin de semana en Nantucket y de mi charla con Violeta, me las he visto y me las he deseado para no cruzarme con él en ningún sitio. He tenido que sacrificar mis noches en casa de mis amigos para evitar encontrármelo, y después de más de un mes sin tener señales de vida suyas, creo que puedo respirar tranquila.

¿Echo de menos las cenas en casa de Ryan y Vi? Obviamente sí, pero creo que es un daño colateral necesario para mi paz mental. Y sí, en el fondo, pero muy en el fondo… Vale, no, no tan en el fondo (puñetera conciencia), echo de menos los momentos compartidos con él. Todos los momentos que hemos vivido juntos durante este año que hace que nos conocemos. Sonrío para mí, pensando en que no todo han sido discusiones. También ha habido bromas divertidas, piques sin malicia, risas y, para qué negarlo, complicidad, mucha complicidad. Pero esto último es de lo que tengo que olvidarme, lo que tengo que borrar de mis recuerdos, para que no jodan, para centrarme solo en las cagadas de Mark, en sus salidas de tiesto, en todas esas veces que ha insinuado, o ha dicho bien alto y bien claro que no me encuentra atractiva. Joder, si hasta me ha comparado con un dragón de Komodo. Lamadrequeloparió.

Afortunadamente, como la agencia va muy bien, el trabajo ocupa casi todo mi tiempo, y el poco que tengo libre, lo dedico a acudir a más clases de baile de las que iba, a salir más de marcha a los locales de salsa; en definitiva, a cansarme para poder llegar a la cama tan exhausta que su imagen no se cuele por ninguna de mis rendijas, que su recuerdo no se apodere de mi cabeza, de mis pensamientos. Caso aparte son los sueños, ahí ya no tengo el control. Cuando cierro los ojos y la inconsciencia se hace dueña de mí, en esos momentos es cuando su presencia se hace con el mando y puebla todos mis sentidos, haciéndome ver situaciones que no se han dado, pero que he imaginado en multitud de ocasiones, casi desde que el ojazos se presentó por primera vez en la puerta de mi apartamento.

La mayoría de las mañanas me despierto acalorada y creo sentir el cuerpo de Mark pegado al mío, su mano en mi piel, como aquella última mañana que le vi, justo antes de que abriese la boca y lo estropease todo, un momento antes de que yo sucumbiese. Porque sí, si Mark no hubiese hablado; si, en cambio, hubiese seguido acariciándome como lo estaba haciendo cuando me desperté, sé que me hubiese dado la vuelta y me hubiera entregado a él, total y enteramente, para que dispusiese de mi cuerpo como le hubiese venido en gana. Por eso me alegro de lo que pasó. De esa manera, me evité la vergüenza y la humillación de haber sido una muesca más en su cabecero, un cuerpo más en el que enterrarse, un nombre más que olvidar.

—Laura —la voz de Violeta me saca de mi ensoñación, como viene siendo habitual últimamente—, ¿estas bien?

—Claro —contesto—. ¿Por qué no iba a estarlo?

—No sé, últimamente te veo un tanto dispersa, no te noto tan centrada como siempre.

Sé que tiene razón, llevo un tiempo más despistada de lo normal. Mi trabajo, que antes me apasionaba, ha pasado a un segundo plano, y sé que Violeta, que me conoce mejor que nadie en este mundo, ha debido de darse cuenta.

—Nah, no es nada. Estoy pensando en la salida que voy a hacer con mi grupo de baile esta noche y, la verdad, me muero de ganas —intento sonreír pero sé que me ha salido una especie de mueca.

—En los últimos tiempos sales mucho más con ellos. ¿Hay algo que tengas que contarme? —Violeta me guiña un ojo.

—¿A qué te refieres?

—¿A un morenazo que baila que te mueres y tiene pinta de empotrador? —Hace un gesto repetitivo con las cejas, como dándome a entender que ahí hay tema.

—Ja, ja, ja, ja. No te montes películas, entre Kane y yo no ha pasado nada…todavía. —Le guiño un ojo.

—Hummm, de manera que te lo estas planteando —dice.

—Pero, ¿tú lo has visto? No creo que haya ninguna tía con dos dedos de frente que no se planteé tener algo con él.

—Pero solo tú eres la afortunada a la que dedica sus atenciones. —Sonríe.

—Bueno, es mi pareja de baile —respondo.

—Sí, sí, de baile en vertical, pero me apuesto lo que quieras a que él sueña con ser tu pareja de baile en horizontal. —No, si luego la marrana soy yo.

—¿Quién eres tú y que has hecho con mi amiga? —me descojono con ella.

—Bueno, dos que duermen en el mismo colchón… En este caso, dos que se pasan el día juntas…

—Dios mío, he creado un monstruo —la vacilo.

—Si, ja, ja, ja. —Se pone seria a continuación—. Por cierto, en breve va a venir Mark a recogerme para ir a comer. —Me mira dubitativa.

—Entonces —me levanto y me acerco a coger mi bolso y mi americana—, va siendo hora de que la menda desaparezca.

—Lau, ¿no crees que esto es un tanto absurdo? Los dos sois mayorcitos y podéis comportaros civilizadamente —me dice molesta.

—Mira, Vi, entiendo que sea uno de tus mejores amigos y que lo adores, de verdad. Pero tú tienes que entender que yo no siento lo mismo por él —a otro perro con ese hueso—, y que para mí no es cómodo tener que verlo. Cada vez que estamos juntos en la misma habitación, saltan chispas; y no quiero que una de ellas provoque un incendio que os coja a Ryan y a ti en medio.

—¿Estás segura de qué clase de chispas son? —pregunta.

—¿Qué quieres decir? —Me da miedo indagar, Violeta ve más allá de mis palabras, me tiene

calada.

—Existen las que tú dices, cuando dos personas no se soportan, pero también existen las otras, las que provocan un incendio de magnitudes considerables, pero no por fuera. Un incendio que te devora internamente, empezando por el centro mismo de tu cuerpo. Algunos dicen que son llamas; otros, cosquillas, y los más románticos lo llaman mariposas en el estómago. ¿Tienes claro qué clase de incendio es el que te consume a ti cuando estás cerca de Mark? —Bingo. Violeta y sus sentencias demoledoras.

—No digas tonterías. Mark y yo no soportamos tenernos delante el uno al otro —contesto sin mirarla a la cara y me dirijo apresuradamente hacia la salida de la oficina—. Es totalmente imposible que él sienta algo que no sea indiferencia por mí.

—¿Estas segura? —dice detrás de mí. No está dispuesta a dejarme ir así como así y me sigue por toda la agencia.

—Completamente —suelto un segundo antes de que se cierre la puerta. Aunque eso no impide que escuche la última palabra de mi amiga.

—Ya.

La madre que la parió, qué manera de fastidiarme el viernes.

Ya me ha dado munición para pensar. Y sinceramente, hoy no quiero pensar precisamente. Quiero divertirme, quiero bailar, disfrutar, tontear con Kane y olvidarme por unas horas de unos ojos azules que me taladran la cabeza desde hace demasiado tiempo, que ocupan mis pensamientos las noches que paso en vela, que tienen el color más bonito del mundo, como el azul del mar en el Caribe o como el azul del cielo en verano.

Mi color favorito.

No vuelvo a la agencia por la tarde, prefiero teletrabajar desde casa. No quiero que exista la mínima posibilidad de encontrarme con el objeto de mis pensamientos en la oficina cuando acompañe a mi socia.

Después de una tarde bastante productiva, me preparo algo de cenar antes de meterme en la ducha y vestirme para darlo todo en la pista de baile.

No me complico la vida, escojo mis vaqueros preferidos, unos que se ajustan a mi cuerpo como una segunda piel, pitillo, los acompaño con un top lencero en un tono verde aceituna y unas sandalias (en abril ya empieza a hacer buen tiempo por aquí). Meto el móvil, la cartera y mi barra de labios en el pequeño bolso que reposa encima de la cama. Cojo mi americana y las llaves y salgo de casa dispuesta a, como cantan los Hombres G, pasármelo bien.

El local, aunque no es nuevo, está reformado para poder bailar sin sentirse como sardinas en lata. Llevamos ya un buen rato entregados a la causa. Siento como el sudor gotea por mi espalda, pero no me importa. Cuando bailo, nada ni nadie me importa, solo el momento, la comunión que siento con la música y mi pareja de baile que, esta noche, está más cariñoso de lo habitual.

Empieza a sonar «Propuesta indecente» de Romeo Santos y Kane y yo empezamos a bailar *kizomba*, un nuevo baile que llevamos unas semanas aprendiendo y ensayando.

No sé cómo explicaros qué tiene este baile. Es más… Más todo, más íntimo, más sensual, más apretado. Necesitas una conexión especial con tu pareja para que todo salga perfecto, para dejarte llevar por la pista como si, en vez de bailar, flotases. Y no voy a pecar de falsa modestia, pero tengo que reconocer que Kane y yo lo bordamos. Tal vez es por la química que tenemos juntos o por el tiempo que llevamos siendo pareja de baile, pero la verdad es que se nos da realmente bien. Me permito cerrar los ojos mientras él se desliza por la pista de baile abrazándome, sujetándome como amantes bien avenidos, siendo consciente de cada parte de su cuerpo que está pegada al mío. Solo hay un breve momento en que los abro, cuando siento unos ojos posados en mi nuca y soy presa de un leve estremecimiento, pero al girar la cabeza y no ver a nadie conocido, vuelvo a sumergirme en la canción y me dedico por completo a terminar con el baile.

Después de unas cuantas canciones más, me acerco a la barra a beber un botellín de agua, mientras observo a las parejas que llenan la pista disfrutar de la música tanto como lo hago yo.

—Hola, Laura. —Una voz a mi espalda hace que me tense—. Cuánto tiempo sin verte.

Me doy la vuelta mientras me cago en todos los astros y me enfrento cara a cara con mi ex.

—Sean —digo entre dientes—, pensé que no te gustaba venir a estos locales.

—Bueno, a lo mejor han cambiado mis gustos o, a lo mejor, esperaba encontrarte aquí. —Me mira a los ojos.

—No sé por qué querrías eso. Al fin y al cabo, tú y yo terminamos hace más de un año. —No tengo ni idea de qué coño quiere Sean de mí.

—Vamos, Lau. —Nunca me ha gustado que use ese diminutivo que solo utilizan Violeta y mis amigos—. No seas tan arisca. Recuerda lo bien que lo pasábamos juntos.

—También recuerdo que estabas conmigo por lástima. —No puedo evitar contestar.

Se pasa la mano por el pelo, revolviéndoselo, y vuelve a mirarme.

—Me equivoqué, ¿vale? Me asusté de lo seria que se estaba volviendo nuestra relación y tuve que decir lo primero que se me ocurrió para tener una vía de escape. —Cojonudo, ahora me viene con esas.

—Ya. Y, para tener una vía de escape, pisoteaste mi autoestima y mi confianza. Valiente gilipollas —contesto con toda mi mala leche en ebullición.

—Lo siento, de verdad. Ahora me doy cuenta de lo estúpido que fui. No he vuelto a encontrar a nadie como tú, nadie que me hiciese sentir como tú lo hacías. —Intenta poner cara de arrepentimiento, pero no me lo trago.

—Vaya, Sean, ¿por fin se han dado cuenta las tías de que no funcionas tan bien como presumes y se te ha terminado el chollo? Claro, por eso vienes a mí, para recordar viejos tiempos y que te suba el ego, ¿no? Sigue soñando, no volvería a acostarme contigo ni aunque fueses el último tío sobre la tierra.

La cara de arrepentimiento de Sean cambia a una enfurecida.

—No me vengas de digna. No tenías tantos escrúpulos cuando gritabas mi nombre mientras te montaba. —Rebajar de esa forma nuestra breve relación es lo único que me faltaba por oír de su boca.

—Vete a la mierda, Sean —digo mientras me doy la vuelta.

Él me agarra de la muñeca, demasiado brusco, demasiado fuerte.

—Sean —digo sin poder evitar una mueca de dolor—, suéltame. Me estás haciendo daño.

—No. Por lo menos hasta que terminemos de hablar.

—No tenemos nada más que decirnos. —Veo por el rabillo del ojo como la gente empieza a mirarnos—. Suéltame de una vez o…

—O qué, Lau, ¿qué vas a hacerme? Eres demasiado poca cosa para mí.

—Si soy tan poca cosa no entiendo por qué has venido a buscarme.

Sean aprieta su agarre y sé que mañana voy a tener marcas, pero no puedo consentir que vea que estoy asustada.

—Porque en la cama —tira de mi brazo y me acerca a un paso de él—, funcionábamos de puta madre.

Nos quedamos mirándonos fijamente a los ojos y lo que veo en ellos me hace tragar saliva. Veo deseo, pero, ante todo, veo rabia. No deben de rechazarlo en demasiadas ocasiones, y que yo lo haya hecho lo ha encendido de las dos maneras.

—Eso es cosa del pasado, Sean. Tú me apartaste de tu lado y, sinceramente, no tienes ni idea de lo que te lo agradezco —le digo intentando zafarme de su mano, lo que consigue que apriete aún más.

—¿Por qué?, ¿para así poder tirarte a todo el que se te ponga por medio? —escupe rabioso.

—No creo que sea de tu incumbencia con quién me acuesto y con quién no. —Me separo más de él, todo lo que me permite su agarre—. Ahora suéltame.

—Eres una zorra —sisea.

—Creo que te ha dicho que la sueltes. —Me giro hacia esa voz conocida y quiero morirme cuando me cruzo con los iracundos ojos de Mark.

—Mark, no te metas, está controlado —le digo.

—Si, ya veo. —Mira la mano de Sean que sigue agarrándome—. Totalmente controlado. He dicho que la sueltes. —Ahora se dirige a mi torturador.

—¿Y tú quién eres?, ¿el nuevo amiguito de la zorra? —Sean se enfrenta a Mark, pero gracias a eso me suelta la muñeca.

Me froto las marcas que han empezado a salirme y me dirijo a él.

—Eres un gilipollas, Sean, no se te ocurra volver a presentarte delante de mí y mucho menos a tocarme un pelo.

Pero Sean no me hace caso, está demasiado ocupado encarándose con Mark como para escuchar mis palabras.

—No te hagas muchas ilusiones con esta —dice mi ex despectivamente—. Cuando se aburra de ti, te dejará tirado y se irá a por otro mejor, que se lo haga más fuerte y más duro. Es como la mantis religiosa, una vez que te ha usado, te come y va a por su siguiente víctima.

Suelto una exclamación, nunca me habían insultado de esta manera. Me ha hecho sentir sucia. Intento contener las lágrimas que pugnan por salir, pero lo que no salen son las palabras para defenderme.

—Ningún hombre que presuma de serlo habla así de una mujer. —La voz de Mark suena cortante y afilada, fría como el hielo y lo conozco lo suficiente como para saber que se está conteniendo para no pegarle—. Creo que Laura se merece una disculpa.

—Y si no, ¿qué? —Sean lo mira desafiante.

—Si no, tendremos que intentar llegar a un acuerdo afuera —lo reta Mark.

—Mark, déjalo, por favor. Esto no es asunto tuyo. Sean y yo hemos terminado de hablar y ya se iba.

—Eso, Mark —le dice Sean con una sonrisa sarcástica—, no es asunto tuyo.

—Todo lo concerniente a Laura es asunto mío, de manera que discúlpate con ella y vete a dormir la borrachera a tu casa.

—¿Ahora vas a decirme lo que tengo que hacer? —Sean se ríe—. Lo que me faltaba. Laura —ahora se dirige a mí—, tus gustos sobre hombres cada vez son peores.

—Te equivocas —contesto—. Después de estar contigo, ya no podía ir a peor. A partir de ahí, la cosa fue mejorando notablemente. —Sé que le ha jodido lo que he dicho porque intenta dar un paso para encararse a mí, cosa que le impide Mark poniéndose delante.

De repente, no sé de dónde, salen dos amigos suyos que lo cogen de los brazos e intentan llevárselo hacia afuera. A buenas horas aparecen. El daño ya está hecho.

—Vamos, Sean, déjalo. Creo que se te ha ido de las manos, vámonos a casa —le dice uno de ellos.

Se queda un rato mirándome y después se vuelve hacia Mark.

—Te usará y después te joderá y se irá con otro. Recuérdalo cuando te pase. El que avisa no es traidor.

—Eso te pasó a ti por no saber cuidarla, por no estar a la altura de una mujer como ella. A mí no me pasará nunca.

Me quedo muda por las palabras de Mark. Sé que solo lo ha dicho para darle a Sean en los morros, pero es que ha sonado tan bien, tan prometedor, tan definitivo, que las lágrimas que conseguí contener antes, amenazan ahora con ahogarme y tengo que darme la vuelta y salir corriendo para que no me vean derrumbarme.

—Laura. —Oigo a Mark llamarme y salir corriendo detrás de mí, pero no me detengo—. Laura, espera.

Salgo al fresco de la calle y me apoyo en una pared, un poco retirada del bullicio de la gente, para lamerme las heridas en soledad, para recomponerme antes de hacerle frente a Mark, pues sé que no tardará en aparecer.

Como he previsto, a los dos minutos lo tengo frente a mí, mirando fijamente mi cara con sus ojos llenos de inquietud.

—¿Estas bien? —su voz suena tan preocupada como sus ojos y no puedo evitar cerrar los míos—. Venga, te llevo a casa.

—No —digo mirándolo—, ya has hecho todo lo que tenías que hacer. Ya has echado la meadita de rigor a mi alrededor, ya te puedes ir. —No sé de dónde sale mi rabia, pero no puedo evitarlo. Creo que estoy descargando la humillación de las palabras de Sean en él.

—¿Qué coño estás diciendo? —suena sorprendido.

—¿A que ha venido lo de ahí dentro? —pregunto—. Esa lucha de machitos sobraba. Ya estaba todo bajo control.

—Si, ya veo. —Dirige su mirada a mi muñeca que empieza a mostrar las señales de la mano de Sean—. Todo bajo control. ¿Por una puñetera vez puedes dejar tu orgullo y dar gracias por algo? —me dice enfadado.

—¿Las gracias? ¿Por dar el espectáculo ahí dentro? —Lo miro encabronada—. No me hagas reír. Por cierto, el papel de caballero andante no te pega nada.

—Joder, Laura —dice dándose la vuelta y se aleja un par de pasos—, de verdad que uno no sabe cómo acertar contigo. Solo quería ayudarte, ese tío estaba haciéndote daño—. Se da la vuelta, pero sigue lejos de mí.

—Pero podía hacerme cargo de la situación yo sola. Tu presencia lo único que ha hecho ha sido enfadarlo más.

—¿Y qué querías que hiciese? ¿Dejar que te hiriese más? A saber hasta dónde hubiese sido capaz de llegar —me grita.

—¿Que qué quería que hicieses? —Ahora soy yo la que grito—. Que te mantuvieses al margen de mi vida como has hecho hasta ahora. Que me ignorases como lo has estado haciendo todo este tiempo. —Sé que no estoy siendo justa, pero habla el enfado y la impotencia por mí.

—No me puedo creer lo que estás diciendo. —Se pasa las manos por la cara, frustrado—. Eres tú la que me has estado evitando todo este tiempo, ¿te crees que no me he dado cuenta?

—Evitarte significaría que me importas lo suficiente para desestabilizarme, y nada más lejos de la realidad. —Veo el impacto que tienen mis palabras en él porque lo noto encogerse, como si le hubiese dado un puñetazo en pleno plexo solar, apagando la luz de sus ojos en el camino.

—Laura. —Acorta la distancia que nos separa.

Se me queda mirando, apretando los dientes y los puños, como si estuviese evitando hacer o decir algo.

—A tomar por el culo. —Es lo último que oigo antes de sentir los labios de Mark sobre los míos, hambrientos, posesivos, demandantes.

Un segundo, ese es el tiempo que tardo en dejarme arrastrar por el tsunami que provoca esa boca en mi interior, por las sensaciones que despierta el beso en todas y cada una de las terminaciones nerviosas que componen mi cuerpo. Acercándome más a él, se lo devuelvo con las mismas ansias, la misma hambre, las mismas ganas. Introduzco mis manos entre su pelo y tiro de los rizos de su nuca como tantas veces he deseado hacer, y es tan suave como me había imaginado. Él hace lo mismo con mi melena, y deja mi garganta expuesta, lo que él aprovecha para devorármela. Suelto un gemido que se bebe, prestando otra vez su atención a mi boca, volviendo a hacerla suya, a desbaratarme el entendimiento, a dejarme postrada a sus pies, sintiéndome esclava de sus deseos.

Un resquicio de realidad se filtra entre la niebla de deseo que se ha apoderado de mí y me separo bruscamente de él, por aquello de no ser una muesca más en su cabecero, ¿recordáis?

—Laura. —Su voz ronca y sus ojos, más oscuros de lo normal, señales inequívocas de su ansia—. No te vayas. —Me agarra de la muñeca al ver que hago ademán de marcharme.

Dirijo mis ojos hacia ella, que ha desaparecido entre sus dedos.

—¿Tú también me vas a dejar marcada? —Suelta mi mano como si quemase, no creo que haya sido consciente de que me tenía agarrada—. No me basta con un gilipollas por noche, ahora tengo que aguantaros de dos en dos.

Me doy la vuelta precipitadamente, dejándolo mudo, y vuelvo al local. Ya se me han quitado las ganas de bailar, por lo que recojo mis cosas y, después de despedirme de todos, vuelvo a salir al exterior, temiendo y deseando a la vez que Mark me esté esperando.

Pero no. Cuando salgo, allí no hay nadie, al menos nadie que yo espere ver. Llamo a un taxi y, una vez dentro, acomodada en el asiento trasero, me permito derrumbarme. Llevo una mano a mis labios, acariciándolos, extrañando el sabor de Mark, maldiciéndolo por haberme dado una pequeña muestra de lo que sería estar con él. Porque aquí, entre nosotras, debo confesar que ha sido el mejor beso que me han dado en la vida. Y no soy una novata en cuestión de besos. Pero con el de Mark, he sentido cosas… Cosas que llevo tanto tiempo esperando sentir que me ha pillado totalmente desprevenida que haya sido con él.

Mientras rememoro ese beso, pasan miles de imágenes por mi mente. Imágenes de domingos tirados en el sofá tapados con una manta. De paseos de la mano a la orilla del mar. Momentos frente a la chimenea exhaustos después de haber hecho el amor, amodorrados, agotados, satisfechos. Imágenes que, al darme cuenta de que son imposibles, hacen que lo odie por haber conseguido, por un mínimo espacio de tiempo, ilusionarme.

Ya sabes que de ilusión también se vive. Mi puñetera conciencia elige este momento para hablarme, para sacarme de quicio.

Porque sí. Porque es verdad que de ilusión también se vive. Pero también es verdad que todo lo que sube baja. Y si la ilusión te sube a las nubes, te hace alcanzar el cielo con las manos, lo contrario, la desilusión, hace que bajes de golpe, que el trompazo que te pegues no compense todo lo bueno que has vivido primero. Si no, que me lo digan a mí. Que era una experta en

hacerme ilusiones.

Ilusiones que después explotan como pompas de jabón.

Y yo he dejado de ilusionarme.

He dejado de ser una ilusa.

Claro.

Sigue soñando. O «no» ilusionándote.

Puñetera conciencia.

CAPÍTULO ONCE

maldita la hora en la que la probé



MARK

La veo escapar de mí y siento la rabia y el mal humor correr como lava ardiendo por mi cuerpo. Doy un puñetazo a la pared y maldigo cuando siento como la piel alrededor de mis nudillos se rasga y la sangre empieza a brotar de ellos. Joder, ahora a mi malestar le tengo que sumar una mano destrozada. Me encamino hasta donde tengo el coche aparcado y, ya sentado detrás del volante, apoyo la cabeza en él y cierro los ojos frustrado con la situación. Sé que me he comportado como un maldito troglodita, que Laura es lo suficientemente inteligente para lidiar sus propias batallas sola. No necesita que un caballero de brillante armadura la saque de ningún apuro, es muy capaz de quitarse a los tipos como Sean de encima. No tengo excusa, pero solo el ver cómo ese gilipollas la ha agarrado, la manera de tratarla, su forma de insultarla ha hecho que una bruma roja nuble mi vista y el deseo de romper su maldita cara de un puñetazo se ha apoderado de mí. He conseguido controlarme a duras penas, sé que, si le hubiese pegado, el poco respeto que Laura tiene por mí se hubiese ido por el desagüe. Lo que no he podido controlar ha sido el impulso de defenderla. Cualquier hombre con dos dedos de frente lo hubiese hecho en mi lugar. Por eso estoy tan cabreado. No entiendo los motivos de Laura para hablarme como lo ha hecho. ¿Qué quería que hiciese? ¿Que la dejase a merced de ese energúmeno? ¿Que permitiese que fuera más allá de los insultos? Bastante me ha jodido ver las marcas que su agarre ha conseguido que empiecen a adornar su muñeca. No sé si estoy más enfadado al recordar eso o al pensar en cómo se ha molestado conmigo, injustamente a mi parecer. Lo que ha rizado el rizo es el momento en el que me ha puesto a la altura de su exnovio. Joder, nunca, en mi puñetera vida, trataría a una mujer como ese tipo la ha tratado a ella.

Puedo ser muchas cosas, un mujeriego, un bala perdida, pero, incluso cuando no siento nada por la mujer de turno con la que me acuesto, desde el principio dejo las cosas claras. Mi opinión sobre las relaciones no es otra que yo NO tengo relaciones. Punto. Antes de llegar al final con cualquiera de ellas, me aseguro de que lo tienen tan claro como yo. No es culpa mía que alguna se haga ilusiones y se imagine un futuro más allá de un par de encuentros entre las sábanas. No engaño, no miento, pero, sobre todo, no maltrato.

Creo que un hombre que maltrata a una mujer es el ser más mezquino que puede existir sobre la faz de la tierra. No merece ni el aire que respira. Ninguna mujer es pertenencia de ningún hombre, y viceversa. Eso deberíamos tenerlo claro, principalmente ellas. Toda mujer es libre de elegir con quién quiere pasar su tiempo libre, a quién entregarle su cuerpo y su corazón.

Puede sonar raro viniendo de un tío como yo, reticente en temas del corazón. A ver, no es que no crea en el amor, claro que lo hago, y más después de ver a mi mejor amigo caer rendido a los pies de su chica, simplemente pienso que no es para mí.

Imágenes de Laura devolviéndome el beso, con las mismas ganas, la misma hambre, la

misma necesidad, se mezclan con otras, imaginarias, de los dos enredados entre las sábanas de mi cama, las mismas sábanas en las que no he dejado entrar nunca a ninguna mujer.

Pero el enfado le gana la batalla a la necesidad de ella y, dispuesto a ser yo el que la ignore en esta ocasión, arranco el coche y enfilo hacia mi apartamento. Esta vez voy a ser yo el que la evita, el que no quiere verla. Me ha hecho más daño con sus palabras del que estoy dispuesto a admitir y, si lo que quiere es tenerme lejos, por todos los demonios que lo va a conseguir.

Lástima que ya se haya metido dentro de mi piel, que haya llenado mis sentidos de ella, que me haya vuelto adicto a su olor, a su sabor.

Lástima que la haya probado.

Maldita la hora en la que la probé.

Evito durante toda la semana la oficina de Violeta, prefiero huir de las tentaciones. Tampoco estoy muy seguro de cómo me recibiría la rubia si me viese entrar por la puerta. Valoro demasiado mis pelotas para arriesgarme a que me las patee. De todos modos, sigo aún demasiado enfadado como para querer verla o, por lo menos, para querer enfrentarme a ella.

Después de casi dos semanas sin tener noticias mías o, más bien, solo obteniendo pobres excusas cada vez que alguno de mis mejores amigos propone algún plan, Violeta coge el toro por los cuernos y me emplaza a comer en el restaurante italiano al que solemos ir, sin darme ninguna opción a escaquearme.

Sentado enfrente de mi amiga, después de pedir lo de siempre (somos animales de costumbres), mantenemos una conversación intranscendente, pasando de puntillas por lo que, estoy seguro, Violeta está deseando preguntar.

—Entonces —indago—, ¿ya tenéis pensado en qué playa os vais a casar?

Los ojos de mi amiga se iluminan y me quedo maravillado por la luz que desprende cuando está feliz.

—Síií. Después de darle una y mil vueltas, hemos decidido que no hay un sitio mejor para casarnos que las maravillosas playas de mi país. Volveré a España, a Santander, para casarme. —Sus ojos se emocionan solo con pensarlo—. Ryan es tan generoso que ha dejado en mis manos la elección. Sabe lo especial que es para mí volver allí para algo tan importante como mi boda. El mes que viene iremos una semana para arreglarlo todo, escoger playa y esas cosas.

—Eso es maravilloso. Tienes a mi amigo babeando a tus pies, lo sabes, ¿verdad?

—Oh, te aseguro que es mutuo. Mark, nunca pensé que yo, que era totalmente escéptica en el amor, encontraría algo mínimamente parecido a lo que tengo con él. —Una lágrima de felicidad se escapa de la comisura de uno de sus ojos.

—No sabes cómo me alegro. —Cojo su mano por encima de la mesa—. Por ti, pero sobre todo por él. Desde que te conoció, es otro tío, más cercano, sin toda esa máscara con la que se cubría para aparentar algo que no es, que nunca ha sido. Gracias por traerme a mi mejor amigo

de vuelta —le digo apretándole la mano.

—Oh, vamos —me contesta emocionada—, yo no he hecho nada. Tu amigo estaba ahí, solo necesitaba un empujón para salir a la superficie.

—Lo sé. Afortunadamente, tú apareciste en el momento adecuado para sacarlo a flote. Y no sabes lo agradecido que estoy por que le dieses otra oportunidad después de la manera tan gorda en la que la cagó.

Violeta se ríe a través de las lágrimas que no puede evitar soltar.

—Eh. —La miro fijamente—. ¿Estás bien? ¿A qué vienen esas lagrimas?

—No sé. —Se limpia la cara con la servilleta—. Últimamente lloro por todo. No sé qué coño me pasa. Debe de ser la emoción por la boda.

—Sí. —Estoy de acuerdo con ella—. Eso debe de ser.

—Bueno. —Violeta me mira y sé que ahí viene la conversación que tanto estaba evitando—. ¿Y qué pasa contigo y con Laura?

—No pasa absolutamente nada —digo con los dientes apretados.

—No me tomes por idiota. —Mi amiga me mira con los ojos entrecerrados—. Sé que algo ha pasado entre vosotros. Laura me contó por encima el incidente con Sean de la otra noche. —Aprieta los labios—. Sé que tu saliste en su defensa. Pero también sé, y no es porque ella me lo haya contado, que paso algo más. Algo que tiene a mi mejor amiga callada y cabreada. No hay quien hable con ella, todo lo contesta con monosílabos, se pasa el día sumida en sus pensamientos. Vamos, que está que no aguanta una avispa en un cojón, salta a la mínima de cambio y está tan tensa que temo que se rompa con una ligera brisa que la roce. ¿Vas a contármelo tú o voy a tener que montarme mi propia película en la cabeza? Mira que tengo bastante imaginación.

Observo a mi amiga y sé que no va a dejarlo ir a no ser que le dé algo de información para que se quede tranquila.

—Está bien. Discutimos. No le gustó que saliese en su defensa y así me lo hizo saber cuándo estuvimos a solas. ¿Contenta?

Violeta me mira suspicaz antes de volver a hablar.

—No. Lo normal entre vosotros es que terminéis discutiendo. No sé por qué esta vez eso iba a dejar a mi amiga tan alterada como está. Vas a tener que ser más concreto si quieres que te deje en paz.

Maldita sea, me cago en Violeta y en su insistencia.

—La besé. ¿Vale? La besé y ella me devolvió el beso. Y fue… Fue lo mejor que he sentido en la vida. —Termino confesando a media voz.

Mi mejor amiga abre unos ojos como platos y se queda mirándome fijamente. Pasamos un rato en silencio. Supongo que ella está asimilando la noticia del beso. Yo… Yo simplemente rememorándolo.

—Mark —empieza a decir y no sé si va a gustarme lo que me diga, su cara se ha vuelto

sombría—, a ti te quiero mucho, pero por Laura mato. No me hagas escoger entre los dos porque saldrías perdiendo.

—¿Qué quieres decir con eso? —No demuestro lo que me han impactado sus palabras.

—Que no le hagas daño. Sé cómo eres con las mujeres. Y a pesar de que puede, solo puede, que le haya aconsejado que se tire a la piscina contigo —me mira fijamente porque acabo de abrir la boca como la de un buzón—, pensando que así se quitaría las telarañas, al ver lo encerrada en sí misma que lleva toda la semana y enterarme ahora de que es por un simple beso, creo que no es buena idea. Aunque pensaba que sí, veo que sigue sin estar en ese punto. Ella quiere más, necesita el lote completo. Si no puedes darle lo que se merece, retírate y deja que otro ocupe ese lugar. —Me mira serena, pero con una férrea determinación en sus ojos. Sé que no dudaría en dejarme a un lado si hago sufrir a su amiga.

—Dame un voto de confianza, ¿vale? —Me paso una mano por el pelo—. Solo necesito asimilar lo que Laura me hace sentir.

—¿Y qué es? —No está dispuesta a dejarlo estar.

—NO SÉ —levanto la voz, pero la bajo al ver que alguna cabeza se ha girado hacia nosotros —. No sé, de verdad. Solo sé que es diferente a lo que siento cuando estoy con cualquier otra mujer. Pero no me pidas que le ponga una etiqueta a esto.

—Entonces —se termina su postre y se limpia la boca antes de dejar la servilleta en la mesa —, déjala ir. Deja que encuentre a alguien que sepa apreciar lo maravillosa que es y todo lo bueno que es capaz de dar.

Solo de pensar que pueda encontrar a otro, que se enamore de otro tío que no sea yo, hace que se congele mi sangre dentro de las venas. Este detalle debería darme pistas sobre lo que siento por Laura, pero si algo he sido siempre es un gilipollas emocional, de manera que hago caso omiso a las señales y asiento a mi amiga.

—Está bien, me haré a un lado. —Violeta se levanta dispuesta a irse de nuevo hacia su oficina—. Solo me acercaré a ella como amigo. Si me acepta.

—Estoy segura de que lo hará. Si estás seguro de poder verla solo como a una amiga. —Oigo duda en su voz. Pero lo he dicho totalmente convencido, prefiero estar al lado de Laura, aunque sea como amigo, que no volver a tenerla de ninguna manera.

—Lo estoy.

Espero que Violeta tenga más confianza en lo que he dicho de la que yo tengo en mí mismo.

No olvidéis que ya he probado su boca, que su sabor se ha acomodado en mis papilas gustativas y ha campado a sus anchas en ellas, haciendo que sea mi sabor favorito en el mundo. Un sabor que espero volver a degustar, qué coño, es un sabor que no quiero dejar de paladear nunca, jamás.

Mierda.

Estoy jodido, ¿verdad?

Realmente jodido.

Mayo se va escapando entre los dedos. Cumplo con la petición de mi amiga y no me acerco a Laura. Eso no significa que puede que dos o tres veces (vale, ya serán algunas más), haya pasado por enfrente de su oficina a la hora exacta en la que ella sale de trabajar y me haya empapado de su imagen sin que me viese, cual acosador perturbado. Nadie dijo que fuese fácil alejarse de una adicción y, por mucho que lo intente esconder, Laura se ha convertido en la mayor de todas.

Las cosas en el estudio tampoco es que vayan viento en popa. En todas y cada una de las ocasiones en las que me asignan un trabajo, mi padre y sus socios echan por tierra todos mis intentos por innovar, por modernizar los diseños. Esto es algo que me frustra y me desmotiva. Por eso paso por la oficina con el piloto automático, hago lo que me piden, dibujo lo que me exigen, sin poner el alma en ello, dejándome guiar hacia lo que sus mentes obsoletas quieren. No es ni la primera ni la última vez que se me pasa por la cabeza el mandar todo a la mierda y empezar en otro sitio o incluso abrir un estudio de arquitectura por mi cuenta. Me hace falta el empuje para hacerlo, me gana el miedo al fracaso, a escuchar de boca de mi padre reproches y advertencias que acaben con mi seguridad en lo que hago, en lo que defiendo.

Es cuando llego a mi apartamento y me meto en mi despacho cuando saco de mi archivador los planos de mi casa soñada, del proyecto de mi vida, que vuelven mis ganas de independizarme laboralmente. Cuando veo las líneas sencillas pero elegantes de mis planos, los dedos me cosquillean por el deseo de construir la casa de mis sueños, de hacerla realidad y llenarla de todas esas cosas que anhelo, de transformarla en hogar. Pero cada vez que la imagino como eso, como un hogar, solo se viene la imagen de Laura llenándola, participando de su decoración, haciéndola suya, nuestra.

Todas esas noches acabo gimiendo de frustración, recordándome que no puedo meterme en su vida y desbaratársela, no hasta que entienda qué está pasando dentro de mí, si esta obsesión que siento por ella es solo un calentón o va más lejos.

Le prometí a Violeta no hacer nada hasta tenerlo bien claro, y maldita sea si no tengo la cabeza más embarullada que antes. Hasta que no desate los nudos que la componen, no puedo, no, no debo acercarme a ella.

Inevitablemente, todas mis noches terminan conmigo en la cama, un poco más borracho de lo que debería, añorando algo que todavía no he tenido, el cuerpo desnudo de Laura entre mis brazos, entre mis piernas. Solo gracias al alcohol consigo que el sueño se apodere de mí. Solo en sueños consigo la liberación de mis deseos, porque solo en mis sueños, consigo dormir abrazado a ella.

Abrazado a Laura.

CAPÍTULO DOCE

¿en serio, violeta?



LAURA

Debería dejar de darle vueltas a la cabeza y no regresar una y otra vez a la maldita noche en la que Sean se cruzó de nuevo en mi camino. Sinceramente, todo lo ocurrido con él, sus palabras, sus insultos e incluso las marcas que dejó en mi piel y que poco a poco van desapareciendo, ha quedado en el olvido. Me niego a dedicarle un minuto más de mis pensamientos a semejante capullo. Eso forma parte de mi pasado y, como tal, ahí se debe quedar. Solo espero no volver a encontrármelo frente a frente. Tal vez, la próxima vez que lo vea, no me limite a golpearlo con mis palabras, quizás una parte de su anatomía, de la que está sumamente orgulloso, sufra algún tipo de consecuencia.

Lo que me tiene en un estado permanente de enfado es otra cosa. Lo primero, la actuación de Mark. No sé de dónde demonios salió, ni en qué momento se le ocurrió meterse en medio de la discusión que mantenía con mi ex. No es que no agradezca su intención de defenderme, entiendo el fondo, pero no las formas. Se comportó como un maldito novio celoso y, si soy sincera, eso me hizo anhelar algo que sé que es totalmente imposible. Las palabras que le dedicó al finalizar, antes de que los amigos de Sean se lo llevasen, acabaron de crear dentro de mí una necesidad improbable de conseguir. Porque sus palabras finales sonaron tan bien, tan a un nosotros juntos, que consiguieron derrumbarme y abrir las compuertas de mis lágrimas.

La segunda razón de mi enfado son los absurdos sentimientos que empiezo a albergar hacia él.

Tengo que confesarme a mí misma que, desde que lo conocí hace poco más de un año, empecé a notar ciertas emociones dentro de mí cada vez que pensaba en Mark. Quizás, solo quizás, empecé a comparar a cada hombre que se acercaba a mí con él. Y quizás, solo quizás, él sea una de las razones por las que me he sumido en esta sequía sexual.

Por todo esto, en las últimas semanas, me he cerrado como una ostra y ni siquiera mi mejor amiga consigue sacar de mí más de dos palabras. Encima, Violeta me confesó que estuvo hablando con él, y este le dejó claro que quiere tenerme en su vida como amiga. Ja, como amiga. Como si para mí fuese fácil estar cerca de él sin desear saltarle encima y fundirme con su cuerpo. Mecagoentodoloquesemenea. Si no me hubiera quedado claro que Mark no siente nada por mí, se me acabaron de abrir los ojos cuando Violeta pronunció la palabra «amigos».

De acuerdo, si eso es lo que quiere, eso es lo que va a tener. Voy a sacármelo de la cabeza como a un mal recuerdo, va a tener a su lado a la amiga más sonriente y afable del mundo mundial.

Aunque me joda. Aunque me mate.

Después de una semana en la que el trabajo se me ha hecho cuesta arriba, este viernes solo tengo ganas de llegar a mi apartamento, prepararme algo rápido de cenar y sentarme delante de la televisión con una copa de rioja (gracias, papá por tus envíos), para ver alguna serie completamente insustancial que consiga apartar cualquier clase de pensamiento de mi cabeza. Pienso pasarme lo que queda de tarde y toda la noche tirada en el sofá, comiendo comida basura y llorando a moco tendido. Viendo historias de amor de otros para olvidarme de mi nula vida sentimental (y sexual, para qué engañarme).

Estoy a la mitad de *El diario de Noa* cuando el teléfono comienza a vibrar debido a los mensajes entrantes. Consigo ignorarlo durante un rato, pero, al oír los insistentes pitidos, no puedo evitar levantarme y desconectarlo del cargador para ver quién coño tiene tanto interés en contactar conmigo.

Paso por alto el chat del grupo de baile, todos sabían que hoy me descolgaba del plan, y voy directamente al chat de la boda.

LA BODA DEL AÑO

VI

Chicos, os necesito en casa esta noche. No acepto un no por respuesta.

RYAN

Os invitamos a cenar

CHULO PREPOTENTE

Lo siento, ya tengo planes. No contéis conmigo

VI

He dicho que no acepto un no

RYAN

Más te vale que muevas tu culo y te presentes en mi casa para cenar si no quieres que te lo patee.

CHULO PREPOTENTE

Está bien, tampoco es que mis planes fuesen importantes ni nada (léase con tono sarcástico).

RYAN

Sabia decisión😊

VI

¿Lau?

Me muerdo el labio, no sé qué contestar. Es verdad que me había propuesto ver a Mark solo como un amigo, pero no sé si estoy preparada para enfrentarme a él, con el convencimiento de que no me ve como a mí me gustaría que me viese.

YO

Lo siento, esta noche no puedo ni con mi alma. Creo que hoy paso.

VI

¿Qué parte de no aceptar un no por respuesta no has entendido?

RYAN

Lau, si en algo valoras tu integridad física es mejor que hagas caso a tu amiga.

VI

¿Estas insinuando algo?

RYAN

Solo que últimamente pareces un gremlin al que han mojado después de la medianoche.

CHULO PREPOTENTE

Uff, colega, me parece que esta noche duermes en el sofá 😉

RYAN

Tú no tienes que aguantar sus malditos cambios de humor.

VI

Y por supuesto, este es un lugar cojonudo para decirlo.

CHULO PREPOTENTE

Igual de bueno que cualquier otro. Vi, no olvides que convivimos contigo a diario. Reconoce que últimamente estas demasiado intensita.

YO

Está bien, está bien. No discutáis. Me visto y salgo hacia vuestra casa.

RYAN

Perfecto. A ver si tú consigues que se relaje 😉

VI

Que te den, rubito.

CHULO PREPOTENTE

Oh, vamos, me apuesto a que estáis cada uno en un lado del sofá. Dejad el puto móvil y reconciliaros.

Un emoticono haciendo una peineta es la respuesta de Ryan a su amigo y no puedo evitar soltar una carcajada. Dejo el móvil en la mesa y me levanto para darme una ducha y ponerme algo cómodo para cenar en casa de mis amigos. Solo espero que la noche pase lo más rápido posible y tenga que interactuar lo mínimo con Mark. Me preparo mentalmente para volver a verlo después de nuestra última discusión. Me meto en mi habitación y empiezo a sacar la ropa para enfrentarme a mi suplicio personal.

Que Dios me pille confesada.

Soy la última en llegar, me doy cuenta en cuanto entro en el apartamento de mis amigos y los veo hablando animadamente en la cocina mientras Violeta va de aquí para allá preparando algo de picoteo. Dejo la botella de rioja que traigo en la encimera y respiro hondamente antes de darme la vuelta y enfrentarme a la mirada azul de Mark.

—Hola, parejita. —saludo—. Hola, Mark. —Espero que no se haya notado el leve temblor de mi voz cuando me he dirigido a él. Joder, ¿podría ser un poco menos imponente? Todo en él rezuma atractivo enfundado en un polo del color de sus ojos y unos vaqueros desgastados.

—Hola, Laura —contesta sin mirarme. De puta madre, ¿dónde ha quedado lo de ser amigos? Parece que él se lo pasa por el forro.

—Bueno —continúo intentando olvidar el incómodo momento—. ¿Qué es eso tan importante que no puede esperar y me ha sacado corriendo de la comodidad de mi sofá?

—¿Hoy no hay salida para bailar? —se interesa Ryan.

—No tenía muchas ganas, estaba agotada. Ha sido una semana un poco dura en el trabajo.

—¿Acabaste con el viaje para tus padres? —pregunta Violeta metiéndose una aceituna en la boca.

—Sí, ya está todo finiquitado. —Sonrío a mi amiga.

—¿Has preparado un viaje para tus padres? —Ryan parece sorprendido—. No sabía nada.

—Sí. Bueno, es un regalo que les hacemos entre mis hermanos y yo. Un crucero por los fiordos noruegos. Nunca han hecho un viaje más allá de nuestras escapadas al pueblo y un par de veces a las islas. Creo que se merecen disfrutar un poco de su jubilación.

Mark presta atención a nuestra conversación, pero no participa de ella, se limita a permanecer como observador.

—Es un detalle precioso. —Mi amiga se pone a llorar y los tres que estamos con ella no podemos evitar mirarla extrañados.

—Oh no, otra vez no. Violeta, de verdad, estas empezando a preocuparme. —Ryan se acerca a ella y la refugia en sus brazos—. ¿Todo esto es por la boda?, ¿te estas arrepintiendo?

—No, de verdad que no. —Se sorbe las lágrimas—. No pienses ni por un minuto que no quiero casarme contigo.

—¿Entonces? Deberías estar contenta, en un par de semanas vuelas a casa para prepararlo todo. —Me acerco a ella y cojo su mano—. ¿No estás emocionada?

—Sí, no, sí, solo que… —Se suelta de mi mano y sale precipitadamente de la cocina dejándonos a todos ojiplaticos.

Los tres la seguimos y nos la encontramos sentada en el sofá con la cara enterrada en sus manos.

—Lo siento. —Levanta la cara, que está anegada de lágrimas—. Lo siento mucho, Ryan.

—Joder, Vi, me estás asustando de verdad. —Su chico se sienta a su lado y le pasa un brazo por los hombros—. Cuéntame lo que te preocupa.

—No puedo ir a Santander —contesta en voz baja.

—¿Quieres casarte en una playa de aquí? Nena, si eso es lo que quieres, eso es lo que tendrás. No es tan grave.

—No, no es eso. Sigo queriendo casarme en mi casa, en mi ciudad.

—¿Entonces? —Por fin Mark abre la boca—. ¿Quieres contarnos lo que te preocupa?

—Yo… —Las palabras se atascan en su boca—. Yo…

—Tú, ¿qué? Joder, cariño, estas acojonándome. —Miro a Ryan, que empieza a ponerse verdaderamente nervioso.

—Estoy embarazada. —Una vez que lo ha dicho, ya no puede parar de hablar—. No tengo ni idea de cómo ha pasado. Bueno, sí, no me refiero a la práctica, sino a la teoría. Pero puede haber sido cuando tuve ese virus estomacal por el que no dejé de vomitar en días. Seguro que eso hizo que los anticonceptivos fallasen. —Mira a su chico, que no puede quitarle los ojos de encima, mientras se muerde los labios nerviosa—. Sé que todavía no habíamos hablado nada de tener hijos, ni siquiera sé si entran en tus planes de futuro inmediato, pero…

—¿Voy a ser padre? —La voz de Ryan suena una octava por encima de lo normal—. ¿Vamos a ser padres? Joder.

Mi amiga cierra los ojos y al abrirlos veo en ellos una disculpa.

—Lo siento —contesta en voz baja.

Nadie es capaz de decir nada más porque, en ese momento, Ryan se levanta del sofá y arrastra a mi amiga con él, para levantarla en el aire con una cara de pura felicidad.

—Amor, es la noticia más maravillosa que podías haberme dado en la vida. Un hijo tuyo y mío. Una pequeña Violeta. Es como un sueño. —Empieza a llenar su cara de besos.

—O un pequeño Ryan. —Rompe a reír ella entre las lágrimas—. Dios, sé que tendría que habértelo dicho a solas y en el mismo momento en el que me enteré, pero tenía mucho miedo de que no te lo tomases bien. También sé que es demasiado pronto. Esto lo deberíamos haber decidido entre los dos, no que nos lloviera del cielo de un día para otro.

—No podía llegar en mejor momento. Prepararemos la boda y después, tranquilamente, la llegada del bebé. —No puede caber una sonrisa más grande en la cara de mi amigo.

—Oh, mierda. —El exabrupto de Violeta hace que todos la miremos.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta Mark, que está igual de emocionado que su mejor amigo.

—Voy a parecer una morsa varada el día de la boda. —Rompe a llorar de nuevo—. Puñeteras hormonas —escupe.

La salida de mi amiga nos hace reír a todos, que nos acercamos a abrazarla para felicitarla. Cuando me separo y veo a la feliz pareja en un apretado abrazo, compartiendo este momento tan maravilloso, una pequeña punzada de celos y de anhelo me recorre por dentro. Solo dura un segundo, pero eso no impide que lo sienta y que me pregunte la razón por la que yo no puedo

tener algo como lo que tienen ellos. Mis ojos se llenan de lágrimas y hago un esfuerzo para contenerlas, no es el momento. Luego, en la soledad de mi casa, podré dar rienda suelta a este dolor que me embarga. Ahora es el momento de mis amigos, el momento de Violeta. No conozco a nadie que se lo merezca más que ella. Nadie que se lo merezca más que Ryan y Violeta.

Ni siquiera yo.

—Bueno —Violeta se suelta de su amor y, limpiándose las lágrimas, se dirige a nosotros—, está descartado que yo pueda volar en los próximos días debido a mis citas médicas para el control del embarazo. Por eso os he llamado.

Oh no, no, no, no, no, por favor, que no vaya a decir lo que me estoy temiendo.

—Necesito que mis padrinos se encarguen de todo por mí. —Lo soltó, mierda, lo soltó—. Tendréis que viajar a Santander para dejarlo todo atado antes de la boda.

Mi cara debe de ser todo un poema, pero, al mirar a Mark y verlo tan blanco como la pared, me doy cuenta de que para él es todavía peor que para mí. Al fin y al cabo, él no quiere tenerme a su lado.

Cojo el brazo de la que (hasta hoy, porque voy a matarla, lo juro) es mi mejor amiga, la arrastro hasta su habitación y cierro la puerta detrás de mí.

Me pongo las manos en la cadera, la miro enfadada y solo me sale decirle una cosa.

—¿En serio, Violeta?

Mi exmejor amiga tiene la desfachatez de sonreírme y elevar los hombros, dedicándome un guiño pícaro.

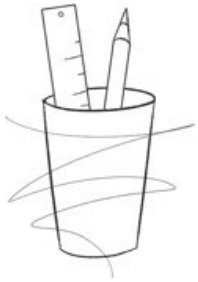
Lo dicho, la mato.

Tierra, trágame y escúpeme en el Caribe.

O lo más lejos posible de Mark y de esta absurda situación.

CAPÍTULO TRECE

santander



MARK

—¿A qué viene todo esto? —le pregunto a mi amigo cuando veo la puerta de la habitación cerrarse detrás de las dos amigas.

—Hostias, Mark, que voy a ser padre. —Ryan todavía no es capaz de asimilar la noticia.

—Sí, ya, ya. Felicidades y todo eso. Repito, ¿a qué viene todo esto? —Empiezo a impacientarme.

—La verdad es que no sabía nada, como has visto. Supongo que es obvio que no podemos hacer el viaje mientras Violeta tenga pruebas médicas —contesta encogiéndose de hombros.

—No me vengas con gilipolleces, Ryan. Los dos sabemos que podríais posponer el viaje un par de semanas, hasta que Violeta se haya hecho las pruebas. Tampoco os va la vida en encontrar la playa perfecta para la boda. No entiendo qué demonios pretende tu chica.

—A saber, cualquiera entiende a las mujeres, sobre todo a una que en este momento tiene las hormonas subidas a una montaña rusa.

—Tú sabes que es una idea malísima que me vaya con Laura una semana a España. Es una idea pésima —digo frustrado.

—¿Y eso por qué? —Me parece flipante que mi amigo me pregunte esto.

—¿Hablas en serio? Recuerdo la conversación que tuvimos hace un tiempo en la que me aconsejaste que me alejase de Laura. Me parece que con este viaje me estoy metiendo de cabeza en la boca del lobo.

—Vamos, Mark, no te pongas en plan melodramático. Sé perfectamente lo que te dije en aquella ocasión, pero no te creas que estoy tan ciego como para no ver las miradas que os echáis mutuamente. Joder, si da la impresión de que oigo crepitar el fuego que sale por vuestros ojos. —Y tiene la cara dura de reírse con sus palabras.

—En todo caso, los ojos de ella echan fuego de rabia. No me soporta. —suelto.

—¿Tan seguro estás de eso? —Me mira—. Yo no me apostaría nada, no sea que lo pierdas.

Mastico las palabras de mi amigo, y maldita sea si no siento un pequeño destello de emoción al pensar en pasar una semana entera al lado de la rubia.

—Mira —continúa Ryan—, sé lo que te dije la otra vez. Pero quizás yo estaba equivocado y precisamente esto, pasar tiempo juntos, los dos solos, sea una buena idea. Tal vez durante esos días averigüéis lo que sea que hay entre vosotros, porque no puedes negarme que algo pasa, y lo dejéis salir. Deja que fluya todo y quizás te sorprendas. A lo mejor, Laura y tú estáis más en sintonía de lo que os pensáis.

—Permíteme que lo dude —mascullo más para mí que para Ryan.

Y así es como, por obra y gracia de Violeta, en mi futuro más cercano se presenta un viaje con el objeto de mis sueños más calientes. Siete días, con sus correspondientes noches, a su lado

No sé si esto me emociona más de lo que debería, pero no puedo evitar pensar en lo que me ha dicho Ryan. Igual tiene razón y debo dejar fluir todo.

Igual Laura y yo podamos fluir juntos.

No sé por qué la idea me gusta tanto.

Laura y yo en la misma ecuación.

Las siguientes dos semanas pasan en un suspiro. Me veo metido en un frenético ritmo para dejar cualquier proyecto terminado.

Suelo cogerme tan pocas vacaciones durante el año, que no encuentro ningún problema a la hora de ausentarme del estudio la semana que dure mi estancia en España.

Cuando quiero darme cuenta, estoy montado en un Uber, esperando a que Laura baje de su apartamento, para que nos lleve al aeropuerto.

No tenemos que esperarla mucho. Casi al momento de llegar, Laura sale por su portal con una pequeña maleta.

Salgo antes que el conductor para ayudarla a meter su equipaje en el maletero.

—Vaya, pensaba que las mujeres llevaban una maletón enorme lleno de «por si acasos» —suelto al ver la suya diminuta.

—Bueno, suele ser verdad. Pero te recuerdo que yo voy a casa. Dejé mucha ropa allí cuando me trasladé a Nueva York y cada vez que voy dejo más. Además, siempre que estoy en mi ciudad, aprovecho para visitar mis tiendas favoritas. Algunas cosas me las traigo, pero otras las dejo allí. —Cerramos el portón y entramos los dos en la parte de atrás del coche.

—Bueno —no puedo evitar tirarle de la lengua—, espero que no sea demasiado horrible pasar esta semana compartiendo todas tus horas del día conmigo.

—Estoy tan contenta de volver a casa, que hasta tu compañía me parece un mal menor —contesta mientras busca algo en su bolso.

—Umm, gracias por la parte que me toca, creo —respondo con duda.

Laura suspira y se vuelve hacia mí, conectando sus ojos con los míos.

—Mira, Mark, ya sé que no somos nuestras respectivas personas favoritas del mundo, pero creo que los dos somos capaces de aguantarnos durante una semana entera. Prometo ser la mejor guía para que conozcas mi tierra y su gastronomía. Vamos a olvidarnos de nuestras diferencias y a disfrutar de mi lugar favorito en el mundo. Y tú… Tú estás de vacaciones, relájate. —La mirada que me dedica es tan inmensa, tan sincera, que, por un momento, estoy a punto de decirle que está equivocada, que yo no le tengo manía, sino todo lo contrario. Pero perdido en el influjo de su sonrisa, me callo, incapaz de confesarle el nudo de emociones que, desde hace tiempo, siento dentro de mí cada vez que está a mi lado.

Solo espero seguir viendo esa sonrisa durante todo el viaje, hacer que me mire como lo está haciendo ahora. Me queda rezar para que ella esté tan dispuesta a fluir conmigo como yo lo estoy

con ella.

Quizás Ryan tenga razón y esto sea lo que necesitemos para averiguar qué es la corriente que se intuye entre los dos cuando nos miramos, cuando nos tocamos, cuando nos encontramos juntos en la misma habitación.

Después de dos aviones (Nueva York-Madrid, Madrid-Santander), finalmente aterrizamos en la ciudad que vio nacer a Laura.

Desde el mismo momento en el que se abre la puerta del avión, la emoción en su cara es palpable. Tras una larga temporada sin ver a su familia, por fin se reúne con sus padres a la salida de la terminal y se funde con ellos en un apretado abrazo.

Me quedo unos pasos por detrás de ella, como mudo espectador del emocionante reencuentro, sonriendo al ver las lágrimas correr por la cara de estas tres personas que hace demasiado tiempo que no se ven.

Después de un rato, Laura se vuelve hacia mí con la cara empapada por la emoción y yo me quedo embelesado mirándola. No puede estar más bonita, así, dejando traslucir todo el sentimiento que le produce volver a ver a sus progenitores.

Me acerco a ellos y hace las presentaciones. Traduce toda nuestra conversación. Aunque tengo un mínimo conocimiento del español, ni de lejos es como para mantener un diálogo extenso con nadie, y ellos no hablan inglés, cosa que no impide que me acojan con enorme cariño.

El viaje hasta su casa es corto, ya me había explicado que en esta ciudad todos los sitios están cerca, y me dedico a mirar por la ventanilla mientras ella se pone al día con su familia. Aunque quisiese entender algo de lo que hablan, con la rapidez que lo hace Laura, me sería humanamente imposible. Las palabras salen por su boca como si de una ametralladora se tratase, imagino que debido a la emoción de encontrarse de nuevo en su ciudad de origen.

Cuando llegamos su casa, Laura me lleva a la que, supongo, será mi habitación durante esta semana, justo enfrente de su cuarto de la infancia. Dejo mi equipaje encima de la cama y la voy a buscar a su dormitorio. La encuentro de pie frente a un corcho donde están pinchados un montón de lo que imagino son recuerdos. Me arrimo a ella, que lo observa todo con una sonrisa melancólica. Reconozco a unas Violeta y Laura más jóvenes en un montón de fotos, en algunas están solas, en otras, acompañadas de un grupo de gente que, calculo, sea su pandilla. Notas, entradas de conciertos, de cine, servilletas de bares con frases en español acompañan a las fotos y me hacen sonreír a mí también.

—Vaya —rompo el silencio—, este corcho podría contar un montón de historias, ¿no?

Laura se vuelve hacia mí y ensancha la sonrisa.

—Ni te imaginas. Todo lo que ves condensa una infancia y adolescencia de lo más feliz. No podría haberla deseado mejor de lo que fue.

Me encanta verla tan contenta, tan feliz y relajada. Sin duda, aquí, en su tierra, Laura brilla.

—Bueno, ¿y cuáles son los planes para esta semana en Santander? —pregunto.

—Lo primero, si no te importa, es pasar lo que queda del día de hoy y el de mañana con mis padres. El miércoles se embarcan en el crucero que les hemos regalado mis hermanos y yo y me gustaría pasar el mayor tiempo posible con ellos.

—Es normal. No te preocupes, me parece bien. ¿Veremos a tus hermanos?

—No, ellos no viven aquí. Trabajan fuera y suelen coger las vacaciones en julio, para la semana grande de Santander. Pero me imagino que los veré en la boda de Violeta. —Sonríe.

—Ah, vale. Entonces nos dedicaremos de lleno a tus padres. —Devuelvo la sonrisa.

—Eso no quita para que te lleve a probar los platos más típicos de aquí. Y, si ya te he hablado de la famosa tortilla de patatas, que sepas que, como bienvenida, mi madre ha hecho una y te puedo asegurar que no vas a probar ninguna tan buena en lo que te quede de vida. —Me guiña un ojo y me coge de la mano para llevarme hasta la cocina, donde su madre ya está preparando la mesa para la cena.

No entraré en detalles sobre lo que su mano ha provocado en mi cuerpo. Dejémoslo en que todo ha sido culpa del desfase horario y el cansancio. Al fin y al cabo, una mano solo es eso: una mano, ¿no?

Laura se quedó corta al hablarme de la tortilla de patata, creo que hubiese sido capaz de comérmela entera (a la tortilla, no a Laura, aunque también, ¿eh?), acompañada de jamón ibérico y una botella del famoso rioja del que tanto me ha hablado. Después de la cena, siento como el sueño se va apoderando de mi cuerpo, pero no soy consciente de ello hasta que oigo las risas de Laura y sus padres al verme cabecear y me disculpo para irme a dormir.

Mientras escucho sus voces en la cocina, me sumo en un sueño profundo, descansado, como hacía tiempo que no tenía. Por la mañana, me despierta la luz del sol y, estirándome en la cama, sonrío mientras el olor de café recién hecho se mete por mis fosas nasales. Miro la hora en mi teléfono y me sorprendo al ver que son más de las diez de la mañana. Pues sí que he dormido bien.

Me levanto y me dirijo a la cocina, siguiendo el rastro del olor al oro negro que mi cuerpo necesita.

Me encuentro a Laura con una taza en la mano, una sonrisa en la boca y la vista perdida en la ventana.

—¿Queda algo de eso para mí? —mi voz la sobresalta y me mira fijamente. Sus ojos bajan hacia mi pecho y veo cómo los abre desmesuradamente. Sigo su mirada y me doy cuenta de que me he presentado como he dormido, solo con mis bóxer puestos, sin camiseta.

Se lame el labio inferior y una ráfaga de deseo se apodera de mí. Joder, como me gustaría que fuese mi lengua la que acariciase esos labios. Me acerco lentamente a ella, me quedo a un paso de su cuerpo y veo como se oscurecen sus ojos, las pupilas dilatadas a más no poder. Nos quedamos unos segundos sosteniéndonos la mirada, hasta que decido romper el contacto visual

antes de ceder a mis deseos y apoderarme de su boca como me estoy muriendo de ganas de hacer.

Le quito la taza de las manos, me la llevo a los labios y saboreo el líquido caliente y dulce, que es como Laura lo toma.

—Eh, ese es mi café. —Intenta quitarme la taza, pero la levanto para impedirlo.

—Recuerda que soy tu invitado, tienes que hacer mi estancia más cómoda.

—No tienes tú cara ni nada —dice riéndose y sirviendo más café en otra taza.

—Oye, ¿qué tal está esta zona para salir a correr? —Necesito hacer ejercicio para sacarme toda la tensión del cuerpo, y ya que no puedo hacer el que realmente me gustaría, que viene a ser principalmente estar en posición horizontal con ella en la cama, tendré que conformarme con correr.

—Ah, tienes unas avenidas largas y rectas para poder hacerlo. Solo tienes que poner la dirección del piso en el GPS por si te pierdes al volver —contesta.

—Perfecto. A partir de mañana, pienso madrugar para salir a trotar. Bueno —añado para cambiar de tema—. ¿Qué planes tenemos para hoy martes?

—Cuando terminemos de desayunar, te voy a llevar al centro. En los últimos años, lo han remodelado y, con la construcción del Centro

Botín en plena bahía, todo el ámbito cultural se ha reunido a su alrededor. Luego, mis padres quieren llevarte a comer al Barrio Pesquero. Es un barrio, originalmente de pescadores, pero en el que se concentran los restaurantes más típicos para comer pescados y mariscos del Cantábrico. Te gustará por lo pintoresco que es.

—Venga —digo dando una palmada al aire—, estoy deseando conocer la ciudad que te ha visto correr por sus calles siendo pequeña y, me imagino, que montándote buenas juergas de adolescente.

—No lo sabes tu bien, ojazos, no lo sabes tu bien —me dice riendo mientras va hacia su habitación a vestirse para hacer de mi guía particular.

Estoy deseando conocer Santander de su mano.

Tiene razón Laura al decir que esta ciudad tiene una de las bahías más bonitas del mundo. Subidos en lo alto del famoso Centro Botín, puedo contemplar bien lo que me había explicado. Rodeando la bahía a un lado, playas de arena blanca y fina, por detrás de estas, las montañas, verdes e imponentes, haciendo contraste con el azul del mar y, al otro lado, la vieja Santander, con sus edificios históricos en cuesta y sus jardines de Pereda debajo de nosotros.

Paseamos un buen rato por el borde del muelle hasta llegar a una construcción en forma de escalera. Según Laura, se llama la duna de Zaera, en el muelle de Gamazo, construida para la celebración de un campeonato de Vela, y donde nos sentamos para, relajados, observar las múltiples embarcaciones de recreo que navegan por las aguas de la bahía en este soleado día de

mediados de junio.

Si tuviese el poder de detener el tiempo, lo detendría en este preciso momento. Aquí y ahora, contemplando a la preciosa mujer que tengo a mi lado, recostada en la grada de la duna, con los ojos cerrados absorbiendo los rayos del sol y la sonrisa que la acompaña desde que hemos aterrizado ayer aquí. Lleva un vestido ligero, por encima de las rodillas, que se mece al compás del viento, y unas sandalias planas en los pies. Parece una niña. Una niña bonita, inocente y feliz, y maldita sea mi estampa si no me gustaría tenerla así siempre, para mí.

Mi bonita niña inocente de día, seguro que se transforma en una gata ardiente por las noches. En la cama. Mi cama.

Nunca he tenido este sentimiento de posesión.

Llevo demasiado tiempo con esta necesidad.

Demasiado tiempo necesitándola.

CAPÍTULO CATORCE

ejerciendo de guía



LAURA

Podría acostumbrarme perfectamente a esto, pienso, mientras, sentada en la grada de la duna, siento la caricia del sol en mi cara y disfruto de la compañía de Mark. Sin tensiones, sin pullas ni piques. Solamente siendo nosotros, disfrutando del tiempo libre y de nuestra mutua compañía. Tal vez, no sé, tal vez no sea tan mala idea tenerlo como amigo. Ya que él no quiere otra cosa de mí, ya que solo me ve como la mejor amiga de Violeta, al menos de esta manera, siendo amigos, puedo pasar más tiempo con él, conocer la versión de Mark que conoce mi mejor amiga. El Mark bromista, divertido, cariñoso. Me conformaré con ese lado de él, haciéndome a la idea de no tenerlo de otra manera. Tal vez así no añore sus brazos cuando estamos juntos, no anhele su cuerpo en la soledad de mi habitación.

Tal vez. «O tal vez acabes ardiendo por combustión espontánea de tantas ansias». Jodida conciencia, ya está comiéndome la olla.

Después de comer con mis padres y de despedirnos de ellos, lo llevo, dando un largo paseo por toda Reina Victoria, hasta el Sardinero, donde nos sentamos en la plaza del casino a degustar sendos helados.

—No me extraña que Violeta quiera casarse en una de estas playas. Son una pasada. La arena tan dorada y fina, las olas, el parque ese —me señala Piquío—, es una estampa preciosa.

—Sí, gozamos de unas playas increíbles. El clima no acompaña la mayoría de las veces para poder disfrutar de ellas, pero, cuando hace un día como el de hoy, puedes ver que se llena de gente dispuesta a tostarse al sol y refrescarse luego en las gélidas aguas del Cantábrico.

—Bueno, ¿y cuál va a ser la elegida para el gran evento? —pregunta mientras termina su helado.

—Pues creo que ninguna de estas. —Me mira sorprendido—. Como puedes ver, están demasiado a la vista de la gente y no queremos que la boda se convierta en una atracción de feria. Mañana saldremos temprano y recorreremos varias playas de la provincia. Espero encontrar la adecuada entre todas ellas. Si no es así, todavía me queda la playa comodín —le digo misteriosa.

—¿Y cuál es esa?

—Si te lo dijera, tendría que matarte —confieso en un susurro al oído, y me parto de risa solo con ver su cara de sorpresa—. Venga —añado levantándome—, creo que ya es buena hora para ir a tomar unas copas a una de las zonas de marcha. Vamos rápido a ver si nos da tiempo a pillar el próximo bus. —Agarro su mano y me echo a correr hacia la parada cuando veo aproximarse uno.

Lo cogemos por los pelos y, después de unas cuantas paradas, volvemos al Paseo Pereda y lo llevo hacia la Plaza de Cañadío, donde se concentran un buen número de bares de copas donde poner el broche final al día de hoy.

Por la mañana, después de una noche en la que he dormido sorprendentemente bien a pesar de no haber dejado de pensar en el tío que duerme en la habitación de enfrente, me levanto temprano para acompañar a mis padres al aeropuerto.

Los encuentro en la cocina, ya preparados y tomando un café, nerviosos por comenzar un viaje tan especial para ellos.

—Hola, cariño. —Mi madre me besa en la mejilla cuando paso a su lado para servirme un café—. ¿Has dormido bien?

—Sí. No hay nada como tu propia cama para conciliar el sueño. —Le devuelvo el beso y le doy otro a mi padre, que está sentado a su lado.

—Mark ha salido a correr, ya se ha despedido de nosotros. Es un chico muy agradable. —Me mira a los ojos mientras dice esto último.

—Eh, sí, supongo que lo es. —No sé qué otra cosa contestar.

—Y me gusta la manera en la que te mira. —Escupo el café que tenía en ese momento en la boca y la miro sin dar crédito a sus palabras.

Mi padre aprovecha para hacer mutis por el foro excusándose en revisar el equipaje.

—Mamá, deja ahora mismo tus dotes de casamentera y olvídate de lo que sea que estás pensando. Mark y yo no… Es complicado de explicar. Él y yo, bueno, no somos precisamente los mejores amigos. Solo estamos aquí juntos para hacerles un favor a Violeta y a Ryan. No te imagines cosas que no son.

—Yo solo digo lo que veo. Ese chico te mira con un anhelo que es difícil de ocultar. —Se encoje de hombros mientras mete la taza en el lavavajillas.

—¿No te habrás confundido y has visto las ganas que tiene de estrangularme? —intento bromear.

—Ay, Laura, con lo lista que eres a veces y, en cambio, en cuestiones del corazón, eres demasiado obtusa —me regaña con cariño.

—Vaya, gracias, mamá. Y tú no siempre tienes la razón suprema. A veces te falla el instinto —contesto de vuelta.

—No recuerdo haber fallado en ninguna ocasión. Incluso acerté en tu relación con Carlos —me recuerda.

—Bueno, para acertar con eso tampoco hacía falta ser una eminencia. Mi relación con él tenía los días contados. Yo me iba a Madrid y él se quedaba aquí. Las relaciones a distancia no funcionan nunca. —Me encojo de hombros.

—Ya. Pero, si no te hubieses ido, si hubieses seguido aquí, eso tampoco hubiese llegado a

buen puerto. Tú eres pura dinamita y él era demasiado tranquilo. En todos los sentidos. No encajabais lo miraras por donde lo mirases.

—Venga, mamá, ¿en serio? ¿Quieres hablar de sexo ahora conmigo? —La miro de lado, enarcando las cejas.

—Eh, eh, eh —dice levantando las manos—, solo estoy diciendo algo obvio, tampoco necesito que entremos en detalles.

No puedo evitar echarme a reír y mi madre no tarda en acompañarme.

—Ay, mamá —le digo abrazándola—, de verdad que no podía haber elegido una madre mejor ni a propósito. Venga —añado separándome de ella—, vámonos si no quieres que a papá le dé un chungo de los nervios. Si no está en el aeropuerto dos horas antes de que salga el avión, vamos a tener que hacerle una reanimación cardiopulmonar. —Le guiño un ojo.

—Te he oído —me grita mi padre desde el salón, lo que hace que mi madre y yo volvamos a romper en carcajadas.

Una vez que los dejo en el aeropuerto, vuelvo a casa, esperando que Mark ya haya llegado para poder empezar a buscar la playa perfecta para la boda del año.

Cuando entro por la puerta, simultáneamente él sale del baño, con una simple toalla alrededor de la cintura y con gotas cayendo desde su pelo por su espalda.

Mecagoentodolocagableyalgomas.

Se da la vuelta al oírme entrar, y a mí, joder, a mí se me hace la boca agua solo de ver tanta piel expuesta. Tanta piel, tanto músculo, tanto Mark. Mark en pleno apogeo. Solo puedo imaginarme tirando de una esquina de la toalla y dejándolo a mi vista como su madre lo trajo al mundo. Por cierto, esa mujer merece un monumento, por crear algo tan impresionante para el disfrute de la vista femenina.

—Ah, ya estás aquí —dice él, ajeno a todo el calor que me está consumiendo por dentro—, pues voy a prepararme y, cuando quieras, nos vamos.

—Vale. —Mi voz sale como el graznido de un pájaro, vuelvo a intentarlo—: Vale. —Ahora ya suena medio normal.

—Veo que no hace falta arreglarse mucho —dice mirando mi ropa, una camiseta de lino blanca y unos vaqueros cortos deshilachados.

—Eh, no. —Todavía no tengo el control de mis pensamientos y menos cuando él sigue delante de mí medio desnudo—. Pero pilla un bañador por si nos apetece darnos un chapuzón.

—¿Un qué? —Me mira.

—Un baño, seguramente nos apetezca bañarnos en el mar—Intento sonreír, pero como no desaparezca pronto en su cuarto para vestirse, voy a hacer mucho el ridículo cuando empiece a babear debido a las vistas (ni confirmo ni desmiento que estoy a punto de seguir alguna de esas gotas que resbalan por su cuerpo con mi lengua).

—Voy, tardo diez minutos. —Sale corriendo y cierra la puerta de su cuarto detrás de él.

Suspiro aliviada y me apoyo en la pared para intentar recuperar el aliento. Madre mía, me parece que va a ser muy difícil tenerlo cerca de mí y no poder alargar la mano para tocarlo, sobarlo y todo lo que implique acariciar su cuerpo.

No tarda ni cinco minutos en salir y yo cojo una bolsa con toallas que había dejado preparada antes de llevar a mis padres al aeropuerto.

Bajamos al garaje y sonrío al ver mi viejo polo en su aparcamiento habitual. Hace mucho que no lo conduzco, pero sé que mi padre lo mantiene a punto para que no se estropee.

Meto la bolsa en el maletero, abro la puerta del conductor y me siento, feliz de volver a acariciar su volante.

Mark se acerca a la radio para sintonizarla, pero de un manotazo le quito la mano del botón de encendido.

—Mi coche, mi música —digo, imitando sus palabras del viaje a Los Hamptons.

—Guau, me la tenías guardada, ¿verdad? —contesta riendo.

Me echo a reír con él y pongo el cedé que está dentro del equipo. La música de Loquillo y su «Cadillac solitario» inunda el coche y, acompañándolo con mi voz, salgo hacia el pueblo de Comillas, primer destino para visitar sus playas.

Paseamos por este pueblo costero que conserva, gracias a sus fiestas, los mejores recuerdos de mi adolescencia.

Enseño a Mark su famoso Capricho, la maravillosa obra de Gaudí y él, entusiasmado con esta increíble referencia arquitectónica, no para de hacerle fotos por todos los ángulos posibles.

—Esto es una puta maravilla, ¿tú sabes lo que significa Gaudí para un arquitecto? Recuerdo estudiar su trabajo durante la carrera y prometerme a mí mismo visitar España para ver La Sagrada Familia. Esto que tenéis aquí es toda una joya. —Le brillan los ojos al hablar.

—Sabía que te iba a gustar. Por eso no te he dicho nada hasta traerte aquí. Quería darte una sorpresa. —Me contagio de su entusiasmo.

—Joder, y lo ha sido, vaya si lo ha sido. —Me levanta del suelo en un abrazo y yo… Yo simplemente me derrito.

Su olor se cuela por mis fosas nasales, un olor a cítricos, a madera y a Mark. Tan a Mark que hasta me duele. Porque desde que aspiré ese olor por primera vez, hace más de un año, pasó a ser mi olor favorito. Y tenerlo tan cerca y no poder fundirme con él como desearía, hace que el dolor que siento sea casi físico.

Me pongo rígida y él, al darse cuenta, me suelta, mirándome dolido un segundo. El momento pasa enseguida y volvemos a ser los mismos de antes, aunque siento que en esa breve mirada que me ha dedicado ha intentado expresarme algo que no he tenido tiempo de descifrar. Decido no darle importancia, al fin y al cabo, bien puedo habérmelo imaginado, fruto de las ganas que le

tengo.

Visitamos las playas, primero las que rodean el pueblo, luego nos acercamos a Oyambre e incluso a la de San Vicente de la Barquera, pero ninguna me parece la indicada para lo que nos ha traído aquí.

En el camino de vuelta a Santander, después de haber parado a comer en un pequeño restaurante, decido desviarme y parar en Suances, aunque sé de antemano que ninguna de sus playas servirá para la boda.

Comemos un helado mientras paseamos por la orilla, en silencio, pero es un silencio cómodo, ya pasado el malestar anterior.

Estamos volviendo hacia el aparcamiento cuando de repente unas pequeñas gotas empiezan a caer. Lo que comienza siendo un pequeño chubasco desemboca en una tormenta de verano con enormes goterones impactando sobre nosotros como proyectiles.

—¿En serio? —pregunta Mark mientras se empapa.

—Ay, bombón, aquí pasamos de la risa al llanto en un minuto o, lo que es lo mismo, del sol a la lluvia. Bienvenido al veranuco cántabro. —Me río al ver su cara y, totalmente mojada, abro los brazos y me pongo a dar vueltas con la cara mirando al cielo, disfrutando de las gotas con los ojos cerrados.

Si hay algo que me gusta, es la lluvia mojándome la cara. Por eso, con la música que sale de mi móvil, me pongo a bailar en la arena, bajo la mirada anonadada de Mark, que, después de la primera impresión, no puede evitar romper a reír.

—Vamos —le digo ofreciéndole la mano—, baila conmigo.

—¿Yo?, ¿bailar? —continúa riéndose—. No lo verán tus ojos. Tengo dos pies izquierdos.

—Da igual, tampoco es que vayas a presentarte a un concurso. Venga. Es divertido —intento convencerlo.

—Prefiero verte a ti. Es todo un espectáculo para mis ojos.

Sigo bailando un rato más, hasta que ya no puedo ver a través de la cortina de lluvia.

—¿Sabes?, esto me recuerda a una de mis películas favoritas, *El diario de Noa* —le digo cuando paro y recojo mis sandalias para volver al coche.

—No la he visto. —Se encoje de hombros—. Me imagino que es una de esas pasteladas que os gustan a las tías, ¿no?

—¿Una pastelada? Es la película romántica por excelencia. Y por haberla rebajado, ahora que no podemos seguir visitando playas, voy a hacer que te la tragues para que te arrepientas de tus palabras. —Lo cojo de la mano y corremos hacia el coche, mientras oigo sus protestas detrás de mí.

—Eres malvada. —Saca las toallas del maletero y, mientras se seca con una, entra en el coche. Luego la coloca sobre el asiento antes de sentarse.

Lo imito y me siento detrás del volante.

Miro a Mark y recuerdo sus últimas palabras. Sí, soy malvada por obligarlo a ver la película. Pero también soy feliz. Porque la vida se compone de momentos buenos y momentos malos. Los buenos sirven para disfrutarlos y los malos, para valorar mucho más los buenos. Y el de hoy, en concreto, el de hace un rato en la playa, ha sido uno de los buenos. De los mejores. Uno que voy a guardar en mi cajita de recuerdos, para poder valorarlo cuando venga alguno de los malos. Porque estoy segura de que, por culpa de los sentimientos que empiezo a albergar por Mark, sentimientos que ya sabemos que no son correspondidos, los malos van a venir pegando fuerte.

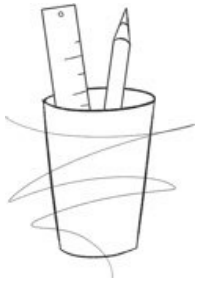
De momento me quedo con este.

Para mí. Solo para mí.

Para mis ratitos de soledad.

CAPÍTULO QUINCE

escalofríos



MARK

Llegamos a casa empapados y muertos de risa, con una enorme complicidad, una que nunca pensé alcanzar con Laura; pero es verdad que no la había visto tan suelta y tan relajada como desde que está en Santander. Toda la tensión que parece acompañarla en nueva York cuando está conmigo, ha desaparecido en el mismo momento en el que aterrizamos. Sin duda, estar en su tierra le hace bien, mucho bien.

Desaparecemos cada uno en nuestra habitación para desprendernos de la ropa mojada y cambiarla por otra cómoda y seca.

Yo necesito unos minutos para tranquilizarme. El rato que he pasado en la playa, viéndola bailar, mojada, me ha alterado lo suficiente como para necesitarlo. Es totalmente verdad que no sé bailar, que tengo dos pies izquierdos, pero el momento en el que cerró los ojos y danzó alrededor de mí, ha sido una puta tortura. Porque no solo ha sido verla bailar, con eso puedo lidiar, más o menos; pero a medida que las gotas de lluvia iban empapándola, las curvas de su cuerpo se revelaban ante mí. Sus pezones empujando contra la tela mojada de la camiseta hicieron que salivase y mis ojos no se pudieran desviar de la promesa de su cuerpo, un cuerpo que, cada día que pasa, se me antoja más y más necesario. Como el aire para respirar.

Cuando salgo, Laura está terminando de hacer palomitas en el microondas y me hace sacar un par de refrescos de la nevera y esperarla en el sofá.

Una vez que se reúne conmigo en él, se acurruca en un lado del mismo y se tapa con una manta que descansa en el respaldo.

—¿No hace demasiado calor como para taparse? —pregunto.

—Para ver una película romántica que se precie —contesta mirándome—, hay que hacerlo con palomitas —levanta el cuenco que tiene en las manos— y bien tapada con una manta.

—Pero eso será en invierno —le discuto yo.

—¿Vas a poner en duda mi ritual? —responde levantando una ceja.

—Perdone usted —me burlo—, gurú de los films románticos.

—Eso está mejor. Ahora —coge el mando y busca la lista de la televisión—, prepárate para llorar a moco tendido.

—No será verdad que te vas a poner a llorar por algo que has visto, ¿cuánto?, ¿diez veces? —pregunto alucinado.

—Ja, diez, las primeras. No miento si digo que la he visto más de veinte. —Se ríe cuando ve mi cara—. Lo sé, lo sé, estoy un poco obsesionada con Ryan Gosling. Pero es que es tan… Mejor dejo que lo juzgues tú mismo.

Empieza la película y yo, en vez de estar pendiente de la misma, no puedo dejar de mirarla a ella de reojo, absorto en las expresiones de su cara con cada escena. Realmente disfruta, sus ojos

brillan sospechosamente y tiene las mejillas coloradas.

Me acerco más a ella para poder coger palomitas y levanta la manta para que pueda ponerme a su lado y taparme también. Joder, va a ser verdad que, sea verano o no, todo se ve mucho mejor debajo de una manta. O tal vez sea culpa del calor que desprende el cuerpo de la chica que está a mi lado.

Sin darme cuenta me veo completamente metido en la trama de la película, sonriendo al escuchar los suspiros que salen de la boca de Laura.

—Vamos hombre —digo al cabo de un rato—, no puedo creerme que este tío se pase los mejores años de su vida esperando el regreso de una mujer que, te recuerdo, decidió estar con otro. Eso es de masoquistas.

—Pero ella sigue enamorada de él. Solo que estaba enfadada porque creía que él nunca se había puesto en contacto con ella. Creía que no la quería, que se había olvidado de ella.

—Oh, venga, yo nunca lo hubiese hecho. Ni yo ni el noventa por ciento de los hombres de este mundo.

—¿Ah, no? —me dice tirándome con una palomita—. ¿Y qué hubieses hecho tú? —otra palomita—. Ah, no, perdona, que el señorito Mark no se enamora nunca. Por eso no se rebajaría de esa manera por una mujer. —.Ahora son un puñado las que aterrizan encima de mí.

—Pues yo —me acerco amenazadoramente a ella—, sin duda —tiro de la manta destapándonos a los dos—, le hubiese —me acerco más a ella, que ha dejado de reírse de mí— hecho cosquillas hasta que no hubiera tenido más remedio que reconocer que estaba loca por mí. —Con las mismas, me dispongo a hacer lo que acabo de señalar.

Laura intenta escaparse de mí, pero se olvida de que soy más grande y más fuerte y, en unos segundos, la tengo atrapada entre mi cuerpo y el sofá, retorciéndose de risa y respirando agitadamente. Sigo haciéndole cosquillas, ya no sé si para que siga muerta de risa o por la puta maravilla que es tenerla en mis brazos, aunque sea de esta forma. Tan cerca, tan pegada a mí. Tanto que, en una de esas veces, tenemos las bocas tan cerca que, con solo un movimiento, podría apoderarme de la suya. Dejo las cosquillas y nos quedamos mirando fijamente, intentando decidir cuál de los dos será el primero en acortar la poca distancia que nos separa y tomar la iniciativa. El tiempo se me hace eterno, esperando, deseando, anhelando. Veo en sus ojos las mismas ganas, el mismo deseo, pero también me parece ver dudas, muchas. Contengo el aliento a la espera de ver qué gana, si el deseo o el miedo. Por primera vez en mi vida, no me precipito, no tomo lo que quiero, dependo de ella, me antepongo a sus deseos, rezando para que, aquí y ahora, sean los mismos que los míos. Es que, además, lo veo, se lo noto.

—Humm, creo que voy a meter una *pizza* en el horno para cenar. —Lamentablemente, ha ganado el miedo. Laura recula y a mí me toca aguantarme las ganas. Eso y recolocar mi creciente erección por dentro de los pantalones. Mierda de vida.

—Eh, sí, vale. Mientras tanto, creo que me voy a dar una ducha.

—Sí, bueno. —Se levanta y va hacia la cocina, huyendo de mí—. No tengas prisa. Voy a

encender el horno.

Cuando sale del salón, me recuesto en el sofá con un gruñido. Joder, estaba tan cerca, tan tan cerca. Me parece a mí que esto de fluir, como me aconsejó Ryan, va a ser más difícil de lo que me pensaba.

Por la mañana, me despierto temprano para salir a correr. Bueno, despertarme es un eufemismo, teniendo en cuenta que casi no he pegado ojo recreando el momento sofá en mi imaginación. Recreándolo y mejorándolo, ya que, en mi mente, Laura no reculaba sino que llegaba hasta el final, y vaya final. *Mamma mia*.

Empiezo el trayecto que hice ayer, trotando suavemente, pero, por desgracia, no he corrido ni tres kilómetros cuando siento un tirón en el gemelo derecho que me impide continuar.

—Joder —digo para mí—, pues empiezo bien el día. Me cago en la leche.

Me doy la vuelta para desandar el camino despacio, intentando cargar el peso en la pierna izquierda para no empeorar la situación.

Enseguida llego a casa de Laura y, al abrir la puerta, oigo música saliendo del baño y a ella cantando lo suficientemente alto como para no oír las llaves.

Paso por el pasillo y no puedo evitar echar un vistazo dentro. En mala hora se me ha ocurrido, porque lo que veo me deja clavado en el sitio, preso de múltiples escalofríos. Laura está en la ducha, cuya mampara de cristal, aunque está empañada, me permite ver su cuerpo desnudo en todo su maravilloso y magnífico esplendor. Si en todo este tiempo que hace que nos conocemos, me la había imaginado millones de veces desnuda, ninguna imagen que haya proyectado mi cabeza le hace justicia a la realidad. Es una puta diosa. Ya está. Con esto simplifico las cosas. Una puta diosa.

Y la espuma resbalando por todas y cada una de sus curvas, mientras ella las recorre con sus manos, es la imagen más erótica que haya visto en mi vida. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no meterme con ella en la ducha a sustituir sus manos por las mías, y reverenciar su cuerpo cual fanático de su religión.

Cuando me doy cuenta de que hace un rato que no oigo el agua caer, me apresuro a escabullirme hacia mi habitación. No quiero que se sienta violenta si se da cuenta de que he sido testigo mudo de su ducha. Además, necesito un momento a solas para conseguir que la sangre vuelva a circular por todo mi cuerpo y deje de estar acumulada en una única parte de mi anatomía. No es el momento ni el lugar para hacerme cargo de ella. Por mucho que lo desee, por mucho que lo necesite.

Cuando salgo, Laura ya se ha encerrado en su cuarto y yo aprovecho para ocupar su lugar en la ducha. Un maldito error, ya que solo de pensar que hace unos momentos ella estaba allí, gloriosamente desnuda, hace que la sangre vuelva a agolparse en el mismo lugar que hace unos minutos. Maldigo mi suerte, apoyo la frente en los fríos azulejos y me pongo a pensar en cosas

menos excitantes para poder continuar el día con normalidad. Pensé que después del tirón, este día no podía empeorar. A la vista está que me equivocaba de cabo a rabo.

Necesito unos cuantos litros de agua fría para poder recomponerme y presentarme ante Laura, que está tomándose un café mientras el olor a pan tostado inunda la cocina.

—Vaya —dice, ajena completamente a lo que su cuerpo, ahora vestido, provoca en mí—, hoy has acabado antes de correr.

—A la fuerza. Me ha dado un tirón en el gemelo cuando solo llevaba tres kilómetros. He tenido que darme la vuelta cojeando.

—Joder. —Me mira las piernas—. ¿Te duele?

—Bueno, ya algo menos, pero sigue molestándome.

—Espera. —Posa su taza en la encimera—. Creo que tengo una crema que alivia los dolores. Voy a buscarla.

Sale de la cocina y aprovecho para servirme un café y sacar el pan del tostador.

—Aquí está —dice cuando vuelve—, deja que te la ponga.

—No te preocupes, ya lo hago yo.

—No seas tonto. —Me da una torta en la mano que he adelantado para quitarle el tubo de crema—. Yo tengo mejor acceso. Date la vuelta, anda.

La obedezco mientras me siento en una silla y ella se agacha para empezar a masajearme el gemelo con las manos embadurnadas de crema. Lo hace suavemente, sabiendo a la perfección dónde apretar y dónde no, para que la acción de la crema haga su efecto. Tengo que contener el aire en mis pulmones para que no note lo que sus manos, acariciándome, provocan en mí. Me cago en todo; si no supiera que es imposible, juraría que se está recreando más de la cuenta para torturarme.

—Creo que ya es suficiente —digo con un carraspeo—, será mejor que desayunemos antes de que se enfríen las tostadas.

—Venga, vale. —Se levanta y vuelve a coger su taza de café.

—¿Cuáles son los planes hoy? —pregunto.

—Pues me gustaría ir a hacer algunas compras, si no te importa y consigues no aburrirte. Después te compensaré invitándote a comer una buena marmita —me contesta.

—¿Marmita?, ¿eso qué es? —Nunca lo había oído.

—Es un guiso muy típico del norte, en concreto de Cantabria y del País Vasco, aunque allí lo llaman *marmitako*. Se compone básicamente de patata y bonito. En verano es la temporada de este pescado y hay sitios donde son especialistas en cualquier plato que lo lleve.

—Bueno, espero que esté verdaderamente delicioso. Necesitaré una buena recompensa después de verte recorrer tienda tras tienda cual Julia Roberts en Pretty woman.

—Vaya, Mark —me dice dándome con el trapo de cocina—. ¿No eras tú el que renegabas de las películas románticas?

—Bueno, yo también tuve mis momentos —digo guiñándole un ojo.

—Seguramente que lo hiciste para impresionar a alguna chica.

—Básicamente —digo rompiendo a reír al ver su cara de burla.

—Eres incorregible. Me hubiese gustado haber conocido al Mark adolescente.

—No distaba mucho del que conoces ahora. —Sonrío al recordar.

—O sea, un conquistador nato. —Alza una ceja al decirlo.

—Se hace lo que se puede. —Imito su gesto.

—Me parece a mí que no has tenido que esforzarte mucho nunca. Me apuesto a que las mujeres caen rendidas a tus pies con solo una mirada —apunta.

—Todas menos la que me interesa —digo lo suficientemente bajo como para que no pueda oírme.

—¿Qué?

—Nada —contesto—. Venga, llévame por ese periplo de compras. Cuanto antes empecemos, antes acaba mi calvario.

—Lo haces parecer como un tormento. Anda, vamos. —Coge las llaves del coche—. Verás como no es para tanto.

—No, seguro que es para más —digo antes de cerrar la puerta detrás de mí, y me gano una mirada divertida de Laura.

Montado en su pequeño coche, con la música española saliendo por los altavoces, por fin me relajo lo suficiente como para no recordar o, por lo menos, no demasiado, el momento ducha. Dispuesto a seguir disfrutando de estos pequeños ratos que me permiten vislumbrar a una Laura totalmente diferente a lo que me tiene acostumbrado en el día a día. Una Laura traviesa, bromista, divertida, que se está colando, poco a poco, por todos y cada uno de los poros de mi piel. Y eso no sé si me gusta o me aterra. Porque nunca me había pasado esto, nunca había sentido algo parecido, ni siquiera que se le acercase mínimamente. Y eso me acojona, vaya si me acojona.

Deja que fluya, Mark.

Deja que fluya.

Al final, el día de compras no ha sido tan malo como me esperaba. Laura ha dejado salir su lado más payaso y, después de comprar un par de prendas, ha pasado a probarse sombreros, pamelas y gafas, a cada cuál más estrambótico, y no he podido menos que unirme a ella. Cuando hemos salido de la tienda, doblados por la mitad por culpa de la risa, he tenido que reconocer ante ella que me lo he pasado bien, sorprendentemente bien.

Dejamos las bolsas en el coche y me lleva hacia un restaurante cerca de Puerto Chico (todo esto me lo va explicando ella), donde nos sentamos a disfrutar de mi recompensa por la mañana de compras.

Pedimos una ración de rabas (que ya probé el día anterior y me encantaron), y unos

mejillones en salsa. Como plato principal, la prometida marmita. Todo ello acompañado de un vino blanco (creo que la he oído llamarlo albariño), que entra de maravilla de lo fresquito que está.

Ya vamos por la segunda botella de vino, conversando relajadamente, cuando nos ponen delante una olla con el conocido guiso de patatas. Si debo guiarme por el olor, esto va a gustarme.

—Prueba la marmita —me anima Laura—, está buenísima —añade después de servirse en el plato y saborear una cucharada.

—Tú también. —Cuando veo que la mano con la que sujeta la cuchara se para a mitad de camino de su boca, me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta.

—Ahhh, chulito, ¿estás echándome los trastos? —me pregunta divertida.

—Yo te echaba lo que me dejases —contesto. Total, de perdidos al río.

Después de un segundo, en el que la he dejado boquiabierta con mi contestación, Laura rompe a reír.

—Va a ser mejor que dejes el vino, ojazos —dice mirándome divertida—, estás desarrollando una intolerancia brutal a las uvas que te está haciendo decir un montón de tonterías.

—Bueno, tenía que intentarlo. —Me encojo de hombros, haciéndola reír de nuevo, quitándole importancia a mi pobre intento de… Ni yo mismo sé lo que ha pasado hace un momento. ¿He intentado ligar con ella o solo he dejado encima de la mesa mis intenciones? Intenciones que sé perfectamente por dónde van. Si se me olvidan, ya está mi puñetera cabeza para recordarme la maravillosa vista que me esperaba esta mañana en casa al volver de correr.

Es mejor que te frenes, Mark, no sea que todo esto se te vaya de las manos.

—Mark, te estoy hablando. —Vuelvo a prestarle atención—. Estás atontado.

—Perdona, ¿qué decías?

—La camarera —al nombrarla, me doy cuenta de que está de pie, al lado de nuestra mesa—, pregunta si queremos algún postre. Yo le he dicho que no quiero nada, pero a lo mejor a ti te apetece alguna cosa.

—No, nada —digo negando con la cabeza—, mejor que nos traiga la cuenta y seguimos con los planes que tienes.

—Casi prefiero —dice cuando la camarera ha desaparecido— que vayamos dando un paseo hasta el Sardinero y allí nos comamos un helado. Necesito compensar con la caminata los estragos que tanta comilona está haciendo en mi cuerpo. Voy a tener que meterle caña al baile cuando regresemos, aunque esto —se señala a ella misma—, no hay baile que lo arregle.

—Si te interesa mi experta opinión —digo mirándola seriamente—, no necesitas cambiar ni un centímetro de tu cuerpo. Así, tal como está, es perfecto.

No dice nada. En cambio, se queda mirándome a los ojos un poco más tiempo de lo que es normal y yo me quedo atado a esa mirada, tan azul, tan clara, tan transparente, hasta que la

camarera rompe el momento al traernos la cuenta.

Laura me deja pagar la comida y, sin decir una palabra más, salimos en silencio del restaurante.

Ya en la calle, pasamos un momento algo incómodo, sin saber cómo actuar, hasta que ella rompe el silencio.

—¿Experta opinión? Mira que eres creído. —Y consigue así que los dos rompamos a reír.

Enlaza su brazo en el mío y empezamos a andar, mientras me va explicando todo lo que vemos a nuestro paso. De vez en cuando, paramos para admirar las playas de arena fina que tenemos a nuestros pies, que turistas y foráneos de la ciudad abarrotan, disfrutando del soleado día con el que hemos amanecido.

Me alucina la facilidad que tiene Laura para romper un momento incómodo, para darle la vuelta y conseguir que volvamos a esta especie de tregua, no hablada, que parecemos mantener desde que el avión tomó tierra en su ciudad.

Y yo encantado. No sé si podré ni si tendré fuerzas para volver a nuestra rutina cuando regresemos, para retomar nuestra antigua relación de tira y afloja, continuar con nuestros piques, nuestras batallas dialécticas. A pesar de que molestarla fuese uno de los mejores momentos del día y hacerla enfadar mi deporte favorito.

Porque esta nueva versión, la chica que he descubierto en ella, es lo que necesito aquí y ahora, revolviendo mis sábanas, desordenando mi vida.

Ahora solo necesito convencerla a ella de que me deje compartir su cama.

Aunque sea una única vez.

Una única y maldita vez.

CAPÍTULO DIECISÉIS

pasado y presente juntos



LAURA

VI

Loba!!!!!! ¿Cómo va el tema playa?

YO

Viento en popa. Vi, he pateado todas las playas de la provincia pero no me ha convencido ninguna.

VI

Eso no suena muy prometedor.

YO

Pero he dejado la mejor opción para hoy.

VI

¿Y es?

YO

Confía en mí. Cuando lo tenga todo organizado, te lo cuento. Luego iré con Mark a verla.

VI

Hablando de Mark. ¿Qué tal con él?, ¿todavía no os habéis matado el uno al otro? 😉

YO

Sorprendentemente, no. La verdad es que aquí estoy conociendo a un Mark diferente al que me tiene acostumbrada.

VI

Estás conociendo al Mark que conozco yo.

YO

La verdad es que ahora entiendo por qué lo aprecias tanto.

VI

Ummm

YO

Ummm, ¿qué?

VI

Nada, nada.

YO

Suéltalo de una puñetera vez, no sea que se te enquiste dentro.

VI

Ja, ja, ja, ja. No sé, puede ser, solo es una hipótesis, ¿que ya no seas tan reticente a tener algo con Mark?

YO

No empieces a desvariar como mi madre.

VI

Siempre me ha caído bien la buena de Rosi 😊

YO

Mira, no va a pasar nada entre Mark y yo. Ni ahora ni nunca.

VI

No escupas mucho para arriba, no sea que te caiga en la boca.

YO

Arg, no seas tan cerda, que asco.

VI

No cambies de tema. Zúmbatelo, tía.

YO

Violeta!!!!!!! Vas a tener que empezar a pasar menos tiempo en mi compañía. Soy una mala influencia.

VI

Definitivamente sí. Pero tú hazme caso. A nadie le amarga un dulce.

YO

Me temo que este dulce en concreto me convertiría directamente en diabética. Me daría una indigestión por sobredosis de azúcar.

VI

Y un polvazo de los épicos.

YO

¿En qué momento de la historia hemos cambiado las tornas?

VI

En el momento en el que me quedé embarazada y Ryan me trata como si fuese de porcelana.

YO

Qué tierno 😊

VI

Y una mierda tierno. Yo quiero que me empotre como siempre, no que me tenga entre algodones.

De manera que vas a tener que darme material para compensar.

YO

Eso no va a pasar. Y lo sabes.

VI

Ahora pareces un meme de esos de Julio Iglesias.

Lau, venga. Yo sé que Mark te pone. ¿Qué te impide darte/daros una alegría para el cuerpo?

YO

Mi corazón, eso lo impide. Además, Mark no está interesado en mí de esa manera.

VI

No hay ningún hombre en el mundo que no esté interesado en ti de esa manera. Eres preciosa, solo tienes que valorarte un poco más. Que hasta ahora no te hayan salido bien las cosas en el amor no significa que esta vez pase lo mismo.

YO

Estoy cansada de besar príncipes que se convierten en ranas. Ya no tengo fuerzas.

VI

Ya te digo yo que Mark es de todo menos un príncipe. Le pega más lo de ser rana. Pero, a lo mejor, cuando lo beses, se convierte en todo lo que esperas de un hombre.

YO

Permíteme que lo dude.

VI

Tú solo dale una vuelta, ¿vale? Y si no sale bien la cosa, por lo menos te quedará el recuerdo de un buen sexo.

Creo que va siendo hora de terminar esta conversación tan esperpéntica.

YO

Adiós, Vi. Cuida bien de mi futuro sobrin@

VI

Sí, sí. Tú tira balones fuera. Adiós, Lau, y recuerda una cosa. Más vale arrepentirse que quedarse con las ganas 😉

¿He dicho alguna vez que odio a mi examiga? Después de tantos años de conocernos, no sé por qué no se me ha ocurrido pensar que iba a salirme con el asunto de Mark.

Me encantaría ser tan despreocupada como hace un tiempo y lanzarme de cabeza a lo que me ha sugerido Violeta, pero no puedo. Mark no es un tío cualquiera que conozcas en un bar y con el que terminar enrollada una noche. Mark es algo más, lo supe en el mismo momento en el que

abrí la puerta de mi apartamento por primera vez y lo vi al otro lado. Nada más cruzar mi mirada con él, supe que podría llegar a convertirse en alguien importante/peligroso para mí. Por eso he levantado una muralla infranqueable a mi alrededor, para no dejar que entre. Mirándome bien, salta a la vista que no soy su tipo. Acostumbra a llevar del brazo a mujeres espectaculares, no tengo su atractivo, me considero del montón, quizás del montón tirando para arriba si me esmero en resaltar mis virtudes, pero ni de esta manera puedo equipararme a ellas. Lo tengo asumido, por eso he blindado mi corazón al encanto de Mark. La putada es que, en los últimos tiempos, ha ido derribando poco a poco esos muros y se ha ido metiendo dentro de mí por alguna de las grietas que, parece ser, han aparecido.

Estoy tomándome un café en la cocina cuando Mark vuelve de correr.

—Ey —saludo—. ¿Qué tal el tirón?

—Hola —contesta—. La verdad es que no hay señales de él. Ni una simple molestia. Esa crema que me diste ayer obró milagros.

—Igual fue cosa de mis manos mágicas. —Le enseño una, moviendo los dedos.

—Si, ja, ja, ja, ja. Puede ser. Oye —continúa—, me doy una ducha rápida, me tomo un café y nos ponemos en marcha. ¿Cuáles son los planes?

—Hoy —hago redoble de unos imaginarios tambores—, vamos por fin a ver LA PLAYA, así, con mayúsculas.

—Vaya, por fin vas a desvelarme tu gran secreto. ¿Luego me matarás? —me pregunta burlón.

—Ummm, no sé, puede que te perdone la vida, si te portas bien. —Guiño un ojo—. Ahora vete a darte un agua, corre.

—Bonita manera de insinuar que huelo mal. —Sale de la cocina—. ¿Me preparas un café, porfi? —grita, ya metido en el baño.

Sonrío mientras hago lo que me pide, doble y sin leche, como a él le gusta, con una cucharada pequeña de azúcar.

Cuando vuelve a la cocina, después de ducharse, con el pelo mojado, rizándosele a la altura de la nuca, me quedo mirándolo un poco más de la cuenta. Joder, es que está de toma pan y moja. ¿Cómo pretende Violeta que nos enrollemos?, siendo él tan tan tan todo, y yo tan poco. Suspiro y desvío la mirada antes de que se dé cuenta de que me he quedado embobada.

—Por cierto —digo volviendo a poner los pies en la tierra—, esta noche tenemos cena con mi pandilla. Llevan desde que aterricé queriendo que quedemos y ya no he podido poner más excusas. —Me encojo de hombros—. Es un grupo muy majo, llevamos siendo amigos desde el instituto y sé que te van a caer bien. Además, la mayoría de ellos hablan inglés con fluidez, no tendrás problema para integrarte.

—Me parece bien. Además —me mira con gesto travieso—, a lo mejor consigo que alguno

me cuente tus secretos más oscuros.

—Oh, vamos. No tengo ningún secreto oscuro. Si tenía que liarla, lo hacía por todo lo alto. Me extraña que no publicasen mis andanzas en el periódico local. En aquella época, estaba muy loca. Qué tiempos —suspiro con nostalgia—. Hay veces que echo de menos vivir tan despreocupadamente.

—A mí sí que me hubiese gustado conocerte en esa época. Debías de ser muy divertida.

—Ni te lo imaginas. Venga, voy a prepararme y salimos. Antes de ir a ver la playa, quiero llevarte a conocer el faro de Cabo Mayor. Tiene unas vistas espectaculares.

Pasamos la mañana visitando la zona del faro y la playa de Mataleñas, que creo que va a ser la elegida para celebrar la boda.

Es una playa pequeña, rodeada de acantilados y abierta al mar. La única pega son sus escaleras. Para más información, los más de ciento cincuenta escalones que acceden a la misma.

—Hostias —dice Mark desde el mirador que se encuentra por encima de la playa—, la verdad es que es impresionante, íntima y de difícil acceso. Muy difícil acceso. No sé cómo vais a bajar y subir tantas escaleras con tacones.

—Boda en la playa igual a cero tacones —contesto.

—Vale, una cosa menos. Me imagino que algún invitado rondará los setenta años o más. ¿Cómo van a acceder a la boda?

—En lancha —aseguro.

—Veo que lo tienes todo pensado. Visto así —se queda un rato pensando—, creo que es el sitio ideal para celebrar la boda. —Una amplia sonrisa ilumina su cara y yo me deslumbro. Jesús, ¿cómo puede una simple sonrisa causar tantos estragos en mi interior?

—Tengo el restaurante ideal para la cena de la boda. —Desvío la mirada de su cara hacia la inmensidad del mar—. Se trata de un chalé reconvertido, con un enorme jardín donde se puede celebrar el coctel previo a la cena.

—Bueno. —Me mira y me ofrece su mano—. Pues vamos a visitar dicho restaurante.

Miro fijamente su mano extendida y solo dudo un segundo antes de que la mía se pierda dentro de ella.

El resto de la mañana y parte de la tarde lo dedicamos a visitar todos los sitios necesarios para que la boda de nuestros amigos salga perfecta. Tras el restaurante, vamos a la empresa que nos alquilará las sillas y la pérgola para la ceremonia en la playa, después a la floristería y a todos los lugares necesarios para dejarlo todo atado antes de nuestra vuelta a Nueva York.

Cuando llegamos a casa, tenemos el tiempo justo de prepararnos para la cena con mis amigos.

Me visto, un poco más arreglada de lo normal, con una falda corta de lentejuelas, una camisa negra a la que remango los puños y unas sandalias de tacón. Me recojo la melena en un moño despeinado y me maquillo levemente para dar el protagonismo a mis labios, que pinto de un rojo intenso. Cuando salgo de mi habitación, me encuentro con Mark en el salón, vestido con un

pantalón de pinzas, una camisa de lino y unos náuticos en los pies. Está… Madre mía, como está. Hace que me plantee seriamente seguir el consejo de mi amiga y encerrarlo en mi habitación hasta que volvamos a coger el avión.

Veo como él me repasa de arriba abajo. Mi cuerpo tiembla bajo su escrutinio y, cuando sus ojos se conectan con los míos, creo que voy a empezar a arder por combustión espontánea. Me entra tal calor que me sobra la ropa. Qué coño, me sobra hasta la piel, de esa manera me afecta su mirada azul. Un azul que, desde aquí, parece negro de tan dilatadas que tiene las pupilas.

El momento se desvanece cuando se mueve hacia la puerta y la abre para llamar al ascensor.

Cojonudo, ni un simple comentario sobre mi aspecto. A ver, que tampoco esperaba que cayese rendido a mis pies, joder, pero qué menos que elogiarme un poco, será capullo.

Un poco mosqueada, cojo mi bolso, meto las llaves, el móvil y el pintalabios en él y cierro la puerta detrás de mí, dispuesta a pasar la noche disfrutando de mis amigos e ignorando al gilipollas que se sienta a mi lado en el taxi que nos espera en la calle.

Llegamos al restaurante y se me olvida mi mosqueo en cuanto los veo . Mis ojos se empañan al abrazarlos uno por uno. Vaya, no sabía la falta que me hacían.

—Joder, Laura —me dice Mónica al abrazarme—, no has cambiado nada, estás estupenda.

—Eso es que me ves con buenos ojos —paso al inglés—. Gente, os presento a Mark. Es el mejor amigo de Ryan, el futuro marido de Vi. Mark —me doy la vuelta y lo incluyo en el círculo —, estos son Mónica, Rocío, Silvia, Edu, David, Ángel y Carlos. Mis amigos de toda la vida.

—Encantado. Sí, creo que os reconozco de las fotos que tiene Laura en su habitación. —Les sonríe y juro que acabo de ver desintegrarse las bragas de mis tres amigas bajo el influjo de esa sonrisa.

La cena trascurre entre risas, bromas y recuerdos de batallitas pasadas. Mark se limita a escuchar, pero veo por su cara que lo está pasando verdaderamente bien oyéndonos hablar de nuestras aventuras.

Después de la cena, decidimos ir a tomar unas copas al Cooper, un *pub* de la zona donde ponen música española de todos los tiempos.

Nada más entrar y después de saludar a sus dueñas, Lucía y Ainhoa, nos acercamos al portátil para poder escoger la música que vamos a bailar. Empezamos con Hombres G y salimos todos a bailar. Bueno, todos menos Mark, que se queda apoyado en la barra observándonos mientras bebe de su botellín de cerveza. Seguimos con más grupos de los 80’s y 90’s: Duncan Dhu, Revolver, Los Secretos, Seguridad Social y muchos más.

Solo dejamos de bailar para acercarnos a la barra cada vez que la camarera nos sirve chupitos de tequila, de tequila de mango, de jagger… Nos da igual, todos son bienvenidos. Al fin y al cabo, la mejor manera de expulsar el alcohol del cuerpo es bailando, o por lo menos eso me digo.

Bailamos, saltamos, reímos recordando nuestra historia a través de la música que vamos eligiendo. Nos volvemos locos cuando suena «Marta, Sebas, Guille y los demás» de Amaral, que es todo un himno a la amistad. Mark sigue el ritmo con un pie, pero en ningún momento se

anima a bailar con nosotros. Va a ser verdad eso de que tiene dos pies izquierdos, o mucho sentido del ridículo, que también puede ser. En un momento dado, veo como Mónica se pone a su lado, cosa que me desestabiliza un poco. Viéndola con él, cualquiera puede fijarse en que hacen una pareja ideal, los dos tan altos, tan guapos, tan perfectos. Además, ella está soltera y es obvio, viéndolos hablar tan juntos, que han congeniado muy bien. Me temo que esta noche me vuelvo sola a casa. No entiendo por qué me jode tanto solo imaginarlo, pero lo hace.

Una mano tirando de la mía hace que deje mis pensamientos sombríos y, al volverme, veo a Carlos, que me coge de la cintura para bailar. Es en ese momento en el que me doy cuenta de que suena «Bajo la luz de la luna» de Los Rebeldes, nuestra canción en los tiempos en los que éramos pareja. Sonreímos, cómplices, y me dejo llevar. Además de bailar, hacemos el payaso, exagerando las vueltas que me da, inclinándome hacia atrás y cualquier tontería que se nos vaya ocurriendo. Aunque ya no sienta nada por él, es indiscutible que siempre hemos tenido química, y esa química es la que desprendemos cada vez que nos reencontramos.

Al finalizar la canción, Carlos me acerca más a él y me besa, en un principio de forma suave, pero cuando ve que no opongo resistencia, profundiza el beso y nuestras lenguas, viejas conocidas, vuelven a reencontrarse después de tanto tiempo. Me dejo llevar por la nostalgia y me recreo un poco más de lo normal en el beso, pero me aparto poco tiempo después, con la vista fija en sus ojos. Despacio, acaricio su mejilla, le sonrío y dejo un pico en su boca, que sirve para despedirnos de esa historia inacabada que vivimos hace años. Carlos y yo ya no estamos en el mismo tiempo. Me doy la vuelta con la intención de acercarme a la barra y pedir otra consumición.

No llego. Los ojos de Mark me taladran de tal manera que me dejan clavada en el sitio. No soy capaz de descifrar qué emociones pasan por su mirada azul, algo oscuro pasa por ella, algo peligroso.

Desvía su mirada de la mía y esta se pierde detrás de mí. Sigo la dirección de sus ojos y me encuentro con Carlos, que ya se ha dado la vuelta y está hablando con Edu.

Vuelvo a mirar a Mark y veo que sigue pendiente de mi exnovio. Su cara es un poema, una mezcla de rabia y… No sé, ¿pueden ser celos? Ni de coña, no es posible que Mark sienta celos de Carlos. Al fin y al cabo, este último no le llega ni a la suela de los zapatos.

Mónica lo distrae y él se acerca a su oído para seguir con lo que sea que estaban hablando. El momento pasa y me pregunto si habrá ocurrido realmente o ha sido fruto de mi imaginación.

Desvío mi mirada de Mark a Carlos y viceversa.

Mi pasado y mi presente juntos.

Con Carlos, al menos, me une una historia, dudo que mi presente con Mark incluya una distinta a la amistad.

Miro a mi amiga, muy afectuosa con él, y suspiro. Parece que no existe un presente inmediato con Mark.

Y definitivamente, no se prevé un futuro diferente a su lado.

Dejo a un lado mis rayadas mentales y vuelvo a unirme a mis amigos, olvidando a la pareja que sigue con su conversación en la barra. Me prometí disfrutar de la compañía de mi pandilla e ignorar a mi compañero provisional de piso y eso pienso hacer.

De momento voy a disfrutar de mi pasado.

Ya me tocará enfrentarme a mi presente.

Eso será mañana.

Hoy me centro en el ayer.

Yo me entiendo.

O eso creo.

CAPÍTULO DIECISIETE

la teoría



MARK

Ver a Laura bailar y disfrutar con sus amigos, tan libre, tan desinhibida, riendo a carcajadas, me llena de sentimientos contradictorios. Me hace feliz verla así, pero, a la vez, me hace sentir celos. Celos de que no se comporte así conmigo. Estoy encantado de que, en estos últimos días, nuestra relación haya cambiado. Nos hemos acercado más, hemos creado una complicidad y una conexión brutal. Tengo miedo de que, al volver a Nueva York, todo vuelva a su punto de partida. Y me doy cuenta de que eso me jodería, mucho, muchísimo. Porque yo quiero estar al lado de esta Laura, la que es con Violeta y Ryan, con sus amigos, totalmente alejada de la Laura que es cuando nos cruzamos.

La miro mientras bebo mi cerveza. Está espectacular. Cuando la vi aparecer antes en el salón de casa de sus padres, con esa falda que deja ver el largo de sus increíbles piernas, tuve que obligarme a cerrar la boca o corría el peligro de que se me desencajase la mandíbula. Vi su cara de decepción cuando no le dije nada, pero es que, ¿qué podía hacer? Lo único que me apetecía era cargármela al hombro y encerrarla en la habitación hasta que se oyesen sus gritos de placer desde la otra punta de la ciudad.

Suena una nueva canción que hace que todos se abracen y bailen saltando. No puedo evitar reírme. Viéndola así, puedo imaginarme a la Laura adolescente, esa que estaba un poco loca y que la liaba cada vez que salía de fiesta.

Cuando termina la canción, siguen enlazando una con otra, parando solo para tomarse algún que otro chupito.

Una de sus amigas, creo que se llama Mónica, se acerca a mí y empieza a hablarme y a interesarse por mi vida. Yo intento centrarme en la conversación, pero no puedo apartar mis ojos de Laura. Es que me gusta todo de ella, joder. Cómo se mueve, cómo se ríe, cómo baila, incluso me gusta cómo frunce el ceño, como está haciendo ahora, mirándonos a su amiga y a mí. No consigo saber qué transmite su mirada, parece, no sé, ¿decepcionada? No entiendo qué ha podido pasar para que, durante un pequeño momento, sus ojos hayan cambiado de cálidos a fríos. No tengo tiempo de averiguarlo porque uno de sus amigos la ha cogido de la mano y se han puesto a bailar. Dan vueltas, riéndose a carcajadas mientras hacen el tonto, y me hierve la sangre al ver la complicidad que hay entre ellos. Estoy a un paso de acercarme e interrumpir el baile, así de tonto me pone Laura.

—Siempre han hecho buena pareja —oigo que me susurra Mónica al oído.

—¿Perdona? —pregunto sin apartar la vista de la parejita.

—¿No lo sabes? —indaga.

—¿Qué debería saber? —De verdad que estoy muy perdido.

—Carlos y Laura estuvieron saliendo un par de años. Eran inseparables —continúa ella—. Luego Laura se fue a estudiar a Madrid y ya sabes lo que dicen, que la distancia es el olvido.

—Ah. —Parezco gilipollas, pero es que no me sale decir nada más.

—Nunca rompieron formalmente. La relación se fue apagando. Ella cada vez venía menos fines de semana y, al final, todos sobreentendimos que se había terminado.

Miro a la amiga de Laura y veo como abre los ojos de par en par.

—Vaya, parece que donde hubo fuego, quedan cenizas. —Sonríe de medio lado.

Sigo su mirada y lo que veo me deja congelado en el sitio.

Laura y su, no sé cómo catalogarlo, ¿amigo?, ¿ex?, ¿reincidente?, se están besando en mitad del *pub*. El mamón ese está haciendo lo que llevo deseando hacer desde que la he visto hoy en el salón arreglada para salir. Qué cojones, está haciendo lo que yo deseo hacer desde que la vi por primera vez en la puerta de su apartamento.

Cuando Laura se separa de los labios de su lo que sea que es, le da un pico y se vuelve hacia la barra. Yo ya estoy arrepintiéndome de no haber hecho lo que quería, que no era otra cosa que encerrarla en su habitación y hacerla gritar, ¿recordáis?

Mis ojos sostienen un momento los suyos, pero inmediatamente pasan a fulminar al tío que la ha besado, que ahora está hablando con otro de sus amigos.

—Tranquilo, campeón, que no te han quitado el caramelito —me susurra Mónica, tan bajo que tengo que acercarme mucho a ella para poder escuchar lo que me ha dicho.

—No sé a qué te refieres.

—Venga, hombre. Miras a mi amiga como si fuese el postre más delicioso que existe en el planeta tierra. —Se ríe suavemente.

—Yo no… — No me deja terminar.

—Oh, sí, ya te aseguro yo que sí. Lo que me extraña es que ella no se haya dado cuenta todavía. Para tu tranquilidad, te diré que ella te mira a ti de la misma manera.

Ahora sí que me interesa lo que dice.

—¿Tú crees? Entonces no entiendo… —Hago un gesto con la cabeza hacia el imbécil que la ha besado.

—Creo que ambos necesitaban ponerle punto final a su historia. Nunca tuvieron la oportunidad y necesitaban cerrar esa puerta. La verdad es que ha sido precioso cómo lo han hecho, sin rencores, solo quedándose con lo más bonito de lo que fueron juntos.

—Una mierda precioso. También podían haberlo hecho dándose un apretón de manos —suelto entre dientes.

—Ay Mark, Mark. Mira que sois territoriales los tíos. Laura necesitaba terminar una historia para poder meterse en otra. Ahora la tienes a tu entera disposición.

—No sé cómo conseguir eso. Ella y yo no estamos en ese punto.

Me mira alzando las cejas.

—¿Intentas decirme que un tío como tú —me mira de arriba abajo— no sabe cómo llevarse de calle a una mujer? Permíteme que lo dude. Tú debes de tener hasta un máster en conquistas. Qué coño, tu deberías ser el que imparte dicho máster. —Se ríe.

—Puede que no me cueste entrarle a cualquier mujer. Pero es que Laura es… Es demasiada mujer. —Y lo digo sinceramente. Laura es demasiada mujer para cualquier hombre. Nos deja a todos a la altura del betún—. Tengo miedo de estropear la amistad que empezamos a construir.

—Tú solo sé sincero. Dile lo que sientes, dile que la quieres.

—Ey, ey, ey, no vayas tan deprisa. —La miro con el ceño fruncido—. Aquí nadie está hablando de amor. Reconozco que la deseo, pero eso no significa que esté enamorado de ella. Yo no me enamoro nunca. Jamás.

—No hay más ciego que el que no quiere ver —me dice antes de unirse a sus amigos y ponerse a bailar.

Rumio las palabras que me ha dicho y niego con la cabeza. No, ni de coña estoy enamorado de ella. Solo la deseo. Como nunca he deseado a nadie, lo admito, pero nada más. Estoy seguro de que si me quitase las ganas que tengo de Laura, si pudiese disfrutar de su cuerpo una sola vez, toda la maldita revolución que siento en mi interior se apagaría. Eso es lo que necesito, lo que necesitamos. Pasar una sola noche juntos. De esa manera, como me pasa siempre, perdería el interés en ella y conseguiría, por fin, centrarme en el resto de mujeres sin que se me apareciese una y otra vez su imagen cada vez que me acuesto con una de ellas.

Si, definitivamente, eso necesito.

Una sola vez.

El resto de la noche sigue la misma tónica, Laura bailando con sus amigos y yo sin poder, ni querer, apartar mis ojos de ella. Hace rato que tanto Laura como yo hemos dejado el alcohol, quiero ser completamente dueño de mis actos y de mis sentidos, de mis acciones.

Cuando hemos cerrado todos los garitos de copas, nos despedimos de sus amigos y llamamos a un taxi. Una vez sentados en él, apoyo la cabeza en el asiento y cierro los ojos.

—¿Te lo has pasado bien? —pregunta Laura a mi lado.

—No tanto como tú —contesto sin abrir los ojos—, pero no ha estado mal.

—Parece que has hecho buenas migas con Mónica —dice.

—Y tú con, ¿cómo se llama? Carlos, eso es. —No puedo evitar que mi voz suene enfadada.

—Bueno, Carlos y yo compartimos una historia…

—Lo sé. —No la dejo terminar—. Mónica me lo ha explicado.

—Ah, vale.

Nos quedamos callados un rato hasta que rompe el silencio.

—¿Te pasa algo? —En su voz hay duda.

Estoy tentado de gritarle que sí que me pasa algo, que me ha jodido, como no puede ni

imaginar, ver cómo se besaba con su ex. Que he tenido deseos de agarrar del cuello a ese gilipollas y apretar hasta que se le saliesen los ojos de las órbitas, como si de un dibujo animado se tratase. Que me muero de ganas de hundirme en ella y no salir de su interior en lo que me quede de vida. Que me muero por averiguar si sus ojos se vuelven de un color más oscuro cuando explota conmigo en su interior, y que quiero ser el único que tenga el privilegio de conocer de primera mano todas esas cosas.

Pero obviamente no se lo digo, me lo callo y, en cambio, contesto lo que se supone que es lo correcto.

—No. Solo estoy cansado.

Volvemos a sumirnos en el silencio hasta que el taxi nos deja en casa de sus padres. Pago al taxista y salimos.

Odio la incomodidad que nos rodea mientras llegamos al portal y Laura abre. Uno al lado del otro, esperamos al ascensor y yo la miro de reojo. Está mordiéndose el labio, parece nerviosa, tensa y me muero de ganas de alargar la mano y acariciar la marca que han dejado sus dientes.

Cuando llega y nos metemos dentro, el deseo que llevo acumulando por ella durante toda la noche me explota en la cara y la arrincono contra la pared con mis brazos a cada lado de su cabeza.

—¿Qué… Que haces? —pregunta nerviosa.

—Comprobar una teoría —contesto mirándola a los ojos.

—¿Qué teoría?

—Llevo desde que probé tu boca, la noche que Sean te insultó, intentando olvidar tu sabor. Tengo la teoría de que al ser algo que no terminó bien, me ha creado unas expectativas demasiado altas. Estoy seguro de que, si vuelvo a besarte, comprobaré que no fue tan bueno como recuerdo y podré zanjar el asunto.

Y sin darle opción a réplica, me sumerjo de lleno en un beso que me hace devorarla como si estuviese muerto de hambre. Laura se queda un segundo quieta, sorprendida; pero, tras soltar un suspiro, enreda su lengua en la mía y, de un salto, anuda sus piernas en mis caderas, lo que hace que su falda se enrolle en su cintura.

Sentir su calor tan cerca de mí, termina con la poca cordura que me queda y llevo mis manos a su trasero, acariciándolo, tirando del hilo del diminuto tanga que la cubre.

El gemido que sale de su boca termina de ponerme duro y tengo que separarme un segundo para mirarla a la cara y comprobar que desea lo mismo que yo.

—Laura. —Me cuesta pronunciar una sola palabra.

—Sí. —A ella parece ocurrirle lo mismo.

—Si no me detienes… —No puedo seguir hablando, porque vuelve a besarme.

—Hazlo —dice cuando el ascensor se para en su piso.

—¿Estas segura? —No quiero arrepentimientos después.

Salgo del ascensor con ella en brazos, que busca las llaves en su diminuto bolso.

—Nunca he estado más segura de algo en toda mi vida. —Detiene su búsqueda para mirarme a los ojos.

No necesito ninguna confirmación más para volver a besar esa boca que me tiene completamente loco.

No sé cómo conseguimos abrir la puerta y llegar a trompicones a su habitación. Solo sé que, en ese breve trayecto, acaricio a Laura por todas las partes de su piel que quedan al descubierto. Cuando estamos al borde de la cama, la bajo al suelo y nos quedamos momentáneamente quietos, mirándonos a los ojos.

—Esto —empieza a decir— va a…

—Lo sé —acabo por ella—, solo una noche.

—Sí —aunque está de acuerdo, una pequeña nube de dolor empaña su mirada, pero, como solo dura una milésima, no le doy mayor importancia—, solo una noche.

—Pues, si esta va a ser nuestra única noche —la beso con delicadeza—, hagámosla memorable.

Me desnuda despacio y, una vez que estoy tal y como vine al mundo, me mira con avidez, acariciando con sus manos lo que primero ha hecho con sus ojos. Nunca he sido tímido, al contrario, sé perfectamente el aspecto que tengo y el efecto que causo en las mujeres, pero, bajo la mirada apreciativa de Laura, tengo que reconocer que mi ego se crece de una manera brutal. Me mira como al postre más delicioso del mundo y tengo miedo de no poder aguantar hasta estar dentro de ella, hasta fundirme con su cuerpo.

Ahora me toca a mí desnudarla y, joder, parezco un puñetero quinceañero de lo nervioso que estoy. Me tiemblan las manos al desabrochar los diminutos botones de su camisa, pero todo queda en el olvido cuando, después de quitarle toda la ropa, se muestra ante mí sólo cubierta por el minúsculo tanga.

Me entretengo en recorrer su cuerpo con la vista, desde su clavícula, pasando por su generoso pecho, a ese ombligo en el que siento la apremiante necesidad de hundir mi lengua y finalizando en su centro del placer, todavía oculto por el diminuto triangulo de tela.

—Joder, Laura —digo con voz ronca—, no sé si voy a tener suficiente de ti con una sola noche.

Ella se ríe quedamente y eso es lo único que necesito para tumbarla en el colchón, desprenderme de la única barrera que impide que la sienta al completo y dar paso a la mejor noche que he pasado en mi vida.

Porque no puedo poner en palabras lo que me hace sentir el estar dentro de Laura, la comodidad, su calor rodeándome. Es una intimidad que no había experimentado nunca. Ya no hablo solo del placer, es una sensación de… De paz, de haber llegado a lugar seguro, de estar exactamente en el sitio adecuado, donde me corresponde.

Porque estar dentro de Laura se siente como estar en el hogar.

Con todo lo que ello conlleva, todo lo que significa.

Y aunque todo eso me aterra, no lo hace tanto como debería hacerlo si tenemos en cuenta mi historial con las mujeres.

Un historial que dejo apartado en un rincón de mi memoria, porque esta mujer, en la que estoy enterrado, es la única que ocupa ahora todos mis sentidos.

La que me complementa, la que encaja conmigo como nunca nadie lo había hecho. Y cuando llegamos al clímax, los dos juntos, mirándonos a los ojos y ella susurra mi nombre, joder, en ese momento mi único deseo es quedarme aquí, en ella, por el resto de mis días.

Para toda la vida.

CAPÍTULO DIECIOCHO

lo que pasa en santander...



LAURA

Me despierto con el cuerpo caliente de Mark pegado a mi espalda, su brazo alrededor de mi cintura y su respiración haciéndome cosquillas en el cuello. Aprovecho que sigue dormido para recrearme en la sensación, para disfrutar de este momento a solas recordando la noche pasada. LA MEJOR NOCHE DE MI VIDA. Ya suponía que estar en la cama con él debía de ser increíble, pero después de haberlo vivido en mis propias carnes, la palabra *increíble* se queda corta. No imaginaba un Mark tan cariñoso, tan delicado, buscando mi placer antes que el suyo, susurrando palabras que nunca esperé oír saliendo de su boca, entregado al cien por cien a mí. Tampoco me imaginaba a un Mark que se dedicase a acariciarme despacio después de caer exhaustos, mientras recuperábamos el aliento, antes de acabar dormidos abrazados.

Noto el momento en el que se despierta porque su mano sube hasta mi pecho y se pega más a mi espalda.

—Buenos días —saluda con la voz todavía ronca por el sueño.

—Buenos días —contesto dándome la vuelta y quedando cara a cara con él.

Durante un momento no hablamos, nos limitamos a mirarnos con intensidad.

—Lo de anoche… —Empiezo a decir.

—Lo de anoche fue la hostia —continúa él por mí.

Una sonrisa se abre en mi cara.

—Tanto —sigue—, que deberíamos repetirlo. Es más, creo que para despedirnos de Santander, no deberíamos salir en todo el día de la cama. Hagamos de esto una noche eterna. Cuando volvamos a Nueva York, ya continuaremos con nuestras vidas. Ahora, disfrutemos de esto, del momento.

—Lo que pasa en Santander, se queda en Santander —resuelvo.

—Pensaba que esa frase se refería a Las Vegas —me dice burlón.

—Las Vegas, Santander, menudencias geográficas —contesto en el mismo tono que él.

—Entonces, como me he despertado con hambre y tú eres mi anfitriona —dice destapándonos—, tienes que prepararme el desayuno. —Serpentea por mi cuerpo hasta ponerse entre mis piernas—. O será mejor que me sirva yo mismo.

Y eso hace, servirse a su antojo de mí y de mi cuerpo.

Hasta quedar completamente saciado.

Como ha sugerido Mark, pasamos el día en la cama, levantándonos solo para picar algo cuando nos entra el hambre, sin prisas, sin horario.

Hacemos el amor, mucho, dormitamos a ratos, hablamos de nosotros, de nuestra infancia,

nuestra adolescencia, nuestros sueños.

Él me cuenta su desilusión con el trabajo, su impotencia por tener las manos atadas en cuestiones de innovación. De la negativa de su padre y los socios de este a que modernice los diseños, lo que hace que le embargue el sentimiento de no avanzar en su empresa.

Yo le hablo de mi sueño de viajar y dedicarme a organizar viajes que culminó con la creación, junto a Violeta, de nuestra agencia de viajes. De lo contentas que estamos de que, aunque en principio nos costó un poco, haya conseguido despegar e incluso ampliarse.

Charlamos sobre gustos, su comida favorita, la mía, el viaje de mis sueños, sus expectativas laborales y, en ningún momento, nos separamos. No rompemos nuestro abrazo mientras nos conocemos cada vez un poco más. Es tan sencillo hablar con él. Siento que me escucha, que le interesa sinceramente todo lo que digo, es fácil abrirme a él, como si lo llevase haciendo toda la vida.

Solo ensombrecen el momento las veces que mi cabeza me recuerda que esto tiene una fecha de caducidad, que en cuanto montemos en el avión que ponga rumbo a casa, volveremos a ser Mark y Laura, los mejores amigos de Ryan y Violeta, pero nada más. Él seguirá con su rutina de conquistas y yo me moriré un poco más por dentro cada día que pase.

Volvemos a hacer el amor, despacio, con tranquilidad, como si tuviésemos todo el tiempo del mundo, memorizando nuestros cuerpos, nuestras pieles. Derrotado se derrumba encima de mí, enterrando su cara en el hueco entre mi hombro y mi clavícula.

—Me quedaría así, dentro de ti, para siempre, sin moverme, habitando en ti, dejando que tú habites en mí —me susurra.

Sé que esto se está terminando, que esta especie de burbuja en la que nos hemos encerrado desde ayer está a punto de explotar, que tengo que verlo como lo que es: dos amigos compartiendo sexo. Pero luego, me dice cosas como la que me acaba de decir y no puedo evitar que mi imaginación y mi ilusión echen a volar libres. ¿De verdad sería tan malo imaginar un futuro con él? Sí, me contesto yo misma. Porque Mark no se compromete con nadie, es un espíritu libre que no busca atarse, y no sé qué me hace pensar que yo sería capaz de cambiar eso. Ahora soy yo la que está con él, pero podría haber sido cualquier otra, estaba en el sitio adecuado en el momento adecuado. Seguramente, si hubiésemos seguido en Nueva York, no me hubiese mirado dos veces seguidas para algo más que para meterse conmigo.

—Eh. —Sale de mí, se quita el preservativo y se acuesta a mi lado—. ¿En qué piensas?

—En nada, solo estaba intentando recuperarme de la maratón.

—Ha sido épico, ¿eh? —comenta orgulloso—. La verdad es que nos compenetramos de maravilla. No sé por qué no lo hemos hecho antes.

—¿Porque no nos soportábamos? —pregunto yo.

—Bueno, yo no sería tan rotundo. Confiesa que, en el fondo, te gustaban nuestros piques —dice alzando una ceja.

—Si tú lo dices. De todos modos, tú estabas muy ocupado saltando de cama en cama y yo no

busco eso. O por lo menos, no solo eso.

Se queda serio al momento, dirigiendo la vista al techo, y a mí me da la impresión de que el corazón se me va a salir de la caja torácica.

—Mira, Laura, tú eres una tía estupenda. —Cuando un tío empieza una frase así, sé que no va a terminar bien para mí—. Pero yo no busco nada formal. No tengo madera de novio, no sirvo para eso. Estoy convencido de que la cagaría a la primera de cambio. No puedo ofrecerte nada más que esto. —Nos señala a los dos, desnudos entre las sábanas—. Solo esto.

Acaba de darme una buena hostia con la mano abierta, pero no dejo que note lo que me han jodido sus palabras.

—Eh, tranquilo. Tampoco es que te esté pidiendo un anillo de compromiso. Limitémonos a disfrutar de esto durante el tiempo que dure. Las Vegas, ¿recuerdas? —Sonrío abiertamente aunque por dentro esté sangrando.

—Tus deseos son órdenes. Siguiente asalto —dice colocándose encima de mí antes de recorrer mi cuerpo con su boca.

Pues si esto es lo único que voy a conseguir de Mark, voy a concentrarme en disfrutarlo lo máximo posible y a atesorar esta aventura veraniega para cuando ya no tenga el calor de su cuerpo junto a mí.

Luego, cuando vuelva a casa, me tocará aprender a vivir con frío permanente.

De momento, seguiré disfrutando de su calidez.

Espero tener la fuerza suficiente para vivir alejada de Mark y de su calor.

A la mañana siguiente, después de haber dormido más bien poco y habernos amado más bien mucho, preparamos el equipaje y nos montamos en el taxi que nos llevará al aeropuerto. Desde allí, cogeremos un avión que nos llevará a Madrid y, más tarde, otro que nos devolverá a Nueva York.

Comemos unos bocadillos en el aeropuerto Adolfo Suárez y vamos hacia la puerta de embarque cuando llaman a nuestro vuelo. Acomodados en nuestros asientos, miro por la ventanilla, despidiéndome de mi país. En esta ocasión, no me cuesta tanto decirle adiós, ya que, en algo más de dos meses, volveré para ser testigo de cómo se casa mi mejor amiga.

Poco después de despegar, la noche sin dormir me pasa factura y cierro los ojos agotada. Cuando los abro, un tiempo después, Mark está mirándome fijamente.

—¿Seguimos en Las Vegas? —me pregunta en voz baja.

Me cuesta ubicarme y entender a qué se refiere. Da igual porque no me deja pensar en una respuesta coherente, al poco de terminar la pregunta, me agarra por la nuca y acerca mi cabeza a la suya apoderándose de mi boca. Es flipante el poco tiempo que he tardado en acostumbrarme a su sabor, a su forma de besar, primero delicada y, un instante después, demandante. Su boca encaja con la mía como si hubiesen sido hechas para eso precisamente, para encajar como las

piezas de un puzle. Las dos juntas son un binomio perfecto.

Seguimos un rato besándonos, él no sé, pero yo deseando no romper nunca esta conexión que tenemos, que hemos desarrollado durante esta semana en Santander.

Oímos el carraspeo de la azafata, que viene a entregarnos nuestras bandejas de comida y los dos nos separamos despacio, sin dejar de mirarnos, sin romper el contacto, aunque este sea visual. Después de comer, me acomodo de nuevo en mi asiento, mirando las nubes, mientras el sol va perdiendo fuerza y la noche está ganando la partida.

Mark entrelaza sus dedos con los míos y así, de esa manera, nos quedamos ambos dormidos hasta que la tripulación da el aviso del inminente aterrizaje.

Nos abrochamos el cinturón y ponemos nuestros asientos en posición vertical. Después de eso, coge de nuevo mi mano, lo que hace que la ilusión vuelva a campar a sus anchas en mi interior. Porque, al fin y al cabo, si se muestra tan cariñoso conmigo, ¿acaso no es porque siente por mi algo más de lo que me ha hecho ver?

Tienes que hacértelo mirar, Laura, porque pasas del desánimo a la ilusión con una facilidad pasmosa. Recuerda que seguís en «Las Vegas», bueno, más bien, ahora mismo en tierra de nadie. Que en cuanto pongáis los pies en Nueva York, todo lo vivido solo formará parte de tus recuerdos. Preciosos, maravillosos, sí, pero recuerdos al fin y al cabo.

Que digo yo… Y a esta, mi conciencia, ¿quién coño le ha dado vela en este entierro? Es mejor que te quedes enterrada donde sea que has estado hasta ahora. No pienso permitir que empañes mi momento «luna de miel» con tus verdades como puños. Ya me ocuparé de ellas cuando aterricemos. De momento, déjame soñar un poquito más.

El momento salida del avión-recogida de maletas es un poco tenso. Parece que, una vez en suelo estadounidense, no tenemos ni la más remota idea de cómo actuar.

Compartimos un taxi, que hace su primera parada en mi calle. Mark se baja para ayudarme a sacar mi equipaje y, ahora sí, en este momento, es cuando se puede cortar la tensión con un cuchillo. ¿Cómo nos despedimos?, ¿con un beso?, ¿un abrazo?, ¿un simple adiós? Me gustaría tener un folleto de instrucciones que te indique lo que hacer en situaciones incomodas.

Después de un rato, en el que no nos miramos, Mark da un paso al frente y me acoge en un abrazo que me desarma. Si continúa así, no tardaré mucho en romper a llorar. Por él, por nosotros y por lo que podía haber sido y se ha quedado en el intento.

—Bueno —dice rompiendo el abrazo—, ya nos veremos por ahí. En casa de Violeta o en la agencia, ¿no?

Asiento con la cabeza, porque ahora mismo no soy capaz de emitir una mísera palabra. Cojo el asa de mi maleta y me apresuro a llegar a mi portal y abrir la puerta sin girarme a mirarlo. No

creo que pudiese alejarme de él si lo hago. Volvería corriendo a sus brazos.

En cuanto cierro la puerta detrás de mí, es cuando me permito derrumbarme y todo lo ocurrido estos dos últimos días cae sobre mí con el peso de la nostalgia. Nostalgia por lo que hemos vivido, por lo que hemos perdido, pero sobre todo, por lo que mi ilusión y mi esperanza habían empezado a fabricar en mi cabeza y que Mark no ha dado oportunidad a que empiece, ni siquiera, a tomar forma.

Me arrastro hasta mi habitación y me tiro en la cama, vestida. Me quedo dormida al instante. Gracias a dios, estoy tan agotada, física y emocionalmente, que mi mente exhausta no permite que Mark se cuele por ninguna de sus grietas. Bastante tengo con soñar con él despierta, necesito, al menos, una noche de tregua para poder enfrentarme a mi antigua realidad.

Una en la que él y yo no somos nada. Quizás, ni siquiera seamos amigos.

El despertador (en un atisbo de consciencia lo programé anoche), suena, taladrándome el cerebro, y me tapo la cabeza con la almohada, quiero morir.

No me lo pienso mucho y me arrastro a la ducha, para ver si, de esta manera, consigo hacer de mí una persona mínimamente presentable.

Vuelo hacia la oficina, sin que me dé tiempo a pasar por el Starbucks, pero, cuando pongo un pie dentro, Violeta, como un hada madrina, me está esperando con un vaso de mi café favorito.

Se acerca a mí y me da un abrazo que a punto está de hacerme crujir todos los huesos. Joder, qué ímpetu.

—Bienvenida, Lau —dice cuando me suelta—. Necesito que me cuentes con pelos y señales toda la organización para la boda. Por teléfono ya me quedó claro lo más importante, pero necesito ver fotos. Me parece un acierto la playa escogida, el restaurante, la pérgola decorada. Joder, Lau, es que va a ser una boda de cuento. —Se me queda mirando al notar que no he abierto la boca desde que he entrado por la puerta—. Espera. —Se fija más en mí—. TÚ HAS FOLLADO, PERRA. Esa piel tan lustrosa lo dice todo. —Termina dando una palmada.

No debe de gustarle lo que refleja mi cara porque, a continuación, su siguiente pregunta es la que hace que me desmorone.

—¿Mark?

Asiento un instante antes de romper a llorar y los brazos de mi mejor amiga vuelven a acogerme como si fuesen mi puerto seguro.

—Lo mato. Te juro que lo mato —la oigo decir.

Pero no tengo fuerzas para contarle que me metí en esta aventura totalmente consciente de que tenía un final ya escrito. Que sabía perfectamente lo que acabar en brazos de Mark iba a suponer para mi pobre corazón. Pero, sobre todo, que aun sabiendo de antemano cómo iban a terminar las cosas entre nosotros, volvería a zambullirme de cabeza en esta breve historia, que ha hecho empalidecer a cualquier otra que haya vivido antes.

Porque no tenía ninguna otra opción. Porque mi mente, pero sobre todo mi cuerpo, han sido suyos desde la primera vez que posó sus ojos en mí. Y prefiero haber vivido esto tan breve junto a él, que no haber tenido nunca la suerte de haberlo experimentado.

Como me dijo Violeta hace poco, más vale arrepentirse que quedarse con las ganas.

Pero quien inventó esa frase no explicó qué hacer si después de todo, no es que te quedes con las ganas, es que estas se han hecho todavía más grandes, más intensas.

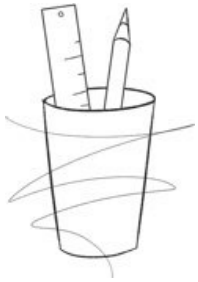
Porque estos días pasados junto a Mark no han hecho que se me pasen las ganas de él, sino que las han intensificado.

Y que alguien me diga cómo aprendo yo ahora a vivir con ello.

Cómo aprendo a tragarme las ganas.

CAPÍTULO DIECINUEVE

mi condena



MARK

Ha pasado una semana desde que volví de Santander y no ha habido ni un puto segundo del día que no haya pensado en Laura. Cuando llegué a casa y deshice la maleta, cada puñetera prenda de ropa que saqué de la misma, olía a ella.

Sentado en mi cama, con la camisa que llevé la noche de la cena con sus amigos en la mano, recordé todas las veces que estuve dentro de ella y lo que me hizo sentir. Pero no solo me acuerdo de nuestros momentos de sexo. Por mi cabeza pasan también nuestras conversaciones, nuestras risas cómplices y los paseos por la orilla buscando la playa perfecta.

Ella sí que es perfecta.

No podía alejar mis manos de ella, quería aferrarme a su piel el mayor tiempo posible. Por ese motivo, no solté su mano durante el tiempo que duró el viaje en avión.

Hubiese dado lo que me hubiese pedido con tal de haber subido a su apartamento cuando la dejé con el taxi al volver del aeropuerto. Pero entonces recordé que ella solo había aceptado nuestra historia hasta que volviésemos a Nueva York y, por mucho que me joda, tengo que respetar sus deseos.

Esa es la única razón que me impide ir a buscarla o llamarla.

Aunque soy de los que no suelen repetir con una mujer, con ella haría una excepción. No me importaría seguir teniendo lo que tuvimos en Santander. No me refiero a una relación, por supuesto que eso no. No me veo teniendo algo serio con nadie, solo de pensarlo me sale un sarpullido. Pero eso no quita para que Laura y yo nos podamos convertir en amigos con derecho a roce. Ambos somos adultos, adultos sanos sexualmente y, a las pruebas me remito, funcionamos de puta madre en la cama. Bueno, en la cama y en cualquier superficie que se nos ocurra. Mejor dirijo mis pensamientos hacia otros menos peligrosos.

Es una pena que ella esté buscando al amor de su vida, su propia película romántica, a lo *Diario de Noa*, su príncipe azul, y yo, ni por asomo soy eso. Más bien me veo como el caballero oscuro. Más sincero no puedo ser. En fin.

Violeta me invita a comer a nuestro italiano habitual, de manera que, después de terminar uno de los proyectos en los que estoy inmerso, apago mi ordenador y salgo del estudio para reunirme con ella en la puerta del restaurante.

La veo a lo lejos, con un vestido suelto y una mano protectora acariciando su inexistente tripa.

—Vaya, parece que vas a explotar —me burlo de ella en cuanto me pongo a su altura.

—¿Tú crees?, ¿me ves muy gorda? —pregunta asustada.

—Relájate, Vi, era una broma. Estás tan preciosa como siempre, no se te nota nada. —Me descojono.

—Serás capullo… —Me suelta una colleja nada suave.

—Au, mira que eres bruta. —Me acaricio la nuca—. Esto podría considerarse maltrato.

—Sí, claro, maltrato animal, no te fastidia —dice mientras nos acomodamos en nuestra mesa de siempre.

—Eh —me hago el ofendido—, un respeto.

—Lo que tu digas. Bueno —cambia de tema—, no me has contado qué te ha parecido mi ciudad de nacimiento.

—Me ha gustado mucho. Es pequeña pero con mucha personalidad.

—Nunca he entendido a qué os referís cuando decís que una ciudad tiene personalidad —apunta encogiéndose de hombros.

—Si te soy sincero, yo tampoco. —Y los dos rompemos a reír antes de que el camarero llegue a tomarnos nota.

—Conocí a tus amigos, a tu pandilla —digo como quien no quiere la cosa.

—Ah. —Se mete un trozo de pan de ajo en la boca—. ¿Y qué te parecieron?, ¿te cayeron bien?

—Sí, bueno, casi todos. Carlos…

—Ay, el bueno de Carlos. Pero si es encantador —dice de reojo.

—Sí, sí, encantador… de serpientes. —No puedo evitar soltar.

—Hum, me parece que ya conoces su historia con Laura, ¿me equivoco?, ¿es por eso tu ataque de celos? —Su puñetera madre, qué ojo tiene.

—¿Celos? No seas absurda. Solo me preocupo por tu amiga. —Cuando llega mi lasaña, la ataco con el tenedor como si la pobre tuviese la culpa de mi frustración.

—Ya veo. —Me mira fijamente.

—Te lo ha contado —suelto después de un rato de sentir su penetrante mirada fija en mí.

Asiente mientras enrolla sus espaguetis en el tenedor.

—No sé qué decirte. —No puedo ser más sincero.

—Lo que te apetezca, sin entrar en detalles, por supuesto.

Pienso un momento qué decir, cómo explicarle a mi mejor amiga lo que pasa por mi cabeza desde la primera vez que me acosté con Laura.

—Es raro. —Joder, qué mal ha sonado.

—Explícate. —Violeta sigue comiendo, pero a mí se me ha quitado el hambre.

—Raro en el sentido de que, coño, teníamos la dinámica de discutir cada vez que nos veíamos y de repente…

—De repente… —me anima a seguir hablando mientras no deja de masticar.

—Oye, ¿no te parece que en vez de comer estás engullendo? —No puedo evitar observar.

—Te recuerdo que tengo que comer por dos, y este monstruito que tengo metido dentro debe

de salir a la madre y siempre tiene hambre. Pero no te desvíes del tema, sigue. —Me apunta con el tenedor.

—Pues eso, que hemos pasado de picarnos a…

—A follar como descosidos —termina por mí.

—Joder, Vi, estás irreconocible. —Me río.

—Agradéceselo a tu amigo, que tiene miedo de tocarme y hacer daño a la lentejita.

—¿Lentejita? —Me descojono por el mote—. Esto se lo contaré cuando tenga edad para entenderlo.

—Bueno, al lío. ¿Cómo te hace sentir todo lo que ha pasado con mi amiga?

—No sé, supongo que bien. Bueno, me hace sentir genial. Pero también me fastidia que todo haya terminado. —Veo como arruga el ceño—. A ver, es que no entiendo por qué, si funcionamos tan bien en la cama, no podemos continuar lo que empezamos en Santander hasta que ella encuentre al amor de su vida. —Ya está, ya lo he soltado.

—Eso suena un poco egoísta por tu parte, ¿no?

—¿Egoísta? Le ofrezco el mejor sexo de su vida.

—Ahora, además de egoísta, suena pretencioso. Y creído. Y, por encima de todo, fantasma —escupe mosqueada.

—Oh, vamos, Violeta. —Mi intención no es hacerla enfadar.

—Ni vamos ni leches. Me parece de lo más rastrero ofrecerte para ser su, cómo llamarlo, desahogo sexual. Sin tener en cuenta ni sus deseos ni sus sentimientos ni nada. Sabes que Laura ya no busca eso. Ella está en otro punto. Si tú no estás dispuesto a darle lo que necesita, déjala en paz. Y por otro lado —me dice mientras se levanta de la mesa—, a ver si maduras de una puta vez y reconoces tus verdaderos sentimientos. Ya está muy trillado eso de que no estás hecho para una relación. Te has metido desde hace tanto tiempo en ese bucle, que has acabado por convertirlo en tu mantra. A lo mejor, cuando se te caiga la venda de los ojos, ya sea demasiado tarde para ponerle remedio —termina y se va del restaurante. Me deja con la palabra en la boca y sin opción a réplica.

Joder, ¿qué acaba de pasar aquí? Nunca había visto a Violeta tan enfadada. Por lo menos, no conmigo. Ni siquiera cuando rompió con Ryan en Grecia y pensaba que yo estaba metido en el ajo.

Pago la cuenta y salgo del restaurante. Me planteo si ir a buscarla a la agencia y disculparme por lo que sea que he hecho para enfadarla o volver a mi estudio y dejar pasar unos días para que se le pase el mosqueo. Opto por lo segundo y, dándole vueltas a nuestra conversación, me voy al despacho a continuar con mis proyectos inacabados.

Al final de la tarde, llego a casa derrotado, tenso y cada vez más cabreado con mi padre y su puta junta de accionistas, que me tienen con las manos atadas y no me dejan desarrollar mis ideas

como a mí me gustaría.

Voy hasta mi despacho, al cajón donde tengo mis diseños más innovadores, aparto a un lado el plano de mi casa soñada y echo un vistazo a dos de los últimos proyectos que he plasmado sobre el papel en mis, cada vez más, noches de insomnio. Tras un momento de duda, los guardo en mi maletín, dispuesto a mostrarlos mañana en la reunión semanal de los martes, dispuesto a hacerme valer. A convencer a las momias que componen el consejo de que nos estamos quedando atrás en comparación con los demás estudios de arquitectura de la ciudad. Que solo nos queda renovarnos o morir. Resurgir de las cenizas en las que vamos a enterrarnos como sigamos obcecados en los diseños tradicionales que, sin mucho éxito, mostramos día tras día a nuestros clientes.

Voy hacia la cocina a calentarme algo de cena precocinada y, mientras espero a que suene el timbre del microondas, saco una cerveza de la nevera y la bebo mirando distraído por la ventana.

Suena una notificación en mi móvil y abandono mis sombríos pensamientos para ver quién me ha escrito.

VIOLETA

Mark!!!

Sonrío al ver que es mi amiga quien me escribe. Espero que ya no esté tan enfadada.

VIOLETA

Yuhuuu, venga Mark, no te pega nada estar enfurruñado.

YO

No estoy enfurruñado, loca. Pensaba que eras tú la que estaba enfadada.

VIOLETA

No, bueno, sí, pero es que de verdad que me enervaste mucho.

Pero… Ryan me ha hecho ver que me he columpiado un poco.

YO

¿Solo un poco? Joder, Vi, todavía no tengo ni idea de qué es lo que he hecho para enfadarte tanto.

VIOLETA

Es que, a veces, me dan ganas de darte una hostia para que veas la realidad.

YO

¿A qué realidad te refieres?

VIOLETA

Nada, déjalo. Creo que todavía no estas preparado para verla.

YO

De verdad, Vi, compadezco al pobre Ryan, que tiene que aguantar a diario tus cambios de humor.

VIOLETA

Échales la culpa a las hormonas. En fin, lo que te quería decir es que, tanto Laura como tú, sois mayorcitos para decidir si queréis ser solo amigos o amigos con derechos.

YO

Ahora hablamos el mismo idioma 😉

VIOLETA

Sí, bueno. Pero, como le hagas daño, te juro que no vas a tener carretera para correr. Se te queda pequeño el mundo.

YO

Me gustaría a mí verte corriendo detrás de mí con ese barrigón que te va a salir dentro de nada 😉. Ya en serio, prefiero cortarme una mano antes que hacer daño a Laura. Pensé que me conocías.

VIOLETA

Porque te conozco es que te lo digo. Bueno, que no tenía que haber salido del restaurante como lo hice. Lo siento ☹

YO

No sabías cómo escaquearte de pagar, ¿eh?

VIOLETA

Me has pillado 😉. De todas formas, me alegro de haber aclarado esto contigo.

YO

Y yo, no me gusta que estemos enfadados. Y no te preocupes, no haré nada que Laura no quiera hacer.

VIOLETA

Eso espero. Buenas noches, casanova.

YO

Buenas noches, huevo Kínder 😉

VIOLETA

Serás… Te odio

YO

Me amas 😉

La conversación con mi amiga me libera de un enorme peso con el que no sabía que cargaba. Es verdad que no me gusta estar enfadado con Violeta, me transporta a esos meses, después de su ruptura con Ryan, en los que no tuve noticias de ella y que me dejaron bastante tocado.

Recojo las sobras de la cena, que me he comido mientras me mensajeaba con Vi, y me voy a la cama. Espero que, por una puñetera noche, mi mente no se llene de imágenes de Laura y pueda descansar como dios manda. Me desnudo y me tumbo encima de las sábanas, sabiendo de antemano que mi deseo no va a ser posible, que, como todas las noches desde hace más de una semana, en cuanto cierre los ojos, todos los momentos compartidos juntos van a ser los compañeros de mi no apacible sueño.

Que, como todas las noches, voy a sumirme en lo que se está convirtiendo en mi condena.

Mi puta condena.

CAPÍTULO VEINTE

una última vez, lo juro



LAURA

Duérmete de una jodida vez, Laura, duérmete. Nada, otra noche que el sueño no quiere alcanzarme. «Me cago en mi estampa», digo para mí, dándole un puñetazo a la almohada. En mi puñetera estampa y en el puñetero Mark, que campa a sus anchas por todos los resquicios de mi mente. Da igual que sea de día o de noche, a todas las malditas horas me sorprendo ensimismada pensando en él. Y lo malo es que Violeta sabe perfectamente lo que pasa por mi cabeza en cada momento. Solo tengo que fijarme en su mirada especulativa para darme cuenta de que, como siempre digo, mi amiga no es tonta.

Mira que me prometí hacer borrón y cuenta nueva en cuanto pusiese un pie en Nueva York. Pensé que, una vez que volviera a mi rutina, metida de lleno en el trabajo y en mis clases de salsa, esta tontería que me ha dado con Mark se me iba a pasar o, por lo menos, que iba a disminuir. Y una mierda. Parece mentira que no me conozca. Cuando me pillo por un tío, lo hago hasta el fondo y, por supuesto, con la manera que he tenido de pillarme por Mark, he entrado por la puerta grande. Mecagoentodo. Pues, como diría Escarlata O'Hara, a Dios pongo por testigo que lo olvido, coño, en peores plazas he toreado. Aunque tenga que hacerme una trepanación de cerebro, yo me saco a este pavo de la cabeza. Sí o sí.

Cuando suena el despertador, me da la impresión de que solo hace diez minutos que me quedé dormida. Mierda de vida. Me tiro de la cama y me meto en la ducha, con el agua a bajo cero de temperatura, a ver si me espabilo. O eso o me convierto en Olaf, el muñeco de nieve de la película *Frozen*.

Desayuno con tranquilidad. Como hoy me toca hacer gestiones en diferentes organismos oficiales, me permito un hacerlo en condiciones.

Después de terminar con todo el papeleo que me ha tenido de aquí para allá, por fin llego a la oficina. Entro directamente en el despacho de mi socia y amiga.

—Argh, ¿en serio estás comiendo pepinillos a las —miro el reloj— once de la mañana? Eso es realmente asqueroso. Y tampoco debe de ser sano meterse tanto vinagre entre pecho y espalda —le digo a la vez que suelto mi maletín encima del escritorio de Violeta y me tiro en plancha en el sillón.

—Cuando tengas dentro de ti a un alien que devora todo, podrás darme consejos sobre gustos gastronómicos. Mientras, más vale que no abras la boca —refunfuña.

—¿Problemas en el paraíso? —Alzo las cejas.

—¿Qué paraíso? Mi maravilloso futuro marido no me toca ni con un palo, de manera que me tiene cachonda e insatisfecha, lo que, por supuesto, hace que además este cabreada y salte a la

mínima.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —me burlo—. Es normal que tenga miedo, al fin y al cabo, todo esto le pilla de nuevas.

—Joder, ni que yo fuese una experta. Pero no he leído en ningún libro de gestaciones de esos que Ryan se empeña en comprar, que el embarazo esté contraindicado con el sexo. De verdad, a veces me gustaría abrirle esa cabeza dura que tiene y hacérselo entender.

—Me encantaría estar presente en ese momento. —Voy a reírme, pero una mirada asesina de Vi hace que me lo piense mejor. Pues sí que está susceptible—. ¿Quieres que hable con Ryan?

—No hace falta. Mark me dijo que lo haría él en el próximo partido que jueguen. Bufff, estoy tan frustrada.

—Y caliente —me burlo.

—Muy muy caliente —confiesa ella—. ¿Y tú qué tal? Por tus ojeras, interpreto que sigues durmiendo como el culo.

—No me lo recuerdes. —Suspiro—. No sé por qué coño me cuesta tanto dormir últimamente.

—¿No lo sabes? Yo creo que está bien claro.

—A ver, ilumíname —pido fastidiada.

—No te hagas la tonta, que nos conocemos. No puedes quitarte a cierto capullo de ojos azules de la cabeza. Eso es lo que te mantiene insomne.

—Te creerás que has descubierto la fórmula de la Coca-Cola. Para darse cuenta de eso, no hace falta ser muy lista. Y menos cuando conoces de primera mano todo el percal.

—Mira, Lau, o le pones remedio al asunto, no sé, llamándolo para hablar, o borrón y cuenta nueva. No puedes ir cayéndote por las esquinas. Eso me corresponde a mí, que me duermo de pie en cualquier sitio por culpa del embarazo.

—¿Qué parte de «lo que pasa en Santander se queda en Santander» no entendiste? Y no me vengas con más consejitos. Te recuerdo que fuiste tú la que me dijo que me lo zumbase. Mira cómo me veo por hacerte caso.

—Como si te hubiese puesto una pistola en la cabeza para que te acostases con él. —Se hace la ofendida—. Oye, que te metiste en ello en plenas facultades mentales.

—En buena hora —mascullo.

—A ver, recuérdame una cosita. ¿Acaso no disfrutaste del momento o, para ser más exactos —alza las cejas—, de los momentos?

—Sí, claro. —En esa parte, no cabe el arrepentimiento.

—Pues, tía, quédate con eso. Eres mayorcita, has disfrutado de un buen polvo, o de unos buenos polvos, no tienes que darle explicaciones a nadie, es tu cuerpo y haces con él lo que quieres.

—Eso suena muy bonito cuando no entran en juego los sentimientos.

—Ay, nenita, de verdad que me encantaría retorcerle el pescuezo a Mark hasta que se dé

cuenta de lo que siente por ti.

—Mark no tiene ningún sentimiento por mí, Vi. No te montes una película en tu cabeza.

—Tú hazme caso cuando te digo que sí los tiene. Lo que pasa que es tan cazurro que todavía no se ha dado cuenta. Dale tiempo.

—Para darle tiempo, primero necesito paciencia, y esa hace mucho que la perdí. Además, que no, que si Mark sintiese algo por mí, yo lo sabría —contesto.

—¿De la misma manera en que Mark sabe que tú sientes algo por él? —La mirada de medio lado que me lanza mi amiga me toca un poco la moral.

Como si fuese a decirle lo que siento por él. Sí, claro, para que se vaya corriendo hacia el lado contrario. Es oír la palabra *amor* y le entran los siete males. Nah, paso. Mejor me quedo calladita, que estoy más guapa.

Me levanto del sillón y, con el maletín en la mano, salgo hacia mi despacho para seguir trabajando.

—El que calla otorga —grita Vi cuando ya he salido de su oficina.

Vuelvo a asomar la cabeza por la puerta para decir la última palabra.

—Una polla como el cuello de un indio. —Laura en su estado más primitivo—. Y más vale que dejes de comer tantos pepinillos, no sea que se te avinagre todavía más el carácter. —Y cierro de un portazo, lo que no me impide oír la carcajada que le dedica mi amiga a mis palabras.

Mucho se habla de los lunes, de lo malos que son, de lo que jode madrugar después del fin de semana, lo que fastidia volver a trabajar después de dos días de asueto, bla, bla, bla. Pero nunca nadie habla de los martes, que son casi peores que los lunes. A mí, por lo menos, el martes se me está haciendo cuesta arriba, un puto mundo.

Solo deseo poder llegar a casa, quitarme los zapatos, el sujetador (vaya instrumento de tortura), sentarme en el sofá con los pies encima de la mesa y una copa de vino en la mano. Joder, si es que empiezo a salivar solo de pensarlo.

Luego recuerdo que esta semana hemos pasado la clase de salsa del miércoles al martes y me cago en todo. Estoy a punto de escribir que hoy no voy, pero decido acudir. Quién sabe, a lo mejor acabo tan cansada después del ensayo que caigo en la cama a plomo y consigo dormir toda la noche seguida.

Sigue soñando.

Cuando termino mi jornada, apago el ordenador y las luces que aún quedan encendidas en la agencia. Salgo y cierro la puerta. Violeta y nuestro ayudante se han ido hace un rato, pero yo no quería hacerlo hasta dejar terminado lo que tenía entre manos.

No ha empezado a anochecer, pero la luz del sol, escondiéndose, tiñe de rosa el cielo y me entretengo un rato admirándolo.

Cuando llego al local donde recibo las clases de salsa, ya están todos calentando. Cambio mi

calzado normal por los zapatos de baile y sonrío cuando veo a Kane dirigiéndose a mí con su sonrisa canalla. Sonrío a mi vez, es que este tío siempre me pone de buen humor. Me alegro de no haber escrito para anular mi asistencia.

—Ey, preciosa, ya pensé que no vendrías —me dice dándome un beso en la cara, demasiado cerca de la boca para considerarse socialmente correcto.

—La verdad es que dudé si venir. Estoy fundida, pero, a última hora, decidí acabar de cansarme bailando.

—Se me ocurren muchas otras maneras de cansarte, además de bailando —susurra en mi oído.

¿Perdona? ¿El cansancio me hace oír cacofonías o Kane en verdad acaba de insinuar lo que ha insinuado? Joder, a la Laura de hace dos semanas le hubiesen hecho chiribitas los ojos y se hubiese lanzado de cabeza a la piscina. Pero ahora… me hago la tonta, como que no me doy por enterada.

Sonrío y me dejo llevar hacia el centro de la sala para, en cuanto comience la música, darlo todo, como siempre hago en el baile. Después de un par de horas de salsa, bachata y demás ritmos latinos, damos por terminada la clase.

Tengo agujetas hasta en sitios donde no sabía que podía tenerlas. Vaya paliza. Me despido de mis compañeros e ignoro la insinuante mirada que me dedica Kane y me voy hasta mi apartamento. Estoy poniéndome el pijama tras salir de la ducha cuando suena el interfono. Miro la hora, extrañada de recibir visitas tan tarde y pulso el botón de apertura. Tengo que hablar con el casero para que arregle este timbre, porque no se oye cuando contestan abajo.

Al poco llaman a la puerta y, cuando abro, me encuentro al otro lado al mismísimo demonio. Vale, igual me he pasado. El que está de pie, esperando que lo deje entrar a mi casa, no es otro que Mark. El culpable de mis noches turbulentas y mis sueños más húmedos.

—Yo —empieza—, pasaba cerca de aquí y he pensado que, a lo mejor, te apetecía cenar sushi —acaba, levantando la bolsa que tiene en la mano.

Sé que no debería, que, si lo dejo entrar, se va al traste toda mi intención de olvidarlo, pero un simple vistazo a su cara, a sus ojos que aparecen apagados, echa por tierra todas mis buenas intenciones y me hago a un lado. Le permito la entrada a mi casa y me temo que, otra vez, a mi vida. Si es que alguna vez salió de ella.

Pensé que íbamos a estar incómodos cuando volviésemos a coincidir, pero nada más lejos de eso. Mientras sacamos las bandejas de sushi y las dejamos en la mesa, esa complicidad que nos arropó los días que estuvimos en Santander, se hace presente de inmediato. Como si no hubiese pasado nada desde entonces, como si siguiésemos envueltos en esa crisálida de intimidad que nos envolvió cuando pasamos la frontera de la amistad y lo convertimos en algo más.

—No puedo más. ¿Acabaste con todas las existencias del restaurante? Qué cantidad de

comida —digo desabrochándome el nudo del pantalón del pijama.

Como no me contesta nada, me atrevo a mirarlo y lo que veo en sus ojos, la desilusión, me deja sin aliento.

—Mark —digo en voz baja.

—He tenido un día de mierda. Nada ha salido como yo esperaba —empieza a contar—. Me sigo dando contra un muro de hormigón cada vez que intento hacerles ver a mi padre y sus socios que sus ideas ya no gustan, que se han quedado viejas. Intento ponerme en su lugar, sé que cuesta dejar los viejos hábitos y confiar en un arquitecto joven y sus innovadoras ideas, pero, joder, ellos no se ponen en el mío. He terminado discutiendo con mi padre, nos hemos dicho cosas en caliente que, espero, ninguno de los dos sintamos. He cogido mis bártulos y me he ido del estudio para intentar tranquilizarme. Me he pasado horas dando vueltas por la ciudad intentando encontrar la calma que necesito antes de volver a casa. Y me he dado cuenta de que nunca estoy tan en calma como cuando estoy contigo. —No, no, no, no puede venir, decirme esas cosas y pretender que no me vuelva loca por él—. Que nunca me he sentido tan en paz como las veces que he estado junto a ti. —Su mirada es triste.

—Mark, yo…

—Te necesito, Laura. Solo a ti, solo esta noche. Necesito llenar mis sentidos de toda la calma que me das. Es una necesidad que me duele de tan intensa que es.

Tardo solo un minuto en pensarlo. Después de ese minuto, me levanto del sofá y le doy la mano. Luego lo llevo hasta mi habitación.

Sé que quizás estoy cometiendo el mayor error que podría cometer. Pero donde manda el corazón, no manda la razón. Y en lo que se refiere a Mark, el mío tomó el mando hace tanto tiempo que ya ni lo recuerdo.

Tampoco soy tonta y sé que esto no puede volver a pasar, no tiene que volver a pasar.

Solo necesito hacer esto una última vez. Para despedirme con un buen recuerdo y no quedarme con el torpe abrazo que nos dimos al volver de Santander.

Una última vez.

Lo juro.

CAPÍTULO VEINTIUNO

podría acostumbrarme a esto



MARK

Me desperezo en una cama que no reconozco como mía y sonrío al recordar dónde estoy. Dónde estoy y con quién. Aunque, en este momento, su lado de la cama esté vacío. Pongo los brazos debajo de la cabeza y recreo la noche pasada. Recreo todas las veces que he estado en su interior y no hago caso a la voz que me indica que no me canso de ella como suele ocurrirme, no me sacio de Laura.

En cambio, me doy cuenta de que no había vuelto a dormir tan profundamente desde hacía mucho tiempo, ajeno a las preocupaciones sobre el trabajo, el estudio y las diferencias con mi padre y sus socios.

Eso es gracias a la calma, a la paz que siento cuando estoy con ella. Cada vez que la tengo entre mis brazos, me olvido del resto del mundo. Ella es el principio y el final de todos mis pensamientos; mi centro de gravedad, el que hace que orbite a su alrededor como un satélite lo hace con su planeta.

Me levanto de la cama a regañadientes y, después de pasar por el baño y vestirme, me asomo por la cocina donde Laura está tomándose un café con la mirada perdida.

—Buenos días. —Mi voz hace que dé un respingo y yo sonrío.

—Buenos días. —Me devuelve el saludo y una tímida sonrisa.

No sé qué coño se hace en estos casos, es la primera vez que amanezco en la cama de una mujer, si no contamos nuestra noche en Santander.

No me lo pienso mucho más, me acerco a ella y la beso. Primero es un simple roce, pero, cuando siento cómo Laura abre la boca, solo puedo profundizarlo y saborear el café en su lengua. La combinación perfecta de mis dos sabores favoritos. Café y Laura.

—Mark. —Me empuja con suavidad—. Tengo que ir a trabajar. Me imagino que tú tienes que ir a cambiarte a casa.

—Supongo que sí, aunque lo que de verdad me gustaría es quedarme aquí contigo todo el día…y toda la noche. —Alzo las cejas para darle a entender a lo que me gustaría dedicarme.

No me contesta. Se limita a mirarme fijamente, como si quisiera adivinar todo lo que pasa en este momento por mi cabeza.

—Mark, no quiero que esto que ha pasado estropee las cosas entre nosotros. Hemos conseguido tener una especie de, no sé, llámalo amistad, y no quiero que se joda por un calentón, un rato de sexo —me suelta.

—¿Eso ha sido para ti, un simple calentón? —Me duele que lo vea así.

—No sé lo que…

No la dejo terminar.

—Mira, no sé qué es lo que hay entre nosotros, pero ya te puedo asegurar que no es un

simple calentón. Si hubiese sido eso, se hubiese terminado nada más pisar suelo estadounidense. En cambio, no he podido sacarte de mi jodida cabeza desde que pasamos la noche en Santander. Ni de mi cabeza ni de mis sentidos —confieso.

—¿Entonces?, ¿qué quieres que hagamos? Tú no estás preparado para mantener una relación, huyes de ellas como de la peste, y yo ya no estoy en ese punto de buscar solo el sexo por el sexo —contesta poniéndose un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—Escúchame. —A ver cómo digo lo que estoy pensando sin que suene demasiado mal—. Es indudable que hemos conseguido limar nuestras diferencias y empezar a llevarnos bien. Nos divertimos juntos, me gusta que hablemos, poder contarte cosas que no me atrevo a contarle a nadie más y no podemos negar que en la cama nos compenetramos bien, muy muy bien. La semana que hemos pasado en Santander ha sido increíble.

—Si, ¿y? —pregunta.

—Podemos continuar así, seguir con nuestra amistad y, cuando nos apetezca, de vez en cuando, acostarnos juntos. Eso no quita que, si encuentras a alguien y te apetece acostarte con él, lo hagas. Sin compromisos, sin promesas. Libertad absoluta.

—Ya, follamigos, ¿no?

No sé si la duda que oigo en su voz es una aceptación a mi propuesta o una negación. Rezo para que sea lo primero.

—Algo así. —La miro y hablo lo más sinceramente que puedo—. Mira, sabes que no quiero, mejor dicho, que no puedo ofrecerte una relación. Ya te dije que no valgo para ello, no sabría por dónde empezar. Pero es inútil negar que me gustas. Me gustas mucho, Laura, como hace tiempo que no me gustaba nadie. Y quiero seguir disfrutando de esto que tenemos, de la calma que me proporcionas, de la forma que tienes de acallar mis ruidos mentales. Solo puedo ofrecerte esto, en tu mano está aceptarlo o no. Si me dices que no, respetaré tu decisión e intentaré quitarme de en medio. Pero si me dices que sí, te juro que no te arrepentirás porque lo vamos a pasar realmente bien. También te prometo que, si en una de esas, encuentras al amor de tu vida, yo me iré por donde he venido y seré el primero que se alegre de ver tu felicidad —termino diciéndole, mientras la agarro de la cintura y la atraigo hacia mí para depositar un beso en su frente.

Me quedo así, con mis labios rozando su piel y los ojos cerrados, suplicando, rogando que acepte mi propuesta, porque no sé si sería capaz de dejarla ir en este momento, de soltarla y hacer como que aquí no ha pasado nada, cuando es todo lo contrario. Aquí ha explotado el puñetero *big bang*, como cada una de las veces que hemos estado juntos, y quiero seguir sintiendo esa onda expansiva que provocamos cada vez que nuestros cuerpos se acercan, cada vez que nos convertimos en una sola persona, en una sola piel.

—Está bien —dice, tan bajito que me cuesta oírla.

Me separo de ella con la incredulidad pintada en la cara y estoy a punto de ponerme a gritar de la felicidad. ¿Felicidad? Sí, felicidad. En otro momento, diseccionaré ese sentimiento, ahora estoy demasiado contento como para dedicarle un segundo de más al vuelco que ha dado mi

corazón.

—¿Estas segura? —No quiero que se eche para atrás, pero necesito que esté realmente segura de dónde nos estamos metiendo—. ¿No necesitas pensarlo más?

Asiente y niega con la cabeza a la vez. La beso, esta vez con todas las ganas del mundo y, si no fuese porque tenemos que trabajar, la llevaría de nuevo a su cama, en volandas, para celebrar el puñetero regalo que acaba de hacerme. Porque eso es esta mujer, un puto regalo del universo. Y prometo que en el tiempo que dure esto, voy a hacérselo saber a cada momento, haré todo lo que está en mi mano para que se sienta como lo que es, una jodida Diosa del Olimpo.

Es una lástima que mis promesas terminen cayendo en el olvido. Mi olvido.

Que el miedo le gane la partida al deseo.

Miedo. Qué palabra tan pequeña y a la vez qué inmensa.

Miedo.

Los siguientes tres días, el trabajo me absorbe completamente, hasta tal punto de que no tengo ni un minuto para poder ver a Laura. Incluso falto a mi cita de los miércoles en las canchas con Ryan y los demás colegas.

Después de la discusión con mi padre, parece que él y sus socios se han puesto de acuerdo para enterrarme bajo montañas de proyectos. Eso sí, todos bajo sus puñeteras y obsoletas directrices. No sé cuánto tiempo voy a poder aguantar con esta frustración que me está pesando como una losa. Incluso la relación, hasta ahora buena, con mi padre, se está resintiendo y tiene que ser mi madre la que medie entre nosotros cuando voy a comer a la casa de mi infancia.

El sábado, después de otra noche de insomnio, me encuentro, a media mañana, llamando al interfono de Laura.

Tras un rato de espera, aprovecho la salida de un vecino para colarme en el portal y subir hasta su piso. Delante de su puerta, espero con la cabeza apoyada en la misma hasta que, por fin, la abre con un cabreo monumental.

—Mark, ¿se te ha ido la olla? Estas no son horas de llamar a la puerta. —Tiene los ojos hinchados de dormir y a mí me parece que está preciosa, con su pelo revuelto y la marca de las sábanas tatuadas en la cara.

—Son las once de la mañana, no es tan temprano —digo al entrar en su piso cuando se echa a un lado. Cierra la puerta detrás de ella.

—Lo es si te has acostado a las cinco —contesta y entra en la cocina para prepararse un café.

—¿Y puede saberse qué coño has hecho hasta esa hora? —Aunque pregunto, no sé si quiero saberlo.

—Bailar —contesta risueña.

—¿Con ese tío con el que sueles bailar siempre? —Intento que mi voz no demuestre el ramalazo de ¿celos? que acabo de sentir. Al fin y al cabo, fue idea mía que, además de entre nosotros, nos acostásemos con quien surgiera.

—Con él y con los demás. Incluso he bailado sola. —Se encoje de hombros—. Bueno, ¿qué quieres?

—Vístete —suelto.

—¿Qué? ¿Para qué?

—Te voy a llevar a almorzar a uno de mis sitios favoritos de Nueva York. —La empujo para que se dé prisa y vaya a su habitación.

—¿En serio? ¿Y dónde es? —La sonrisa que aparece en su cara me hace replantearme los planes, quizás es mejor que la siga hasta su cuarto y, en vez de dejar que se vista, desvestirla.

—En el Chelsea Market hay un puesto donde hacen los tacos más buenos del mundo. Venga, no te quedes ahí y date prisa, a no ser que quieras que sea yo el que te ponga la ropa —la amenazo.

Desaparece por la puerta de su habitación rápidamente y yo la espero bebiéndome un café que me he hecho, tras coger una de sus cápsulas favoritas.

Cuando sale, vestida con una falda corta de vuelo y una camisa calada, doy gracias por que sea verano y así permitirme ver las bronceadas piernas de Laura completamente desnudas, adornadas solo por unas sandalias planas que se atan con varias vueltas a su tobillo. Me fijo en el tatuaje que adorna su empeine izquierdo. Es el mismo que adorna el brazo de Violeta y, como sé la historia (fue su regalo mutuo de los dieciocho años), me limito a observarlo, subiendo después por su pierna hasta llegar al bajo de su falda. Dejo volar mi imaginación hacia lo que sé que se esconde bajo la misma. Tranquilo, fiera, que te desvías de tus planes.

Cuando está preparada, cojo su mano y nos acercamos paseando hasta la entrada de metro más cercana. Antes de entrar, la atraigo hacia mí y me apodero de su boca. Disfruto del sabor fresco de su pasta de dientes.

—Buenos días —susurro en su oído.

—Buenos días —me contesta sonriendo.

Y así, sin más, se me alegra el día. Un día que espero pasar enteramente con ella, disfrutando de su compañía, de su risa, que cada vez deja salir más a menudo cuando está conmigo. Un día perfecto que espero que acabe en una, también, perfecta noche, perdido en sus brazos, en sus suspiros y en sus gemidos.

Nos bajamos en la 18 Street Station y, sin soltarnos de las manos, nos acercamos hablando y paseando hasta el famoso mercado que cada vez está más de moda y que a esta hora ya bulle de actividad.

Una vez que hemos llegado, la llevo hasta mi puesto favorito de todo el mercado y nos

ponemos en la fila para pedir nuestros tacos. Con ellos en la mano, nos sentamos en una de las mesas corridas que están en el centro y, sin dejar de charlar, disfrutamos de la comida. Me río de ella cuando una gota de salsa se desliza por su barbilla y no puedo evitar limpiársela, primero con un dedo y luego con la lengua. Consigue que un gruñido salga de su boca, lo que nos hace romper a reír como tontos. Cuando terminamos de comerlos, y después de deshacernos de los restos, nos acercamos hasta otro puesto, donde Laura compra un vaso lleno de fruta fresca cortada y salimos juntos para subir al High Line a sentarnos, mientras damos buena cuenta del postre. Acomodados en uno de los bancos de este paseo, Laura se descalza y mete los pies en una de las muchas fuentes de agua que, a ras del suelo, permite a los visitantes refrescarse del calor que ya se hace protagonista del día.

Paseamos por estas antiguas vías de tren reconvertidas en parque y no podemos dejar de tocarnos, besarnos y bromear como dos puñeteros quinceañeros. Me gusta, me gusta mucho estar así con ella, sin prisas, sin discusiones, con libertad para comernos a besos cuando a uno de los dos le apetezca.

Seguimos paseando, conociéndonos más, descubriéndonos. Nuestras infancias, nuestros sueños, no queda un rincón de nuestra vida que no saquemos a relucir. Las calles de Nueva York son testigo de nuestros pasos, de nuestras sonrisas que se escapan casi sin querer. No queda portal en toda la ciudad que no sea cómplice de nuestros abrazos apretados, nuestros besos hambrientos, nuestras caricias disimuladas, ni un rincón que se quede sin fotografiar. Sin un *selfie* en el que quedemos inmortalizados, para dejar constancia de este momento en el que estamos inmersos, de esta burbuja en la que nos encontramos sumergidos, sordos a los ruidos de esta ciudad que nunca duerme.

Se nos pasa la hora de la comida tumbados en la hierba de Central Park, abrazados, con su cabeza en mi pecho, adormilados, plenamente conscientes el uno del otro, pero ajenos al resto del mundo.

Solo el ruido de mi estómago interrumpe nuestro momento de desconexión con el medio.

—Vaya —se ríe Laura de mí—, se ha despertado la fiera.

Me doy la vuelta rápidamente y la aprisiono contra mi cuerpo.

—La fiera lleva despierta desde que te ha visto esta mañana —contesto besando su cuello—, y esa no se sacia nunca, menos si es de ti. —Atrapo sus labios y me recreo en ellos hasta que mi estómago vuelve a dar señales de vida.

Me aparta descojonándose de mí y se levanta. Me ofrece la mano para que haga lo mismo.

—Venga, anda, vamos a darle de comer a la bestia que llevas dentro. Después nos ocupamos de tu otra clase de apetito. —Me guiña un ojo y me sonríe con una cara tan desvergonzada que me encantaría comérmela a ella ahora mismo, enterita, saboreando el proceso.

La llevo hasta una de mis hamburgueserías favoritas, Johnny Rockets. Cogemos el metro hasta la más cercana y, cuando llegamos, sonrío al ver cómo Laura abre los ojos al descubrir la decoración *vintage* que decora los locales de esta cadena de hamburgueserías tan conocidas en

Estados Unidos.

—Qué pasada —dice cuando nos sentamos en una de las mesas y se da cuenta de la pequeña máquina de música que está colocada a nuestro lado.

Hay una en cada mesa y, con una pequeña moneda, puedes escoger la canción que deseas en cada momento, como se hacía en las viejas máquinas de discos de los años cincuenta.

—Parece que hemos retrocedido en el tiempo. Me parece estar inmersa en la película de Grease— me dice con ojos chispeantes.

—Y cuando pruebes los batidos, no vas a querer salir de aquí nunca.

Se deja aconsejar por mí y pido dos Rockets dobles y un batido de mantequilla para ella y otro de crema de cacahuete para mí.

No hablamos mientras nos sirven las hamburguesas, pero, cuando Laura cierra los ojos y gime de gusto al dar el primer mordisco, sé que ha sido buena elección traerla aquí.

—Me encanta —dice cuando acabamos de comer y se recuesta en el sillón de piel—, nunca había comido aquí.

—Yo lo descubrí en mi segundo año en Columbia, y cada vez que podía me escapaba. Había veces que conseguía que Ryan sacase la nariz de entre los libros y me acompañase.

—Os conocéis desde la universidad, ¿verdad? —pregunta.

—Así es. Fue gracias a Britney. —Veo cómo arruga los labios al oír el nombre de la ex de mi mejor amigo—. Aunque venimos de mundos totalmente opuestos, nos hicimos amigos desde el primer minuto. Y así seguimos. Es lo único que tenemos que agradecerle a Brit, el habernos conocido.

—No me hables de esa zorra, que me enciendo —bufa.

—Hubo un tiempo en el que no era así. No sé qué coño le pasó por la cabeza para comportarse como lo hizo.

—Yo te digo qué le pasó. Que no está acostumbrada a que le lleven la contraria y a perder —contesta un poco rabiosa.

—Ya, bueno. Al final, no solo ha perdido a Ryan, sus amigas también la han dejado de lado, cansadas de su actitud.

—El que siembra, recoge. No suelo alegrarme del mal ajeno, pero en este caso, mi perra interior está bailando una lambada cada vez que se acuerda de su cara la última vez que nos vimos.

—Ja, ja, ja, ja, sí, ya me contó Violeta cómo la pusiste en su sitio. —Recuerdo cómo me divertí mientras nos lo contaba a Ryan y a mí.

—No soporto que nadie le haga daño a mi mejor amiga. Y de verdad que, si me hubiese dejado Vi, le araño la cara a esa arpía —resopla disgustada.

—No te imaginas cómo me pones cuando sacas tu genio —le digo en voz baja.

—Ah, ¿sí? —Entrecierra los ojos—. ¿Por eso te gustaba tanto sacarme de quicio?

—Me confieso culpable del delito, señoría —suelto con mi mejor cara de inocente.

Laura se ríe y me da un puñetazo en el brazo.

—No puedo contigo, de verdad. No sé por dónde cogerte.

—Pues a mí se me ocurren mil y una maneras de cogerte a ti y te aseguro que, como no nos demos prisa en volver a tu apartamento, nos van a detener por escándalo público, porque no puedo esperar a ponerte las manos encima. Agarro su mano y salgo apresuradamente del local después de pagar.

—Promesas, promesas —se burla de mí.

—No me provoques. —Me acerco a ella y la pego a mi cuerpo para que note lo que consigue con solo una insinuación.

—Ummm. —Se frota contra mi erección—. Creo que es hora de saciar apetitos un poco más carnales. —Me cago en la leche, cómo me pone la Laura juguetona.

Paro un taxi que, afortunadamente, pasa libre en ese momento.

—Tú… Yo… A… tu… piso… Ya. —Solo puedo balbucear cuando abro la puerta y la meto rápidamente en el coche, escuchando las carcajadas salir de su boca.

Y una vez llegados a su piso, cumplo con todas y cada una de las promesas que le he hecho, y ella con todas y cada una de mis expectativas.

Porque si algo tiene Laura es que se amolda a todas mis exigencias, demandando las suyas, haciendo ambas propias, de los dos. Inventando palabras nuevas a esto que conseguimos juntos, a esta complicidad que extrapolamos a todos los ámbitos de lo que sea que nos envuelve, que nos arropa.

Y de verdad que podría acostumbrarme perfectamente a esto. A dormirme abrazado todas las noches a ella y despertarme rodeado por su olor, por su presencia, por su calidez.

Realmente podría acostumbrarme a esto.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

conformándome



LAURA

Dos semanas, llevamos dos semanas inmersos en esto que no sé cómo catalogar. ¿Una pseudorelación? ¿Un intento de pareja? Ni lo sé, ni tengo intención de averiguarlo. Solo sé que estoy en el séptimo cielo, que todo lo que estoy viviendo y experimentando con Mark es lo mejor que me ha pasado nunca. Al mismo tiempo, saber que no es mío, que no se entrega al cien por cien, me mata un poco cada día.

Puede que la pregunta que debería hacerme a mí misma es por qué he aceptado esta especie de acuerdo. Ni yo lo entiendo, o puede que sí. Puede que, en mi subconsciente, exista la pequeña esperanza de que, al pasar más tiempo juntos, al compartir momentos, sueños, Mark termine enamorándose de mí. Por eso de que el roce hace el cariño, ¿no? Sí, lo sé, soy una ilusa, bastante me lo recuerda la perra de mi conciencia.

Casi cada noche, aparece en mi casa con algo para cenar, con cara de agotado y la ilusión por su profesión a la altura de los zapatos. Yo lo hago pasar, sin palabras, sin preguntas; y una vez cenados y acomodados en mi pequeño sofá, abre las compuertas de su frustración, de su desilusión laboral, la decepción con su padre y se sincera ante mí. Mi autoestima sube diez pisos por lo menos cuando veo que solo yo soy capaz de calmarlo, de apaciguarlo, de relajarlo. Su mirada de gratitud me emociona, sus caricias me desarman y, cuando caemos en la cama, rendidos y satisfechos y sigue acariciándome, sin ninguna razón aparente más allá de sentirme cerca, de sentirnos conectados, creo que podría morir de amor allí mismo. Caer fulminada bajo el peso de mis sentimientos.

Es una jodienda no poder decírselo, no poder expresarle todo lo que siento por él. Fue muy claro respecto a lo que puede y no puede darme; y yo, estúpida de mí, prefiero tenerlo así, a ratos, a cachitos pequeños, antes que no tenerlo de ninguna manera. Así es el amor: loco, tonto y estúpido. Como la película.

Los fines de semana los pasamos recorriendo la ciudad, como dos turistas más, como dos enamorados cualesquiera. Solo que sin serlo, *enamorados* me refiero. Bueno, él no; yo, hasta las cachas.

—Tierra llamando a Laura —oigo la voz de Violeta.

Está asomada a la puerta de mi despacho, mirándome fijamente mientras se mete en la boca uno de sus inseparables pepinillos.

—Tía —le digo—, vas a avinagrar a la criatura si sigues a ese ritmo.

—Ja, ja, ja, mira cómo me río. Prefiero que nazca avinagrada y no que acabe agilipollada como su futura tía. Estás más espesa de lo normal, Lau. Llevo un rato intentando llamar tu atención.

—Ya, bueno, se me fue el santo al cielo —replico.

—A ti se te ha ido el santo, los ángeles y todo el coro celestial. ¿Estás bien?

—Claro, fenomenal. —Sonrío y saco de la cabeza mis rayadas mentales sobre Mark.

—No sé por qué no te creo, pero voy a dejarlo estar hasta que decidas soltarlo por ti misma.

—De verdad que no me pasa nada. —Por un acuerdo tácito, Mark y yo hemos decidido no dar explicaciones a nadie sobre lo que estamos viviendo. Sé que si Violeta se entera, empezará a hacer planes de futuro con nosotros y nos costaría hacerle entender que no estamos en ese punto. Que esto no va de amor (ya), ni de sentimientos (doble ya), que solo va de dos amigos que han decidido desordenar sábanas juntos y compartir tiempo libre, sin ataduras ni complicaciones.

Sin futuro, solo la intención de vivir el día a día.

—Vale, te lo compro o, al menos, te lo alquilo —me dice poco convencida—. Lo que te venía a decir: te recuerdo que todavía no hemos ido a comprar mi vestido de novia y estoy a dos respiraciones de que me dé un parraque. A partir de mañana, empieza la cuenta atrás para el evento, dos puñeteros meses y aún no tengo ni pijotera idea de qué llevar el día más importante de mi vida. —Según va hablando, su tono de voz va subiendo hasta terminar en uno casi histérico—. Y tú tampoco tienes tu vestido de madrina.

Me dan ganas de reírme al ver a mi, antes apacible y tranquila, amiga al borde de un ataque de nervios, cual chica Almodóvar.

—Relájate, Vi, solo es un vestido de novia —intento tranquilizarla.

—¿Que solo es un vestido de novia? Que solo es un vestido de novia, dice. Como si meter mi futura oronda barriga en un atuendo apropiado para una boda fuera coser y cantar —bufa y tengo que reprimir una carcajada—. No sé en qué momento te has convertido en esta Laura tan insensible —hace como que lloriquea—, yo aquí, rogando por no parecerme a Moby Dick y tú tan tranquila, así, como si fuese tan fácil encontrar el vestido perfecto.

—Verás como el vestido perfecto te encuentra a ti. Cuando lo veas, sabrás que es el elegido. Como te pasó con Ryan.

—Pues como me cueste tantas penurias como me costó estar con el guapito de cara, lo llevo chungo. —Pone los ojos en blanco.

—Oh, venga. Si desde el primer día que pusiste tus ojos en su cuerpo yanqui, supiste que era o él o nadie. Lo del vestido va a estar *chupao*. —Me levanto y me pongo a su lado—. Mira, yo ya tengo todo el trabajo de hoy finiquitado. ¿Qué te parece si dejamos a ese mega ayudante al que pagamos mejor que bien a cargo de la agencia y nos damos un rule por las mejores tiendas de novia de la ciudad? Será nuestro día de chicas, no hablaremos del trabajo, ni de embarazos, ni de nada que nos perturbe; y disfrutamos de nuestro tiempo juntas.

Los ojos de mi amiga brillan de anticipación y una preciosa sonrisa se adueña de su cara.

—Bueno, tenía intención de ir a la peluquería, me apetece volver a cortarme el pelo, pero supongo que puedo dejarlo para otro día —dice convencida.

—Seguro que nos da tiempo a todo. Así aprovecho y me corto un poco las puntas, que ya va tocando. —Sonrío y abrazo a Violeta, parece que la crisis de hace un momento ya ha pasado.

Nos despedimos de nuestro ayudante y, con los brazos entrelazados, salimos dispuestas a empezar nuestro día de chicas, a disfrutar con mi mejor amiga, mi hermana del alma, mi media mitad, de un día sin agobios (solo los derivados de encontrar el vestido perfecto). Sin preocupaciones, con la mente despejada de todo lo que no sea estar juntas, hacer planes, mirar escaparates y querernos la una a la otra, dedicarnos tiempo como hacíamos cuando vivíamos en el mismo piso. Cuando nos ocupábamos de sacar adelante nuestro sueño, mientras ahorrábamos cada dólar que ganábamos en nuestros múltiples trabajos y éramos las chicas más felices del mundo porque estábamos las dos, codo con codo, intentando labrar nuestro futuro deseado.

Llevamos más de siete tiendas de novias visitadas y, por muy bonitos que sean los vestidos, que lo son, no hemos encontrado ninguno que encaje con mi amiga.

Violeta está a punto de entrar en barrena, igual que una niña pequeña malhumorada, cuando, al ir a hacer una comida tardía, en una pequeña tienda del barrio de Tribeca, lo vemos. EL VESTIDO, mejor dicho, la segunda piel de Violeta. Las dos nos quedamos embobadas mirando esa maravilla en el escaparate de la tienda. Es tan sencillo y, a la vez, tan Violeta, que es como si lo hubiesen confeccionado expresamente para mi amiga.

De corte lencero, con trozos de encaje diseminados aquí y allá en sitios estratégicos para resultar lo suficientemente sexi sin parecer vulgar. Pero es al entrar y hacer que la dependienta nos lo enseñe cuando definitivamente nos enamoramos de él. Es al fijamos en su espalda, que no era apreciable desde el escaparate, que caemos rendidas ante él. Abierta hasta la cintura, rematada en todo el borde con el mismo encaje que adorna la parte de delante, unos delicados tirantes cruzándose y, lo más bonito de todo, unos diminutos botones en forma de perla que van desde la cintura hasta el borde del vestido. En resumen, un verdadero sueño hecho realidad. Es lo suficientemente suelto a la altura de la cintura como para poder albergar la creciente barriga de la novia.

Cuando Violeta sale del probador, mi cara debe de reflejar todo lo que siento al verla con él puesto, porque, automáticamente, ella empieza a llorar al verme y yo la copio y dejo caer las lágrimas por mi cara.

La dependienta se hace a un lado y nos deja a solas en este emotivo momento. No la abrazo como me gustaría, por miedo a estropear el vestido, pero le aprieto la mano, con todo el amor del mundo, todo el cariño que siento por mi mejor amiga.

—Vi, estás… Joder, estás espectacular. —Acabo de darme cuenta de una cosa—. Tía, que te casas. —Hasta ahora no lo había asimilado, por mucho que haya sido yo la que lo haya organizado todo—. Que te casas, qué fuerte.

—Ostras, Lau. Me caso. Yo. La que no creía en el amor. Es que no me lo creo. Esto se merece un copazo —dice volviendo al probador a quitarse el vestido.

—Pues tendré que tomarme yo el de las dos, porque tú lo tienes vetado — sentencio lo

suficientemente alto para que me oiga al otro lado de la puerta.

La dependienta nos envuelve el vestido en papel, con extremo cuidado, para meterlo después en una preciosa caja y finalmente en una bolsa con el nombre de la tienda. Al salir, de refilón, vemos una peineta adornada con delicadas flores en tonos rosa palo, igual que el color del vestido y mi amiga no duda en comprarlo para adornar su pelo el día de la boda.

Mientras le envuelven la peineta y mi amiga paga la compra, yo me dedico a dar una vuelta por la tienda, curioseando los vestidos que están desperdigados por los diferentes burros que rodean el establecimiento. De repente, mis ojos se detienen en un mono que me hace abrir los ojos de par en par.

Lo saco del perchero y lo levanto para verlo bien.

—Lau, es perfecto —dice Violeta detrás de mí—. Creo que acabas de encontrar el modelito para mi boda.

—Me acabo de enamorar —susurro—, amor a primera vista.

—Amén —me secunda mi amiga—. Con este mono, no hay Mark, digo hombre, que se te resista. —Me guiña un ojo la muy perra, como sabiendo que ha sido en él en el primero que he pensado en cuanto lo he visto. Como si supiese que me he imaginado su cara al verme con él puesto, incluso como si supiera que, sobre todo, me lo he imaginado quitándomelo mientras lo dejo caer a mis pies, y me quedo expuesta totalmente ante él.

Al final, satisfechas con nuestras compras, nos da tiempo de pasarnos por la peluquería. Mi amiga vuelve a su corte de pelo de hace un año, con el flequillo disparado para un lado y alguna mecha enmarcando su cara. Está preciosa, como es ella, como lo ha sido siempre, pero ahora, con ese brillo que les da a sus ojos el embarazo y el estar enamorada del hombre de su vida, está más bonita que nunca.

Yo me dejo aconsejar por las manos expertas de la peluquera y, cuando salimos de allí con nuestro nuevo *look*, el mío un poco más corto de lo que me esperaba, decidimos ir a cenar a casa de Violeta y contarle a Ryan al detalle nuestro fructífero día de chicas.

Cuando entramos por la puerta, oímos risas masculinas que salen de la cocina y, al asomarnos, vemos a Mark y a Ryan preparando algo de cena mientras comparten una cerveza.

—Hola, chicos, se me había olvidado de que era miércoles de baloncesto. —Entra mi amiga y se acerca a darle un beso a su chico, que la mira atontado.

—Estás preciosa. Eres… Eres la Violeta que conocí. Me encanta. Siempre me has encantado con el pelo corto. —Ryan la abraza y le devuelve el beso.

—Gracias. —Se ríe—. No soy la única que ha cambiado de *look*. —Se da la vuelta hacia mí, que permanezco oculta por la puerta de la cocina, lo que ha hecho que mi presencia haya pasado

inadvertida para los chicos.

Me asomo por detrás y sonrío, pero se me congela la sonrisa en cuanto veo los ojos de Mark, que me dejan clavada en el sitio por la fuerza del deseo que emana de ellos.

Joder, si solo con una mirada de esas consigue que mis bragas se reduzcan a cenizas, ya os podéis imaginar lo que logra con un solo roce. Sí, *boooom*, explosión pura y dura. Laura desintegrada con una sola caricia de este pedazo de maromo con el que tengo la suerte de compartir cama en los últimos tiempos.

—Hostias, Laura, estás increíble. Ese corte de pelo te queda de fábula, ¿verdad Mark? —dice Ryan.

—Eh, sí, sí. Te queda realmente bien. —No aparta los ojos de mí y, obviamente, yo tampoco de él. Solo cuando oigo el carraspeo de mi amiga me doy cuenta de que tengo que volver a poner los pies en la tierra.

—Bueno —Violeta se hace con el mando de la cocina—, vamos a terminar de preparar esto que tenéis en el fuego y a sentarnos a cenar. Tenemos que poneros al día de las novedades. Por fin tengo mi vestido de novia y no, Ryan, no pienses ni por un momento que voy a enseñártelo. El vestido es el secreto mejor guardado de la novia, ni siquiera con la promesa de una noche de sexo conseguirás que te lo enseñe. —Nos reímos todos ante la salida de mi amiga y la cena transcurre entre risas, bromas y, por debajo de la mesa, caricias cómplices entre Mark y yo que nos van caldeando. Roces furtivos al cruzarnos en la cocina y besos robados en las ocasiones en las que los anfitriones nos dejan a solas al recoger la mesa.

Nos despedimos de ellos en la puerta, aguantándonos las ganas de salir corriendo, de ceder a las ansias que ya no podemos gobernar. Solo cuando nos montamos en el coche de Mark y dejamos atrás la calle de nuestros amigos, permitimos que nuestras manos exploren las partes de nuestros cuerpos que están deseando ser exploradas, ser despojadas por fin de ese calor que amenaza con prendernos en llamaradas.

Casi no podemos llegar vestidos a mi apartamento. A pesar de que hace apenas una noche que estuvimos juntos, las ganas por sentirnos, por fundirnos, nos hacen víctimas de una locura apasionada donde la ropa se nos antoja tan pesada como una armadura de hierro. Nos estorba, nos incomoda, y no es hasta que conseguimos desembarazarnos de ella que suspiramos tranquilos, relajados. No es hasta estar completamente desnudos que Mark me coge en brazos y me deja despacio en la cama sin parar de mirarme, sin evitar comerme con los ojos.

—Eres tan preciosa, tan perfecta, tan hecha para mí —me susurra en el oído antes de enterrarse en mi cuerpo y llevarme a recorrer la galaxia con él.

Y puede que esto sea lo único a lo que puedo aspirar cuando estamos juntos, a estos momentos de placer, a estas palabras susurradas casi sin que él sea consciente de ellas. Puede que solo pueda tenerlo a medias, así, a escondidas de nuestros amigos.

Pero mientras pueda tenerlo de esta manera, rendido a mí, aprenderé a conformarme con los momentos que me da.

Aprenderé a conformarme con esto.
Conformándome con la mitad de Mark.
Conformándome.
A secas.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

esto nuestro



MARK

Otra mañana que me despierto abrazado a Laura, acomodado a su cuerpo, arrullado por su calor, por su olor. Me pego más a ella y cierro los ojos al aspirar el aroma que desprende su pelo. Hemos pasado de vernos un par de días a la semana a dormir todas las noches juntos. No me pasa desapercibido que ha dejado de acudir a sus clases de baile para estar conmigo y eso me hace sentir exultante, me hace ver que le importo.

Se remueve entre mis brazos y la aprieto más contra mí. Quién me lo iba a decir a mí hace unos meses, que iba a dormir haciendo la cucharita con una mujer. Si me lo hubiera contado mi *yo* del futuro, me hubiera reído en su puñetera cara. Laura se da la vuelta en mi abrazo y me sonríe perezosa, con los ojos todavía repletos de sueño pero brillantes, radiantes. Me acaricia la cara y me besa despacio.

—Buenos días —dice con la voz ronca.

—Buenos días, dormilona. —Le devuelvo el beso.

—¿Has dormido bien? —pregunta sin perder la sonrisa.

—De lujo. —Es la verdad. Las noches que duermo abrazado a ella son las únicas noches que consigo dormir de un tirón, sin señales del insomnio que me acompaña desde hace tiempo—. Eres la mejor almohada que existe.

—Ah, vale. —Levanta la cabeza—. De manera que solo me quieres para que te haga de almohada. Muy bonito. —Pone cara de ofendida.

—De almohada, de colchón. —Me pongo encima de ella—. Estás a mi absoluta merced. —La beso con hambre.

—Lo llevas claro —dice después de responder a mi beso—. No ha nacido el hombre que me domine a mí.

—Ummm, no te quiero dominar, solo quiero que seas mi esclava sexual. —Le guiño un ojo.

—Solo si tú eres el mío. —Ahora es ella la que se sube encima de mí.

—Nena, eso no hace falta que me lo pidas. Desde el primer minuto, soy enteramente tuyo. —Abro los brazos—. Dispón de mi cuerpo como más te plazca.

Y eso mismo hace y toma por completo el control de la situación. En estos momentos, con Laura cogiendo las riendas de su cuerpo, pidiendo lo que quiere, lo que necesita, libre y consciente del poder que ejerce sobre mí, es cuando más me gusta. Completamente desinhibida, dueña de ella misma y de sus deseos. En estos momentos, sería capaz de ponerme de rodillas y adorarla, santificarla como se merece e idolatrarla de por vida.

—Me encanta cómo hueles —me confiesa un rato después, cuando intentamos recuperarnos, recuperar el aliento.

—Y a mí cómo sabes tú —contesto mordiéndole en el cuello.

Una carcajada la hace estremecer y la acompaño con mis risas.

Cuando deja de reír, me mira seria.

—Deberíamos contárselo a Violeta y a Ryan. —Sé que tiene razón, pero no sé por qué me cuesta tanto hacerlo.

—Lo sé, pero es que…

—¿Te avergüenzas? —pregunta incorporándose.

—No, ni se te ocurra pensar eso. — Me incorporo yo también y me apoyo en el cabecero de la cama. La atraigo hacia mí y hago que ponga su cabeza sobre mi hombro—. Es que no estoy preparado para contarle al mundo que estamos juntos. No me apetece tener que explicar esto nuestro. Me da la impresión de que, si lo hacemos público, se va a desinflar la burbuja en la que estamos —Y que no quiero que Violeta me despoje de mis testículos también, es un hecho. Tengo miedo de su reacción cuando todo esto termine, porque, si de algo estoy seguro, es de que, tarde o temprano, Laura se va a cansar de esta situación y me va a mandar con viento fresco a mi casa. Por eso soy un poco egoísta y quiero disfrutar del momento todo lo que pueda, todo lo que dure.

—No tenemos que dar explicaciones. La gente que nos quiere no las necesita, y a la que no, no les importa —sentencia ella—. Está bien, esperaremos un poco más, pero no quiero tener que ocultarle nada a mi amiga.

—¿Tú crees que entenderá lo que tenemos? —La duda es latente en mi voz.

—Si hay alguien que pueda entenderlo, es ella. Además, me aconsejó que disfrutase del momento y de ti. O sea, que sí, lo entenderá.

—Umm, de manera que has hablado de mí con Violeta. ¿Y se puede saber de qué habláis? —Me puede la intriga, estas dos juntas tienen mucho peligro.

—Pues no, no puede saberse. Son cosas de chicas. Tú no me cuentas lo que hablas con Ryan, ¿no?

—Pues principalmente de sexo. —Me río cuando la veo poner los ojos en blanco—. Los tíos somos muy básicos y no nos complicamos mucho la vida. Hablamos de tías y de deportes, y de tías. Siempre, todo el rato.

—Igual te piensas que las mujeres no hablamos de sexo. —Ahora soy yo el que pongo los ojos en blanco, lo que hace que se eche a reír—. Lo que pasa es que no somos tan obvias como vosotros. Somos, por así decirlo, más finas. —Hace un gesto con la mano como si de una dama de la Edad Media se tratase.

—Sí, finas filipinas. —.Termino la conversación haciéndole cosquillas y nos entretenemos un rato antes de correr a la ducha, donde dejamos nuestra batalla en empate técnico.

Después de tomarnos un café (ya no es hora de desayunar), aprovechamos que es sábado y no tenemos que trabajar para seguir recorriendo la ciudad juntos.

Cogemos el metro y nos desplazamos hasta Coney Island, con su paseo marítimo, sus atracciones de feria en decadencia y, por supuesto, su famoso Nathan's. Nos hacemos varias fotos el uno al otro delante de Zoltar, el famoso adivino de la película *Big*, y unos cuantos selfis poniendo caras raras, besándonos y riéndonos, lo que hace que en algunas salgamos desenfocados. Subimos en la montaña rusa de madera, que no es que me inspire demasiada confianza, pero ver la alegría de Laura hace que se me olvide el miedo y disfrute de sus chillidos en cada bajada y sus carcajadas en cada subida.

Después de conseguirle un peluche lanzando dardos a unos globos, te juro que me duele la cara de tanto reírme, nos acercamos a comer los perritos calientes más famosos de Nueva York. Nos sentamos en unas mesas de piedra en la terraza y, entre los dos, compartimos varias salchichas con diferentes salsas y una cesta enorme de patatas fritas con beicon y comentamos la mañana tan divertida que hemos pasado juntos.

La miro mientras habla y no puedo por menos que dar gracias al cielo por haber permitido que aceptase estar conmigo así, de esta manera, sin ataduras, sin compromisos, solo dejando que fluya todo. Por un instante, se me ocurre pensar en el momento en el que encuentre al amor de su vida. Sé que tarde o temprano ocurrirá, Laura es demasiado especial como para que no caigan rendidos a sus pies, y llegará el día en el que el tío perfecto para ella hará acto de presencia y a mí… A mí me tocará hacerme a un lado, como le prometí. Por ese motivo, pienso disfrutar de cada rato que me permita estar a su lado, de cada segundo del día que pasemos juntos, creando recuerdos, nuestros, de los dos.

Solo de Laura y míos.

Después de un fin de semana en el que no nos hemos separado ni un segundo, el lunes se presenta cargado de trabajo. Solo de pensar en ir al estudio se me hace un mundo. Cada vez me cuesta más ponerme delante de mi padre y sus socios y fingir buena cara, sabiendo que, por su culpa, estamos perdiendo clientes que buscan proyectos más modernos, más innovadores.

La mañana se me hace eterna y, cuando llega la hora de la comida, estoy que me subo por las paredes. En vez de pillarme algo en la máquina, decido salir al restaurante de la esquina y, además de comer algo caliente, aprovechar para desconectar. Es eso o colarme en el despacho de las vacas sagradas del estudio y liarme a hostias con esas viejas momias. Joder, qué hartito me tienen.

Cuando estoy entrando por la puerta, absorto como estoy en mis pensamientos, colisiono con un cuerpo de mujer. Estoy a punto de disculparme cuando me doy cuenta de que su cara me es conocida.

—Karen —digo a la pelirroja que me mira sonriente—. Perdona, iba distraído. —Le cojo del brazo y nos separamos de la puerta para no obstaculizar el paso a los demás clientes.

—Hola, Mark, hace tiempo que no nos vemos. No has vuelto a llamarme. —Pone un mohín

de niña pequeña que me hace gracia.

—Sí, bueno, he estado un poco ocupado.

—Iba a pedir mesa para comer, ¿te apetece que comamos juntos?

—Eh, bueno, vale. —A lo mejor no debería aceptar comer con Karen, pero bueno, al fin y al cabo, no le tengo que pedir permiso a nadie, ¿no?

Nos acomodamos en una mesa que está junto a la ventana y, una vez que le hemos pedido nuestra comida al camarero, la conversación fluye cómoda entre los dos.

—Bueno —empieza Karen—, ¿y qué es de tu vida? ¿Sigues dejando corazones rotos por donde pasas? —pregunta divertida.

—Dios, espero que no. En ningún momento he hecho ninguna promesa que desemboque en corazones rotos —contesto a la defensiva.

—Tranquilo, machote, que no es mi caso. Yo tengo la misma filosofía de vida que tú. Solo que pensé que habíamos congeniado bien, dentro y fuera de la cama. —Me guiña un ojo.

—Y lo hicimos —le aseguro.

—¿Entonces?, ¿por qué no me has vuelto a llamar? —pregunta.

—Bueno, ya te he dicho que he estado muy ocupado.

—¿Tanto como para no disfrutar de un revolcón? Antes nos encontrábamos cuando los dos salíamos por la noche, pero hace ya tiempo que no se te ve el pelo. ¿Te has pasado a la vida monacal? —La diversión en su voz hace que sus ojos brillen.

—Ni de palo, nada más lejos de la realidad.

—Entonces, debe de haber aparecido alguien que te ha sacado del mercado.

—Bueno, si quieres decirlo así. Es verdad que estoy con alguien, solo que no es nada serio. Lo pasamos bien, sin promesas, solo viviendo el momento.

—No me fastidies. ¿Estás viéndote con una sola mujer? —Abre los ojos desmesuradamente.

—Algo así, pero te repito que no es nada serio.

—Un poco serio tiene que ser si te has vuelto monógamo.

—No digas tonterías. Los dos tenemos claro que si nos apetece acostarnos con otra persona, tenemos vía libre.

—Ya. ¿Y cuánto tiempo lleváis viéndoos? —indaga.

—Algo menos de un mes.

—Y, en ese mes, ¿con cuántas mujeres que no son ella te ha apetecido acostarte?

Me quedo pensativo, dándole vueltas a lo que me quiere decir Karen.

—Con ninguna. —Me doy cuenta de a dónde quiere llegar con sus preguntas.

—¿Y eso no te hace pensar que lo vuestro es más serio de lo que dices?

Bufo en mi interior y niego con la cabeza.

—¿Qué? Claro que no. En el momento en el que a mí me dé la gana, me acuesto con otra. Solo que no ha surgido la oportunidad —aclaro.

—Antes no necesitabas que surgiese ninguna oportunidad. —Se echa hacia atrás en su silla

después de haber terminado con su plato—. Tomabas lo que te interesaba cuando, como y donde querías.

Reconozco que es cierto todo lo que dice, por eso no digo nada.

—¿Sabes, Mark? Me parece que te tiene bien cogido por los huevos. —Se ríe la muy cabrona —. Has caído a cuatro patas ante una mujer.

—No te lo crees ni tú. No ha nacido la mujer que me haga sentar la cabeza. Yo no sirvo para ser novio, ya no digamos para ser marido —digo convencido.

—Bueno, vale, no te enfades. Si es verdad eso que dices, a lo mejor podríamos quedar una noche para recordar viejos tiempos —me dice sugerente.

—Por supuesto. Déjame que arregle unas cosas y te llamo.

—¿Prometido? —pregunta ansiosa.

—Prometido —aseguro al levantarme de la mesa—. Yo invito a la comida. —La beso en la cara y ella se despide con la mano antes de salir por la puerta.

Mientras espero a que me cobren, no dejo de darle vueltas a mi conversación con Karen.

Es verdad que me he centrado en Laura y he dejado de lado todo lo demás. Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza, en ningún momento, acostarme con otra que no sea ella. Y eso es raro, muy raro, en mí.

Una vez que he pagado, salgo del restaurante y me encamino despacio al estudio, rumiando todo lo hablado.

Es cierto que me siento demasiado a gusto con ella, tanto como para no haber vuelto a pensar en ninguna otra. Es ella la que ocupa todos mis pensamientos, todos mis sentidos. Pero es que es tan fácil estar con ella, tan cómodo. Me encanta hacer el amor con ella, con su cuerpo, pero, sobre todo, me encanta hacer el amor con su cerebro. Porque con ella puedo hablar de mil y un temas y no llego a cansarme en ningún momento, no me aburro. Cada conversación con ella me enriquece, me llena, me completa.

Freno en seco antes de llegar al edificio en el que se encuentra el estudio. Joder, Mark, ¿tú te escuchas? Suenas como un puto enamorado. No, no, no, no, es imposible, el amor no entra en mis planes. No puedo joder, por una tontería, mis proyectos, mis convicciones, mi estilo de vida, mi *modus operandi*. Definitivamente, tengo que poner solución a esto.

Y solo se me ocurre una forma de hacerlo. Tengo que terminar lo que sea que tengo con Laura. Acabar con esto nuestro.

Porque todavía no es tarde, todavía puedo irme de su vida sin hacerle daño, antes de que ella se enamore de mí o, lo que es más importante, antes de que yo me enamore de ella. Porque el amor lo jode todo, lo complica, lo enmaraña, lo lía. Y yo ya tengo suficientes líos en mi vida como para complicarla más poniendo sentimientos de por medio.

«Sí», digo para mí mientras entro en el estudio, «lo mejor es que deje de verme con Laura, que retome mi vida de hace un par de meses, que vuelva a ser el Mark de siempre. Todo es más fácil, con menos complicaciones, perfecto».

Lo que no entiendo es por qué no me siento tan convencido como quiero parecer.

Una voz me susurra dentro de la cabeza una palabra que ya se había asentado hace tiempo en un rincón, al fondo a la derecha, como el baño, donde debería acabar esta gran cagada que estoy dispuesto a cometer. MIEDO.

Pues eso, que lo que en un principio parece ser decisión o convicción, en realidad solo se trata de acojone.

Estoy acojonado de que Karen tenga razón, de que haya empezado a sentir por Laura más de lo que quisiera.

Y no hay nada peor que un hombre acojonado, porque eso le convierte en cobarde, en idiota, un verdadero estúpido.

Y como ya he dicho en otras ocasiones, tengo el primer puesto en suicidas emocionales. Pero aquí estoy, sintiéndome un valiente por pensar en ponerle punto final a la mejor historia que he tenido nunca, escudándome en que es lo mejor para ella, sintiéndome noble por no querer hacerle daño.

Como si no fuese demasiado tarde.

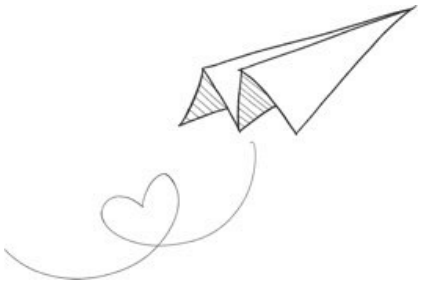
Como si el daño no estuviese ya hecho.

«Miedoso», me susurra la voz.

Bienvenidos a la gran cagada de mi vida.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

no soy tonta, solo me lo hago



VIOLETA

«Bueno», pienso para mí mientras no dejo de ir de una esquina a la otra del salón, «a Laura se la ve feliz, contenta, de manera que todo va como lo había planeado. Si no, se lo notaría en la cara, ¿no? Al fin y al cabo, mi amiga es trasparente y, cuando le pasa algo, enseguida se lo detecto. De algo tiene que servir conocernos de toda la vida».

—Vas a terminar haciendo un surco en el suelo si no dejas de dar vueltas de un lado a otro. —Me hace ver Ryan, que me vigila sentado en el sofá mientras echa un vistazo a los papeles que se ha traído del despacho.

—Es que estos dos me tienen de los nervios, de verdad. —Me siento a su lado con brusquedad.

—A ver, ¿qué es lo que te tiene así? Por estos dos, ¿te refieres a Mark y a Laura? —pregunta.

—Pues claro, ¿a quién si no? —Lo miro—. ¿Acaso no te has dado cuenta de que nos ocultan algo?

—¿Algo como qué? —De verdad que a veces no entiendo cómo consiguió ser el mejor de su promoción.

—Coño, Ryan, pues a que están juntos. Juntos y revueltos, muy muy revueltos —suelto ofuscada.

—Y eso ¿te lo ha dicho tu amiga?

—Qué va. Esa es otra. En cuanto la pille, me la cargo, eso te lo aseguro. Pero se piensan que soy tonta y eso no es así, solo me lo hago.

—No creo que a nadie se le ocurra pensar que tú eres tonta. Es más, a veces pienso que eres bruja, no hay manera de ocultarte nada. Me las veo y me las deseo para poder prepararte una sorpresa. —Pone los ojos en blanco.

Sonrío a mi chico, porque tiene toda la razón del mundo, no se me escapa una.

—¿A ti te ha insinuado algo Mark? —pregunto suspicaz.

—A ver, la verdad es que no me ha dicho nada. Pero yo también he notado que está diferente. Además, tuvimos una conversación sobre Laura hace tiempo —confiesa.

—¿Y se te ocurre contármelo ahora? Ya puedes ir cantando como un tenor. —Lo apunto con un dedo.

—No te dije nada porque no fueron más que comeduras de tarro de Mark. Pero ahora, a posteriori y después de tus sospechas, creo que no eran simples rayaduras de coco —comenta pensativo.

—Cuéntame lo que hablasteis —exijo.

—Bueno, en realidad estaba bastante agobiado porque había empezado a verla de otra manera, no solo como amiga. Fíjate que hasta me preguntó que cómo me di cuenta de que tú eras

la elegida.

—Lo sabía, Mark no es tan inmune a los encantos de mi amiga como quiere hacer creer. A mí también me confesó que empezaba a sentir algo por ella, todavía no sabía qué era, pero de que siente algo estoy segura.

—En un primer momento, le recomendé que se alejase de ella. —reconoce mi chico.

—Sí, bueno, yo también. Menos mal que les di un pequeño empujoncito y, por fin, en Santander, pasó lo que tenía que pasar.

—Lo sabía. —Me mira divertido—. Sabía que lo de no poder ir a Santander no era más que una excusa para que pasasen algo de tiempo solos. Eres una alcahueta. —Se descojona de mí.

—Solo les estoy ayudando a darse cuenta de que están hechos el uno para el otro.

—¿Estás segura? Mira que ambos conocemos a Mark —duda.

—¿No te has fijado en cómo la mira?

—Por supuesto que sí. Y aunque creas que no me entero de nada, también me he fijado en las caricias que se dedican por debajo de la mesa y los arrumacos que se regalan cuando creen que no los vemos. Por eso, a veces finjo que se me ha olvidado algo en la otra habitación, para dejarlos un poco de tiempo a solas.

—O sea, que tú eres tan cómplice en este plan como yo. —Me río al darme cuenta de que Ryan no es tan despistado como parece.

—Elemental, querido Watson. —Me acompaña en mis risas.

—Vaya par de celestinas estamos hechos. —Lo abrazo.

—Y ahora, ¿no necesitas echarte una siesta?

—Qué va, hace tiempo que no me encontraba tan bien y tan descansada. —Es verdad, al haber pasado el primer trimestre de embarazo, me encuentro mucho mejor, ya no estoy tan cansada ni tengo tanto sueño.

—Repito: ¿no necesitas echarte una siesta? —Esta vez alza las cejas al volver a hacer la pregunta y sonrío de medio lado al entender por dónde van los tiros.

—Vamos a la cama, mi *partner in crime*. —Me apresuro a cogerle de la mano y llevarlo hasta nuestra habitación.

Y es que no sé si debo darle las gracias a Mark por haber hablado con él o a la patrona de las embarazadas que se ha apiadado de mí, pero, gracias al cosmos, mi futuro marido ha dejado de lado sus miedos a hacerle daño al bebé y volvemos a cohabitar como está mandado, como no debería haber dejado de ser.

Bien está lo que bien acaba.

He dicho.

CAPÍTULO VEINTICINCO

quisimos ser algo que se quedó en un casi



LAURA

El lunes por la mañana, después de que Mark se fuese a trabajar y yo hiciese lo propio; tras pasar primero a por nuestra dosis de café al Starbucks de turno, la vorágine del trabajo me tuvo tan entretenida que ni siquiera fui consciente de que no había recibido ningún mensaje suyo como venía siendo habitual en las últimas semanas.

No le di mayor importancia, bastante tenía con lidiar con las miraditas que me dedicaba mi mejor amiga cada dos por tres. Esta cabrona se huele algo, si lo sabré yo, que la conozco como si la hubiese parido. Bueno, ya encontraré el momento de contarle lo que me bulle por dentro. De momento, doy la callada por respuesta.

El jueves, al seguir sin ninguna noticia de Mark; a no ser que contemos como noticias las escuetas respuestas a mis mensajes en las que asegura que está muy liado para vernos, mis alarmas empiezan a sonar por lo bajini.

Cuando llega el viernes y la noche me encuentra sola y aburrida en el salón de mi piso, sin ningún otro plan más que el de ver una película o alguna serie, tengo la ligera sospecha de que Mark se ha cansado de esto nuestro, de mí. No hay que ser muy lista para darse cuenta de ello.

Cuando salió el lunes de mi casa, se despidió de mí como siempre, con la promesa de volver a revolver juntos mis sábanas, de volver a mudarnos a la piel del otro, de manera que no he visto venir el golpe.

Si estoy en lo cierto en mis suposiciones, me molesta un montón que no haya tenido las narices de decírmelo cara a cara, creo que es lo mínimo que me debe. Sé que no me ha prometido nada, pero, no sé, después del tiempo que hemos pasado juntos, pensé que había empezado a conocerlo bien, que él había empezado a sentir algo por mí también, pero está visto que no.

Paseo cabreada, muy muy cabreada, por mi minúsculo apartamento, sin dejar de abrir y cerrar puertas de armarios, sin ningún fin en especial, solo dejar salir mi mala leche. Estas son las inocentes víctimas de mi mal humor. Aun estando así, enfadada como una mona, una pequeña parte de mí se aferra a la probabilidad de que sea verdad que su acumulación de trabajo sea lo que le impida verme. Es mejor ese panorama que al que se enfrenta mi cabeza.

Me tiro en el sofá y enredo con el móvil. Paso de chat en chat e ignoro que Mark está en línea. Hago caso omiso a las ganas que empiezan a apoderarse de mí de escribirle y cantarle las cuarenta. Pero no, si él ya se ha cansado de mí, no voy a ser yo la que vaya a rogarle más migajas. No me ha pasado inadvertido que, mientras yo he dejado de lado todo lo que me gusta, empezando por mis clases de baile y acabando por mis salidas con el grupo de salsa, Mark no ha dejado de jugar al baloncesto con sus colegas en ningún momento. Creo que eso es indicativo

suficiente del grado de implicación que teníamos los dos en esta ~~no~~ relación. El mío cien por cien, el suyo, menos mil.

Y encima, no puedo reprocharle nada. Fue muy claro al respecto cuando me propuso este acuerdo y yo, tonta de mí, me subí a este barco sin ningún tipo de chaleco salvavidas encima. Ahora me toca lamerme las heridas y tirar para delante.

Porque yo no soy como Violeta, yo no soy de las que paran un poco y echan el freno para reiniciar, para recomponerse. Yo me vuelvo a poner mi armadura de guerrera y salgo a comerme el mundo en dos bocados, como he hecho siempre. Está en mí, en mi naturaleza.

Hay personas que no están hechas para tener una pareja estable, y parece ser que ese es mi caso. Yo, que siempre he sido la más romántica de mis amigas, me quedo sin mi final feliz, sin mi historia de amor, sin mi «fueron felices y comieron perdices». Ya está, toca asumirlo y volver al ruedo. Coger al toro por los cuernos, o mejor, por los huevos, que al menos tienen mejor tacto.

No le dedico ni un pensamiento más al chulo prepotente (sí, volvemos a su antiguo mote) y, sobre la marcha, decido salir a bailar. Pregunto en el chat del grupo de baile por dónde andan y, después de recibir la ubicación, rebusco en el armario de mi habitación la ropa que necesito para sentirme bien, poderosa, guapa. No pienso dejar que otra decepción amorosa mine mi autoestima. Faltaría más. Yo me crezco ante las dificultades. Después de lo de Sean, me prometí a mí misma que no iba a dejar que un tío condicionase mi vida, que no iba a volver a aparcarme a un lado para que él circulase a sus anchas. Ahora me toca volver al ruedo y lo pienso hacer por la puerta grande.

Estupendo, Laura, ya veremos si cuando te bajes de los tacones de la exaltación del amor propio en los que te has subido, piensas lo mismo o te dedicas a penar por los rincones tu *love* no correspondido. Definitivamente tiene que haber alguna forma de arrancarme esta conciencia de cuajo, porque la muy cerda no deja de meter sus narices donde no le importa.

Me preparo como para matar al ritmo de la canción de Queen «The show must go on», a tope, dándome ánimos. O es eso o es que soy un poco masoquista, el caso es que sí, el espectáculo debe continuar, y aquí la menda está dispuesta a hacerle caso a Freddie. Al fin y al cabo, ¿quién soy yo para llevarle la contraria?

Cuando llego al local donde mi grupo está dándolo todo en la pista, me acerco a la barra y pido una copa para meterme en el ambiente, antes de destrozar mis tacones al son de los ritmos latinos. Kane me ve a lo lejos y de inmediato se acerca a mí, con esa sonrisa moja-bragas que se gasta.

—Ey. —Me da dos besos—. Bienvenida, perdida. Hace tiempo que no te pasas por la academia.

—Sí, bueno, ya sabes, el curro, la vida… —Le doy un trago a mi copa.

—Ya, la vida. ¿Y voy a tener algún problema con esa «vida» si te saco a bailar? —Me ofrece una mano.

—Nop. Borrón y cuenta nueva. —Me agarro a su brazo y me dejo arrastrar hasta el centro de

la pista.

Cuando me abandono a la música, me doy cuenta de lo muchísimo que lo había echado de menos. El ritmo, el movimiento de caderas, todo lo que conlleva el baile, lo que me provoca esto, la libertad que me da.

Kane no se separa en toda la noche de mí, enlazando un baile con otro, una canción con otra y un ritmo con el siguiente.

Libero mi mente de todo lo que no sea el baile. Me olvido por un momento de mi nefasta vida amorosa, de los ojos azules que se me aparecen hasta en sueños y del capullo de Mark en general.

Pero cuando estamos bailando «La noche perfecta», de Antonio José, siento un cosquilleo en mi nuca y sé con seguridad que Él está al otro lado del local, que son sus ojos los que me han provocado el escalofrío que acabo de sentir.

Me paro en seco, lo que hace que Kane me interrogue con la mirada, y me doy la vuelta para enfrentarme a la presencia del que, hasta hace menos de una semana, compartía mi vida y mi cama.

Ahí está el muy…, agarrado a la cintura de una pelirroja de rompe y rasga. Creo que con esta repite, me suena de otra vez.

El enfado que había conseguido eliminar bailando, empieza de nuevo a bullir en mi interior y, sin pensármelo mucho, en unas cuantas zancadas me planto delante de él.

—Hola, Mark —digo con los labios apretados—. Y ella es… —Espero a que me la presente.

—Karen —dice la chica al darse cuenta de que Mark no tiene intención de presentarla, ya que se ha quedado con los ojos como platos, igual que un ciervo deslumbrado por los faros de un coche en plena noche—. Creo que he visto a un conocido, ahora mismo vengo. —Chica lista, ha deducido que aquí hay mucha tela que cortar y hace mutis por el foro para que no le salpique. Punto para la pelirroja.

—Bueno —suelto al ver que él no tiene intención de hablar—, ¿no tienes nada que decirme?

—No, que yo sepa. —La madre que lo parió, yo me lo cargo. Me lo cargo. Señor, dame paciencia, porque como me des fuerza…

—Ya, una imagen vale más que mil palabras, ¿no? —Y señalo con la cabeza a la pelirroja que, efectivamente, está hablando con un conocido unos metros más allá.

—Es un hecho —dice serio, pero no es capaz de mirarme a la cara.

—No me esperaba que fueses así —escupo con rabia.

—¿Así?, ¿cómo? —Tiene la poca vergüenza de preguntar.

—Así de cobarde. Si no querías que continuásemos con lo nuestro, haber tenido el valor de decírmelo a la cara, de frente, con la verdad por delante.

—Los dos dejamos claro que cuando nos apeteciese estar con otra persona, lo haríamos, sin compromisos, ¿recuerdas? —me dice el muy capullo.

—Joder, Mark, ya lo sé, pero pensaba que después de todo lo que hemos vivido en las

últimas semanas, no sé, me merecía algo más. —Ahora mi voz suena dolida, no puedo evitarlo.

—Yo no te he prometido nada —replica.

—¿Acaso yo te lo he pedido? Joder, si querías acostarte con otras, con decírmelo y terminar las cosas como las empezamos, como amigos, arreglado. Las cosas bien hechas bien parecen. Tú has metido la pata hasta el corvejón, la has cagado pero bien.

—No he sabido hacerlo mejor. —Ahora sí que me mira directamente a los ojos y hubiera preferido que no lo hubiese hecho, porque, detrás de ellos, veo un dolor que no entiendo. Al fin y al cabo, es él quien ha dado carpetazo a lo nuestro, el que ha tirado por la borda nuestros momentos, nuestra complicidad.

—A ver si maduras, macho. —Vuelvo a mostrar mi enfado—. Jugar a esto te ha quedado demasiado grande.

—Tú tampoco has perdido el tiempo. —Sigo su mirada y me encuentro con la de Kane, que sigue esperándome a un lado de la pista, sin alejarse mucho de mí, pero sin inmiscuirse en la conversación.

—Das muchas cosas por sentado. —Vuelvo a mirarlo—. Pero claro, es más fácil morir matando que reconocer tus propias mierdas. Al menos, Kane es un hombre que se viste por los pies, no un crío con miedo a crecer. Espero que seas feliz con tu complejo de Peter Pan. Lo único que lamento de todo esto es haber perdido mi energía con un niñato como tú. No haberme dado cuenta a tiempo de que no mereces la pena. —Me doy la vuelta porque no estoy yo muy convencida de que no abra las compuertas que estoy conteniendo con tanto esfuerzo y rompa a llorar delante de él. No pienso darle esa satisfacción.

—Si tan hombre es, no entiendo por qué no salió en tu defensa cuando Sean se enfrentó a ti —escupe rabioso.

Me doy la vuelta con tal rapidez que un latigazo me atraviesa el cuello.

—Porque a diferencia de ti —lo miro con rencor—, él me da mi lugar y sabe perfectamente que soy capaz de sacarme las castañas del fuego. Él no necesita hacerse el machito para serlo. No le llegas ni a la altura de los zapatos. —Y ahora sí consigo darme la vuelta e irme de su lado.

No me despido, al fin y al cabo, creo que ya ha quedado todo dicho entre nosotros. Es una pena que todo haya terminado así, de esta manera, sin opciones, sin dejar una puerta abierta a la amistad. Este es el resumen de nuestra historia, nuestra triste historia.

Quisimos ser algo, pero se quedó en un *casi*.

Casi pareja, casi amigos, casi el mundo el uno del otro.

Casi.

Le digo adiós a Kane, le prometo contarle todo en la próxima ocasión en la que nos veamos y salgo del local. Doy por concluida mi noche.

Cuando llego a casa, el peso de lo dicho, pero sobre todo de lo no dicho, por Mark hace mella

en mí y, con rabia no contenida, arranco de cuajo las sábanas de mi cama, esas sábanas que no he cambiado desde la última vez que Mark se perdió conmigo en ellas y que aún conservan su olor. Hago un gurruño y las meto sin más contemplaciones en la lavadora, junto con un par de camisetas y una sudadera suyas que habían hecho de mi armario su hábitat natural. Intento con ello borrar cualquier huella de su presencia en mi casa. Otra cosa muy distinta es la huella que su paso por mi cuerpo ha dejado. Me temo que esa va a ser más difícil de borrar, ni arrancándome la piel a tiras lo conseguiré, porque está tan dentro de mí, que necesitaré tres vidas para sacarlo.

Cuando termino con mi arranque impulsivo, me dejo caer en la cama, desnuda de sábanas, y me hago un ovillo. Me tapo con la colcha hasta la cabeza y tiemblo, pero ya no debido a la furia. Los temblores que me acompañan ahora son de impotencia, de pena, de decepción.

Por haber tocado el cielo con la yema de los dedos, haber saboreado la felicidad con la punta de la lengua y que se me haya escapado cuando estaba a punto de alcanzarlo.

Por haber conocido el amor, pero, sobre todo, por haber tenido la mala suerte de haber conocido el desamor.

Porque nunca nadie me ha dolido como me duele Mark. Pero es normal, ya que nunca he querido a nadie como lo quiero a él.

Me permito el fin de semana de duelo, de luto, de revolcarme en el lodo, en mi sufrimiento. Prometo que, a partir del lunes, resurjo de mis cenizas.

«Eso ya lo dijiste en otra ocasión y mira en qué situación te encuentras ahora».

No tengo ni fuerzas de replicarle a la perra de mi conciencia, ya me ocuparé de ella en otra ocasión.

Ahora necesito dormir, hibernar.

Convertirme en bicho bola y no dar señales de vida en todo el fin de semana. A la mierda con eso de comerme el mundo en dos bocados. Sobre el papel es muy bonito, pero, ay, amigas, cuando lo vives… Pues eso, que es una mierda.

Una gran y jodida mierda.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

hasta las trancas, ¿verdad?



MARK

Si os habéis pensado que terminé la noche en la cama de Karen, estáis muy equivocados. No tenía ni ganas ni ánimos. Tampoco me parecía justo acostarme con ella con la mente llena de otra. La mente, los sentidos y hasta el alma.

No sé cómo explicaros lo que sentí al verla tras casi una semana ignorando sus mensajes. Lo que me dolió verla bailar agarrada al moreno de siempre, a ese tío que se la come con los ojos, que está deseando hacerse uno con ella, fundirse en su piel. Llevaba un vestido de punto, ajustado a cada una de sus curvas como si estuviera incrustado en ella. ¿Os he dicho alguna vez que podría llegar a perderme en las curvas de Laura? Gustosamente moriría en cada una de ellas o, mejor, me quedaría a vivir en un recodo del camino que dibuja su cuerpo, en cualquier esquina. No hace ni una semana que no estoy con ella y ya la echo de menos, como si me hubiesen arrancado una parte vital, como si hubiese perdido la capacidad de respirar. Porque siento como si me faltase el aire, como si me hubiesen vaciado del todo, dejándome solo la carcasa, hueco en el interior.

No he sabido hacerlo mejor, no he sido capaz de hablar con ella cara a cara y la única manera que he tenido de terminar con esto nuestro ha sido presentándome en ese local, donde había altas probabilidades de encontrármela, y dejar que me viese con Karen. Que ha sido ella como podría haber sido cualquier otra, da igual, solo ha sido la herramienta para un fin, el arma arrojadiza que he utilizado para defenderme del miedo que se ha apoderado de mí y contra el que no he podido luchar.

Pero debería de haber previsto que Laura me gana en coraje y valentía. Que ella no se anda por las ramas y no iba a huir de la confrontación.

Cuando la he visto venir decidida hacia mí y plantarse delante, orgullosa, con la cabeza en alto y el fuego de la furia inundando sus ojos, yo, como el capullo que soy, no he podido sostener su mirada.

Y sí, tiene razón, me he defendido atacando, vistiéndome de arrogancia, pero si ella hubiese adivinado el daño que me han hecho sus palabras, oírle decir que lamentaba haber perdido el tiempo conmigo, oír el desprecio en su voz, tal vez se hubiese ensañado más conmigo. Aunque luego recuerdo que Laura no es así, que ella no es de las que hace daño gratuitamente. A pesar de su mal genio, tiene una nobleza difícil de encontrar.

Y os juro que he flaqueado. Por un segundo, me he preguntado si estaba haciendo bien en romper esto por un simple acojone. Si no nos merecemos descubrir juntos lo que me está haciendo sentir, contarle todo lo que me pasa por la cabeza y que ella me tranquilice, que me haga sentir la paz que siento cuando estoy en sus brazos, la calma que me inunda cuando estoy con ella.

Pero solo ha durado un segundo. El que ha tardado ella en darse la vuelta y desaparecer hacia el lugar donde la esperaba el moreno de los cojones.

No sé qué excusa le he puesto a Karen para no ir con ella a su casa, no lo recuerdo, pero algo ha debido de ver en mi semblante porque no ha puesto ninguna pega. Creo que ha entendido perfectamente el momento que he vivido dentro del local, porque no ha hecho ninguna pregunta, no ha habido ningún reproche, solo cara de comprender más de lo que yo mismo lo hago. Me parece que todo el mundo lo entiende mejor que yo, que soy el interesado.

Los días siguientes, me centro en el trabajo más de lo que lo he hecho en los últimos tiempos, todo para dejar de pensar en ella, para intentar sacármela de la cabeza. Joder, si he sido yo el que no ha querido seguir con lo nuestro, ¿me puede alguien explicar por qué me siento como si acabasen de sentenciarme a una condena de muerte?

Estoy tan apático que ni siquiera me molesta seguir las directrices de mi padre en los proyectos, asiento en silencio con cada cosa que me dice y no levanto la cabeza de mis planos ni cuando llega la hora de comer.

Ya es miércoles cuando el gran jefe me llama a su despacho.

Me arrastro hasta su puerta de la misma forma que lo he estado haciendo durante estos días por la vida, cabizbajo y sin ánimo para hacer nada.

Cuando me siento al otro lado de su mesa, levanto la cabeza después de darme cuenta de que no ha abierto la boca desde que he entrado.

—¿Estas bien? —me pregunta preocupado.

—Sí, sí, tranquilo —contesto.

—Sé que en los últimos tiempos no hemos estado de acuerdo en muchas cosas —suspira pesadamente—, pero sigo siendo tu padre y, si algo te inquieta, sabes que estoy aquí para lo que necesites.

—Son temas personales. No te preocupes, que no van a afectar a mi rendimiento.

—¿Líos de faldas? —Alza una ceja.

—Podría decirse que sí. Pero no te preocupes, como te he dicho, no va a afectar a los diseños que me habéis encargado hacer.

—A propósito de esos diseños —me mira fijamente—, de eso quería hablarte.

—¿Algún cambio importante que quieras que haga? —Estoy tan cansado de esta mierda de diseños que ya no me importan los cambios que quieran hacerles. Al fin y al cabo, simplemente soy el que dibuja lo que ellos me marcan, diseños sin vida, sin alma.

—El otro día, uno de nuestros clientes se fijó en un plano tuyo, uno de esos que dejaste en mi escritorio hace un par de semanas. —Se calla esperando mi reacción.

—¿Y? —Estoy tan desmotivado que ya no me intereso por nada.

—Y quiere que lo usemos para su nuevo proyecto. Quiere hablar contigo y negociar precio,

materiales…

Por fin una llama de ilusión por algo crece dentro de mí.

—¿En serio? —Un amago de sonrisa se abre camino en mi cara—. ¿Y qué opinan los demás socios?

—Los demás socios opinarán lo que yo diga. Se trata de uno de nuestros mejores clientes y lleva algún tiempo insatisfecho por las ideas que le ofrecemos. Es la primera vez en meses que lo veo entusiasmado con alguno de nuestros proyectos. —¿Eso que veo en los ojos de mi padre es orgullo?

—Vaya, no sé qué decir.

—Di que te harás cargo de todo el proyecto. Que te encargarás de su puesta en marcha. Tú serás el que elijas el equipo, los materiales, la forma de trabajar. Tienes vía libre para hacer lo que te parezca más conveniente.

—Sí, por supuesto, pero ¿qué hago con los proyectos que tengo entre manos? —pregunto.

—Déjalos, se los encargaré a otro arquitecto. Tú solo céntrate en este, tiene que ser tu prioridad.

—No te preocupes. —Me levanto entusiasmado—. No te arrepentirás.

—Sé que no lo haré. —Me mira a los ojos—. Hijo, debería haberte hecho caso hace mucho tiempo. En el fondo, sabía que tenías razón al querer innovar, pero entiende que cuesta mucho dejar atrás la forma de trabajar de siempre y embarcarse en las nuevas técnicas. Más adelante, hablaremos sobre tu incorporación al equipo directivo del estudio. Creo que ya va siendo hora de que delegue más cosas en ti e ir pasando a un segundo plano día a día. Tu madre me lo agradecerá. —Acaba, poniendo una mano encima de mi hombro.

—Bueno, ya lo hablaremos en otro momento. He llegado a plantearme abrir un estudio por mi cuenta —me atrevo a confesarle.

—Si eso es lo que quieres, cuenta con mi apoyo. Sé que vas a conseguir todo lo que te propongas. Siempre has sido mejor arquitecto que yo. —Sonríe triste—. Si necesitas financiación para emprender, no dudes en decírmelo.

Sonrío agradecido y emocionado. Cuando estoy a punto de darme la vuelta y salir del despacho, mi padre vuelve a hablar.

—Y arregla las cosas con esa chica.

—Ehhh, no hay nada que arreglar —suelto sin pensar.

—¿Seguro? Hijo, todavía no soy demasiado viejo como para no darme cuenta de la cara de cordero degollado que arrastras. Se ve a la legua que estás enamorado y que no lo estas pasando bien. Sea lo que sea lo que has hecho, arréglalo.

—¿Y qué te hace suponer que he sido yo el que lo ha estropeado? —Me jode que desconfíe de mí.

—Que te conozco. No creas que no sé la fama de mujeriego que tienes, pero nunca te había visto como hasta ahora, penando por los rincones. Hazme caso y arréglalo con ella.

—Puede que ya no tenga arreglo —confieso.

—Si es amor de verdad, siempre hay arreglo. Para todo hay arreglo menos para la muerte. Inténtalo. Que por ti no quede.

—Es que tampoco sé si es amor de verdad. Nunca he estado enamorado.

—¿En qué es en lo primero en lo que piensas cuando te despiertas? —me pregunta.

—En ella.

—¿Y en lo último cuando te acuestas?

—En ella también. —Joder, es totalmente cierto.

—Pues, hijo —me da una palmada en la espalda—, si eso no es estar enamorado, que baje Dios y lo vea —termina antes de salir de su despacho, dejando que masque sus palabras.

Joder, ¿será mi ELLA? Me froto la cara, con mis ideas más enmarañadas que nunca, como si de un ovillo de lana se tratase, incapaz de deshacer sus nudos.

Cuando por fin mi vida laboral empieza a funcionar, a despegar, a dejar de pesar, la más importante, la sentimental, está más oscura que nunca, más desenfocada y triste. En fin, supongo que no se puede tener todo a la vez, que es mucho pedir ser feliz al completo, sin nubes que empañen el horizonte, sin dudas. Sin miedos.

Por la tarde, me uno a los chicos en nuestro partido semanal de baloncesto y me deshago de parte de la tensión y la frustración que me acompaña últimamente. Entre canasta y canasta, le pongo al tanto a Ryan sobre la conversación con mi padre y veo en su cara una alegría genuina. Está feliz por mí. Así son los amigos de verdad. Los que te acompañan en las alegrías y también en las penas.

Cuando estamos tomando nuestra obligada cerveza después del partido, por fin se atreve a preguntar.

—¿No se supone que deberías estar pletórico por tu oportunidad laboral? Parece que se te ha muerto el perro, tío. Vaya careto de seta tienes —se burla.

—Estoy hecho un lío. Y hecho una mierda también —confieso.

—Déjame que adivine, ¿Laura?

Lo miro entrecerrando los ojos. Por la sonrisa de suficiencia que se gasta, sé que se huele algo.

—La he cagado, tío, pero bien cagado. —Me tapo la cara con las manos.

—Venga, ya será menos, cuéntame qué ha pasado.

Y lo hago, le cuento a mi mejor amigo todo lo que hemos vivido la rubia y yo durante estas semanas. Le confieso lo que me ha hecho sentir, mis ganas continuas de ella, mi desinterés por las otras, cómo, al estar al lado de Laura, todo lo demás pasa a un segundo plano.

—De manera que Violeta tiene razón al decir que te gusta, que os gustáis. —Se ríe—. Mi chica es verdaderamente una bruja.

—Es que, joder, no solo me gusta por fuera. Todavía me gusta más por dentro. Me encanta hablar con ella. Tiene un montón de vivencias, de aventuras, ¿tú lo sabías? —pregunto.

—Te recuerdo que todas esas aventuras las ha vivido con mi chica. —Es verdad, estas dos son uña y carne desde siempre.

—Es que me encanta hacer el amor con ella, obviamente, pero, sobre todo, me gusta compartir mi tiempo con ella—suelto sin filtro.

—Estás enamorado, tío. —Me da una palmada en el hombro.

—Hasta las trancas, ¿verdad?

—Ajá. —Es lo único que dice mi amigo.

Me doy de cabezazos contra la mesa mientras oigo como Ryan se descojona a mi lado.

—Joder. —Levanto la cabeza—. ¿Cómo he podido ser tan gilipollas? He metido la pata hasta el fondo y me temo que ya es demasiado tarde, su compañero de baile anda detrás de ella como un moscón. ¿Tú has visto al Kane ese? Parece sacado de un catálogo de moda. Me apuesto lo que quieras a que no ha perdido la oportunidad de mover ficha con ella. —Me dan ganas de darme un par de hostias a mí mismo, es que se la he puesto en bandeja. Seguro que no ha tardado en consolarla. Mierda.

—Bueno, pues tendrás que hacer algo para recuperarla —me anima Ryan.

Me lo quedo mirando como un tonto.

—Mira, Mark, aquí si alguien entiende de cagadas, te aseguro que soy yo. Acuérdate de cómo lo estropeé todo con Violeta y cómo al final conseguí que volviese conmigo. Y fíjate, estamos a un mes de celebrar nuestra boda. Si yo lo conseguí, tú también puedes.

—Pero yo no sé hacer cosas románticas como hiciste tú para recuperarla —digo un poco desanimado.

—Pues tendrás que currártelo. —Se encoge de hombros.

—Cojonudo. —Me parece que no va a ser tan fácil como me lo pinta Ryan.

Os recuerdo que la rubia tiene un genio de mil demonios y me las va a hacer pasar muy putas para volver con ella. Eso contando con que lo consiga, que no las tengo yo todas conmigo.

Pero si algo he sido siempre es persistente, y ahora que por fin se me ha caído la venda de los ojos, voy a hacer todo lo posible para que me perdone y me dé otra oportunidad.

Aunque tenga que arrastrarme y suplicar.

Lo primero que tengo que hacer es conseguir hablar con ella, lograr que me escuche. Tengo que ser convincente, poner el corazón en lo que diga, ser totalmente sincero.

Desnudarme de sentimientos y confesarle lo que ya no puedo negar.

Que estoy completamente loco por ella, completamente enamorado.

Vaya, pensé que reconocérmelo a mí mismo iba a aterrorizarme y me acabo de dar cuenta de que no es así. Al contrario. Ser consciente de ello me ha liberado de un peso que no tenía ni idea de que cargaba.

Sonrío para mí mismo. Qué puñetera maravilla es reconocerlo. Aunque siento como si

estuviese dentro de una atracción de esas de caída libre, que hace que las tripas se te suban a la garganta por culpa de la anticipación. Pero es una sensación acojonante.

Decidido, mañana mismo me paso por la agencia de las chicas y, si hace falta, me arrodillo a los pies de Laura. Cualquier cosa con tal de conseguir que vuelva a mirarme de la misma forma que lo ha hecho estas últimas semanas y no como lo hizo la otra noche, cuando me descubrió acompañado de Karen.

Con una finalidad en mente, me despido de mi amigo y me dirijo hacia mi casa, con la firme decisión de arreglar las cosas con mi chica.

Porque sí, porque voy a hacer todo lo posible para que Laura acepte ser mi chica.

Y esta vez… Esta vez voy a hacer las cosas bien. No va a pasar un solo día sin que se sienta la mujer más querida del mundo, ya me ocuparé yo de hacérselo saber cada minuto, cada segundo que pase a mi lado.

Una vez en la cama, mi cabeza maquina a mil por hora buscando las palabras adecuadas para conquistarla, para enamorarla.

Para que se dé cuenta de que esto que sentimos (porque sé que ella siente lo mismo que yo) es único y especial. Esto nuestro es eso: nuestro. De los dos.

Y no podemos perdernos.

No puedo perderla.

CAPÍTULO VEINTISIETE

demasiado tarde



LAURA

—Laura —mi amiga asoma la cabeza por la puerta de mi despacho—, ¿podemos hablar un momento?

—Claro —contesto a la vez que levanto la cabeza de los papeles que llevo contemplando más de veinte minutos sin enterarme realmente de lo que está escrito en ellos, con mi mente a mil kilómetros de aquí—. ¿Qué pasa?

—¿Cuándo piensas contarme lo que ha ocurrido con Mark? —Me suelta sin anestesia.

Así, directa a la yugular. Luego soy yo la que no tiene filtro.

—Lo que ha pasado con Mark es que, lo que empezó como un rollo entre amigos, se ha convertido en algo más. Pero ese algo más, solo es por mi parte. Me he pillado hasta las amígdalas, me he olvidado de que tu querido mejor amigo no es de los que buscan una relación; al contrario, huye de ellas. Y eso es lo que ha hecho, sin explicaciones ni despedidas. Simplemente ha desaparecido de un día para otro. Ha hecho bomba de humo como el mejor mago del mundo, y ha aparecido días después del brazo de una pelirroja espectacular en el mismo local donde yo intentaba olvidarlo bailando. Ese es el resumen de esta historia que ha terminado antes siquiera de empezar. —Lo suelto todo tan de carrerilla que tengo que echar mano de la botella de agua que tengo en mi mesa para poder aclararme la voz.

Después de tantos días, puedo contarlo sin que se me salten las lágrimas, pero eso no significa que no me duela. Al contrario, cada día que paso alejada de él, mayor es el desgarro que siento dentro. Y me llevan los demonios por perder el tiempo pensando en semejante capullo, pero es lo que hay. Tengo asumido que, durante una temporada, el recuerdo de Mark va a martirizarme, a sangrarme.

La voz de Violeta me saca de mis pensamientos.

—¿Por qué no me habías dicho lo que estaba sucediendo entre vosotros? — me reclama—. Siempre nos lo hemos contado todo.

—Porque Mark no quería que nada perturbase la nube de algodón donde estábamos subidos. Tenía miedo de compartirlo con el mundo.

—Ah, muy conveniente para el señorito —dice con los dientes apretados.

—Mira, paso de dedicar más tiempo a hablar de él.

—Joder Lau, no entiendo a Mark —oigo la confusión en su cara—. Si se nota que está enamorado de ti. Creo que él todavía no es consciente, pero ya te aseguro yo que lo está.

—Mira, Vi, había veces en que yo también lo pensaba —confieso—. Su manera de tratarme y de hablarme así me lo indicaban. Ahora ya no estoy tan segura. Pero ya da igual. Esa es una guerra que no me corresponde a mí luchar. Yo tengo que continuar con mi vida, para atrás ni para tomar impulso.

—¿No vas a hacer nada?

—Sí, claro que voy a hacer algo. Disfrutar de la vida sin remordimientos. De momento, he aceptado salir con Kane. Voy a hacer mío ese dicho de que un clavo saca otro clavo. Y ya te aseguro que lo de Kane no es un simple clavo, es más un martillo percutor —suelto encogiéndome de hombros.

—Madre mía, qué bruta eres, ¿ya lo has probado? —se burla Violeta.

—Todavía no, pero te recuerdo que llevo mucho tiempo bailando con él y semejante instrumento no pasa desapercibido al bailar tan apretados. —Saco la lengua.

—Joder, qué animal. —Se tapa la cara con las manos.

—Chica, qué quieres que te diga: al pan, pan, y al vino, vino. Las cosas hay que reconocerlas y no hay mayor verdad que la de que Kane está muy bien armado.

—Ja, ja, ja, ja, ¿pistola o trabuco? —se descojona mi amiga.

—Yo más bien diría que sable. —Acompaño a Violeta en sus carcajadas.

—Bueno, por lo menos, me tranquiliza ver que no te ha afectado tanto lo de Mark. —Me mira un rato de forma fija, intentando averiguar si es cierto lo que dice—. Al menos, no has perdido el buen humor. —Ay, si ella supiera que la procesión va por dentro—. Eso sí, ya te aseguro que cuando lo pille por banda, va a enterarse de lo que es bueno. Le voy a montar tal pollo que no va a saber por dónde le da el aire —bufa enfadada.

—NO, Violeta. Es mejor que dejes las cosas como están. Ya le dije yo todo lo que tenía que decirle. No quiero que se piense que me ha afectado más de lo necesario. Tampoco quiero que te enfades con él ni que rompáis vuestra amistad. Sé lo importante que es para ti. Déjalo estar, de verdad —le pido con sinceridad.

—Está bien, haré lo que me pides. Pero que sepas que me quedo con las ganas de tener una conversación con él. —Sonríe—. Cambiando de tema, salgo unas horas. Voy a acompañar a Ryan a comprarse el traje para la boda —se le iluminan los ojos—, y luego comeremos por ahí.

—Estupendo. Por mí como si quieres tomarte el resto del día libre. Os lo merecéis. Falta algo menos de un mes para la boda y os vendrá bien desconectar un rato juntos. —Tienen que aprovechar al máximo antes de que mi amiga dé a luz y le cambie la vida completamente.

—Igual te tomo la palabra —me dice—. Doy por hecho que Kane será tu acompañante en la boda. —Me dedica una sonrisa de medio lado.

—Pues aún no lo sé. Probablemente —contesto.

—Me muero por ver la cara del capullo de Mark cuando te vea aparecer del brazo de semejante morenazo. —Me saca la lengua—. Un zasca en toda la cara. —Vuelve a partirse de risa antes de decirme adiós con la mano.

Acompaño sus risas hasta que sale de la agencia y, cuando la pierdo de vista, por fin, dejo de fingir.

Como siempre que algo me hace daño, me escudo en el humor para que no se note lo jodida que estoy.

Sé que Violeta se ha dado cuenta de mi maniobra de distracción, me conoce lo suficiente para saber que no estoy tan bien como quiero aparentar. Que lo haya dejado pasar hoy no significa que en otro momento, con algo más de tiempo por delante, no intente averiguar la verdad. Espero que cuando llegue ese momento, el dolor que siento en mi interior haya desaparecido o, al menos, haya disminuido lo justo como para que no sea una mentira que estoy bien.

Sigue diciéndotelo, que a lo mejor acabas por creértelo.

Paso las siguientes horas enfrascada en multitud de papeles que, aunque son un verdadero coñazo, son imprescindibles para la buena marcha de la agencia.

Se me ha ido el santo al cielo y, cuando quiero darme cuenta, son más de las cuatro. Ni siquiera me he acordado de comer. Estoy guardando los documentos en el archivador, de espaldas a la puerta, cuando oigo que esta se abre y, creyendo que es Violeta, no me doy la vuelta.

—Pensé que te ibas a tomar el resto del día libre. No puedes vivir sin mí —me burlo.

—Laura.

La voz de Mark a mi espalda me deja clavada en el sitio. Hasta los papeles que tengo en la mano caen desperdigados a mis pies de la impresión que me ha dado oírle.

Me doy la vuelta lentamente y lo miro a la cara. Joder, no debería ser legal estar tan bueno, mecagoentodoloquesemenea, y yo con unas ojeras que me llegan hasta las rodillas. La vida no es justa, leches. En mi próxima vida, quiero reencarnarme en un maromo de este palo. Me lo pido, me lo pido.

—¿Qué haces aquí? —sueno más brusca de lo que quiero. No me apetece que piense que me afecta más de la cuenta.

—Quiero hablar contigo. —Ahora que lo miro más fijamente, me doy cuenta de que a él también se le notan unas ojeras oscuras debajo de los ojos.

—Ya nos dijimos todo lo que teníamos que decirnos.

—No, prácticamente solo hablaste tú. —Se pasa la mano por el pelo, se lo revuelve, y recuerdo todas las veces que lo hice yo, acariciando los rizos de su nuca—. Tampoco tenía muy claro en aquel momento lo que ahora sé con seguridad.

—Lo siento, es demasiado tarde. Además, ahora mismo salía a buscarme un café. No tengo tiempo para hablar.

—De acuerdo, vamos a buscar ese café. A mí también me vendrá bien.

¿Este tío no se da por enterado? Que NO quiero hablar con él, que verlo me duele, me mata.

—He usado la primera persona del singular —digo enfadada—. ¿Recuerdas del instituto los tiempos y las personas verbales? Repite conmigo: yo, tú, él, nosotros… No creo haberte incluido en los planes.

—Venga, Laura, no te pega nada el sarcasmo. Deja que diga lo que he venido a decirte y luego me iré.

Me froto la cara con las manos, cansada de esta situación.

—De acuerdo, tienes cinco minutos. Después, te irás. Empieza a hablar. —Me cruzo de brazos.

Se queda mirándome, pero no arranca a decir nada, solo me mira, lo que consigue que me ponga nerviosa.

—Te quedan cuatro minutos. —Rompo el silencio, pero es que me está poniendo histérica.

—He sido un imbécil contigo…

—Vaya, ¿te has dado cuenta tú solito? Sobre lo de tu imbecilidad, no seré yo quien lo ponga en duda —escupo.

—Laura —me avisa.

—Vale, vale, sigue. —Hago el gesto de taparme la boca como el mono del WhatsApp.

Vuelve a pasarse la mano por el pelo.

—Me entró miedo, ¿vale? Me acojoné cuando me di cuenta de a dónde me estaba llevando nuestra relación. Alguien me insinuó que si te estaba viendo en exclusividad igual era porque estaba sintiendo algo más que una simple atracción y, cuando me paré a pensarlo, me cagué por las patas abajo. —Suelta una risa carente de humor—. Joder, Laura, yo nunca, en mi vida, había sentido lo que empezaba a sentir por ti. Todo me pilló desprevenido. Decidí que lo mejor que podía hacer era terminar con lo nuestro antes de cagarla más y acabar haciéndote daño. Pensé que, si dejaba de verte, conseguiría olvidarte y esos sentimientos que me despertabas terminarían desapareciendo.

—Ya, ¿y lo has conseguido? —Me mata la curiosidad.

—Ni por asomo. Al contrario, no puedo sacarte de mi cabeza. En diferentes conversaciones con mi padre y con Ryan, ambos me han hecho ver que lo que me pasa es que estoy enamorado de ti. Ya ves, yo, el que huye del amor, he caído con todo el equipo.

—Ah, de manera que has necesitado que tu padre y Ryan te abran los ojos. No sé si eso me sirve de consuelo.

—Sí, no. A ver, solo me han ayudado a darle nombre a lo que habías despertado en mi interior. Piensa que yo nunca me he enamorado. Hasta ahora. Laura, de verdad, no puedo seguir así. Te necesito para vivir, para seguir adelante. Te necesito para ser feliz —termina con los ojos llorosos.

—No es lo mismo necesitar que querer. Yo no quiero ser la necesidad de nadie, ¿entiendes? Yo quiero ser el amor de alguien. AMOR, con mayúsculas. Y quiero que ese alguien sea mi amor. Y construir un futuro juntos. Estar en lo bueno, en lo divertido, en lo agradable, pero, sobre todo, estar cuando la vida te dé un golpe que ni siquiera has visto por dónde ha venido. Que me ayude a levantarme cuando me caiga y ayudarlo yo a él. Luego ya, una vez está asentado el amor, podremos hablar de necesidad. De la necesidad de ver a tu persona feliz, la necesidad de

verle alcanzar sus metas, sus sueños. Y hacer los sueños de uno, de los dos. —No he podido evitar que las lágrimas hayan empezado a correr por mi cara, por eso me las seco a manotazos.

—Pero es que yo te quiero. Te quiero más que a nada en el mundo. —Ahora es Mark el que llora.

—¿Y eso cuánto va a durar? ¿Hasta qué te canses o hasta que otra se te cruce por delante? —Al decirlo, me viene a la cabeza la pelirroja de la otra noche.

—No, eso no va a pasar. Estos días que hemos estado separados me han hecho ver que eres tú la definitiva. Es contigo con la que quiero pasar el resto de mi vida.

—Dice el que huye de los compromisos. ¿Por qué conmigo iba a ser diferente? —Es que no me creo una palabra.

—Porque en ti es en lo primero que pienso por la mañana y en lo último al acostarme. Porque a cada mujer que se me pone delante la comparo contigo y, te aseguro, no te llegan ni a la altura de los zapatos. Porque cuando me pasa algo importante o cuando algo me sale mal, solo quiero descolgar el teléfono y contártelo, para compartir contigo todo lo que me pasa, para que me calmes si tengo un mal día. Porque, aunque tarde, me he dado cuenta de que te quiero. —Esto último lo dice en voz baja, como si fuese el último cartucho que tiene que quemar para que me rinda, como si fuese la última razón que le queda para que vuelva con él.

Pero puede más la desconfianza que las ganas que tengo de abrazarlo, de entregarme. Porque ya me ha dolido demasiado habiendo pasado tan poco tiempo con él como para arriesgarme a que, dentro de unos meses, se dé cuenta de que estaba equivocado y no me quiere tanto como cree.

Por eso no puedo dejarme convencer.

—Tú solo te quieres a ti mismo. —Me doy la vuelta. Me acerco a mi mesa y hago como que ordeno los papeles—. Como te he dicho antes, es demasiado tarde.

—Laura, por favor. —Su voz suena desesperada y tengo miedo de acabar cediendo, por eso sigo dándole la espalda cuando doy la conversación por zanjada.

—Ya me has dicho lo que habías venido a decirme. He sido generosa dándote más que los cinco minutos que te prometí en un principio. Ahora cumple tu promesa y vete.

No me muevo de mi sitio, no lo miro, casi ni respiro, solo siento. Siento cómo se rompe detrás de mí, cómo le sube un sollozo por la garganta, cómo hace el amago de acercarse, pero en el último segundo da un paso atrás, cómo me llama en un grito silencioso y, para finalizar, cómo se da la vuelta y sale de mi oficina y de mi vida.

Y entonces es cuando realmente siento el dolor que me destroza por dentro. Caigo de rodillas en el suelo y acabo sentándome y enterrando la cabeza entre las piernas, que rodeo con mis brazos. Y lloro. Lloro y me derramo por todos los rincones de mi despacho. Y me seco. Y vuelvo a llorar más fuerte. Porque le quiero, más de lo que he querido a nadie en la vida, más que a mí misma. Y su dolor es mi dolor, pero no puedo volver a ser la única que lo da todo en una relación. Yo necesito que se entreguen a mí al cien por cien y, aunque ahora Mark crea lo

contrario, tiene que aprender a amar antes de poder entregarse. Y yo ya ni quiero ni puedo esperar. Porque estoy agotada de poner mi vida en *stand by* por los demás.

Mark tiene que aprender a dejar de ser un egoísta. En cambio, yo tengo que aprender a serlo y empezar a pensar en mí.

A vivir otro amor.

Aunque sea solo con medio corazón.

El otro medio siempre será de él.

Siempre será de Mark.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

todas las cosas que no le dije



MARK

No recuerdo haber llorado tanto en mi vida como lo hice anoche, cuando llegué a casa después de hablar con Laura. Ni siquiera cuando era pequeño y me hacía daño. Ni siquiera aquella vez que me rompí el codo al caerme de la bici.

Cuando entré por la puerta de mi apartamento y asimilé que no iba a volver a tener en mis brazos a la mujer que más amo, el suelo se abrió a mis pies y caí en un abismo de desesperación.

Le di mil vueltas a nuestra conversación y repasé una a una mis palabras, para intentar averiguar si debería haber hecho o dicho algo diferente. Si me dejé alguna cosa por decir que pudiera haberle dado la vuelta a la situación, si debería haberle suplicado de rodillas para que volviese conmigo, para que me perdonase.

Pero saco la conclusión de que Laura ya tenía claro, desde el mismo momento en el que entré por la puerta de su oficina, que me iba a decir que no, que no iba a darle otra oportunidad a lo nuestro. Nada de lo que hiciese o dijese iba a hacerla cambiar de opinión.

¿Que me lo merezco? Por supuesto. ¿Que me jode? Como no me ha jodido nada en la vida. He tardado demasiado tiempo en darme cuenta de mis sentimientos por ella o, mejor dicho, en sacarlos de mi interior. Porque, siendo sincero, llevo demasiado tiempo enamorado de Laura. Lo que pasa es que he sido demasiado cobarde para admitirlo, para reconocerlo ante todos, pero, sobre todo, para reconocérmelo a mí mismo.

Y ahora, por mi indecisión, por mi gilipollez, he perdido a la mujer que quiero.

Deberían darme un premio por mi estupidez.

Y el Óscar al mayor idiota del mundo es para Mark Brown.

Ahora me toca aprender a vivir sin ella, sin su presencia.

Porque no tengo más remedio que apartarme de su camino, voy a evitar verla.

Porque si la tengo delante no voy a poder aguantarlo, no voy a poder aguantar el no tocarla, abrazarla.

Y soy capaz de suplicarle.

Afortunadamente, el trabajo llena mis días. Después de la tormenta, viene la calma, y eso es lo que ha pasado en el estudio. Mis días de desmotivación quedan atrás y, gracias al nuevo proyecto, que me absorbe casi todas las horas del día, casi consigo olvidar a Laura. He dicho *casi*, creo que, por mucho que lo intente, no voy a conseguirlo nunca. Se ha metido por dentro de mi piel, de todos mis órganos, y va a ser muy difícil sacarla sin sufrir, saliendo inmune del terremoto que ha causado en mí.

El miércoles, después del partido de baloncesto correspondiente, Ryan me invita a cenar en su casa, como viene siendo lo habitual.

Cuando entramos, Violeta está pululando por la cocina, entretenida con los fogones y no advierte mi presencia.

Mi amigo se acerca a besarla en el cuello y ella apoya su espalda en él. Es una imagen tan íntima, tan hogareña, que un poco (vale, un mucho) de envidia se apodera de mí, siento un mordisco en el corazón al acordarme de todas las veces que he hecho lo mismo con Laura. Carraspeo para borrar la imagen de la rubia y Violeta se da la vuelta precipitadamente. La sonrisa que adorna su boca se convierte en una mueca de fastidio al verme.

Me pellizco el puente de la nariz, me temo que esta no va a ser una de esas cenas cómodas a las que me tienen acostumbrados mis amigos.

—He invitado a Mark a cenar —dice Ryan.

—Ya lo veo —contesta ella sin apartar la vista de mí—. Sin consultarme primero.

—Nunca he necesitado consultártelo —se extraña mi amigo.

—Eso era antes.

—¿Antes de qué? —pregunta.

—Antes de que el capullo de tu amigo le destrozase el corazón a mi mejor amiga —escupe Violeta.

—Pensé que también era tu amigo —intervengo yo.

—Pues ahora me lo estoy planteando —me contesta—. Realmente me has decepcionado, Mark. Pensé que eras más inteligente.

—Yo también. —Me paso una mano por el pelo—. Yo también.

—Bueno —media Ryan entre los dos—, vamos a sentarnos a cenar y a hablar de esto relajadamente.

Le hacemos caso y nos sentamos a la mesa del comedor, donde mi amigo pone cubierto para mí.

Cenamos un rato en silencio, pero siento los ojos de Violeta puestos en mí todo el tiempo. Cansado de su escrutinio, dejo mis cubiertos en el plato y me dirijo a ella.

—Venga, suéltalo. No te muerdas la lengua, no vaya a ser que te envenenes.

—Eres un gilipollas. Ya está, ya lo he dicho —me suelta.

—Nada de lo que me llames va a ser más fuerte de lo que me he llamado yo. ¿Estás contenta?

—Lo estaría si te viese retorcerte de dolor y con una diarrea que te cagas, nunca mejor dicho.

—Joder, Violeta. —Me froto la cara—. Ya sé que me merezco todo lo que me digas, pero ahora mismo no puedo lidiar también con tu enfado. Bastante tengo con haber perdido a la mujer de mi vida.

—Eso, recréate en tu dolor —me dice.

—¿Y qué quieres que haga? Me ha dejado bien claro que no quiere volver a saber nada de

mí.

—¿Qué querías? ¿Que se tirase a tus brazos con cuatro palabras bonitas que soltases por la boca? Definitivamente eres más tonto de lo que creía.

—Violeta —avisa Ryan.

—Ni Violeta ni leches —contesta ella—. Es que no me entra en la cabeza que la hayas perdido de esa manera tan tonta.

—Fui a verla y me abrí ante ella. Le confesé mis sentimientos, le dije que la quería.

—Tarde. —Me hace ver Violeta.

—Eso me dijo ella —confieso.

—Y ahora está saliendo con Kane —me dice así, sin anestesia.

—¿Qué? —Miro a mi amigo, que, con un asentimiento de cabeza, ratifica las palabras de su chica.

Si pensaba que no podía sentir más dolor, el karma o lo que coño sea que quiere vengarse de mí, está aquí para demostrarme lo equivocado que estoy. Porque imaginarme a Laura en brazos de su compañero de baile hace que el alma se me parta en dos, con un dolor tan grande que me quedo momentáneamente sin aire en los pulmones. Tengo que boquear como un pez para lograr que el corazón vuelva a bombear con normalidad.

—¿Es algo serio? —pregunto en voz baja.

—Lo suficiente como para que sea su acompañante en la boda.

—Joder. —Me tapo la cara con las manos y suelto una especie de sollozo—. Es verdad que la he perdido para siempre.

Mis amigos se quedan callados y lo agradezco. En este momento, no necesito más recriminaciones de Violeta. No podría con ellas.

—Mark. —Mi amiga pone una mano sobre mi hombro—. ¿De verdad la quieres tanto como dices? ¿Estás seguro de ello al cien por cien?

Levanto la cabeza y la miro con los ojos llenos de lágrimas.

—Nunca he estado más seguro de algo en toda mi vida —digo con sinceridad—. Sé que he tardado más tiempo de la cuenta en reconocerlo, pero te puedo asegurar que la quiero más que a nadie en el mundo. Que cada día que paso sin ella me muero un poco más. Y ahora… —Tomo aire—. Ahora que sé que está con otro, siento que me han robado la ilusión por la vida. Espero que el tal Kane pueda hacerla todo lo feliz que yo no he podido. De esa manera la quiero, hasta el punto de desearle la felicidad aunque sea con otro que no soy yo. —Esto último lo digo mientras siento que me desgarro por dentro, pero es verdad. En este momento, me doy cuenta de que solo quiero que ella sea feliz, aunque no sea conmigo, aunque no sea a mi lado.

—Bueno, yo no creo que Kane la haga más feliz de lo que ha estado estas semanas mientras vosotros vivíais vuestra historia. A nuestras espaldas, por cierto. —Le dedico un gesto de disculpa ante su reproche.

—¿Qué quieres decir?

—Que ahora que sale con él, no veo el brillo que tenía su mirada durante el tiempo que duró lo vuestro. Las semanas que estuvo contigo, brillaba. Joder, si se parecía al puto Edward Cullen cuando le daba la luz del sol en la película de *Crepúsculo*, era una luciérnaga andante. Incluso yo, sin saber nada, notaba la felicidad que emanaba de su piel. Ahora no veo nada de eso en ella. Solo tú eres capaz de sacar su mejor versión, Mark.

—Pero…

—Nada de peros —Violeta me corta—. ¿Estás dispuesto a recuperarla? —inquiere.

—Es lo que más deseo —digo resolutivo.

—¿Aunque tengas que arrastrarte?

—Aunque tenga que suplicar de rodillas.

—Pues vas a tener que currártelo. Afortunadamente me vas a tener a tu lado para conseguirlo. Solo te pido una cosa: no hagas que me arrepienta de ayudarte.

—No te arrepentirás. —Sonrío por primera vez en toda la noche—. ¿Cómo vamos a conseguirlo?

—Laura se emocionó con cada detalle que tuvo Ryan conmigo para conquistarme el año pasado. Vamos a jugar con su lado romántico y a aprovecharnos de eso. —Me guiña un ojo.

—Pero yo no he vivido todas las cosas que vivisteis vosotros. No tengo unas gafas graciosas, ni hemos puesto ningún candado en ningún puente, ni…

—Bueno, pues tendrás que pensar en otras maneras de llegar a su corazón —interviene Ryan —. Seguro que durante estas semanas habéis compartido momentos solo vuestros. Úsalos para llegar a ella.

—Ya sabes que Laura ama la música latina —continúa Violeta—. Echa mano de eso, empieza por ahí. Demuéstrale con detalles que estás presente, que sigues ahí para ella. Sin agobiarla, pero sin desaparecer del todo. Yo haré lo que esté en mi mano para que reconsidere su decisión, para que no olvide lo que sintió contigo. Voy a ser su Pepito Grillo.

—Conociéndote, más bien serás su mosca cojonera —apunta Ryan y se gana una colleja de su chica.

—Tú sigue así, que esta noche duermes en el sofá —le avisa Violeta.

—Vale, vale. —Ryan levanta las manos en son de paz.

—Tienes menos de un mes para lograr que no sea Kane el que la acompañe a la boda. En realidad, tienes menos de tres semanas. Laura y yo volamos a Santander una semana antes para celebrar mi despedida de soltera y rematar los detalles de la boda —sugiere Vi.

—Joder, vaya presión. —Me aprieto los ojos con las yemas de los dedos.

—Ahora entiendes todo lo que pasé yo con Violeta el año pasado. —Mi amigo palmea mi espalda antes de levantarse e ir a la cocina.

—Mira, Mark. —Violeta acerca su silla más a mí—. Conozco a Laura. No miento si te digo que la conozco mejor que nadie. No eres el único que tiene miedo. Ella también está acojonada por todas las cosas que siente cuando estáis juntos. Pero tuvo el valor de reconocerlo, se entregó

por entero en vuestra, no sé si llamarla así, relación. Dejó atrás las dudas y esperó pacientemente a que tú sintieses lo mismo que sentía ella. Por eso fue mayor el dolor cuando tú te apartaste. Aunque parezca una tía dura, en el fondo es la persona más vulnerable que he conocido, porque, al contrario que yo, ella siempre ha creído en el amor. Ella siempre ha soñado con su boda, con formar una familia. Y sé que, aunque está feliz por lo que he conseguido al lado de Ryan, en el fondo le duele no ser ella la que esté preparando su boda. Por eso, tengo que preguntarte por última vez antes de poner en funcionamiento todo el mecanismo que la devuelva a tu lado: ¿estás seguro del paso que quieres dar? ¿Qué esperas de lo vuestro? Si es que consigues que haya un «lo vuestro». —Me mira fijamente a los ojos después de la pregunta.

Contesto sin dudarlo, sin pensármelo ni siquiera un segundo.

—Lo quiero todo. Quiero el lote completo, lo que tenéis Ryan y tú. Y me van a faltar vidas para demostrarle lo que siento. Porque en todas esas vidas de las que te hablo, la elegiría a ella, una y mil veces. Porque ahora sé que es la decisión correcta —digo decidido.

—¿Y ahora cómo lo sabes? —Violeta no parece muy convencida de mis palabras.

—Porque siento que gano más de lo que pierdo. Con ella, siempre gano más, con ella lo gano todo. —Ahora sí, ahora una sonrisa sincera se abre paso en la cara de mi mejor amiga y al mirarla, sabiendo que la tengo de mi lado, la ilusión y la probabilidad de recuperar a Laura se hacen más grandes.

—Bueno. —Ryan vuelve de la cocina descorchando otra botella—. Pues vamos a brindar por la operación «reconquista», esperando que aquí —dice mientras sirve vino en mi copa—, mi colega, no la vuelva a cagar. —Se descojona el muy mamón.

—Muchas gracias por tu voto de confianza. —Lo miro mal—. Con amigos como tú, quién quiere enemigos.

—Eh, tío. —Me palmea la espalda antes de sentarse a mi lado—. Yo voy contigo a tope. Pero no puedo evitar vacilarte un poco.

—Cabrón, yo no recuerdo haberme ensañado tanto contigo cuando la cagaste con Violeta.

—Claro, porque estuviste una temporada enfadado conmigo. Pero no perdiste ninguna ocasión de meter el dedo en la llaga —me recuerda.

—Vale, me has convencido —digo.

—Por la operación «reconquista». —Violeta levanta su copa con refresco—. Para que consigas convencer a Laura de que eres el amor de su vida como ella lo es de la tuya.

—Amén. —Choco mi copa con las de mis amigos, rezando para que lo logre. Para que consiga recuperarla y, de esa manera, volver a sentirme pleno, volver a estar completo y dejar de ser la mitad de mí mismo.

Cuando llego a mi casa, después de haber vaciado otras dos botellas de vino junto a mis amigos, y me tumbo en la cama, un poco más perjudicado por el alcohol de lo que debería, me pongo a

darle vueltas en la cabeza a todo lo que me han dicho Ryan y Violeta, sobre todo ella.

Rápidamente busco en YouTube canciones latinas que puedan expresar lo que siento en este momento. Que consigan llegarle a Laura muy adentro, que la hagan recapacitar.

Echando mano del traductor de Google, encuentro un par de ellas que me llaman la atención, que consiguen decir con su letra todas las palabras que no conseguí soltar delante de ella, todas las cosas que no le dije.

Pero, de las dos, hay una que con la que me identifico en este momento, y esa es la que le envío.

La otra me la guardo para una ocasión mejor. La segunda es perfecta para la traca final de este plan que poco a poco se va fraguando dentro de mí.

Con ella, espero conseguir que Laura caiga rendida a mis pies, dejarla sin posibilidades, o con la única posibilidad de estar conmigo.

La única posibilidad de estar a mi lado.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

intentarlo no es suficiente



LAURA

Cuando suena la alarma, ya estoy despierta, como viene siendo lo normal en los últimos días. Bueno, para ser sincera, debería puntualizar que sigo despierta. Llevo varias noches en las que no puedo pegar ojo, me limito a un duermevela con el que no descanso, pero no puedo evitar que, al cerrarlos, mi mente se llene de imágenes de Mark y eso provoca mi insomnio. Mark sonriéndome, Mark besándome, acariciándome. Imágenes de los dos paseando de la mano por las calles de la ciudad, compartiendo momentos. Mark dentro de mí, susurrándome palabras que yo, como tonta, creí y atesoré en mi interior. Palabras y gestos que han resultado ser falsos, pero que no dejo de repetir una y otra vez en mi cabeza.

Me levanto con pesadez para prepararme un café que consiga despejarme y, mientras se va llenando la taza, echo mano de mi móvil, que todas las noches dejo en silencio y cargándose en el salón, para leer los mensajes que hayan podido llegar.

Tengo varios, de Violeta, de mis hermanos, del grupo de baile, pero el que realmente me sorprende es el que me ha enviado Él.

Con manos temblorosas, abro nuestro chat y me doy de bruces con un enlace a YouTube de una canción que conozco muy bien.

Pincho en él y la voz de Maluma con su canción «Sobrio» inunda todo el salón y me deja sin aliento con su letra.

Cierro los ojos y acompaño con mi voz a la del cantante.

…Ya que sobrio no me da (no, no, no, no)
Por eso te estoy llamando
Tengo la necesidad de saber cómo te va
Y si aún me sigue' amando, lo he intentado…

No sé qué demonios pretende al mandarme esta canción, qué le pasa por su retorcida cabeza para atreverse a hacerlo. No me lo pienso dos veces, bloqueo su número en el teléfono. No quiero saber nada de él. No me apetece que me llame o que, como ahora, se ponga en contacto conmigo mediante WhatsApp. Necesito distancia para conseguir sacarlo de mi cabeza. Necesito continuar con mi vida, poner toda mi energía en la nueva relación que estoy comenzando con Kane y, si sigo teniendo noticias de Mark, no lo conseguiré de ninguna de las maneras. Tengo que intentar olvidarlo. Tengo que intentar pasar página.

«Intentarlo no es suficiente», me recuerda la perra de mi conciencia. Y lo sé, pero tengo que aferrarme a un clavo ardiendo para no volverme loca, para no salir corriendo y tirarme a sus brazos. Y en este caso, ese clavo ardiendo se ha materializado en la persona de Kane. Y por mis

ovarios que voy a conseguir que esto funcione, necesito que funcione.

Lo necesito.

¿Tú no decías que no es lo mismo necesitar que querer? Pues aplícate el cuento, Laurita.

Pero vamos a ver, ¿esta conciencia no podía ser ciega, sorda y muda como la canción de Shakira? Qué cansina, por favor, qué cansina.

Me ducho y visto a la velocidad de la luz. No reconoceré ante nadie que he escuchado la canción que me ha mandado Mark tres veces. Bueno, vale, han sido cinco, lo que ha conseguido que vaya con retraso.

Antes de ir a la agencia, me paso por el Starbucks a recoger nuestra dosis diaria de cafeína. Cuando la camarera me entrega los vasos desechables, veo que en el mío hay una nota pegada.

—¿Y esto? —pregunto aturdida.

—No sé. Voy a preguntar dentro —contesta.

Espero impaciente, sin saber qué hacer con la hoja doblada que acompaña mi café.

—Me dicen que alguien dejó la nota a primera hora de la mañana con el encargo de entregártela con el pedido —me informa.

—¿Y saben quién ha sido? —No sé para qué lo pregunto, tengo la sospecha de que ha sido Mark.

—No, lo siento. —Se encoge de hombros—. ¿Pasa algo malo?

—No, tranquila. Gracias por el café, hasta luego —me despido cargando con los dos vasos de cartón, deseando llegar cuanto antes a mi oficina para saber qué contiene la nota.

Antes de entrar a la agencia, guardo el papelito en el bolso y me dirijo al despacho de Violeta para entregarle su vaso. Como todavía no ha llegado, se lo dejo encima de la mesa y me meto en el mío para poder leer la nota con tranquilidad.

Cuando entro, cierro la puerta y me siento en mi sillón casi sin aliento; y cuando saco la nota de mi bolso, siento como me tiemblan las manos. Respiro hondo y me atrevo a desdoblar la hoja para leer su contenido.

¿Sabes lo que es la «serendipia»? Es el hallazgo afortunado e inesperado que se produce cuando se está buscando otra cosa distinta.

Yo buscaba pasármelo bien contigo en la cama y encontré el amor. Porque eso es lo que siento por ti: AMOR.

Te quiero.

Pero ¿este tío es tonto o qué? ¿Qué parte de que es demasiado tarde y no quiero saber nada de él no ha entendido? Manda narices.

Sí, sí, todo lo que quieras, pero reconoce que se te han ido las bragas corriendo en cuanto has leído la notita.

Ahí tengo que darle la razón a mi puñetera conciencia, pero que no se acostumbre, que luego se viene arriba.

Sigo en el sillón, con la nota en la mano, cuando Violeta hace acto de presencia.

—Hola, bombón. —Entra en mi despacho con su café en la mano—. ¿Alguna novedad? —pregunta como si nada.

La miro con los ojos entrecerrados. Esta sabe algo, si la conoceré yo. Decido no decir nada y espero que sea la primera en sacar el tema. Guardo la nota en mi bolso y me siento en la silla de mi escritorio. Enciendo el ordenador.

—No, nada. Acabo de llegar. ¿Revisamos ahora los nuevos itinerarios que vamos a ofertar?

—Ehhh, vale. —Sé que se muere por seguir preguntando, pero no seré yo la que abra la boca.

Pasamos las dos horas siguientes dedicadas por completo al trabajo. Cuando nos tomamos un descanso, mi amiga se atreve a preguntar.

—¿Qué tal con Kane?

—De maravilla —contesto un poco distraída, pensando en la nota que está guardada en el bolso.

—¿Ya has probado su martillo percutor? —se burla.

—¡Violeta!

—¿Qué? No me digas que ahora te vas a hacer la mojigata. —Se ríe la puñetera.

—No me hago nada. Solo que no estoy acostumbrada a esta Violeta con tan poco filtro —respondo.

—Bueno, ahora te darás cuenta de lo que he tenido que sufrir contigo todos estos años. —Me guiña un ojo.

—Sí, ya. No exageres. —Levanta una ceja—. No, todavía no me he acostado con Kane. No hemos encontrado el momento. —Para qué decirle que no me ha apetecido aún.

—Eso surge o no surge.

—Bueno, pues no ha surgido —digo.

—¿No será que tienes en mente a otro que se interpone entre Kane y tú? A lo mejor deberías olvidarte del morenazo y darle otra oportunidad a Mark. —Pero ¿de qué va esta?

—¡Oye! ¿Y tú de que parte estas? Te recuerdo que me animaste a intentarlo con el «morenazo», como tú lo llamas.

—Bueno, eso fue antes de saber lo que Mark siente por ti. —Se encoge de hombros.

—Vaya, ya no quieres cargártelo. Que rápido cambias de parecer. —Me cago en todo. Saber

que Violeta estaba de mi lado me animaba a seguir con todo esto, pero si ahora ya no está de mi parte, no sé si podré hacerlo sola—. No sé si tomármelo como una traición —digo en broma, aunque en el fondo lo piense un poco.

Levanta las manos en señal de paz.

—Vale, no te enfades. Solo quiero que lo pienses y, si las cosas no funcionan con Kane, recuerdes que Mark te estará esperando.

—Mira, Vi, en este momento, no tengo nada que pensar. Voy a intentar que funcione con él. Además, conociendo a Mark, no creo que aguante la espera. Enseguida se cansará y correrá a meterse entre las piernas de alguna que esté más dispuesta que yo.

—¿No crees que haya cambiado? —pregunta.

—No es que no lo crea, es que sé con seguridad que no lo ha hecho —devuelvo la vista a la pantalla de mi ordenador para ver si de esa forma mi amiga se da cuenta de que quiero dar la conversación sobre Mark por zanjada.

—¿Y por qué crees eso? —Ale, y vuelta la mula al trigo. Mi amiga no es de las que dejan las cosas a un lado. Como se le meta en la cabeza algo, no para hasta sonsacarme.

Me echo hacia atrás en mi silla, apoyo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos agotada.

—A ver, Vi, que estamos hablando de Mark, joder. Que ese tío no se compromete ni con su compañía telefónica. Lo único que le pasa es que nunca le han dicho que no y, como yo sí lo he hecho, se ha tomado como un desafío hacerme cambiar de opinión. Ni más ni menos. —Por mucho que intente hacerme creer lo contrario, conozco a los de su percal y estoy convencida de mis palabras.

—Vamos, Lau. Tú no lo has visto roto de dolor cuando se ha enterado de que estabas saliendo con Kane —me informa.

—¿Se lo has dicho? —Miro a mi amiga con los ojos como platos.

—Se me escapó anoche en la cena. Ryan lo invitó, como todos los miércoles, y no pude callarme. Deberías haber visto cómo se lo tomó. Nunca he visto a nadie tan devastado como Mark en ese momento. Creo, incluso, que perdió varios años de vida. —Se encoje de hombros.

—Joder, Vi, no me digas todo eso. No quiero saber cómo está Mark. No quiero sentirme culpable por cómo le hace sentir que yo esté con otro. —Aunque no quiera, me siento mal. En ningún momento quiero que sufra, lo sigo queriendo demasiado como para desearle ningún mal.

—Es inevitable que cuando una persona quiere a otra sufra si la ve con alguien que no es él o ella. Y si algo me quedó claro anoche, es que Mark te quiere con locura, Lau, ¿de verdad no puedes replantearte tu decisión y darle otra oportunidad? —me pregunta con ojos suplicantes.

—¿Me quiere a mí o a la imagen de nosotros durante estas semanas? —inquiero yo a mi vez.

—¿Acaso no es lo mismo? —Levanto los hombros para dar a entender que no tengo ni idea —. Estas semanas habéis sido vosotros, en estado puro. Habéis dejado de fingir y os habéis abierto el uno al otro. Hay veces que no se necesitan palabras para hacer sentir al otro que lo amas. Dime que, todas las veces que habéis estado juntos, Mark no te ha demostrado con hechos

lo mucho que te quiere. Dime que no has sentido en ningún momento que eras el centro de su universo y te dejaré en paz, no volveré a sacarte el tema. —Me mira fijamente a los ojos e intenta leer en ellos la verdad.

Y la verdad es que tiene toda la razón del mundo, porque tengo que reconocer que cada una de las veces que he estado con él, he sentido todo lo que mi amiga me ha descrito. Pero tengo tantísimo miedo de que vuelva a herirme que doy la callada por respuesta.

—Bueno —dice Violeta y se levanta de la silla—, el primer paso que debes dar es reconocértelo a ti misma. Hasta que no lo hagas, hasta que no te creas que eres lo más importante en su vida, igual que él lo es de la tuya, no podrás pasar de nivel en el juego del amor. Mientras tanto, si quieres ir desperdiciando *bonus track* con otra relación que no te va a llevar a ningún sitio, adelante, no seré yo la que te lo impida. Tienes que ser tú la que se dé cuenta de que con Kane estas en *Game over* —termina diciendo antes de salir de mi despacho y dejarme con la boca abierta.

¿Acaba de comparar mi vida amorosa con un videojuego? No doy crédito. Sinceramente, cada día mi amiga me sorprende más. Las hormonas del embarazo están afectándole más de lo que me pensaba.

Vuelvo a enfrascarme en el trabajo y deseo que sea la hora de salir e irme a mi apartamento a premiarme a mí misma con una copa de rioja y una bandeja de sushi que me espera en la nevera.

En un impulso, mando un mensaje a Kane para que se pase a buscarme por la agencia para ir juntos a mi casa.

Se acabaron las indecisiones. Si tengo claro que voy a rehacer mi vida, voy a hacerlo por la puerta grande y en brazos del «morenazo».

Porque no quiero ir perdiendo créditos en este juego, como se ha referido Violeta. Porque no es que quiera pasar de nivel, es que quiero pasarme el puto juego al completo. Y eso solo voy a conseguirlo olvidando los ojos azules de Mark. Sus ojos y su persona en general.

Y no concibo mejor forma de hacerlo que desordenando mis sábanas con mi compañero de baile.

Borrando el aroma de Mark de mi cama y de mi piel.

Borrándolo de mi vida.

CAPÍTULO TREINTA

tocado y hundido



MARK

Llevo una semana entera inmerso en la «operación reconquista» y juro que, como Laura me siga ignorando de la forma en la que lo está haciendo, voy a terminar cometiendo cualquier locura. No sé, tal vez llevármela de la agencia y encerrarla en mi casa hasta que entre en razón de una puñetera vez. Porque no sé si voy a aguantar mucho tiempo así, con este estado de nervios permanente que me hace saltar a la mínima de cambio. Nada me tranquiliza, no hay ninguna cosa que consiga calmarme, que me dé paz. Las noches se me hacen eternas, no dejo de dar vueltas en la cama, pensando en ella, o, mejor dicho, imaginándomela en brazos del tipo ese con el que sale. Ese que está ocupando el lugar que me corresponde a mí, ese que tiene el privilegio de tenerla en sus brazos. El mismo que perdí yo por estúpido.

Sé que Violeta ha estado intercediendo por mí ante ella, pero también sé que, de momento, cualquier intento por su parte de hacerla entrar en razón ha sido completamente inútil. Si hay algo que es Laura, es terca como una mula y no hay manera de hacerle cambiar de opinión a no ser que ella quiera. Y si algo me ha quedado claro es que, ahora, a día de hoy, Laura no tiene ningunas ganas de volver conmigo.

Uno de esos días que coincide que tengo que supervisar una obra cerca de la agencia de las chicas, decido sorprender a Violeta e invitarla a tomar algo antes de cenar y, si de paso puedo ver a Laura, eso que me llevo.

Pero el sorprendido soy yo cuando, al girar la esquina donde está su oficina, veo a Laura en un apretado abrazo con su compañero de baile. La bilis me sube por la garganta y, con un pitido sordo en mis oídos, me acerco a grandes zancadas a su encuentro.

—Vaya, al final no iba tan desencaminado. A rey muerto, rey puesto. —Laura se tensa, se gira despacio y me mira con rabia.

—Se cree el ladrón que todos son de su condición —suelta—. No eres nadie para venir a reclamarme, al fin y al cabo, no somos nada… por decisión tuya.

—¿Sabe él que es tu segundo plato?

—Creo que te estas pasando. —Kane da un paso adelante y se enfrenta a mí.

—Es la verdad, no creas ni por un momento que estaría contigo de no ser por despecho. —Sé que hablan los celos, pero no puedo evitarlo.

—Mark… — me avisa Laura.

—Reconoce que te has planteado tener algo con él a raíz de que nosotros lo dejáramos —la reto a que me lo niegue.

—Nosotros no lo dejamos. Tú decidiste unilateralmente que lo que fuese que teníamos

acabase. Y no me hagas recordarte cuál fue tu manera de hacérmelo saber —contesta con los ojos entrecerrados.

—Laura, yo… —me desinflo. Si quiero que vuelva conmigo, estas no son las mejores maneras de conseguirlo—. Hablemos a solas un momento. —Mis ojos se desvían hacia su acompañante.

—Tú y yo no tenemos nada de lo que hablar. Si es verdad lo que me dijiste el otro día, si es verdad que me quieres, déjame en paz. Deja que siga con mi vida —me ruega, ya sin ninguna emoción en la voz.

—Mira —interviene Kane y pasa su brazo por los hombros de Laura, lo que hace que rechine los dientes y desee estamparle mi puño en la cara—. En verdad debería darte las gracias. Por tu estupidez, esta preciosa mujer —la acerca más a su cuerpo— ahora está conmigo. Y yo no voy a ser tan gilipollas de perderla.

Me quedo mudo y Laura me dedica una larga mirada antes de darse la vuelta e irse caminando en compañía. Me deja solo y aturdido viéndolos marchar.

Kane 1-Mark 0

A pesar de este encontronazo, no me vengo abajo y sigo dejándole notas en su cafetería favorita, rezando para que alguna de ellas le llegue muy adentro y me dé una nueva oportunidad.

Me niego a conformarme con esto, con hacerme a la idea de no volver a tenerla conmigo, de no volver a saborearla, de no volver a ser el destinatario de sus sonrisas, de sus miradas de cariño. Solo de pensar en ello, me entran los siete males, me muero un poco más por dentro.

Esa mañana de jueves, antes de dejar la nota correspondiente en el Starbucks de cabecera de las chicas, la repaso mentalmente. No me hace falta ni mirarla, me la sé de memoria.

Karelu: son las marcas que dejan las sábanas sobre la piel.

Daría lo que fuera por volver a ver esas marcas sobre tu cuerpo como cuando despertabas conmigo, por volver a seguir su contorno con las yemas de mis dedos.

Perdóname por ser un gilipollas.

Te quiero.

Cierro los ojos recordando esas mañanas a las que hago referencia en la nota. No miento si digo que han sido las mejores mañanas de toda mi jodida vida. Abrir los ojos y ver su cara al

lado de la mía en la almohada, con su pelo desparramado a su alrededor, era una delicia. Poder contemplarla a mi gusto antes de que se despertase era un verdadero lujo. Podría haberme quedado para siempre de esa manera, viéndola dormir, tranquila, satisfecha, feliz.

Porque nadie va a conseguir sacarme de la cabeza que en el tiempo en el que duró lo nuestro, Laura fue feliz. Y yo, yo era la alegría personificada teniéndola así, solo para mí, ajenos al mundo en general. Si llego a saber que todo aquello se iba a terminar, que por mi estupidez iba a borrar de un plumazo todo lo que estábamos viviendo, la hubiese abrazado tan fuerte que no la hubiese dejado irse de mi lado nunca.

Llego pronto al estudio. Si algo tiene de bueno el pasar antes de venir a trabajar por la cafetería para dejar la nota diaria a Laura es que soy más puntual que nunca. Tengo que madrugar más de la cuenta para poder hacer mi entrega bien temprano y evitar cruzarme con la rubia cuando va a buscar su café, lo que desemboca en que llego mucho antes a trabajar que los demás. Esos ratos a solas en el estudio son impagables.

Gracias a eso, voy muy adelantado en el proyecto, y no va a suponer ningún problema ausentarme la semana que voy a cogerme de vacaciones para la boda de Violeta y Ryan. Tengo que acordarme de preguntarle a mi amigo qué quiere que hagamos para despedir su soltería. Con toda esta movida que me traigo entre manos, no hemos hablado de ello. Sé que las chicas van a volar una semana antes a su ciudad natal para celebrar la despedida de Violeta con sus amigas, pero Ryan no me ha contado sus planes. Anoto mentalmente sacar el tema cuando nos veamos y me pongo al lío con los planos que están encima de mi mesa.

Como en el despacho para no perder ni un minuto de mi tiempo y adelantar lo más posible el curro. Cuando quiero darme cuenta, es la hora de salir. Agarro el maletín y me voy deprisa. He quedado para jugar al baloncesto y primero tengo que pasar por mi casa para cambiarme.

Hoy no ha salido partido con los chicos, de manera que juego con Ryan un uno contra uno. Al estar un poco más frustrado de lo normal, quizás, solo quizás, juego un poco más duro de lo que debería. Solo me doy cuenta de ello cuando, en uno de los ataques, el metro noventa de mi mejor amigo acaba espatarrado en el suelo, todo lo largo que es.

—Upsss —suelto mientras le ofrezco la mano a Ryan para que se levante—. Lo siento, tío, no he medido mis fuerzas.

—Joder, Mark, tú no quieres que llegue vivo a la boda.

—No lo digas ni en broma. No quiero que Violeta me arranque la cabeza de un bocado. —Me río al imaginarlo—. ¿Estás nervioso? Solo quedan tres semanas para el gran día.

—Cero nervios. Estoy tan seguro de que es la mujer de mi vida, que no veo el momento de que todos lo sepan. Sé que puede sonar un poco cavernícola, pero estoy deseando gritarle al mundo que Violeta es mía. —La sonrisa que me dedica es tan grande, tan inmensa, que no puedo por menos que ser feliz por él, por ellos.

—Cómo me alegro. —Le doy una palmada en la espalda—. Si es que, desde el primer momento en el que posaste tu mirada en ella —bebo agua de la botella que tengo en mi bolsa de deporte—, estuviste totalmente perdido. Recuerda las comeduras de cabeza que te asaltaron durante el viaje. Ahora sí, ahora no. Todavía me río al pensar en la que montaste en Florencia cuando intentaste ligar con la tía esa. Y todo por creer que Violeta se había ido con el italianini ese, con Flavio. Pensé que esa noche tu chica nos estrangulaba. —Me río al recordar la noche en cuestión.

—Sí, pero también fue la noche que la tuve en mis brazos por primera vez. Y fue la mejor noche de toda mi vida. Luego vinieron muchas parecidas, todas maravillosas, pero aquella primera fue… —Veo en su mirada soñadora que está recreándola en su memoria.

—Bueno, mejor no me des detalles, macho. Ten compasión de mí, que llevo demasiadas noches durmiendo solo. No me hagas la boca agua.

—Perdona. Por cierto, ¿cómo va ese tema? ¿Cómo llevas la «operación reconquista»? —me pregunta.

—Pues va de puto culo. Para empezar, me ha bloqueado en el teléfono. —Me encojo de hombros frustrado. No pienso contarle el ridículo que hice la otra tarde cuando me encontré a la parejita a la salida de la agencia.

—¿Qué? Vaya con Laurita, no se anda con tonterías. ¿Y no estás haciendo nada más?

—Estoy mandándole cada día una nota que le entregan con su café de todas las mañanas. Notas con frases que encuentro en internet y que tienen algo que ver con nosotros, con lo que vivimos. Todas las firmo con un «te quiero». —Me tapo la cara con las manos, un poco avergonzado.

—¿Y?

—Pues de momento no he tenido ninguna noticia de ella. No sé nada de Laura. Y de verdad que la espera me está matando. ¿Cuántos años de pena pueden caerme por secuestro? Porque estoy pensando muy seriamente atarla y amordazarla al cabecero de mi cama hasta que entre en razón.

—Ja, ja, ja, ja, serás animal. —Ryan se descojona en mi cara—. En esto no te puedo ayudar, Violeta no me ha dicho nada sobre las notas. Sé que, cada vez que puede, intenta hacer que cambie de opinión, pero, hasta ahora, todo sin éxito.

—Sí, lo sé. Vi también me tiene al día de todo. Joder, Ryan —me tiro del pelo—, no sé qué más hacer.

—Bueno, tú sigue por ese camino. No has tenido buenas noticias suyas, pero tampoco malas. No te ha pedido que dejes de ponerte en contacto con ella, ¿no? Pues sigue haciéndolo. Igual, poco a poco, consigues hacer una fisura en su determinación.

—No sé, de verdad. Solo quedan tres semanas para la boda, para seguir intentando derribar los muros que ha alzado entre nosotros. Dos, si tenemos en cuenta que ellas se van antes. Estoy empezando a desesperarme —admito—. ¿Sigue saliendo con el tío ese? —Rezo para que la

contestación sea un no rotundo.

—Me temo que sí. —Hundo los hombros—. Ehhh, pero no te desanimes. —Pone su mano en mi nuca y junta su frente con la mía—. Tú sigue ahí, pico y pala. No desfallezcas. Eso sí, procura no hacer una tontería como llevarte a otra a la cama. Eso acabaría con cualquier oportunidad que tuvieses.

—¿Me estas vacilando? Ni se me ocurriría. Aunque dudo que a Laura le importe. Creo que ya no le importa nada de lo que me pase, de lo que me ocurra. Pero no puedo ni pensar en acostarme con una mujer que no sea ella. Ahora que sé que estoy enamorado, no me interesa nadie más —digo con convicción.

Me despido de mi amigo cuando llegamos a la altura del aparcamiento donde he dejado el coche. Ryan insiste para que lo acompañe a cenar a su casa, pero estoy tan cansado y tan desanimado, que sé que en estos momentos no soy una buena compañía. Prefiero retirarme a mi solitario piso y regodearme en mis miserias.

Quiero recrearme en todos los momentos vividos con Laura y eso necesito hacerlo solo. Porque cada vez que lo hago, cada vez que la recuerdo, cada vez que rememoro la calidez de su cuerpo, el aroma de su piel, termino llorando como un crío. Y eso no es algo de lo que pueda sentirme orgulloso, no es algo que quiera compartir con mi amigo.

No puedo contarle a nadie la dicotomía que vive en mi interior. Por un lado, está la alegría que me dan dichos recuerdos y, por otro, está el dolor que arrastran, el agujero en el que caigo, la parte de mí que se llevan con ellos.

Mi mejor parte. Aquella que solo salía cuando estaba con ella.

Aquella que solo conoce Laura.

Los siguientes días siguen la misma tónica. Yo enviando notas a través de los cafés y ella sumida en su mutismo. Ni siquiera un mensaje para pedirme que la deje en paz. Por lo menos, de esa manera, sabría de ella. Pero no, ni siquiera soy digno de su enfado, solo de su indiferencia. Me destroza, pero no es algo que esté en mis manos arreglar. No si ella no me da la oportunidad de hacerlo.

Una semana antes de que viajen a Santander y, por lo tanto, dos antes de la boda, cuando estoy recorriendo varias obras de las que se ocupa el estudio, me parece reconocer la melena rubia que sale de un *delivery*, al otro lado de la calle donde me encuentro.

No me lo pienso dos veces y cruzo la calle, ignorando los pitidos de los coches que se ven obligados a frenar por mi culpa.

—Laura —la llamo, pero sigue andando, ajena a mi voz—, Laura, espera, LAURA —acabo gritando.

Respiro aliviado cuando veo que se para en seco, aunque no se da la vuelta.

—Laura —llego a su lado respirando agitadamente.

Se gira y me mira a la cara, pero tengo que tragar saliva cuando veo sus ojos. Nunca me había mirado así, con tanta frialdad.

—No sabía si me habías oído. —No aparto la vista de ella, aunque me mata ver su indiferencia, su rencor.

—De oído ando bien todavía. —No solo sus ojos son fríos, la voz le sale helada o, por lo menos, así la siento yo.

—Entonces me estabas ignorando —apunto.

—Chico listo. —Hace el amago de darse la vuelta, pero la agarro suavemente del brazo y se lo impido—. Esto de encontrarte en la calle se está convirtiendo en una costumbre. Una mala.

Mira despectivamente mi mano, que sigue aferrada a ella, y me obligo a apartarla, pero respiro un poco mejor al ver que no se da la vuelta de nuevo.

—¿Cómo estás? —pregunto.

—Viendo tu aspecto —observa mis ojeras, que en los últimos días se han vuelto parte indispensable de mi atuendo—, diría que mejor que tú.

—Digamos que no estoy pasando por mi mejor momento. —Me pinzo el puente de la nariz —. Te echo de menos, Laura —me atrevo a confesarle—, no te imaginas cuánto.

—Creo que ya dejamos claro todo la última vez que hablamos —contesta con un hondo suspiro.

—Pensaba que después de este tiempo separados, no sé, tal vez hubieses recapacitado. Que me habrías echado de menos tanto como yo a ti.

—No puedo echar de menos algo que nunca tuve. —Alza los hombros.

—No digas eso. —Me paso las manos por la cara—. Si alguna vez he sido de alguien, ha sido tuyo. Solo tuyo.

—Mío, y de la pelirroja, y de tantas otras, que ya has debido de perder la cuenta. —La forma en la que me lo escupe, con rabia, me hace tener una pequeña esperanza de que, si aún le duele, es porque todavía le importo, ¿no?

—No he vuelto a estar con ninguna mujer después de ti. No he podido. Ni tampoco he querido —admito.

—No me debes ninguna explicación. Ya no. Puedes hacer con tu vida lo que más te apetezca. No me debes nada. Ni yo a ti.

—No me digas eso, por favor. Yo te debo todo. Quiero dártelo todo. —Estoy a punto de suplicarle de rodillas.

No me contesta, solo baja la mirada a sus pies, incómoda.

—¿Te gustan mis notas? —pregunto.

—No las he leído —contesta sin levantar la vista—. Según las recibo, van a la papelera. No sé lo que pone en ellas.

Siento como si un puño americano me golpeara en las costillas y me dejara sin aire.

Ni siquiera las ha leído.

Cierro los ojos un momento, maldiciendo para mis adentros, porque su confesión me ha dejado tocado.

Tocado y hundido.

Los abro y me encuentro de frente con su mirada.

—En todas ellas termino confesando que te quiero. —No aparto mis ojos de los suyos, quiero que vea que soy sincero, que es verdad todo lo que le digo—. Cada una de ellas hace referencia a algún recuerdo que hemos vivido juntos. A algún detalle que me hizo enamorarme de ti.

Laura no dice nada, pero no deja de mirarme mientras se muerde el labio. Quiero ser yo el que se lo muerda, y luego el que se lo cure, y volvérselo a morder después.

—Me enamoré de ti sin esperarlo. Creo que, desde que te vi por primera vez en la puerta de tu apartamento, cuando fui a reclamarte por no ayudar a Ryan con Violeta, no pude por menos que caer rendido a tus pies. Ahora sé que fue inevitable. Me pareciste la mujer más bonita que había visto en mi vida y, cuando abriste la boca, joder, hasta cuando lo hiciste solo para discutir conmigo, me quede loco contigo. Luego, en Santander, te conocí de verdad, como hija, amiga… y como compañera de cama. Conocí una Laura relajada que acabó de volverme la cabeza del revés. No podía dejar de pensar en ti, en cualquier momento del día y de la noche. Y la noche del ascensor… Aquella noche supe que sería capaz de darte cualquier cosa que me pidieras, que haría cualquier cosa por ti —me abro en canal.

—Menos elegirme a mí por encima de las demás. —Una lágrima se escapa de cada uno de sus ojos y ruedan libres por la cara—. Yo no necesitaba nada, solo que te quedases conmigo, que me quisieses como yo te quería a ti.

Me rompe ver cómo llora. No me doy cuenta de que yo también lo estoy haciendo, solo puedo fijarme en sus gestos, en lo que me dice con palabras, pero, sobre todo, en lo que no me dice.

—Si tú también me querías, no entiendo cómo puedes haber dejado de hacerlo tan rápido. —Mi voz suena dolida, pero no puedo evitarlo, es como me siento, dolido porque ya me haya buscado sustituto—. No sé cómo has dejado de quererme.

—Si he tomado la decisión de no volver contigo no es porque haya dejado de quererte, es porque si me hubiese quedado a tu lado un segundo más, hubiese dejado de quererme a mí misma —declara.

—No sé a qué te refieres —reconozco.

—Yo sí que te hubiese dado lo que me hubieses pedido, hubiese sido lo que tú hubieses querido que fuera, hasta el punto de perderme a mí misma en el proceso. Hubiese sido cada día un poco más tuya, pero un poco menos mía. Un poco menos yo. Dejé de serlo en el mismo

momento en el que quisiste esconder lo nuestro, ocultarlo. —Ahora es ella la que suena dolida, o cansada, no sé, solo sé que no quiero verla así, con la luz de sus ojos apagada, sin vida. No te imaginas lo que me jode saber que es por mi culpa.

—Sabes cuál fue el motivo que tuve para ocultarlo —contesto a la defensiva.

—Si claro, la burbuja, nuestro propio mundo, bla, bla, bla. Reconoce que te avergonzabas de mí, de estar conmigo —escupe—. Nunca fui suficiente para ti.

Abro los ojos desmesuradamente, alucinando con sus palabras, ¿yo avergonzado de ella? ¿En qué cabeza cabe eso?

—Al contrario —digo con sinceridad—. Eras, eres, demasiado para mí. Demasiado para cualquiera. No supe lo afortunado que era de tenerte a mi lado. —Le meto un mechón de pelo por detrás de la oreja y tiemblo al sentir la suavidad de su piel en mis dedos—. Tú me dijiste que Santander es tu lugar favorito en el mundo —le susurro y cierra los ojos—, y yo te confieso que mi lugar favorito en el mundo eres tú. Vuelve conmigo, Laura, por favor. —Ahora sí suplico.

Abre los ojos y niega con la cabeza.

—Es demasiado tarde. —Se seca las lágrimas a manotazos—. Demasiado tarde —repite.

—¿Eres feliz con tu bailarín? —pregunto con rabia—. ¿Lo que tienes con él es tan perfecto como lo que tenías conmigo?

—Ser feliz no significa que todo sea perfecto —responde en voz baja—, sino serlo a pesar de las imperfecciones.

—Hablas de imperfecciones, pero no me has querido con las mías —digo derrotado y la doy ya por perdida.

—Al contrario. Te he querido a pesar de ellas. Te he querido más que a nadie, con tus imperfecciones incluidas. No conocerás a nadie que te ame más de lo que te he amado yo.

—Hablas en pasado de lo que me has querido. —Me rompo—. ¿Por qué no puedes volver a intentarlo?, ¿por qué no puedes quererme de nuevo?

Se queda en silencio un momento, intenta ver más allá de mí o, quizás, dentro de mí.

—Porque ahora soy yo la que tengo miedo —termina reconociendo antes de darse la vuelta y dejarme allí plantado. Miro fijamente su espalda, completamente derrotado, devastado, desgarrado.

Si no fuese porque la calle está demasiado concurrida, me hubiese tirado en el suelo y me hubiese hecho un ovillo para llorar como un crío, para sacar de dentro de mí todo el dolor que se me está haciendo bola en el interior.

En cambio, doy la vuelta y me encamino hacia mi coche, aparcado a unas pocas manzanas de allí. Voy cabizbajo, rumiando todo lo que me ha dicho Laura, diseccionando cada frase, cada palabra, cada gesto.

De repente, me doy cuenta de una cosa que me deja clavado en el sitio.

Laura me ha dicho que no ha leído ninguna de mis notas, que iban directas a la papelera, sí, pero en ningún momento me ha pedido que deje de mandárselas, que deje de escribírselas.

Una pequeña sonrisa se abre camino en mi cara. Tal vez es que soy un poco iluso, o más tonto que nadie, pero, no sé por qué, me da que Laura no ha sido todo lo sincera que ha pretendido con el tema de las notas.

Me aferro a esto y me hago el firme propósito de seguir escribiéndole, de seguir insistiendo, hasta que consiga resquebrajar el muro que ha levantado frente a mí.

Hasta que sea capaz de meterme por una pequeña rendija.

Al fin y al cabo, ya no tengo nada que perder.

Pero todo que ganar.

¿No?

Eso espero. Eso quiero.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

mentiras



LAURA

Llego a mi casa a la carrera. No reconoceré ante nadie lo que me ha afectado tener frente a mí a Mark. Tenerlo delante y no poder abrazarlo como deseaba, no poder acunarlo entre mis brazos cuando he oído la desesperación en su voz, cuando lo he visto desmoronarse a mis pies.

Cierro la puerta de un golpe y me tiro en el sofá, agotada físicamente, pero, sobre todo, mentalmente. Llevo unas semanas con los nervios agarrados al estómago y no ayuda nada pensar que, en dos semanas, voy a tener que volver a enfrentarme a él en la boda de nuestros amigos.

Apoyo la cabeza en el respaldo del sofá, cierro los ojos e intento borrar de mi mente la imagen de Mark llorando, pero entonces se me aparece su cara de rabia al preguntarme si soy feliz con Kane.

¿Cómo contestarle que no existe un *Kane* y un *Laura* en la misma ecuación?, ¿que las dos veces que he intentado llegar más allá de unos besos y unas caricias ha sido su cara la que he visto y eso me ha impedido continuar? Obviamente me he callado y le he dejado creer que todo es maravilloso al lado de mi compañero de baile, que me muevo en un mundo de arcoíris y nubes de algodón de azúcar con él. Nada más lejos de la realidad. La verdad pura y dura es que la segunda vez que no pude dejarme llevar con él, hablamos con sinceridad y le conté toda la historia con Mark. Todo lo vivido, pero, sobre todo, lo no vivido.

Nunca podré dar las gracias lo suficiente a quien sea que lo puso en mi camino, porque, no es que haya perdido una pareja, es que he ganado un maravilloso amigo. Cuando acabé de contarle mi relación frustrada con Mark, en ese punto, hecha un mar de lágrimas, se limitó a abrazarme y a consolarme. Dijo las palabras justas y necesarias para hacerme sentir bien y, para qué engañarnos, metió entre medias alguna que otra burrada para hacerme reír.

De mi mentira sobre las notas mejor no digo nada, ¿verdad? Yo lo sé y tú lo sabes. Y si queda alguna duda, solo hace falta asomarse a mi habitación y leer mi frase favorita de entre todas las que me ha mandado y que no he dudado en pegar en el espejo de cuerpo entero que adorna una de las paredes.

Como dijo Shakespeare: «si no eres el amor de mi vida, diré que me equivoqué de vida, pero no de amor».

Mil y una veces confesaré que eres el amor de mi vida.

Perdóname, por favor.

Te quiero.

No sé la cantidad de veces al día que pierdo la vista en esta nota, las veces que la acaricio con mis dedos, que repito sus palabras en voz alta. Las demás las voy guardando en una cajita de madera que tengo desde que era niña y en la que escondo mis mejores recuerdos.

Entiendo que, si quiero pasar página y olvidarme de él, debería haberle dicho que no me mandase más, que dejase de escribirme. Pero es que no puedo. Ya que esta es la única manera que tengo de sentirlo junto a mí sin que me rompa más en pedazos, me aferro a ella con uñas y dientes. A través de estas notas, lo siento más cerca de mí, siento que no se ha roto ese hilo invisible que nos mantiene unidos.

A través de estas notas, siento que sigue habiendo un *nosotros*. Que seguimos siendo los dos solos.

Solos en nuestra propia burbuja.

En nuestro propio mundo.

«Si piensas así, no sé qué coño haces alejándolo de ti». Le tapo la boca a mi jodida conciencia y, acurrucada en mi cama, dejo volar mi mente a las noches pasadas junto a él, como vengo haciendo desde que me separó de su lado, desde que se llevó el pedazo más grande de mi corazón. Ese que tenía tatuado a fuego su nombre completo, ese que fue suyo desde que puse mis ojos sobre él la primera vez que se enfrentó a mí.

Porque tienes que saber qué batallas pelear en cada momento de tu vida, y yo, la batalla con Mark, la tenía perdida de antemano, desde el primer momento en que vi sus ojos azules taladrarme desde el otro lado de la puerta de mi apartamento.

Así de simple.

Así de sencillo.

O no. Porque nadie dijo que el amor es fácil, mucho menos simple. Es la cosa más complicada a la que se enfrenta el ser humano. Ya que dejamos en manos de otra persona todos nuestros sentimientos, todas nuestras emociones, para que haga con ellas lo que quiera. Y no hay nada que te haga ser más vulnerable que entregarte en cuerpo y alma a alguien. Yo estaba dispuesta a hacerlo con Mark, es más, lo hice, se lo entregué todo, lo dejé en sus manos. Y él, en vez de cuidarlo, de atesorarlo, lo arrastró por el suelo y, con ello, mis ilusiones, mi confianza.

A mi pesar, no hay un segundo en el que no piense en él.

Puñetero Mark.

Por la mañana, me visto deprisa y salgo corriendo hacia la agencia o, para ser sincera, hacia el Starbucks, a recoger los cafés de turno y, para ser más sincera todavía, otra de las notas a las que ya me estoy volviendo adicta.

Con la respiración un poco más agitada de lo normal, entro en mi despacho y abro la nota para poder leerla antes de que mi amiga y socia haga acto de presencia.

Mario Benedetti escribió: «el mayor error del ser humano es intentar sacarse de la cabeza aquello que no sale del corazón».

Yo no consigo sacarte de mi cabeza, imagínate de mi corazón.

Perdón, perdón y perdón un millón de veces.

Te quiero.

Madre mía, ¿pero de dónde saca todas estas frases? No tengo ni idea. Solo sé que cada nota que leo me deja con las piernas temblando, tanto que tengo miedo de que no logren sujetarme y acabe en el suelo convertida en un charco de agua, derretida completamente cual cubito de hielo.

—Halou. —La entrada explosiva de Violeta en mi despacho me hace dar un bote en la silla. La madre que la…

Me fijo en mi amiga, que está totalmente pletórica. Ya empieza a notarse su embarazo, tiene una pequeña curva en su abdomen que la hace estar resplandeciente. Me emociono al pensar en ella vestida de novia y, aunque no quiera, vuelvo a sentir un pequeño pellizquito de celos. Qué le voy a hacer, la envidia es el sentimiento más antiguo del mundo y el que esté libre de pecado, que tire la primera piedra.

—Aquí está la novia más guapa del mundo. —Sonrío y le doy así la bienvenida—. ¿Ya lo tienes todo preparado para volar el viernes?

—Por supuesto, ya sabes que yo no dejo nada para el último momento —contesta risueña.

—Lo sé, lo sé, no dejas nada a la improvisación.

—¿Te parece poca improvisación esto? —dice mientras acaricia su incipiente barriga.

—Ahí le has dado. —Me río—. Para no gustarte las sorpresas, con esto has hecho pleno al quince. —Ahora nos reímos las dos.

—Bueno, y dime. —Me mira de reojillo—. ¿Tú sabes qué tienen preparado las chicas para mi despedida de soltera?

—Sip —contesto.

—Pero no me lo vas a decir, ¿no? —pregunta.

—Nop.

—Mecaguenlaleche Lau, que soy tu mejor amiga, leñe. —Oh, ahora va a empezar con el chantaje emocional, lo veo.

—Lo sé, pero tengo mi vida en demasiada alta estima como para arriesgarme a perderla. Si las chicas se enteran de que te lo he contado… —Me encojo de hombros.

—Es una faena que no podamos beber alcohol. —Se cruza de brazos y se enfurruña como una niña pequeña, lo que hace que esconda una sonrisa.

—Eso serás tú, las demás no estamos embarazadas. —Me parto de risa al ver la mirada asesina que me ha dirigido.

—No os atreveríais a beber en mi presencia. Eso sería una verdadera guarrada por vuestra parte. —Me señala con el dedo.

—No vamos a beber. —Respira aliviada—. Vamos a mamarnos como piojos. —Me descojono con su cara indignada—. Recuerda que eres la primera de la pandilla que se casa. Hay que celebrarlo por todo lo alto.

—Pues, si no puedo beber, entonces no entiendo para qué me necesitáis —dice enfadada.

—Mujer, alguien tiene que conducir. —Vuelvo a reírme, de hoy no pasa que Violeta me estrangule.

Se cruza otra vez de brazos, con cara de enfadada, aunque veo que hace el esfuerzo de no sonreír. Es lo que tiene estar enamorada y a punto de casarte con el amor de tu vida, que los enfados te duran un suspiro.

—Bueno. —¿Veis? Ya se le ha pasado el cabreo—. ¿Kane lo tiene todo preparado para el viaje? Se quedará contigo en tu casa, ¿no?

—Eh, sí, sí. Lo tengo todo controlado.

—¿Me vas a contar cómo te va con él? —Alza una ceja.

—No sé qué quieres que te cuente. —Me hago la loca.

—Joder, Lau, no pareces tú —me recrimina—. Antes, te faltaba tiempo para contarme con pelos y señales tus aventuras de cama.

—Y tú te quejabas de que fuera demasiado explícita —me defiendo.

—Es que lo eras, coño. —Ahí lleva toda la razón.

—Pues entonces no sé a qué viene ahora reclamarme. —En este momento, la que se cruza de brazos soy yo.

—A ver, es que, ni tanto ni tan calvo. Has pasado de casi escenificarme cada gemido a no soltar prenda. No sé, busca un término medio, ¿es bueno en la cama?

—Sí.

—Hostias, Lau, vaya entusiasmo. —Se tapa la cara con una mano.

—Coño, Vi, ¿qué quieres que te diga? ¿Qué me empotra contra la pared un día sí y otro también?, ¿qué me tiene sequita de tanto hacerlo? —Joder, se me vienen imágenes demasiado gráficas de ello, pero no es precisamente Kane el protagonista, sino el dueño de los ojos azules más bonitos que he visto en mi vida.

—Síííií, joder, ¿ves como no era tan difícil? Menos mal, creí que te había perdido. —Se ríe.

—Mira que eres dramática. Y peliculera. Y exagerada. Cómo se nota que tienes ascendencia extremeña.

—Es lo que hay, «acho» —se burla—. Si te soy sincera —se pone seria de repente—, me tienes un poco preocupada —confiesa.

—Y eso, ¿por qué?

Me mira un rato, sin decir nada, y empiezo a acojonarme, porque esas miradas de Violeta nunca traen nada bueno.

—A ver cómo te lo digo sin que te enfades. —Empezamos mal—. Ya sé que Mark te ha hecho daño, mucho. Estoy de acuerdo contigo en que ha sido un verdadero gilipollas y, si me hubieses dejado en su momento, le hubiese dejado sin eso de lo que tanto uso hace. O hacía. Porque sé, por fuentes fidedignas, que desde que no está contigo, no ha vuelto a estar con nadie.

—¿Y eso debería importarme? —suelto.

—No sé, ¿debería? —contesta de vuelta.

Prefiero no decir nada. Al fin y al cabo, las dos sabemos las respuestas. No me hago ilusiones de que mi amiga no sepa todo lo que me pasa por la cabeza en este momento.

—Entiendo que estés enfadada con él, Lau. Pero, ¿no crees que ha pasado ya demasiado tiempo?, ¿acaso no te está demostrando con hechos y palabras que te quiere? Sé que yo fui la primera que te animó a estar con otro, a olvidarlo. Pero es que veo lo mal que está Mark y, en el fondo, sé que tú tampoco estas bien. Aunque me quieras hacer ver lo contrario, aunque sonrías por fuera, sé lo que estas pasando por dentro. No te aferres a Kane por orgullo ni por cabezonería. No te niegues lo que tenemos Ryan y yo por una metedura de pata suya —sentencia.

—No estoy con Kane por orgullo. Estoy porque me hace sentir bien, me hace sentir querida.

—Y tú, ¿lo quieres? —Sabía que esta pregunta iba a llegar tarde o temprano.

—Por supuesto. —Trago saliva al contestar—. Si no, no estaría con él.

Me vuelve a mirar en silencio durante un segundo que se me hace demasiado largo.

—Entonces —dice mientras se levanta—, no hay nada más de lo que hablar. —Se da la vuelta una vez que ha llegado a la puerta de mi despacho—. Solo espero que con Kane hayas encontrado todo lo que estabas buscando.

—Lo he hecho —susurro.

Violeta solo asiente antes de cerrar mi puerta e irse.

Me echo hacia atrás en mi silla, cierro los ojos y suspiro.

No me he dado cuenta de que durante todo este rato en el que hemos estado hablando, he apretado en mi puño la última nota que me ha enviado Mark.

Abro la mano y estiro el papel, para intentar que desaparezcan las arrugas.

Se me llenan los ojos de lágrimas al volver a leerla.

Esta me ha llegado a lo más profundo del corazón, ya que esconde la mayor verdad de mi existencia. Y es que yo tampoco lo puedo sacar de mi cabeza, mucho menos de mi corazón. Lo tengo tan incrustado en mi piel como una cicatriz.

Aunque una cicatriz señala algo que una vez te hizo daño pero que terminó curándose y, a mí, Mark todavía me hace daño, todavía me duele. Y sé que mientras le siga queriendo, seguirá haciéndolo. Mucho me temo que seguirá doliéndome toda la vida porque no tengo muy seguro que pueda dejar de quererlo alguna vez.

Gimo de frustración al percatarme de una cosa importante. En todos los años que hace que Violeta y yo nos conocemos, esta es la primera vez que no soy sincera con mi amiga.

Es la primera vez que le miento a mi mitad.

Y me asusta la facilidad que he adquirido en las últimas semanas para mentir.

A la primera a la que miento es a mí. No paro de decirme mentiras.

Sé que son para poder sobrevivir.

Pero lo son, al fin y al cabo. Mentiras.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

cuenta atrás



MARK

Tengo en mi mano la última nota que voy a mandarle a Laura. La última que le haré llegar, ya que mañana, a estas horas, estará volando hacia España para pasar con su familia y amigas las últimas horas de soltera de Violeta.

Kilig es una palabra utilizada en Filipinas, es la sensación de tener mariposas en el estómago al ver o estar con alguien que te gusta.

Yo al verte no siento mariposas, siento toda una colmena de avispas anidando en mi interior, zumbando y pellizcando, haciéndome vibrar por las ganas que tengo de estar junto a ti.

No pierdo la esperanza de que vuelvas a mi lado.

Te quiero.

No solo siento mariposas, avispas y todo un enjambre de insectos en mi interior. Es que ella es como el aire para respirar, y yo siento que me estoy ahogando, asfixiando. Siento que mis pulmones se están quedando vacíos por la necesidad que tengo de respirarla, de que me devuelva la vida que se me está escapando entre los dedos al no tenerla conmigo.

Me estoy ahogando.

El sábado me acerco a casa de mi mejor amigo con un *pack* de cervezas en la mano y una bolsa de hamburguesas grasientas en la otra. Ryan no ha querido nada especial por su despedida de soltero, se conforma con pasar la noche conmigo. Al fin y al cabo, como dice él, yo he estado ahí en todo el camino, en todas las etapas por las que ha pasado su relación con Violeta.

Me abre la puerta descalzo y con el pelo mojado, signos evidentes de que acaba de salir de la ducha.

—Ya llegó el avituallamiento. —Levanto las manos y le muestro las bolsas que no tardaremos en vaciar—. ¿Cómo te va la vida en solitario?

—Bufff, no te imaginas lo silenciosa que está la casa sin las risas y la música de Violeta llenándolo todo. No sabes lo que tienes hasta que lo pierdes —contesta.

Y sus palabras suenan como un disparo directo al corazón. Pum: muerto y enterrado.

—A mí me lo vas a decir —digo entre dientes.

—Joder, Mark, lo siento. —Se pasa una mano por el pelo—. No quería traerte a la cabeza tu situación con Laura.

—No te preocupes. —Hago un gesto con la mano para quitarle importancia—. No has traído nada a mi cabeza porque en ningún momento ha salido de ella. Son veinticuatro horas al día dando vueltas por mi mente, no hay manera de sacarla de allí. —Me froto la cara—. A veces tengo la sensación de que voy a volverme loco.

—Así de jodido estas, ¿eh? —Me da una palmada en la espalda.

—Así de jodido, sí. Así de completa, absoluta y perdidamente jodido estoy. Añádele a todo eso que estoy muerto de celos y ya tienes un cóctel molotov preparado para explotar en cualquier momento —confieso.

—¿Celos? ¿Kane? —pregunta.

—Obviamente. No sé cómo voy a reaccionar cuando vea a Laura de su brazo el día de la boda. No sé si podré contenerme sin partirle la puñetera cara.

—Venga, hombre —me anima mi amigo—, seguro que no es para tanto.

Lo miro con cara de perro.

—¿Qué harías si hubieses perdido a Violeta y la vieses aparecer del brazo de su amigo Óscar, el tío con el que se acostó en Madrid? —le pregunto con una ceja alzada.

—Te aseguro que iríamos los dos a urgencias. A él a que le cosieran la cara y a mí a que me vendaran la mano —suspira—. Tienes razón, va a ser una verdadera putada verla con su pareja.

—Joder, Ryan. —Mi voz suena derrotada, hasta yo la oigo—. ¿Qué hago si se enamora de verdad de él y la pierdo para siempre?

—No sé por qué me da la impresión de que eso no va a pasar. He visto cómo te mira y eso no es algo que desaparezca en unas cuantas semanas. —Me aprieta el hombro—. Pero, si al final yo estoy equivocado y pasa eso, me temo que no vas a tener más remedio que apartarte a un lado y dejar que sea feliz. Sin interponerte, sin inmiscuirte.

—¿Y cómo se hace eso? ¿Cómo aprendes a vivir sin la parte más grande de tu corazón, sin lo más bonito que te ha pasado en la vida? —Agacho la cabeza.

—Supongo que no aprendes, solo te dejas llevar, esperando que algún día te despiertes y ya no duela tanto. Que llegue el momento en el que, al echar la vista atrás, solo puedas agradecer que se cruzase en tu camino.

—Siempre voy a estar agradecido de que haya aparecido en mi vida, aunque no vuelva a tenerla a mi lado —suspiro—, solo que me resisto a dejarla marchar.

—Pues, entonces, te diré como dice Mario Benedetti, un escritor uruguayo que le gusta mucho a Violeta: «no te rindas, que la vida es eso, continuar el viaje, perseguir tus sueños»— termina Ryan.

Sé perfectamente quién es Benedetti. Al fin y al cabo, suyas son muchas de las frases que he estado enviándole a Laura en mis notas diarias.

—No sabía que eras tan profundo y sentimental. —Me río.

—Supongo que es la consecuencia derivada de estar enamorado —me guiña un ojo—, de haber encontrado al amor de tu vida. Cuando vuelvas a tener a Laura junto a ti, me entenderás.

—Me gustaría estar tan convencido de ello como tú —le doy un trago a mi tercera cerveza—, pero hay veces en las que pienso que tal vez debería tirar la toalla y darla por perdida.

—¿Dónde está mi amigo, ese al que no se le ponía nada por delante, el que conseguía todo lo que se proponía?

—Enterrado bajo capas y capas de culpa. Culpa por haber sido tan gilipollas de no haber visto a tiempo lo que Laura significaba para mí, por haberla dejado marchar, por haberle hecho daño, pero, sobre todo, culpa por haber hecho desaparecer la luz de detrás de sus ojos, de haber hecho desaparecer su brillo —termino con un sollozo.

—Eh, venga, vamos, vamos. —Ryan pasa un brazo por encima de mis hombros, para intentar animarme—. Ese brillo que Laura desprende siempre sigue estando ahí, esperando a asomar de nuevo. ¿No piensas que, tal vez, si no ves esa luz en ella, quizás es porque no siente por Kane lo mismo que sentía por ti? Si ella estuviese enamorada de él como lo estaba de ti, aunque sigo creyendo que aún lo está, volvería a desprender dicha luz. Pero los dos vemos que no es así, que la Laura de las últimas semanas no es la que conocemos. No sé tú, pero yo me atrevo a pensar que no es tan bonito todo con ese tío como nos lo quiere hacer ver.

No puedo evitar sentir un poco de la esperanza que mi amigo quiere que conserve.

—¿Violeta te ha dicho algo al respecto? —pregunto.

—La verdad es que no —reconoce—. Ella solo opina lo mismo que nosotros, que no es la Laura de siempre. Casi no le habla de su relación con Kane, cuando antes no se cortaba en detallarle con pelos y señales todas y cada una de sus aventuras. Se limita a contestar con monosílabos cada vez que Vi pregunta por él. No me digas que eso no es un tanto extraño.

—Yo ya no sé qué coño pensar —resoplo—. Lo único que sé es que es inaccesible para mí. Donde antes veía calidez, ahora solo veo frialdad y rencor. Y eso me está destrozando poco a poco. Ni siquiera podemos volver a ser amigos.

—¿En serio crees que tú y Laura habéis sido amigos alguna vez? —observa.

—¿A qué te refieres? —Estoy perdido.

—Venga, Mark, tienes que reconocer que desde el primer momento en el que os cruzasteis, las chispas saltaron entre vosotros. Si no, ¿a qué se debían todos los piques que manteníais? Violeta y yo éramos espectadores de primera fila de lo que se estaba fraguando entre los dos. Era imposible que fueseis amigos porque ya erais algo más. Os unía una especie de hilo conductor que latía entre los dos. Llámalo energía, llámalo tensión sexual no resuelta, llámalo como quieras. Era inevitable que ocurriera lo que ocurrió. Lástima que tú no supieses gestionarlo. Pero no des todo por perdido todavía, Mark. —Me da un puñetazo amistoso en el hombro—. Las cosas que valen la pena hay que pelearlas. Y te garantizo que vuestra historia es de las que merecen la pena, cualquiera que pase más de cinco minutos a vuestro lado se da cuenta de ello.

Ahora está en tu mano poner el broche final a esto, pelear por tu chica. —Ryan termina su alegato con una sonrisa confiada.

«Mi chica». No me había parado a pensar en lo bien que suena eso.

Mi chica.

—¿Estás convencido de todo lo que me has dicho? —La duda no me abandona.

—Totalmente, ¿y sabes qué? —Hago un gesto con la cabeza para que continúe—. Que si tú no lo consigues, no conozco a nadie que lo haga. Tengo plena confianza en ti. Cualquier cosa que necesites, no dudes en pedir mi ayuda. Te apuesto que Violeta se une encantada a mi ofrecimiento. —Ryan choca su cerveza con la mía y, en ese momento, con las palabras de mi amigo resonando en mi cabeza, me permito relajarme y disfrutar de esta especie de despedida de soltero solo para dos.

Con un objetivo en mi cabeza, una meta: hacerle entender a Laura que estamos hechos el uno para el otro. Le pese a quien le pese.

Y me voy a encargar de hacérselo saber en la boda. Aunque tenga que pasar por encima de su novio. Aunque tenga que pasar por encima de todo el mundo.

Porque ella es para mí y yo soy para ella.

Y eso debería ser suficiente.

Eso debería valer.

Los días que quedan para coger el avión hacia España pasan en un suspiro. Dejo el proyecto que tengo entre manos lo más adelantado que puedo, visito obras y me veo inmerso en multitud de reuniones a cada cuál más aburrida. Pero si quiero tener tiempo libre para el viaje, es lo que toca.

La noche antes de pillar el vuelo, aún sigo preparando la maleta. Estoy tan nervioso que no creo que pueda conciliar el sueño. Tenemos que levantarnos a las cuatro de la mañana para poder coger el avión a tiempo y, ya que el reloj marca en este momento la una de la madrugada, es obvio que no merece la pena acostarme para dormir apenas tres horas. Tengo la esperanza de poder dormir algo durante las ocho horas de vuelo que me separan de mi destino, aunque mucho me temo que solo pensar en mi próximo encuentro con la que, espero, vuelva a ser mi chica, actuará como estimulante para que no pueda cerrar los ojos.

Sentado en el sofá, tras hacer la maleta, me pongo a enredar con mi móvil, contestando diversos mensajes, revisando mis redes sociales, repasando fotos…

Me incorporo bruscamente en el sofá cuando me doy cuenta de que vuelvo a ver la foto de perfil de Laura, lo que me indica que, gracias al destino o a la providencia, me ha desbloqueado. Boqueo como un pez, no sé cómo tomármelo, cómo actuar, pero inmediatamente sé lo que tengo que hacer.

Abro la aplicación de música de mi teléfono y le envío el enlace a una canción que tenía reservada para ella, una canción que me llegó muy adentro cuando la escuché y que me hizo

pensar irremediablemente en nosotros.

Una vez que se la envío, le doy al play para volver a escucharla, y es que me había negado a volver a oírla cuando me di cuenta de que me había bloqueado.

La voz de Manuel Turizo empieza a sonar por los altavoces que tengo conectados al móvil y cierro los ojos, imaginando y esperando que Laura esté escuchando las mismas palabras que yo en ese momento, que las sienta como lo hago yo, que le lleguen como me han llegado a mí.

Quiéreme mientras se pueda

Que la vida es una rueda que da mil vueltas…

…y lo mejor de esta historia es que tú eres mi compañera

De esta vida pasajera…

Cuando vuelvo a abrir los ojos, un par de horas después, solo me da tiempo a ducharme y a tomar un café antes de que Ryan pase a por mí para dirigirnos al aeropuerto.

Una vez que subo en el coche de mi amigo, algo debe de notar en mi cara porque me aprieta fuerte el hombro.

—Ánimo, tío, ya verás como todo sale bien.

Agradezco sus intentos por animarme, pero no puedo evitar que una bola de ansiedad se asiente en mi estómago.

—Laura me ha desbloqueado en el móvil —le informo.

—¿En serio? Eso es fantástico. —Me mira de reojo al ver que no respondo—. ¿No?

—La verdad es que no sé lo que significa eso. No tengo ni idea de si es porque se lo ha pensado mejor y va a darme otra oportunidad o porque ha pasado página y ya no le importo lo más mínimo. —Me atrevo a confesar mi mayor miedo.

—Tío, sé un poco positivo. Todo tiene remedio menos la muerte. Tú, centra tus esfuerzos en volver a conquistarla. No hay un marco más incomparable que una boda para conseguirlo. Ya sabes, de una boda sale otra boda. O eso dicen. —Me guiña un ojo.

—Solo espero que sea la de Laura conmigo y no con ese tío —resoplo.

—¿En ese punto estás? Tú, que siempre has renegado de los compromisos, de las bodas, ¿estarías dispuesto a darle eso a Laura, su boda soñada? —Joder, la duda ofende.

—Yo estaría dispuesto a darle a Laura lo que me pidiese, hasta mi alma si es lo que quiere —contesto rotundo.

Mi amigo no responde, se limita a mirarme y a asentir. Vuelve a centrar su atención en la carretera.

No volvemos a hablar hasta que dejamos el coche en un aparcamiento de larga estancia del aeropuerto y cogemos las maletas para dirigirnos a la entrada.

—Oye —me agarra del brazo antes de que empecemos a andar—, espero que sepas que estoy contigo en esto al cien por cien. —Asiento conmovido—. No hay nada que quiera más en esta vida que encuentres tu felicidad, y sé que está al lado de Laura. Creo firmemente que estáis hechos el uno para el otro, solo espero que ella se dé cuenta antes de cometer una equivocación con Kane.

—Gracias, amigo—. Es lo único que me sale contestar.

—Y si no, sé de un montón de sitios donde enterrar un cadáver —termina diciendo antes de que los dos rompamos a reír en carcajadas.

Y solo con eso, mi mejor amigo consigue destensarme, consigue relajarme lo suficiente como para que mis piernas me respondan y sean capaces de llevarme hasta el mostrador de facturación y de allí a mi asiento en el avión.

Me quedan un montón de horas hasta que lleguemos a Santander.

Tiempo más que suficiente para repasar mi estrategia. Para ensayar todo lo que quiero decirle a la mujer de mi vida cuando vuelva a tenerla cara a cara.

Cuando vuelva a tener en frente a la mujer de mis sueños.

Al amor de mi vida.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

despedida de soltera



LAURA

Nuestra llegada a Santander la vivo como en una nebulosa. Además de nuestras familias, al aeropuerto se han acercado nuestras amigas, Mónica, Rocío y Silvia. Las tres, aferradas a una enorme cartulina, nos dan la bienvenida. Gritos, besos y abrazos varios, toquecitos a la tripa de Violeta y miradas de complicidad a espaldas de esta última nos acompañan hasta la salida.

Aunque dejamos el equipaje en los coches de nuestros padres, nos subimos al que conduce Rocío y vamos a reunirnos con el resto de la pandilla a nuestro bar de encuentro habitual. Durante todo el camino, nos vamos poniendo al día de todo, pero, indiscutiblemente, el tema de conversación se centra en la boda y, por supuesto, en la despedida de soltera.

—Perras. —Violeta se descojona en el asiento del copiloto—. No me fío ni un pelo de la que me tenéis preparada para la despedida. Mirad que estoy a punto de convertirme en una mujer formal. —Mira hacia el asiento de atrás donde Mónica, Silvia y yo nos apretujamos las unas contra las otras.

—¿Pero cómo puedes desconfiar de nosotras? —pregunta Silvia, mientras entramos en la ciudad, sin poder ocultar una sonrisa.

—Coño, porque os conozco desde hace demasiados años. —Violeta mira a nuestra amiga con una ceja levantada—. ¿O hace falta que te recuerde los líos en los que nos hemos metido a lo largo de nuestros años de juventud?

—¿Nuestros años de juventud? —Ahora es Mónica la que responde—. Cualquiera que te oiga diría que estamos ya seniles. —Mientras lo dice, asoma la cabeza entre los dos asientos delanteros, mirando las calles pasar—. Ya hemos llegado. A ver si encuentras sitio para aparcar cerca.

—Mira — señalo—, ahí sale uno.

—No conozco a nadie que tenga tanta potra para aparcar como tú, tía. —Violeta tiene toda la razón. Las demás podemos pasarnos más de media hora dando vueltas hasta encontrar aparcamiento, pero Rocío siempre lo encuentra a la primera.

—Pura suerte —responde nuestra amiga mientras baja el volumen de la música y pone el intermitente para estacionar.

—Y yo me pregunto… —empiezo—. ¿Por qué coño bajas el volumen siempre que vas a aparcar? Es simple curiosidad.

—Pues no sé. —Se encoje de hombros—. Supongo que es una manía.

—O que aparcas de oído —la vacila Silvia.

—Ja, ¿a que la próxima vez sacas tú el coche? —contesta la aludida—. A ver cuánto tardas tú en dejar el coche bien situado.

Silvia hace como que se cierra la boca con cremallera y guardamos silencio hasta que Rocío

tiene el coche perfectamente aparcado.

Nos bajamos entre risas y empujones para cruzar y reunirnos con los chicos del grupo, que nos esperan sentados en la terraza del bar.

Ángel, David y Edu se levantan y se dirigen rápidamente hacia Violeta, atosigándola a preguntas y pasando las manos por su tripa. Dios, debe de estar aburrida de tanto sobeteo, pero Carlos se acerca a mí y me envuelve en un abrazo que me huele a recuerdos compartidos, a amistad inalterable, eterna.

—Bueno, ¿y cómo está tu guardaespaldas americano? —me pregunta en voz baja sin quitar sus ojos de mi cara.

—Paso palabra —contesto bajando la mirada al suelo.

—Ah, conque así están las cosas, ¿eh? —Se rasca la barbilla.

—Las cosas no están ni así ni de ninguna manera. No están y punto. —No puedo evitar sonar un poco a la defensiva. No me apetece tener ahora mismo esta conversación, y mucho menos con él.

—Vale, vale. —Levanta las manos en un gesto de disculpa—. No me meto más en tu vida. Pero sabes que, si quieres hablar, estoy dispuesto a escuchar. —Vuelve a mirarme a los ojos—. A cualquier hora.

Le doy un apretón en el brazo, mitad disculpa y mitad agradecimiento porque no insista.

—Gracias. —Le beso la mejilla y me doy la vuelta para aceptar los besos y los abrazos de los otros tres miembros masculinos de la pandilla, que se han acercado a saludarme.

Juntamos otra mesa y más sillas y nos unimos a ellos después de haber pedido a Raúl, el camarero de siempre, nuestras bebidas.

—Bueno —pregunta Edu—, entonces, mañana os vais las cinco de despedida, ¿no?

—Las seis —contesta Violeta muy segura, lo que hace que ocho pares de ojos se giren hacia ella.

—¿Seis? —pregunta Silvia—. ¿Has invitado a alguien más y no nos lo has dicho?

—No —contesta frotándose la tripa—, pero es obvio que no puedo ir sin que nos acompañe mi pequeña. —Se ríe de nuestra cara de asombro.

—¿Es niña? —Me levanto tan rápido de mi silla que la tiro al suelo, pero ni me fijo, solo puedo abrazar a mi mejor amiga emocionada—. ¿Cuándo os habéis enterado? ¿Por qué no nos lo habíais dicho? ¿Ya sabéis el nombre? —parezco una ametralladora disparando preguntas.

—Hace una semana. Queríamos esperar el momento perfecto, pero se me ha escapado. Estamos en duda entre un par de nombres —me responde Violeta con la misma rapidez.

El caos se apodera de la terraza del bar y casi no me da tiempo de soltar a mi amiga cuando se ve envuelta en una maraña de brazos que la entierran entre risas en su silla.

Yo me siento en la mía, después de levantarla del suelo, y le doy un sorbo a mi cerveza. Sonrío mientras veo la cara de felicidad de Violeta. Observo la enorme sonrisa que lleva tatuada en la cara desde el momento en el que Ryan volvió a su vida, desde el mismo momento en el que

le dio una oportunidad al amor.

Hay personas, como mi amiga, que, cuando menos lo espera, o incluso sin desearlo, se da de bruces con el amor de su vida, con el hombre de sus sueños.

Y hay otras personas, como yo, que habiéndolo esperado desde siempre, y aun estando segura de que lo ha encontrado, se ven en la tesitura de tener que decirle adiós por ser un amor no correspondido o, en mi caso, un amor cobarde.

Y yo necesito un amor que tenga la valentía de gritárselo al mundo y no de esconderlo. Me conformo con que tenga el valor de reconocérselo a él mismo, antes de que sea demasiado tarde. Como es el caso de Mark, que, con su indecisión, me ha llenado a mí de miedos. Y el miedo te paraliza, te esconde, te aniquila.

Y así me encuentro yo: paralizada.

Con miedo.

Mucho miedo.

A la mañana siguiente, me despierto más despejada de lo que lo he hecho en las últimas semanas. A pesar de recordar los momentos pasados con Mark en esta cama, mi cama, Morfeo se portó bien conmigo y acudió pronto a arrullarme. Por eso me levanto con energía y dispuesta a disfrutar de lo que sea que han planeado las locas de mis amigas para sorprender a Violeta.

Después de un desayuno completo y una conversación distendida con mis padres en la mesa de la cocina, me arreglo y cojo la bolsa que he preparado antes para pasar el fin de semana fuera.

Me despido de mis progenitores y bajo por las escaleras para reunirme en la calle con mis amigas, que me colocan un velo de tul rojo salpicado de margaritas a juego con los suyos, antes de ir a recoger a la homenajeada a casa de sus padres.

En cuanto Violeta se monta en el asiento del copiloto del coche de Silvia y se abrocha el cinturón, se vuelve hacia nosotras y empieza a hablar con la cara seria.

—No pienso ponerme una diadema con una polla, ni nada que implique un miembro masculino de ningún material cerca de mí. —Termina señalándonos con un dedo.

—Ehhhh —empieza Mónica—, eso no incluye comida, ¿no? —Y ahí es cuando las cinco rompemos a reír a carcajadas, con lágrimas corriéndonos por la cara y ganas de continuar con esas risas durante todo el fin de semana.

Silvia le coloca a Violeta otro velo similar al que llevamos nosotras, pero este en color blanco, por eso de diferenciar a la novia, y pone el coche en marcha hacia el destino que tienen reservado para disfrutar de nuestra mutua compañía. Para volver a reconectar como cuando éramos adolescentes y la vida y nuestras diferentes profesiones todavía no nos habían separado.

Separado geográficamente, porque afectivamente seguimos unidas por ese lazo que nos reunió en el instituto y que, a pesar de los años y de la distancia, no hemos dejado que se rompa.

Porque los amigos son la familia que se elige. Y así me siento ahora mismo, en familia, y

aunque suene como Vito Corleone en *El Padrino*, la familia es lo que mueve todo. Por lo menos en mi vida, la familia (la que me ha tocado y la que he elegido) es lo que me impulsa a seguir, a superarme y a ser mejor.

La familia es mi motor.

Después de algo más de una hora, llegamos al desfiladero de La Hermida, más concretamente al Balneario que lleva el mismo nombre y donde nuestras amigas han reservado habitación, cena y circuito termal para disfrutar de las últimas horas como soltera de Violeta.

El establecimiento es impresionante. Mira que he pasado durante años por delante de él cada vez que he subido a Potes, la preciosa «capital» de Liébana, pero nunca había tenido la oportunidad de conocerlo por dentro y mucho menos de disfrutar de sus instalaciones.

—Como ves —le explica Mónica a Violeta—, debido a tu estado, hemos decidido celebrar una despedida tranquilita. Solo nosotras cinco, dedicándonos lujos y mimos varios. —Pasa su brazo por los hombros de la futura mamá—. Y no te preocupes, ya me informé debidamente de las contraindicaciones y te tranquilizará saber que no tienes nada que temer. A partir del segundo trimestre, no existe ningún peligro. —Sonríe orgullosa por tenerlo todo bajo control.

—No has dejado ningún cabo suelto. —Violeta corresponde al abrazo de Mónica con cariño.

—Por supuesto que no —contesta—, quiero que esta despedida sea perfecta. Ya que no puedes beber, por lo menos que disfrutes de todo lo demás. Del paquete entero —sigue diciendo mientras entramos en el hotel para recoger las llaves de nuestras habitaciones.

—Y por paquete —empieza Rocío, y ya la estoy viendo venir—, por casualidad no te referirás al de algún macizorro que nos deslumbre con sus atributos, ¿no?

Su salida de tiesto nos hace reír a todas, mientras el recepcionista, con su mejor cara de póker, nos entrega nuestras llaves después de haber comprobado las identidades de todas.

—Venga. —Mónica vuelve a tomar el mando—. Tenemos media hora para que empiece nuestro circuito termal, seguido de masaje de cuerpo entero. —Mientras entramos en el ascensor nos va informando de todo lo que nos espera hoy—. Quiero veros preparadas en diez minutos para poder cotillear un poco las instalaciones antes de entrar al *spa*.

Tras un saludo militar, desaparecemos cada una detrás de la puerta de nuestra habitación.

Yo comparto cuarto con Violeta y nuestras tres amigas lo hacen juntas. Apenas tenemos tiempo de echarle un vistazo rápido al lugar donde dormiremos. Rápidamente, dejamos las bolsas encima de las camas, nos quitamos los velos, nos enfundamos nuestros bañadores y nos echamos por encima los albornoces que descansan doblados encima de los edredones.

—Me cago en todo —resopla Violeta—. Parece que estoy a punto de estallar.

—¿Pero qué dices? —Le tiro del flequillo—. Estás preciosa. Tienes una barriguita muy cuqui y tu cara está resplandeciente —le digo sinceramente.

—¿Muy cuqui? —se burla de mi—. No creí que llegase el día en el que te oyese soltar

palabras tan cursis por esa boca de camionero.

—Oye —ahora le tiro más fuerte del pelo—, que yo también puedo tener mi momento princesita.

—Kane te tiene más enamorada de lo que yo pensaba si es capaz de hacer que escupas purpurina.

Joder, tengo que encontrar el momento justo para decirle que lo de Kane no llegó a buen puerto. Y tiene que ser antes de la boda, no sea que se enfade conmigo por ocultárselo.

—Venga —digo cambiando de tema—, vámonos antes de que la Hitler irrumpa aquí como si fuese la niña del exorcista. —Nos reímos al imaginarnos a Mónica en pleno brote y salimos de la habitación, dispuestas a dejarnos cuidar y mimar.

Unas cuantas horas después, tras un circuito lleno de risas, baños cubiertas de barro y masajes embadurnadas con diferentes cremas y aceites, las cinco nos repartimos por la habitación triple que comparten Silvia, Rocío y Mónica.

—Madre mía —suelto un suspiro al tirarme en una de las camas—. ¿Por qué me da la sensación de que acaban de darme una paliza? Os juro que me duelen partes del cuerpo que no sabía ni que existían.

Mis amigas sueltan una risa agotada, parece ser que no soy la única que está bajo mínimos en este momento.

—Es que, ¿habéis visto los brazos de la masajista que me ha tocado? —Rocío aprieta los ojos fuertemente al recordarlo—. Cualquiera se enfrenta a ella en una pelea.

—Pues la mía ha sido la mar de suave y afectuosa. —Violeta nos guiña un ojo—. Ventajas de estar horneando un bollito. —Se frota la tripa con delicadeza.

—Bueno —Mónica se levanta rápidamente cuando suenan unos golpes en la puerta—, aquí llegan nuestros margaritas. —Aplaude mientras se dirige a abrir.

Un camarero entra con un carrito donde, además de diferentes platos con comida mexicana, trae un par de jarras con, como ha dicho nuestra amiga, deliciosa margarita.

Cuando despedimos al camarero, no sin darle antes una pequeña propina, Mónica vuelve a tomar el mando de la situación, como ha venido haciendo durante todo el día.

—Violeta. —Se vuelve hacia ella—. Una de las jarras de margarita no tiene alcohol. Que no puedas emborracharte no significa que no puedas disfrutar. —Pone una mano en su hombro cuando ve que Vi hace un puchero—. Te prometo que nosotras no vamos a beber más alcohol que el que hay en nuestra jarra, pero, como comprenderás, no podemos brindar por la futura esposa sin unas gotitas de bebida con misterio —acaba diciendo mientras le saca la lengua burlonamente.

—Bueno, si eso es lo único que vais a beber, os lo permito —contesta Violeta—. No es nada divertido ver como vosotras os emborracháis mientras yo me quedo aquí mirándoos con dos

palmos de narices. ¿A qué estás esperando para servirnos? —acaba con una sonrisa.

No hace falta que se lo digan dos veces, Mónica hace los honores y nos va sirviendo margaritas en copas adornadas con sal en el borde. Una vez que estamos servidas, levanta su copa y hace un brindis al que todas nos sumamos.

—Por Violeta, porque sea muy feliz junto a Ryan, el amor de su vida. Para que tenga largos días de amor y más largas noches de sexo. —Todas nos reímos de esto último—. Salud.

—Salud. —decimos las cinco a la vez y bebemos de nuestras copas con avidez.

—Joder —dice Silvia—, qué bueno está esto. —Se acerca a la mesa para probar los nachos y cierra los ojos complacida cuando se mete uno en la boca—. Ummmm, me encanta la comida mexicana.

—¿Os acordáis de los homenajes que nos dábamos en aquel mexicano del centro? Nos poníamos tibias —rememora Rocío.

—Buah, es que era el que mejor hacía los tacos y las enchiladas. —Sonrío al recordar—. También me acuerdo de las veces que salíamos a cuatro patas del local. —Nos reímos—. Vaya forma de beber margaritas y tequila.

—Es que de alguna manera teníamos que calmar el picante, porque mira que picaba todo, releches. —Violeta se abanica al acordarse de la sensación de fuego en la garganta.

—Claaaro —Mónica pone los ojos en blanco—, y nosotras, en vez de calmarlo con agua, le dábamos al tequila. Todo muy responsable.

—Había que mimetizarse con el ambiente —suelto—. Ándale, ándale.

Todas rompemos a reír, los recuerdos escapando por los rincones, la amistad de tantos años rellenando las costuras. Ni el tiempo ni la distancia han hecho que nos olvidemos las unas de las otras y, aunque cada una tenga su vida organizada al margen de las demás, estos momentos, estas quedadas vuelven a convertirnos en las adolescentes que una vez fuimos. Cinco chicas alegres que se conocieron en el instituto y que soñaban con comerse el mundo. Y en mayor o menor medida, de una forma u otra, cada una a su estilo, lo hemos conseguido. Tal vez no nos hayamos comido el mundo, pero puedo asegurar que le hemos dado un buen mordisco, lo suficientemente grande como para sentirnos plenas, satisfechas.

—Bueno, Laura. —Rocío me pregunta después de dar cuenta de su burrito—. ¿Y cuándo vamos a conocer a ese portento de tío con el que sales? Violeta dice que se mueve con una sensualidad acojonante. Me imagino que se moverá igual o mejor en la cama, ¿no? —Me guiña un ojo.

—Ehhhh… Bueno, yo… —No sé cómo abordar el tema. Miro fijamente a Violeta, que se ha puesto derecha en la cama al notar cómo titubeo.

—Lau, ¿qué pasa? —me pregunta con los ojos entrecerrados.

—Es que… —Me muerdo el labio inferior sin saber cómo empezar.

—Desembucha —me exige mi mejor amiga.

—No te enfades, por favor —suplico.

—Si empiezas así es porque no me va a gustar lo que vas a decir y hay altas probabilidades de que me enfade. —Se levanta de su lado de la cama y se sienta junto a mí—. Venga, cuéntanos qué ocurre.

—Puede que no haya sido del todo sincera sobre mi relación con Kane —confieso.

—¿Como cuánto? —La mirada que me echa mi amiga hace que cierre los ojos instintivamente.

—Como que no hay relación, por lo menos no sentimental. —Me tapo los ojos con las manos esperando la reacción de mi amiga.

—¡LO SABÍA! —Violeta da una palmada en el aire.

—¿Tú lo sabías? —pregunto aturdida—. Pero ¿cómo?

—Joder, Lau, que te conozco desde hace demasiados años. —Las demás permanecen calladas mientras son testigos de nuestra conversación a dos—. Pasaste de contarme tus relaciones con pelos y señales a, en cambio, no soltar prenda de lo tuyo con Kane en ningún momento. —Coge una de mis manos entre las suyas—. Tampoco veo tus ojos brillar de la misma manera en que te brillan cuando estas con Mark. —De repente se calla y abre los ojos desmesuradamente—. Entonces —se levanta de la cama—, todavía puedes arreglar las cosas con él. Mark está deseándolo y sé que tú te mueres por sus huesos.

—No es tan fácil. —Yo también me levanto—. Las cosas entre Mark y yo son complicadas.

—No —me rebate mi amiga—, solo son lo complicadas que tú quieras que sean. —Se acerca a mí y me agarra de las dos manos—. Cualquiera que os vea juntos se da cuenta de que estáis enamorados.

—Eso es verdad —la secunda Mónica—. Cuando estuvisteis aquí, te miraba como si fueses lo más maravilloso que se le hubiese cruzado en el camino. Se notaba que te quería más que a nada en el mundo, aunque él todavía no se hubiese dado cuenta.

—Pero —me suelto de las manos de Violeta y les doy la espalda—, ¿no veis que estoy muy cansada de ser yo siempre la que tira del carro? No sabéis lo agotador que es dar y dar y no recibir lo mismo a cambio. —Me doy la vuelta y las miro con los ojos llenos de lágrimas—. Ya no quiero seguir haciéndolo. —Mi mirada se centra en mi mejor amiga—. Y no quiero que intercedas por él. Por eso no te conté lo de Kane. Que creyeses que estábamos juntos era lo que necesitaba para que no insistieras en que reconsiderara las cosas con Mark.

—Puedo entender el motivo de que no me contases nada. Lo que no entiendo es, si estas enamorada de Mark y es obvio que él lo está de ti, ¿por qué te empeñas en huir de ello? —Veo la confusión en su cara y no sé qué hacer para que entienda mi postura—. El amor que sentís el uno por el otro es demasiado grande como para perderlo, para perderos.

—A veces el amor no es suficiente. —Sé que ha sonado a derrota, pero es que me ha costado mucho llegar a esta conclusión.

—Pero… —intenta decir Violeta.

—Ni pero ni nada —la corto—. Por favor, respeta mi decisión. Lo mío con Mark está muerto

y enterrado. —El miedo habla por mí, como lo ha estado haciendo desde hace semanas—. Intentaré ser lo más cordial que pueda las veces que coincidamos los cuatro juntos, pero entiende que, después de la boda, voy a intentar poner distancia entre nosotros. Es la única manera de que pueda superarlo, de que pueda superarlo a él.

Violeta no dice nada, ninguna de las cinco hablamos, creo que se han dado cuenta de que no pienso dar mi brazo a torcer, de que la decisión está tomada.

—Bueno. —Silvia rompe el tenso silencio en el que nos hemos sumido—. ¿Sabéis lo que necesitamos? —Saca un par de dados que forman parte de una caja de juegos de mesa cortesía del balneario—. Jugar un *quinito* para terminarnos el margarita que nos queda.

Todas nos apuntamos a su iniciativa y dejamos a un lado el «tema» Mark. Nos centramos en el juego de dados al que tantas veces hemos jugado en el pasado. Así, entre bromas y risas volvemos a retomar el ambiente relajado y festivo que teníamos antes de mi confesión.

Solo que yo no soy capaz de relajarme y, por las miradas de reojo que me echa mi mejor amiga, sé que ella tampoco, que no puede sacarse de la cabeza todo lo que hemos hablado.

Y aunque participo en el juego y bebo cuando me toca beber, una nube negra se apodera de mi cabeza y consigue que me pregunte si estoy haciendo lo correcto. Si mi decisión de pasar página con Mark es la acertada o si, por el contrario, estoy metiendo la pata hasta el corvejón.

Supongo que eso lo sabré con el tiempo.

Cuando compruebe si, gracias a la distancia, soy capaz de olvidarme de él, o si le tengo tan dentro de mí, que ya forma parte de mi ADN y no hay un día en el que no le piense, en el que no le añore.

Espero que el tiempo juegue en mi favor.

Pero, ¿eso es realmente lo que quiero?

Ni yo misma lo sé.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

la boda del año 1



MARK

El buen tiempo nos recibe cuando aterrizamos en Santander. No negaré que el corazón me va a dos mil por hora anticipándose a mi encuentro con Laura. Al final, debido a los nervios por volver a verla, no he pegado ojo durante el viaje y, en estos momentos, el desfase horario está haciendo mella en mi cuerpo. A eso se le juntan las noches de insomnio desde que no estamos juntos. Vamos, que ahora mismo podría quedarme dormido de pie, y solo son las diez de la mañana.

Después de recoger nuestro equipaje de la cinta (afortunadamente, al ser un aeropuerto pequeño, no tardamos nada), salimos a la zona de llegadas, donde Violeta nos espera con una sonrisa de oreja a oreja.

Asisto como espectador de segunda al reencuentro de los dos tortolitos y rezo en mi interior para que la ausencia de Laura se deba a que nos espera fuera con el coche, pero al salir del aeropuerto y dirigirnos al aparcamiento, mis esperanzas caen en picado al no verla por ninguna parte.

Zasca, primera desilusión del viaje, y esto no ha hecho más que empezar.

Acomodados en el coche de Vi, ponemos rumbo hacia el hotel que nos hospedará a Ryan y a mí durante estos días.

Como manda la tradición, da mala suerte que el novio vea a la novia antes de la boda, es por eso por lo que se decidió que el novio se quedase en un hotel cerca del lugar donde se celebrará la ceremonia y yo, al ser su padrino, me quedaré con él.

—Joder, amor —Ryan se dirige a su chica, que conduce sin apartar los ojos de la carretera—, no sabía que haría tanto calor en estas fechas.

—Septiembre suele ser muy buen mes aquí —responde Violeta—, incluso octubre trae días calurosos. Estamos en el llamado «veranillo de San Miguel».

—Vamos a tener suerte mañana —continúa mi amigo.

—Síííííííí —sigue diciendo Violeta, mientras pone el intermitente para incorporarse a la autopista—, mañana se espera un día maravilloso. De todos modos, mi madre y la tuya ya han llevado huevos a Santa Clara para asegurarse de que no llueva. —Sonríe entusiasmada.

—Bueno, ¿y qué tal han congeniado tus padres y los míos? —Ryan pregunta con curiosidad —. Mi madre dice que muy bien, pero prefiero que tú me lo confirmes.

Los padres de Ryan han llegado hace dos días, dispuestos a ayudar todo lo posible con los últimos preparativos para el enlace.

—De maravilla —contesta su novia—. Es más —Violeta frena suavemente al llegar a una rotonda—, tus padres se han adaptado estupendamente a la costumbre española de tomar el vermú al mediodía. Tendrías que ver lo bien que ha encajado tu padre con el mío y sus amigos.

Cuando llega la hora, es el que más ganas tiene de salir pitando de casa. —Suelta una carcajada —. Entre eso y la siesta, tu padre está encantado de estar aquí.

Llegamos a una avenida que bordea el mar y mi mente, en ese momento, se llena de imágenes de Laura y yo paseando por allí hace apenas dos meses. Riéndonos de nuestras propias tonterías, compartiendo recuerdos y confidencias.

La añoranza me golpea el pecho de una forma tan brutal que tengo que respirar profundamente para que el oxígeno llene mis pulmones. Ahora mismo, mi interior es un caleidoscopio de emociones donde se aúnan la culpa, el dolor y la pena, pero, sobre todo, la necesidad. Necesidad de volver a tener a Laura entre mis brazos, de volver a poner una sonrisa en su boca y hacer que sus ojos vuelvan a brillar.

Pero, si su ausencia hoy en el aeropuerto es un indicativo de cómo van a ir las cosas, temo que no sea tan fácil arreglarlo todo.

Seguramente esté enseñándole su ciudad a Kane como ya hizo conmigo. Dedicándole su tiempo y sus ganas. Regalándole sus risas y su cariño.

Como ya lo hizo conmigo.

Como quiero que vuelva a hacer.

Llegamos a un pequeño hotel situado en pleno Sardinero. Es una casita de estilo victoriano, blanca y con un torreón que resulta ser una *suite*, la *suite* que Violeta ha reservado para nosotros.

La habitación es todo lo que puedes soñar y mucho más. Con dos camas de tamaño *king size*, un pequeño despacho en un rincón y un sofá enfrentado a un enorme televisor de pantalla plana. Además de todo esto, no faltan detalles para agasajarnos. Como la cesta con productos para el aseo que encontramos en el pequeño pero completo baño, o la botella de cava y los bombones que descansan en un minúsculo frigorífico dentro del armario.

—Joder, Violeta. —Es la primera vez que hablo desde que nos hemos bajado del avión—. Esto es un lujo. —Me acerco a ella y la encierro en un abrazo.

—Nada que no os merezcáis. —Se deshace de mis brazos y me mira atentamente—. ¿Estás bien?

No quiero mentir a mi mejor amiga, pero tampoco quiero que se preocupe por mí. Al fin y al cabo, estamos aquí para celebrar una boda, no para hacerle partícipe de mis miserias.

—No. Pero lo estaré —le aseguro.

Y rezo para sentirme tan confiado como sueno. Porque, si las cosas no salen como yo quiero y espero, voy a necesitar de toda mi fuerza de voluntad y toda mi energía para volver a estar bien, para volver a ser el mismo tío de siempre. Aunque una parte de mí se vaya con Laura, aunque una parte de mí, la mejor, se quede con ella para siempre.

Violeta abre la boca para decir algo, pero parece que se lo piensa mejor y la cierra. Me tiro en una de las camas y suspiro agotado.

—Joder, podría dormir cuatro días seguidos —confieso cerrando los ojos.

—¿Qué os parece si os quedáis descansando y vuelvo a por vosotros para la cena preboda? —nos propone.

—Yo prefiero irme contigo —contesta Ryan—, he dormido gran parte del viaje y ahora mismo no podría cerrar los ojos.

—Pues yo voy a aceptar tu propuesta. —Me cuesta un mundo abrir los ojos para mirar a mis amigos—. Si no echo una cabezada, esta noche no voy a ser persona, ¿quiénes van a la cena? —consigo preguntar a pesar de que el sueño se está apoderando de mí.

—Solo mi grupo de amigos y los miembros de la familia más jóvenes. —Mi amiga sonríe, aunque veo una pequeña duda detrás de sus ojos. Lo achaco al cansancio que llevo encima y no le doy importancia—. La idea es no acostarnos muy tarde, pero con los pirados de mis amigos, nunca se sabe. —Termina encogiéndose de hombros.

Asiento lentamente, pero cuando Ryan y Violeta se despiden de mí y salen de la habitación, mi mente ya está a mil kilómetros de la realidad. Demasiadas noches sin dormir me pasan factura y, sin quitarme ni la ropa ni los zapatos, me adentro en el reino de los sueños, esperando que, al menos en estos, Laura vuelva a estar entre mis brazos.

Como debería de estar siempre.

Me despierto a oscuras y totalmente desorientado. Le echo un vistazo a mi móvil y me doy cuenta de que no le había quitado el modo avión que puse al empezar el viaje en Nueva York. Lo desbloqueo y, automáticamente, me llegan decenas de notificaciones. De WhatsApp, de llamadas perdidas… Me froto la cara con las manos, intentando ubicarme.

Una nueva llamada entra en mi móvil y me incorporo para contestar a Ryan.

—Dime —contesto con la boca pastosa.

—Buenas tardes, bella durmiente —se descojona mi amigo.

—Buff, tengo la impresión de que he dormido veinte horas seguidas.

—Pues han sido solo ocho. —Me hace saber—. Y te has perdido la comida.

—«Solo», dices. —Me sorprendo yo mismo—. ¿Tú sabes cuánto tiempo hacía que no dormía ocho horas seguidas? Qué coño, hace semanas que no duermo dos horas del tirón.

—Bueno, pues me alegro de que te hayas puesto al día con tus horas de sueño. —Se ríe—. ¿Estás preparado para la cena?

—¿Qué dices? —Me miro y me doy cuenta de que sigo con la misma ropa del viaje—. Acabo de despertarme.

—¿Te da tiempo de estar preparado en media hora? —me pregunta.

—Eso está hecho —contesto levantándome de un salto de la cama—. Esto, ¿Ryan?

—Dime. —Su voz suena cautelosa.

—¿La has visto? —No puedo evitar preguntar.

Su silencio me pone nervioso.

—Tío, ¿por qué te empeñas en torturarte? —Ahora suena apenado.

—Tú sabes algo que no me quieres contar —le espeto.

Vuelve a quedarse callado y, si fuese de los que se muerden las uñas, ahora mismo no me quedarían ni dedos.

—Mira, Mark, tú prepárate, ¿vale? —Suspira sonoramente—. Luego hablamos y buscamos una solución, ¿ok?

—¿Una solución? Joder, macho, me los estás poniendo de corbata. —Realmente estoy acojonado—. No puedes decirme eso y quedarte tan tranquilo. Adelántame algo.

—Espéranos en la puerta dentro de media hora —termina mi amigo y me cuelga sin opción a contestación.

Miro mi teléfono, alucinado porque mi amigo me haya dejado con la palabra en la boca y, a continuación, lo tiro con rabia encima de la cama, frustrado con todo y con todos. Parece que este día continúa tal y como empezó: de puto culo.

Me trago mi mala leche, me desvisto, y entro en el baño. Me meto debajo del chorro de agua de la ducha. Espero que unos cuantos litros de agua helada consigan tranquilizarme un poco.

Cierro los ojos mientras el agua cae por mi cara y me propongo tener una conversación con Laura esta noche durante la cena. Esto ha ido demasiado lejos y se me está yendo completamente de las manos. Le pese a quien le pese, esta noche ella y yo vamos a hablar, aunque tenga que apartar a su novio de su lado a empujones. Pero no puedo continuar con este estado de nervios, con este sinvivir que me tiene más tenso que las cuerdas de una guitarra. Decidido. Soy un hombre con un objetivo. Con una meta.

Aparezco por la puerta del hotel en el mismo momento en el que mis amigos llegan con el coche. Me subo en la parte de atrás, saludándolos, pero noto como ellos evitan mirarme a la cara.

—¿Qué pasa? Parece que venís de un velatorio —intento bromear para disipar la tensión.

—No pasa nada, tranquilo —contesta Ryan, aunque sigue sin mirarme a los ojos.

—¿Violeta? —Me dirijo a ella porque suele tardar menos en confesar cuando sé que pasa algo.

—Bueno. —Ahora sí que me mira a los ojos a través del retrovisor—. Laura no viene a la cena. —Vuelve a prestarle atención al tráfico.

—¿Qué? ¿Y eso por qué? —Joder, adiós a mi intención de hablar con ella.

—Quiere pasar el mayor tiempo posible con su familia antes de volver a Nueva York. —Se detiene en un semáforo y vuelve a mirarme.

—Ya. —No sé por qué me suena a excusa, pura y dura—. Lo que traducido a nuestro idioma significa que no quiere verme.

—Mark… —empieza a decir Ryan.

—Ni Mark ni hostias. —Lo corto y veo como Violeta pone el intermitente para meterse en un aparcamiento subterráneo—. Eso es lo que no querías decirme, ¿verdad?

Mi amigo da la callada por respuesta.

—Joder, Ryan. —Me froto la cara con las manos—. Esto pinta peor de lo que me pensaba —reconozco—. Tenía la intención de hablar con ella antes de la boda. Supongo que podemos decir que Kane ha ganado la guerra. —Hasta yo oigo como mi voz suena resignada.

Mis amigos no dicen nada pero veo como comparten una mirada precavida.

—¿Qué más me estoy perdiendo? —Los miro alternativamente.

Violeta encuentra un sitio y se mete en él. Una vez ha aparcado, se desabrocha el cinturón de seguridad y se gira para enfrentarse a mí.

—Laura y Kane no están juntos —se atreve a decirme.

El alivio y la incredulidad que me embargan al escuchar las palabras de Violeta dan paso al miedo.

—Entonces, ¿por qué no quiere verme? —Mis ojos pasan de mi amigo a su novia.

—Dice que quiere pasar página contigo —confiesa mi amiga—, que, después de la boda, va a intentar poner distancia entre vosotros dos para poder superarte.

Se me hunden los hombros y agacho la cabeza. Mi amiga acaba de darme un palo monumental. No es algo que no entrase dentro de las posibilidades a las que me enfrentaba, pero oírselo decir a ella me duele como un mazazo.

De repente, levanto la cabeza, cuando asimilo realmente lo que acabo de oír.

—Entonces —digo mientras me incorporo y asomo la cabeza entre los dos asientos delanteros—, si todavía no me ha superado, si aún no me ha olvidado… me queda la boda para hacer que entre en razón. —Sonrío por primera vez desde que he llegado a Santander—. Para que entienda que nunca encontrará a nadie que la ame como yo lo hago. Tengo el día de mañana para demostrarle que pasándola juntos, la vida es mejor, más plena, más luminosa, con más color. Tengo un día entero para volver a conquistarla —dicho esto me recuesto en el asiento, mientras mis amigos asienten conformes.

Con este nuevo panorama en el horizonte, bajamos del coche para disfrutar de la cena preboda con los amigos y familiares de Violeta. Aunque solo una parte de mí está presente durante la noche. La otra parte se encuentra en algún lugar, a diez planetas de aquí, imaginando las mil y una maneras de convencer a Laura de que vuelva conmigo, soñando todas las formas de hacer que se vuelva a enamorar de mí.

No se me ocurre un lugar más romántico para ello que en una boda.

Más romántico y más perfecto.

Afortunadamente, los amigos de Violeta se comportaron y la noche no se nos fue de las manos. Por eso, la mañana de la boda, tanto el novio como yo, nos levantamos bastante temprano y

totalmente despejados. Él, feliz por dar el gran paso con la mujer de su vida. Yo, expectante y nervioso, deseando que me salgan bien las cosas y poder tener de nuevo junto a mí al amor de la mía.

—Tío, estoy como un flan —me confiesa Ryan—. ¿Te animas a correr un poco por la playa?

—Venga —contesto—. Creo que yo también necesito un poco de ejercicio para rebajar tensión.

Nos preparamos y salimos del hotel en dirección al paseo. Como está ubicado tan cerca del mismo, solo tenemos que cruzar la carretera y poco más. Calentamos un poco y bajamos las escaleras que dan acceso a la playa. Nos acercamos a la orilla, donde la arena, al estar mojada, es más dura y, por lo tanto, nos supone menos trabajo trotar por ella.

Después de recorrer varias veces el largo de las dos playas, nos detenemos a recuperar el aliento.

—¿A que no hay huevos de bañarse? —provoco a Ryan.

—¿Cómo qué no? —me contesta y se quita la camiseta, las deportivas y los calcetines antes de echar a correr hacia el agua—. ¡Tonto el último! —grita antes de zambullirse en las olas del Cantábrico.

—¡Cabronazo! —grito de vuelta mientras me desvisto y me quedo solo con el pantalón de correr—. Joder, qué buena está —digo cuando acompaño a mi amigo dentro del mar.

Nos pasamos un rato nadando y buceando. También nos hacemos alguna aguadilla y nos reímos como críos. Disfrutamos del buen tiempo y de la mutua compañía. No me había dado cuenta de la falta que nos hacía esto a Ryan y a mí. Desestresarnos, olvidarnos por un rato de todas las preocupaciones del día a día, del trabajo, de la rutina y, en mi caso, de mi desastrosa vida amorosa.

Cuando decidimos salir, recogemos nuestra ropa y cruzamos hacia el hotel. La cara de la recepcionista es todo un poema cuando nos ve entrar descalzos, mojados y sin camiseta, pero debe de haber visto ya casi de todo porque no dice nada y desvía de nuevo la vista hacia lo que estaba haciendo. Subimos a nuestra habitación riéndonos y bromeando. Es cuando entramos por la puerta y nos damos cuenta de la hora, cuando todo pasan a ser prisas y nervios.

Ryan se mete primero en la ducha, mientras yo pido algo de comer al servicio de habitaciones. Cuando mi amigo sale, ocupo su lugar en el baño.

Una vez que estamos los dos duchados, nos sentamos a picotear algo de lo que nos han traído. Ryan lo hace casi sin masticar.

—Tío, relájate y respira —me burlo—. No quiero que mueras por atragantamiento antes de tu boda.

—Joder, Mark —dice tragando una croqueta—, que tengo el tiempo justo para prepararme antes de que venga el fotógrafo.

—Tranquilízate — contesto mirando mi reloj—, nos da tiempo de sobra a acicalarnos antes de que vengan a hacer las fotos. Respira hondo, que te veo muy nervioso.

De repente, mi amigo abre los ojos de par en par.

—Hostias, Mark, ¡QUE ME CASO CON VIOLETA! —Rompo a reír por el exabrupto de mi amigo.

—Tío, ni que acabaras de darte cuenta.

—Es que, joder. —Se pasa una mano por la cara—. Me parece mentira que toda nuestra historia desemboque en esto, en ella siendo mi mujer y, además, embarazada de mi primera hija. —Sonríe como un idiota.

—¿Una niña? —Me levanto entusiasmado para darle un abrazo—. Ya sabes quién la va a malcriar, ¿verdad? El tito Mark. Eso sí, ya puedes tener la escopeta cargada cuando sea adolescente. Si saca la belleza de la madre, vas a tener que quitarle los moscones a pares. —Me descojono ante su cara de horror—. Fuera bromas, no sabes cómo me alegro por ti. —Le palmeo la espalda—. Y la envidia que me das. Hoy sellas tu historia de amor con la mujer de tu vida. —Tomo un poco de aire para librarme del nudo que acaba de instalarse en mi garganta.

—Ey, tío. —Ahora es Ryan el que me da una palmada en la espalda—. Verás como todo sale bien. Un amor como el vuestro no puede desaparecer como si nada de la noche a la mañana. Confía un poco en tu poder de persuasión.

—Sí, claro, para ti es fácil decirlo. —Me froto los ojos nervioso.

—Además —continúa mi amigo—, ya no tienes que preocuparte por Kane. Un obstáculo menos.

—Ya, el problema es que el mayor obstáculo soy yo. —Me levanto de la silla—. Pero venga, dejemos de hablar de mis problemas y centrémonos en ponerte guapo para tu chica. Aunque supongo que sabes que hoy la protagonista va a ser Violeta. Desde el mismo momento en el que ella haga su aparición, tú pasas a un segundo plano. —Sonrío de medio lado.

—Cuento con ello —dice devolviéndome la sonrisa.

La siguiente hora y media la pasamos preparándonos para el enlace. Ayudo a mi amigo a colocarse los gemelos, la corbata y la flor que llevará en el bolsillo. Justo cuando estoy dándole el último retoque, suena la puerta de nuestra habitación y nos avisa de la llegada del fotógrafo.

Dedicamos el resto de la tarde, antes de que el chófer venga a buscarnos con el coche, a posar para la cámara. Obviamente, Ryan acapara la mayor parte de las fotos. En esos instantes, me permito fantasear con el momento en el que vuelva a verla, cuando mi mirada se cruce con la suya. Con el segundo en el que todo mi ser se llene de Laura.

Bajamos a la puerta del hotel cuando Ryan recibe un mensaje del conductor y, al salir, vemos un Rolls antiguo esperándonos con un tío de traje apoyado en la puerta del conductor.

—Ey, Sergio. —Ryan se acerca a él y lo abraza—. Gracias por hacer esto.

—Sin problemas. —Le devuelve el abrazo—. No hay nada que no hiciese por Violeta, es como una hermana para mí.

—Por cierto —Ryan se dirige a mí—, ven, Mark, deja que te presente al hermano de Laura.

—Ah, eh, encantado. —Le ofrezco la mano, que él coge mientras me dedica una mirada un tanto especulativa.

—Lo mismo digo —contesta no muy convencido—. Venga, vamos, os recuerdo que la única que tiene permiso para llegar tarde a una boda es la novia.

Le hacemos caso y nos subimos los dos en el asiento trasero del coche y el hermano de «mi chica» nos lleva directamente hacia la playa donde nos esperan los invitados.

El silencio llena el coche, cada uno sumido en sus pensamientos. Veo cómo los rincones que Laura me enseñó cuando estuve aquí con ella en junio pasan ante mis ojos. Cada uno de ellos me trae un recuerdo, una sensación, un escalofrío que siento hasta en lo más profundo de la médula.

Por fin llegamos a lo alto de la playa, ahora nos queda bajar los más de ciento cincuenta escalones que dan acceso a la misma, donde el escenario más bonito que uno se puede imaginar nos espera a nuestros pies.

Una pasarela de esparto lleva desde los pies de la escalera hasta una pérgola adornada de gasas y flores donde está el cura que oficiará la boda. A ambos lados de la pasarela, de forma ordenada en filas de seis sillas, se congregan los escasos invitados que acompañarán a los novios en un día tan especial.

Ryan y yo nos posicionamos a un lado de la , después de haber saludado a unos y a otros. Hablamos con el cura. Bueno, más bien, mi amigo habla con el cura, mi español no da para mucho, prefiero dedicarme a mirar con interés todo lo que ha conseguido Laura para que Violeta tenga su boda soñada.

De pronto empieza a sonar una canción en español y todos nos damos la vuelta para ver aparecer a la novia.

Está preciosa o, por lo menos, eso me parece apreciar por el rabillo del ojo. Porque, en el mismo momento en el que la he visto aparecer, acompañada de su madrina y mejor amiga, mis ojos solo han tenido cabida para empaparme de la imagen de Laura.

Si no estuviese ya completa y locamente enamorado de ella, su aparición me hubiese puesto de rodillas. Es más, todavía estoy intentando decidir si me arrastro a sus pies o sigo mirándola con la boca abierta.

No hay palabras para describir lo bonita que está, cualquier adjetivo con el que lo hiciese, se quedaría pequeño.

Lleva un mono en color turquesa atado al cuello y que se pega a sus curvas como una segunda piel. El pelo, recogido en lo alto, dejando unos mechones, que alguien se ha encargado de rizar, enmarcando su preciosa cara. Dios mío, está para darse un verdadero atracón con ella, saboreándola despacio, poco a poco, y una vez acabado, volver a empezar desde el principio.

Debo de haberme quedado con cara de tonto, si el codazo que me da mi amigo es indicativo de ello.

Laura no me ha dirigido la mirada durante lo que ha durado el paseíllo hasta el altar, pero,

una vez que han llegado junto a nosotros, levanta la vista y sus ojos se cruzan con los míos y me hacen implosionar por el impacto.

Porque veo tantas dudas y tantos miedos en esa mirada que me quiero morir.

Pero también veo tanto anhelo, que sé que sería capaz de matar para conseguir que vuelva a mirarme como lo hacía antes. Qué coño, voy a hacer lo posible para lograrlo.

Para que vuelva a confiar en mí.

Para que vuelva a amarme.

Aunque muera en el intento.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

la boda del año 2

LAURA

La vuelta a Santander desde el balneario fue, cuando menos, tensa. Aunque habíamos conseguido olvidar por un momento todo lo que giraba alrededor de mi relación o, para ser más exactas, de mi «no» relación con Mark, la vuelta a Santander ha puesto encima de la mesa todo de nuevo. Es lo que tiene querer ignorar los problemas, que puedes ocultarlos por un rato, pero eso no hace que desaparezcan.

Violeta está demasiado callada durante la hora y pico que dura el viaje hasta casa y, conociéndola como la conozco, sé que nuestra conversación no se va a quedar en las pocas palabras que intercambiamos en la habitación del hotel. En el fondo, la entiendo, se encuentra entre dos aguas. Ambos somos amigos suyos y sé que es muy difícil tomar partido por alguno de los dos.

Cuando llegamos a la capital, Silvia va dejándonos a cada una en nuestra casa. Yo soy la última, de manera que, una vez que hemos dejado a Violeta, ocupo su lugar en el asiento del copiloto y retomamos el camino hasta mi casa. Al aparcar debajo del portal de mis padres, Silvia apaga el motor y se vuelve hacia mí.

—Sabes que el miedo es un mal consejero, ¿no? —me pregunta.

Asiento tragando saliva.

—Exactamente, ¿de qué tienes miedo? —vuelve a preguntarme.

—De que se dé cuenta de que no soy suficiente para él. No dejo de pensar que ha estado con muchas mujeres a lo largo de los años. Tengo miedo de que estar en exclusividad conmigo acabe por aburrirlo, que termine por darse cuenta de que no merece la pena. —También tengo miedo de estar tan enamorada de él que, si decide dejarme, me destroce como nadie me ha destrozado nunca, pero eso no se lo digo—. No sé, no quiero que termine odiándome por cortar sus alas.

—A ver —empieza mi amiga—, creo que Mark es mayorcito para decidir por sí solo. Quizás ya se ha cansado de sábanas frías y alcobas vacías, como canta Sabina, y quiere apostar por lo vuestro.

—¿Y quién me asegura que esta vez es la definitiva? ¿Quién me garantiza que conmigo va a ser diferente que con las demás? —Mi corazón no aguantaría la ruptura.

—¿Y quién se lo asegura a cualquiera? ¿Quién se lo garantiza a Violeta? Nadie. —Silvia me mira a los ojos—. Pero ellos no le han hecho caso al miedo; que seguro que también lo tienen como todos, y han decidido darle una oportunidad al amor. Han pesado más los pros que los contras en la balanza.

—¿Y si en mi balanza son todo contras y solo hay un pro? —Los ojos se me llenan de lágrimas.

—Pues apuesta por ese pro —dice con confianza—. Arriésgate, Lau, todo lo bueno da un

poco de vértigo al principio. En algún sitio leí que vale más haber amado y perdido que no haber amado nunca —acaba diciendo.

—Qué bonito, ¿dónde leíste eso?

—No sé. Creo que me lo escribió alguien en mi carpeta clasificadora en el instituto —suelta mientras se parte de risa.

La acompaño en sus carcajadas y, de esta manera, le quitamos un poco de intensidad a nuestra conversación. Me despido de ella dándole un fuerte abrazo que alargo un poco más de lo normal.

—Muchas gracias, Silvi, no sabes lo bien que me han venido tus palabras —le digo sin soltarla.

—Para eso están las amigas. —Rompe el abrazo y me pone sus manos a ambos lados de la cara—. No dejes que el miedo te impida vivir tu historia de amor, Lau. La vida es demasiado corta para andar teniendo dudas. Piensa en ella como en una montaña rusa, unas veces está abajo y otras sube a lo más alto. Disfruta de los momentos en los que está arriba. Son los que merecen la pena vivir.

Me despido de ella con una sonrisa y, dándole vueltas a sus palabras, subo las escaleras de casa de dos en dos, dispuesta a comerme un rato la cabeza y a tomar una decisión respecto a mi vida amorosa.

Aprovecho que mis padres no están, me tiro en la cama de mi infancia y hago un repaso a mi historia con Mark. Todo lo que vivimos, nuestras charlas, nuestros paseos, la forma en la que me enseñó partes de Nueva York que no conocía a pesar de llevar viviendo allí más de diez años. Después, mi mente vuela a los intentos que ha hecho para reconciliarse conmigo, para que lo perdone. Las canciones que me ha mandado al teléfono, todas de salsa o bachata y en español, indican que se ha esforzado en buscar las más acordes con nuestra historia. Y luego están las notas. Ufff, esas notas casi han conseguido derribar todas mis murallas, todos mis recelos. Todo eso debería ponerlo en la columna de los pros, ¿no? Pero luego me acuerdo de lo gilipollas que fue al dejarme, de su manera de pasarme a la pelirroja por delante del morro, y siento cómo el enfado va pidiendo paso dentro de mí. Eso es un enorme contra, ¿verdad? Por otro lado…

El ruido de las llaves en la puerta me desvía de mis divagaciones y me levanto rápidamente para recibir a mis padres.

Pero no son ellos los que entran. Mis hermanos están en la puerta dándose empujones el uno a la otra y riéndose a carcajadas. Por mucho que pase el tiempo, y a pesar de que hayamos madurado (ejem, ejem, unos más que otros), las cosas entre nosotros no cambian, seguimos burlándonos de los demás. A veces somos mi hermana y yo contra el varón de la familia, otras veces se unen ellos dos contra mí y otras nosotros contra mi hermana. Joder, cuánto los he echado de menos.

—¡Sergio! ¡Cris! —grito y les doy un susto de muerte que hace que me ría de sus caras.

—Joder, qué susto, pequeñaja. —Mi hermano se acerca a mí y me envuelve en un abrazo de

oso—. Qué ganas tenía de verte.

—¿De verme o de meterte conmigo? A ver cuándo dejas de llamarme *pequeñaja*. —Le doy un pequeño puñetazo en el brazo—. Te recuerdo que ya tengo treinta y tres años y, por mucho que te joda, sigo llevándote dos. Debería ser yo la que te llame *pequeñajo*.

—Ja, sigue soñando. —Me devuelve el puñetazo—. Cuando seas capaz de mirarme a los ojos sin tener que ponerte de puntillas, será el día que deje de llamarte *pequeñaja* —dice resabiado.

—Bueno, Cris es más bajita que yo y no la llamas *pequeñaja* —intento meter cizaña.

—Porque me llama *tapón*. —Ahora es ella la que me abraza—. O *llavero*, no sé qué me molesta más.

—Es que —dice Sergio abrazándonos a las dos a la vez—, sois como dos pendientes, tan chiquititas y tan monas.

Cristina y yo nos miramos a los ojos y, con solo una mirada, nos decimos todo. Al grito de «¡Tachenco!», nos tiramos encima de él, consiguiendo caer los tres al suelo en una maraña de brazos y piernas, dando paso a una guerra de cosquillas y pellizcos que nos hace reír a carcajada limpia.

Así es como nos encuentran nuestros padres un rato después, cuando abren la puerta, con semejante percal en el suelo del pasillo.

—Pero, hijos —exclama mi madre—, ¿es que no pensáis madurar nunca? —La risa en su voz.

—¡NOOOO! —gritamos los tres a la vez.

Hogar dulce hogar.

Paso la semana poniéndome al día con mis hermanos, o esa es la excusa que les pongo a Laura y a Ryan para descolgarme de la cena preboda. Aún no estoy preparada para enfrentarme a Mark. Sé que el sábado no tendré más remedio que verlo, pero, cuanto más tiempo pueda retrasar el momento, mucho mejor.

Hablo con ellos de todo un poco. Siempre hemos tenido una enorme confianza, desde pequeños hemos sido una piña. Si nuestros padres castigaban a alguno de nosotros, los otros dos unían fuerzas e intercedían por el penado. Había veces que lo conseguíamos, otras muchas terminábamos los tres enfurruñados después de tocarles los pies a nuestros padres y acabar con otro castigo por meternos en batallas ajenas.

Obviamente les conté mis movidas con Mark, mis dudas, mis miedos y, aunque ninguno de los dos me sacó de mi incertidumbre, ambos me confirmaron que estarían allí para mí, que me apoyarían decidiese lo que decidiese. Mi hermano incluso me ofreció arreglarlo todo para que pareciese un accidente, ejerciendo de «hermano mayor» sin serlo, lo que me hizo reír y quererlo más si cabe, sabiendo que odia cualquier clase de enfrentamiento.

Así, entre risas, charlas, piques, cervezas y alguna que otra sesión de comida basura con

ellos, el día de la boda, el día en el que volvería a enfrentarme a Mark, llega.

No voy a negar que estoy casi tan nerviosa como la novia. No ayuda a mis nervios que dos días antes me hubiese llegado al móvil otra canción enviada por él. En esta, Manuel Turizo me pedía (porque sí, sentía que todas llevaban mi nombre) que le quisiera mientras se pudiera, y mi sangre se convirtió en lava líquida al imaginar que era Mark quien me la cantaba. Con semejante presión, como para estar tranquila, ¿no?

El sábado amanece un día radiante, sin ninguna nube en el cielo. Ni en pleno agosto disfrutamos de días así de despejados.

Después de desayunar, cojo todos mis bártulos y soborno a mi hermano para que me acerque a casa de Violeta. La idea es arreglarnos juntas y salir en el mismo coche, que conducirá su hermano, hacia la playa.

Sergio me lleva todo el camino refunfuñando.

—¿Te parece que estas son horas de despertarme? —protesta.

—Coño, niño, que son las once y media. Como diría la abuela, ya han pasado las lecheras —digo sarcásticamente.

—Bueno, pero este cuerpo necesita sus horas de sueño. —Se señala con el pulgar.

—Ohhh, ¿el nene necesita su cura de belleza diaria? —me burlo.

—Mi inteligencia necesita recargarse debidamente, y eso solo se consigue descansando las horas adecuadas. —Gira el volante para entrar en la calle donde viven los padres de Violeta, una casa a donde se mudaron cuando se jubilaron—. Te recuerdo que yo soy el inteligente de la familia y Cris la simpática.

—Ah, y entonces, ¿qué papel desempeño yo? —pregunto.

—Tu eres la adoptada —contesta descojonándose en mi cara.

—Serás capullo —digo dándole una colleja cuando para el coche en frente del portón de la casa de Violeta.

Voy a seguir con las tortas cuando coge mi mano, se ríe e intenta hablar. Se atraganta con su propia saliva y le doy unos golpes en la espalda, mientras nos descojonamos de risa.

—Tú sabes que eres la guapa, tontita. —Me abraza después de recuperarse de su ataque de tos—. Lo que pasa es que tengo que vacilarte para que no se te suba a la cabeza.

—Algún día —digo mientras abro la puerta del coche—, cuando estés dormido, te juro que voy a vengarme de todos tus vaciles, gilipollas. —Salgo dando un portazo.

Me asomo por la ventanilla del coche.

—Y recuerda que tienes que ir a recoger al novio y al padrino para llevarlos a la boda, señor inteligente. —Le guiño un ojo.

—No se me va a olvidar, coñazo de niña. —Pone los ojos en blanco—. Lo que no te garantizo es que el padrino no aparezca con un ojo morado —me amenaza.

—Menos lobos, caperucita —me burlo—. No eres capaz de matar a una mosca. Recuerda que siempre éramos Cris y yo las que te defendíamos de los abusones.

—Y no vas a dejar de recordármelo mientras viva, ¿verdad? —contesta arrancando el coche.

—Nunca, es más, haré que lo graben en la lápida del primero de los dos que estire la pata. —Me río antes de alejarme y empezar a cruzar.

—Eres la peor hermana del mundo —me grita Sergio a través de la ventana.

—Pero me amas —le contesto de vuelta tirándole un beso con la mano.

Veo cómo se aleja el coche de mi hermano y sigo riéndome cuando llamo al timbre de mi mejor amiga.

Según entro por la puerta, antes de que Violeta abra la boca, le aviso.

—No vamos a hablar de mi relación inexistente con Mark. —Me quedo quieta mirándola—. Hoy es tu día y vamos a dedicarnos a él. No todos los días se casa mi mejor amiga y quiero disfrutarlo sin pensar en nada más.

—Vale, te lo compro —contesta—, pero sabes que, tarde o temprano, vamos a tener que hablar de ello. Y ese día, no te voy a dejar salirte por la tangente. —Entrecierra los ojos cerrando la puerta—. Cuando llegue el momento, vas a sacar todo lo que sientes hacia fuera, aunque te derrumbes y tenga que recogerte del suelo. Solo así podrás seguir adelante o volver a empezar.

—Vale —cedo—, pero, como diría Scarlett O'Hara, eso lo pensaré mañana. —Me estoy volviendo una experta en dejar las cosas para el día siguiente.

Pasamos la mañana embadurnadas en potingues varios y riéndonos. Recordamos nuestra infancia, nuestros sueños de niñas, nuestros trabajos infames y nuestras juergas nocturnas. No escatimamos en besos, en abrazos emocionados cuando vamos sacando todo lo que llevará a la boda como marca la tradición. Algo nuevo, el vestido; algo usado, una pulsera que perteneció a su abuela; algo azul, la liga que le regalé el día que compramos el vestido, y algo prestado, unos pendientes de perlas que la madre de Ryan guarda como oro en paño.

Después de comer algo ligero, llega la hora de peinarnos y maquillarnos. La peluquera de siempre, la que ha peinado a la madre de Violeta en los últimos años, entra en casa como un elefante en una cacharrería, cargada con todos sus bártulos y acompañada de su hija, que se ocupará de maquillarnos a todas, la madre de Ryan incluida.

Tras pasar por chapa y pintura, después de vaciar un par de botellas de cava, y tras algún retoque por culpa de lágrimas traicioneras, llega el momento de vestir a la novia.

Como madrina y mejor amiga suya, tengo el privilegio de deslizar el vestido por el cuerpo de Violeta, tragando el nudo de emoción que amenaza con estropearme de nuevo el maquillaje.

Vestidas todas, es el momento del fotógrafo, que ha llegado un rato antes y espera paciente a que terminemos de acicalar a la novia. Cuando no quedan más fotos por hacer, llega la hora de los nervios, las prisas y el barullo que acompaña a toda la parafernalia del momento.

Los padres de Violeta y los de Ryan se van hacia la playa y nos quedamos mi amiga y yo solas, mientras su hermano nos espera en la calle, con el coche adornado, para llevar a su

hermana a disfrutar del día más importante de su vida.

Encierro sus manos entre las mías y suspirando me pongo delante de ella, cara a cara.

—Deseo que tengas toda la felicidad del mundo, hoy y siempre —digo con emoción—. No conozco a nadie que se merezca su final feliz más de lo que te lo mereces tú —termino con un abrazo flojo para evitar estropear todo su *look*.

—Yo sí conozco a alguien —contesta ella igual de emocionada—, a ti. Y te prometo que lo tendrás. Tarde o temprano, lo tendrás. Solo tienes que dejar atrás los miedos y dar un salto de fe.

—Me lo prometiste…

—Lo sé, lo sé. —Se aprieta la boca con los dedos y hace como que tira una llave imaginaria —. Vamos, no sea que Ryan se crea que me lo he pensado mejor y le dé un parraque. —Se ríe, intentando restarle intensidad al momento.

El camino hacia la playa de Mataleñas lo hacemos en silencio y agarradas de la mano, cada una pensando en lo suyo, ¿adiviináis en quién pienso yo?

Cuando llegamos, tras acabar el descenso de las escaleras, la cara de mi amiga resplandece de felicidad, ansiosa de unirse de por vida al hombre de sus sueños.

Comenzamos el desfile hacia la pérgola, por la alfombra de esparto que cruza por en medio de las sillas de los invitados, acompañadas por la canción «Volver a nacer» de Carlos Vives.

…quiero casarme contigo
Quedarme a tu lado
Ser el bendecido con tu amor…

Violeta se vuelve hacia mí con los ojos llorosos y susurra «es perfecto» mientras me aprieta la mano.

Yo, igual de emocionada que ella, procuro mirar a todas partes menos al frente, donde un Mark espectacular, espera de pie junto al novio la llegada de la futura esposa. Cuando llegamos a su altura, es inevitable que mis ojos se encuentren con los suyos. Unos ojos azules llenos de arrepentimiento, pero también de amor, un amor tan grande que me sacude por dentro, haciendo que las lágrimas no derramadas se me atasquen en la garganta.

No vuelvo a fijar mi mirada en él el resto de la ceremonia, pero eso no evita que sienta la suya en todo momento, acariciándome, anhelándome, haciendo que mis extremidades se vuelvan de mantequilla amenazando con no sostenerme.

Afortunadamente, cuando quiero darme cuenta, Violeta y Ryan son marido y mujer y trasladamos la fiesta al restaurante elegido para el ágape. Espero que, una vez allí, me sea más fácil ignorarle.

No saboreo nada de lo que me ponen en el plato, ya podría ser cartón, que hubiera dado

exactamente igual. Aunque he decidido sentarme en la mesa que ocupan el resto de nuestros amigos, en vez de en la presidencial, como ha hecho él, siento sus ojos clavados en mi espalda, igual que durante la ceremonia.

Al rato, los novios abren el baile con la canción de Silvestre Dangond y Nicky Jam «Cásate conmigo» entre sonrisas y arrumacos. A mitad de canción, Ryan me coge de la mano para bailar con él y Violeta hace lo mismo con Mark, que intenta seguir sus pasos con mayor o menor fortuna.

A esta canción le sigue la típica lista que no puede faltar en ninguna boda que se precie, desde Rafaella Carrá, pasando por Camilo Sesto y acabando con la «Gran noche» de Raphael. Me entrego al baile intentando estar lo más alejada posible de Mark, que mira con ojos dolidos mis bailes con Carlos.

En un momento dado, empieza a sonar una canción que no está dentro de la lista que he elaborado para la boda. La voz de Reik y su «Creo en ti» se desliza por mis oídos como un bálsamo y, cuando la mano de Mark se cierra atrapando la mía y me acerca a su cuerpo, no encuentro ninguna excusa para negarme el placer de sentirlo pegado a mí.

…creo en ti y en este amor
Que me ha vuelto indestructible
Que detuvo mi caída libre
Creo en ti y mi dolor se quedó kilómetros atrás
Y mis fantasmas hoy por fin están en paz…

Mark susurra la letra en mi oído, en un español bastante aceptable, lo que hace que me conmueva hasta límites insospechados y que baje mis barreras lo suficiente como para no ver venir el beso que deposita en mi boca. Llevada por el momento, correspondo a dicho beso, que se vuelve más demandante a medida que nuestras lenguas se reconocen, se recuerdan. Dios, cómo echaba de menos su sabor. No conoce nadie las veces que he anhelado tenerlo así, respirándonos, bebiéndonos nuestros suspiros, empapándome de su calor.

La canción se termina, pero nosotros seguimos moviéndonos mientras todos nos rodean. Veo la sonrisa de Violeta, que tiene las manos en la boca, contenta de vernos juntos y algo hace clic en mi cabeza. Todos esos miedos que se habían difuminado durante el baile, vuelven para acecharme y recordarme todos los motivos por los que estar así, abrazada a Mark, es mala idea.

Rompo el abrazo empujándolo con fuerza, mirando sus ojos desconcertados.

—¿Crees que con un simple baile y una canción susurrada al oído se va a arreglar todo? —le escupo.

—Estás equivocada. —Intenta acercarse a mí, pero doy un paso atrás y evito su contacto.

—Maldita sea, Mark, no tienes ningún derecho a insistir —digo—, no tienes derecho a volver a enredarme. —Miro a mi alrededor y veo a todos siguiendo nuestra discusión en silencio.

Me importa una mierda, estoy tan ofuscada que me da igual estar dando el espectáculo—. No te imaginas cuánto te odio en este momento. Me has roto, me has dañado de tal manera que no creo posible poder volver a querer a nadie más. —Las lágrimas se derraman sin control por mi cara—. O por lo menos, no como te he querido a ti. De ahora en adelante, cada hombre que se me acerque será víctima de las comparaciones contigo, y odio reconocer que ninguno estará a tu altura. —Lo miro fijamente antes de darle la estocada mortal—. Ojalá no te hubiera conocido nunca, desearía que no te hubieses cruzado en mi camino. Mi vida sería mucho más tranquila.

Veo el momento exacto en el que lo destrozo. Sus ojos pierden cualquier clase de vida y aprieta tanto los dientes que tengo miedo de que se haga daño en la mandíbula.

Me mira unos segundos más y, a continuación, se da la vuelta y se abre paso entre los invitados que nos miran con lástima.

Lo veo marcharse tan roto que no sé si será capaz de recoger todos los pedazos diseminados por el suelo. Sé que debería odiarme a mí misma en este momento por el daño que le he hecho, pero ahora solo puedo pensar en mí y en mi propio dolor. Me doy la vuelta y me cruzo con la mirada decepcionada de mi mejor amiga.

Esta se acerca a mí y me mira, moviendo ligeramente la cabeza a un lado y a otro.

—No te reconozco —me dice—. ¿Dónde está mi amiga, mi dulce Laura? Nunca has sido tan rencorosa.

—No es rencor —contesto—, es miedo.

—Creo que ya es hora de que seas sincera contigo misma y te olvides de la excusa del miedo. Desde niña has querido encontrar al amor de tu vida y, cuando lo tienes delante de las narices, lo dejas escapar. Siempre he creído que tú eras la valiente de las dos, Lau. Ahora veo que estaba equivocada, que estás muerta de miedo, miedo a vivir. —Después de dedicarme una última mirada, se acerca a donde está su marido, le da la mano y salen de restaurante dando por concluida la celebración.

Ya en mi casa, doy tantas vueltas en mi cama como en mi cabeza, reflexiono sobre lo que me ha dicho Violeta. ¿Es verdad que tengo miedo de vivir? Siempre he creído que lo hacía al máximo, al menos creo que antes de mudarme a Nueva York o incluso durante mis primeros años en la ciudad que nunca duerme, lo hacía. ¿En qué momento dejé de comerme el mundo, dejé de saborear la vida? Joder, quiero volver a ser la Laura que no le temía a nada, que vivía cada día como si fuera una nueva aventura, que se levantaba cada mañana queriendo escribir miles de cosas en la página en blanco que nos regala el nuevo día. Mierda, creo que he tocado fondo. Mi cagada de hoy con Mark no hace más que confirmarlo.

Lágrimas de rabia e impotencia mojan mi almohada y, cuando el amanecer me sorprende, aún despierta en la cama, sé lo que tengo que hacer, no sé cómo ni de qué manera, pero sé exactamente a dónde tengo que ir.

Espero que no sea demasiado tarde.

Cuando considero que es una hora prudencial, me visto sin pararme a pensar mucho en lo que me pongo. Cojo las llaves de mi coche del mueble de la entrada y bajo corriendo las escaleras. Arranco y conduzco hacia el hotel donde se hospeda Mark.

Cuando llego, aparco de cualquier manera, en este momento una multa o la grúa es la menor de mis preocupaciones. Entro en el hotel y subo las escaleras hasta la *suite* que sé que ocupa junto a Ryan. Llamo a la puerta y siento que los segundos que tarda en abrirse duran una eternidad. Pero no es la cara que espero ver la que me recibe al abrir. Un apenado Ryan está al otro lado con cara de circunstancias.

—Se ha ido, Lau —me dice triste—. Cuando Violeta y yo llegamos esta mañana temprano a la habitación, había recogido todo y había desaparecido. Lo siento.

Me dejo caer de rodillas en el suelo, mientras empiezo a llorar.

—Lo he fastidiado todo, Ryan. —Lo miro a través de mis lágrimas—. Lo he perdido definitivamente.

Cierro los ojos e intento asumir mi realidad, que no es otra que la de haber perdido al amor de mi vida. Por mi miedo y por mi orgullo, lo he perdido.

Y no se si seré capaz de superarlo.

No sé si me merezco superarlo.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

recogiendo los pedazos



RYAN

Me destroza ver a Laura tan rota, de rodillas en el suelo, llorando por mi amigo. Sé perfectamente lo que se siente cuando pierdes al amor de tu vida. Aún recuerdo cómo me sentí durante los meses en los que Violeta me apartó de su lado o, para ser exactos, los meses en los que hice que se apartase de mi lado. Por eso no puedo verla así.

La ayudo a levantarse y la acompaño hasta el sofá de la *suite*, donde la insto a sentarse. Tiene la mirada perdida. Creo que no ha sido consciente de las consecuencias de sus palabras de anoche hasta que ha llegado aquí y ha visto que Mark se ha ido.

—¿Dónde está Violeta? —me pregunta hipando por culpa de las lágrimas que no han dejado de correr sin parar por su cara.

—La he hecho irse después de desayunar —contesto—, necesita descansar y yo quería quedarme aquí a esperarte.

—¿Sabías que iba a venir? —La sorpresa se refleja en sus ojos.

—Bueno, entraba dentro de las posibilidades. —Paso un brazo por sus hombros.

—La he fastidiado, Ryan —repite lo mismo que ha dicho al llegar—. La he cagado pero bien.

—No la has cagado. —intento consolarla—, solo has blindado tu corazón. Es normal, al fin y al cabo, él te falló. Se comportó como un inmaduro y te lo hizo ver de la peor manera posible, paseándose con otra mujer delante de ti.

—Sí, pero no debería haberle dicho todo lo que le solté anoche. No fue justo. —Me mira a los ojos—. Ni siquiera es verdad. Yo no lo odio, todo lo contrario. —Vuelve a romper en sollozos.

—A lo mejor se merecía escuchar todo lo que le dijiste —reconozco—, quizás le haga abrir los ojos.

—Pero él ha estado haciendo todo lo posible para reconciliarnos —confiesa—, me ha estado mandando notas preciosas, cada día. Y también canciones. Se lo ha estado currando mucho.

—Parece que no lo suficiente.

—¿Y la canción que bailamos anoche? —Una leve sonrisa se abre paso en su boca—. Ha sido lo más romántico que nadie haya hecho nunca por mí. Se aprendió la letra, en español, solo para sorprenderme. Y además, Mark no baila, nunca.

—Bueno —oculto una sonrisa—, podría haberlo hecho mejor.

—¡Oye! —Me mira un poco irritada—. ¿No se supone que tienes que defender a tu mejor amigo?

—¿Para qué? —ahora ya no escondo la sonrisa—. Ya lo estás haciendo tú de maravilla.

Me mira de forma suspicaz y me acompaña sonriendo.

—Ya entiendo. —Me da un ligero golpe en el hombro—. Estás utilizando la psicología inversa conmigo, ¿no?

—Elemental, querido Watson. —Pellizco una de sus mejillas—. Estaba dispuesto a lanzarme a una ardua defensa que te convenciese de las maravillas de mi mejor amigo. —La miro entrecerrando los ojos—. Pero al final no lo he necesitado. Si no supiese que estás completamente enamorada del gilipollas de Mark, me hubiese quedado claro al oírte defenderlo.

—Ya, pero ahora es demasiado tarde. —Agacha la cabeza—. Además, todavía no he perdido el miedo. Miedo a que me haga promesas que no pueda cumplir —levanta sus ojos hacia los míos—, a que se dé cuenta de que no soy lo que él espera. —Se encoge de hombros.

—Lau, el miedo es normal. —Cojo sus manos, apretándoselas con cariño—. Nadie te garantiza el futuro, nadie te asegura que sea para siempre. Ni siquiera Violeta y yo estamos exentos de la ruptura, pero míranos, hemos apostado por lo nuestro y vamos a disfrutar de ello, mientras dure.

—¿Y qué hago con el miedo? —Me pregunta.

—Como escribió Gabriel García Márquez «contéstale que sí. Aunque te estes muriendo de miedo, aunque después te arrepientas, porque de todos modos, te vas a arrepentir toda la vida si le contestas que no». —Veo como abre los ojos desmesuradamente.

—No sabía que eras tan profundo y sentimental —me dice.

—¿Sabes? Esas mismas palabras me las dijo Mark en otra ocasión. —Le guiño un ojo—. Eso solo viene a demostrar mi teoría de que estáis hechos el uno para el otro.

Sonríe levemente, pero veo la esperanza resurgir en el fondo de sus ojos.

—¿Y si voy a buscarlo y me rechaza? —La duda sonando en su voz—. ¿Y si, después de todo, me dice que no?

—Eso no va a pasar, Lau —digo convencido—. Conozco a Mark mejor que él mismo y sé lo que siente por ti. Si no me lo hubiese confesado, solo el ver su cara de cordero degollado cada vez que te mira, me lo hubiese confirmado.

—Ojalá que no te equivoques —dice con duda—. Dentro de una semana, en cuanto vuelva a Nueva York, pienso ir a buscarlo. —Ahora suena resuelta y decidida—. Voy a confesarle mis sentimientos, además de mis miedos, y que sea lo que Dios quiera. Después de eso, la pelota estará en su tejado.

—Te aseguro que no te dejará escapar. —La abrazo—. Eres lo mejor que le ha pasado en la vida. —Me separo de ella—. Haz que no pueda resistirse a tus argumentos… ni a tus encantos —bromeo.

Laura rompe a reír y respiro aliviado al haber conseguido superar esta crisis.

—Esto… —vuelve a hablar—. De cero a cien, ¿cómo de enfadada está Violeta conmigo por haberos jodido la boda?

—Violeta no está enfadada contigo, al fin y al cabo, la boda ya estaba a punto de finalizar —la tranquilizo—. Solo está un poco apenada por que saliesen tan mal las cosas con Mark. Sabes

que es la primera que quiere que os arregléis. —Sonrío—. Ya cuando la conocimos durante el viaje a Europa, aseguraba que Mark y tú os llevaríais estupendamente.

Asiente riéndose antes de volver a hablar.

—Vámonos, Ryan. —Se levanta con ímpetu del sofá—. Llévame a casa con Violeta. Quiero despedirme de ella antes de que pongáis rumbo a la luna de miel. Necesito asegurarme de que todo está bien entre nosotras. Necesito que sepa que voy a hacer todo lo que esté en mis manos por solucionar las cosas con Mark. —Esta es la Laura decidida y fuerte que conozco. La que no se deja amilanar, la que no se achanta ante los problemas, la peleona, la que enamoró a mi mejor amigo.

Y estoy plenamente convencido de que todo se solucionará entre ellos.

Tiene que solucionarse.

Porque no creo que Mark pueda recuperarse de la pérdida de la mujer de su vida, de su mitad.

Y yo no podría soportar verlo tan destrozado como está desde que las cosas con Laura se fueron al garete.

No quiero pasarme la vida recogiendo pedazos.

Los pedazos de Mark y Laura.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

aprendiendo a vivir sin una parte de mi corazón



MARK

No consigo vuelo a Madrid esa misma noche, por lo que cojo el primer autobús que sale con destino a la capital española.

Llego al aeropuerto Adolfo Suarez bien entrada la madrugada y, después de conseguir un vuelo a Nueva York con escala en Dublín, me dispongo a dormitar incómodamente en un asiento de mala muerte.

El vuelo o, más bien, los vuelos, los paso sumido en mis pensamientos, de la misma manera que lo hago en el trayecto en taxi desde el aeropuerto hasta mi apartamento.

Cuando por fin cierro detrás de mí la puerta del mismo, me derrumbo, buscando por el suelo los pedazos de mi corazón que Laura se ha encargado de destrozar. Aunque lograse recuperar todos, sé que ya no hay manera de reconstruirlo, ya no encajan, el más grande se quedó atascado en algún lugar entre sus ojos y su boca.

La misma boca que no escatimó en palabras a la hora de acabar con mi ilusión. La ilusión de una nueva oportunidad juntos.

Joder, ¿en qué puñetero momento se desmadraron tanto las cosas?, ¿en qué momento la cagué de tal manera que he conseguido que Laura, mi chica, mi vida, me odie?

Me acerco lentamente a la cocina y abro la nevera con ganas de beberme una cerveza, o diez, las que hagan falta para adormecer mi cabeza y que esta no dé vueltas y vueltas alrededor del mismo tema. Maldigo en voz alta al darme cuenta de que está vacía, joder. Como iba a estar varios días fuera de casa por la boda de Ryan, no hice la compra como todas las semanas. Su puta madre.

Me acerco a un pequeño mueble ubicado en el salón, donde guardo las bebidas más fuertes y agarro la botella de *whisky* que me traje de Escocia el año pasado.

Relleno un vaso sin molestarme en echar hielo y me bebo el líquido ambarino de un trago. Ignoro el ardor que provoca en mi garganta y vuelvo a llenar el vaso. Con él en la mano, me acerco hasta la ventana y me quedo absorto viendo a la gente pasar, todos ocupados en sus rutinas, en sus vidas, ajenos a que, a unos metros de ellos, la mía acaba de saltar por los aires, dejando un hueco enorme donde antes habitaba mi corazón.

Mi móvil suena con un nuevo mensaje y lo saco del bolsillo. He perdido la cuenta de todos los que me han mandado Ryan y Violeta. Todos ignorados y descartados. Las llamadas también se han sucedido una detrás de otra, pero no he tenido ni las ganas ni las fuerzas para contestar.

¿Para qué? ¿Para qué me pregunten cómo me encuentro? ¿Y qué les digo?, ¿que la única chica de la que me he enamorado en mi vida acaba de destrozármela? No creo que sea la mejor conversación para tener con unos recién casados que deberían estar disfrutando de su momento y no preocupándose por mi vida amorosa.

El teléfono vibra en mi mano con una llamada entrante y consigue sacarme de mis pensamientos. Antes de cogerlo, me bebo de otro trago el contenido del vaso y contesto con desgana.

—Sí —digo lacónicamente.

—Mark —Ryan suena aliviado—, por fin doy contigo. En tu puta vida vuelvas a hacerme esto. No vuelvas a irte sin decir nada. Joder, pensamos que te había pasado algo.

—Tranquilo, amigo —arrastro un poco las palabras, nunca he tolerado muy bien el whisky —, no estoy tan desesperado como para cometer ninguna tontería.

—¿Dónde estás? —la pregunta de mi amigo me hace soltar una risa sarcástica.

—¿Dónde voy a estar? En el único sitio donde soy bienvenido, en mi casa.

—No digas eso, tío. —Creo que lo he ofendido—. Sabes que eres bienvenido en cualquier lugar donde estemos Violeta y yo.

—Sí, bueno —contesto—, de ahora en adelante, seré un poco menos bienvenido.

—¿A qué te refieres?

—A que tendré que evitar quedar con vosotros para no encontrarme con…Laura —suelto.

—Respecto a Laura… —empieza mi amigo.

—NO —lo corto—, por favor, no me digas nada de ella. No sabes lo que me escuece, lo que me duele.

—Pero… —Intenta volver a hablar.

—Mira, Ryan, no estoy preparado para hablar del espectáculo que dimos en tu boda. Todavía estoy asimilando todo lo que me dijo, intentando hacerme a la idea de la magnitud de su odio hacia mí.

—Mark, Laura no te odia. —Siento la lástima en su voz.

—Joder, pues cualquiera lo diría. —Hago una mueca de disgusto aunque mi amigo no pueda verla—. En cualquier caso, no me quiere, que viene a ser lo mismo. Ahora me toca aprender a gestionarlo.

Me acerco a la mesa del comedor, donde descansa la botella de alcohol, y me sirvo de nuevo, esta vez de forma generosa, demasiado generosa, tanto que casi se sale el líquido por el borde. Mientras dura la operación, mi amigo permanece callado al otro lado del teléfono, no sé si para no reconocer que tengo razón o por lástima.

—De todas formas —sigo hablando después de darle un buen sorbo a mi vaso—, he vivido treinta y cuatro años esquivando al amor. Creo que puedo vivir otros tantos sin él. Casi que me ha hecho un favor. —Río escandalosamente antes de volver a beber—. Imagínate qué pérdida para el género femenino si me ato a una sola mujer.

—Tío, ¿estás borracho?

—Nop, pero espero estarlo al acabar la noche.

—Joder, macho, esa no es la salida —contesta preocupado.

—No me vengas con salidas ni entradas. —El alcohol empieza a hacerme efecto y escupo

mis palabras con rabia—. Tú no sabes lo que siento. No estás dentro de mí y no puedes llegar a imaginar lo que es que le entregues tu corazón a una persona y lo estruje como si fuese un trapo. Sin remordimientos, sin contemplaciones. Cuando estés en mis zapatos y camines con ellos, podrás hablar.

—Te recuerdo que yo pasé por lo mismo con Violeta —me contesta enfadado.

—No te confundas, Ryan, tú no pasaste por lo mismo que yo. —Me jode que compare su historia con la mía—. Violeta estaba loca por ti. Ella nunca te gritó delante de un montón de personas que te odiaba. Lo vuestro, al final, ha tenido un final feliz.

—No tires la toalla…

—Mira, tío —vuelvo a cortarle, empieza a cansarme esta conversación—, si vas a empezar a soltarme frases de autoayuda barata, ahórratelas.

—No son…

—Me da igual. —Está visto que no quiero escuchar más a mi amigo—. Estoy muy cansado, Ryan. Empiezo a acusar el *jet lag* y, ahora mismo, la única compañía que necesito es la de la botella de Macallan que me espera en la mesa. Disfruta de tu luna de miel y ya nos veremos a la vuelta. —Termino con esta charla que no ha hecho más que levantarme dolor de cabeza.

Bueno, a lo mejor, que ya me haya ventilado más de media botella de *whisky* también tiene algo que ver. De todos modos, acojo el dolor con los brazos abiertos, eso significa que el alcohol está haciendo su trabajo y cualquier cosa que consiga anestesiarme lo suficiente para que deje de pensar en ella y en sus palabras es bien recibida.

La mañana me encuentra dormido en el sofá, con la ropa arrugada y la boca pastosa. Miro la botella, que ha sido mi fiel compañera durante gran parte de la noche y en la que apenas queda un dedo de contenido, y me froto la cara. Después, paso a pinzarme el puente de la nariz, para intentar paliar el dolor que me martillea detrás de los ojos. La melodía de mi móvil hace que los apriete. Maldigo mientras lo busco entre los cojines del sofá. La puta musiquita de los cojones hace que el dolor de cabeza, debido a la resaca, se multiplique por mil.

Aprieto los labios cuando veo quién está detrás de la llamada, mucho tardaba, y suspiro cansinamente antes de descolgar.

—¿Qué pasa, te ha convencido tu maridito para que me llames? —Sé que Violeta no se merece mi mal humor, pero en estos momentos me la suda todo.

—Oye —contesta mosqueada—, a mí no me hables así porque en cuanto te vea te doy una hostia con la mano abierta. Y sabes que no me corto.

No puedo evitar sonreír por su amenaza.

—Además —continúa—, yo no necesito a nadie que me diga lo que tengo que hacer. Yo hago lo que me sale del mismísimo… moño. Y si quiero llamarte y echarte la bronca por irte sin decir nada y dejándonos con una preocupación del carajo, pues lo hago y punto. ¿Alguna

objeción más?

—Dios me libre. Ni se me ocurriría.

—Vale, eso está mejor. —Aunque no la veo, sé que está sonriendo—. Ahora al lío, ¿cómo estás?

—Como una puta mierda, ¿es lo que quieres oír? —respondo.

—No precisamente, pero es un comienzo.

—Siento la que liamos en la boda, Vi. No os merecíais el espectáculo —me disculpo—. La gente debió de flipar con todo.

—Teniendo en cuenta que la mitad no habla inglés y no se enteró de lo que dijisteis, reconozco que no estuvo mal la performance. —Se ríe sin disimularlo.

—Me alegro de que al menos uno de nosotros se esté divirtiendo con todo esto —digo cabreado.

—A ver, Mark, no es que me esté divirtiendo ni nada, de verdad —confiesa—, solo intento verle el lado positivo a tu huida.

—No sé si es por la resaca o el *jet lag* —salto—, pero siento que me estoy perdiendo algo.

—Tranquilo, ya te enterarás a su debido tiempo.

—De verdad que no tengo la cabeza ahora mismo para adivinanzas, Vi.

—Como dice mi madre: noches de desenfreno, mañanas de ibuprofeno. —Tengo que separarme el teléfono de la oreja para que no me taladre con su risa—. Espero que tengas una caja a mano, te va a hacer falta. —Qué cabrona, cómo me la tira.

—Si al menos hubiese disfrutado de una noche de desenfreno…

—Bueno, dejemos las bromas, cuéntame realmente cómo te sientes. —Se pone seria.

—No sé, Vi. —Me paso una mano por la cara intentando encontrar las palabras para explicar a mi amiga cómo me siento—. Estoy dolido, triste, enfadado, pero sobre todas esas emociones, la que sobresale es la decepción. Nunca pensé que Laura pudiese lanzarme esos puñales en forma de palabras.

—Tienes que entenderla, Mark —defiende a su amiga—. Laura lleva mucho tiempo guardándose su dolor. Ha intentado por todos los medios que yo no tuviese que posicionarme en ninguno de los dos bandos y eso ha hecho que se lo fuese tragando todo hasta hacerla explotar. No ha debido de ser fácil para ella rumiar sus sentimientos en soledad.

—¿Qué sentimientos ni qué leches? —El mosqueo vuelve a apoderarse de mí—. Creo que en la boda ha quedado claro que ya no siente nada por mí. Sí, dijo que me había querido, pero en pasado. Ahora el único sentimiento que despierto en ella es el odio.

Y cada vez que me acuerdo de su cara cuando me lo dijo, siento que me hundo un poco más en un pozo sin fondo.

—Ay, Mark, qué tontos sois los hombres. —Ya solo me falta que mi mejor amiga me insulte —. No sabéis leer entre líneas. Pero si no eres capaz de ver el trasfondo en las palabras de Laura, no voy a ser yo la que te abra los ojos.

—Joder, Violeta, sigo sin tener ni puta idea de lo que quieres decirme. —Todo lo que me ha dicho me ha sonado a suajili—. ¿A qué trasfondo te refieres?

—No te preocupes, ya te enterarás —contesta crípticamente.

Me froto los ojos con una mano, necesito un café con urgencia porque no me estoy enterando de la misa la mitad. Juro que no vuelvo a meterme una botella de *whisky* entre pecho y espalda o, por lo menos, no estando solo.

—Lo que tú digas, Violeta. —Estoy agotado—. De todos modos, ¿tú no tenías que coger un vuelo con destino a tu luna de miel? —pregunto a la vez que me levanto y voy hacia la cocina a prepararme una taza del preciado oro negro.

—Sí, sí, en breve salimos hacia el aeropuerto —dice—, pero antes de colgar, prométeme una cosa.

—Venga, suéltalo. Total, no vas a descansar hasta que te lo prometa. —Qué malo es conocerse.

—No dejes que el enfado o la decepción te impidan tomar la decisión correcta. —La hostia, qué ganas tiene de volverme la cabeza del revés—. Solo haz caso a tu corazón y a lo que sientes. Nada más importa. Pon el contador a cero.

—De verdad, Violeta, o yo hoy no doy pie con bola, o tú te has tragado un libro con frases motivadoras pero sin ningún sentido, porque no me estoy enterando de nada —confieso.

—Tranquilo, ya lo harás. Bueno, mejor me voy antes de que a tu amigo empiece a temblarle un ojo por los nervios de no llegar a tiempo al aeropuerto. Mucho ánimo, Mark, y di a todo que sí —acaba al despedirse.

Me quedo un rato con la vista fija en el móvil. Intento encontrarle un sentido a todo lo que ha soltado Violeta por su boca, pero, por mucho que lo intento, no lo consigo. Achaco su incontinencia verbal a los nervios por su próximo viaje y continúo preparando el café que, espero, logre espabilarme.

Aprovecho que en el estudio creen que todavía estoy en España y paso los siguientes cuatro días encerrado en mi apartamento. No salgo ni para hacer la compra. Agradezco vivir en la era de las ventas por internet, todo lo que necesito en cada momento lo consigo a golpe de ordenador.

Me recreo en mi miseria y, en esos cuatro días de encierro, paso por todas las etapas del duelo, ya que siento mí ~~no~~ situación con Laura como eso, un duelo.

Empiezo por la negación. No puedo creer que esto me esté pasando a mí. Es de locos. Mi vida era mucho más sencilla cuando en las relaciones con las mujeres no entraba en juego ese órgano que solo lo empeora todo. El corazón. No sé a quién se le ocurrió que era buena idea meterlo en esta ecuación.

Corazón + sentimientos = pérdida de la diversión

A continuación, viene la ira, aunque creo que eso fue lo primero que sentí. De ahí mi noche

de pasión con cierta botella de *whisky* escocés.

De la ira paso a la negociación. O, mejor dicho, por ella paso de puntillas. Al fin y al cabo, no tengo nada con lo que negociar, ni a nadie a quien le interese lo que tengo para ofrecer.

Creo que la depresión me persigue desde el mismo momento en el que cogí el autobús que me alejó de Santander y, al final, aquí, en mi apartamento, entre estas cuatro paredes que cada vez me ahogan más, me ha dado alcance. Cada día que pasa, veo mi futuro más negro, sin ilusión por nada, sin ninguna clase de expectativa, sin emoción.

De la aceptación mejor no hablo. Puedo vivir con ello, pero nunca podré aceptarlo. ¿Cómo voy a aceptar que la única mujer a la que he amado y amaré siempre me odia?, ¿que ya no podré recrearme en su preciosa cara y en su precioso cuerpo?, ¿que ya no discutiremos por las cosas más insignificantes, por el simple placer de llevarnos la contraria, para acabar muertos de la risa tirados en la cama? Y hablando de camas, ¿cómo voy a aceptar que ya no volveré a sentirme en casa al estar dentro de ella? Porque todas las veces que estuvimos juntos, Laura fue mi hogar, mi lugar favorito en el mundo. Mi puerto seguro. Y haber tenido eso y haberlo perdido es algo que no estoy dispuesto a aceptar.

Ni tampoco estoy dispuesto a olvidar.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

por lo que vale la pena luchar



LAURA

Después de tranquilizarme y disculparme con mi mejor amiga, sentí que me quitaba un enorme peso de encima. Como los recién casados se iban al día siguiente de viaje de novios a Menorca, pasé sus últimas horas en Santander con ellos.

Fui a casa de mis padres para darme una ducha rápida. Agradecí que esta se encontrase vacía, no me hallaba en condiciones de tener que dar explicaciones a nadie. Sé que no podré librarme de hacerlo, pero prefiero más tarde que pronto. Querrán comentar lo sucedido, es más, me apuesto lo que sea a que mi hermano va a meter el dedo en la llaga. Muy muy profundamente. Eso de fastidiarnos los unos a los otros viene implícito en el título de hermanos. Por eso prefiero enfrentarme a Sergio con el estómago lleno y en igualdad de condiciones para presentar batalla.

Tras vestirme, cojo las llaves de mi coche y salgo del garaje a toda pastilla. Me encamino al centro para comer con Violeta y su flamante marido.

Aparco en la estación marítima y voy andando hasta el italiano que se encuentra a pocos metros de allí.

Cuando entro, la parejita me espera en una de las mesas, inmersos en su propia burbuja, todo sonrisas y arrumacos. Me planto delante de ellos y carraspeo para hacerme notar.

—Ay, Lau, no te había visto entrar —me saluda Vi.

—Ya, ya me he dado cuenta. Lo raro es que seas consciente de algo fuera de tu propio mundo azucarado y almibarado —me burlo.

—Ya me tocará a mí burlarme de ti —contrataca.

«*Touché*», casi mejor me callo, tengo las de perder en este tema.

—¿Habéis pedido ya? —digo al mismo tiempo que me siento en la silla que queda en frente de ellos.

—Solo la bebida. —Señala la botella de agua que descansa en la mesa—. Estábamos esperándote.

—¿Estás más tranquila? —pregunta Ryan con cariño.

—Pues no sé si estoy más tranquila —contesto sincera—, o es que me he resignado.

—Eso nunca, Lau. —Mi amiga me coge la mano por encima de la mesa—. Ni se te ocurra resignarte. Tienes que ir a por lo que quieres.

Deja de hablar cuando se acerca el camarero a tomarnos nota. Una vez que este se va, continuamos la conversación.

—Mira, Laura. Aunque me enteré tarde —me mira con ojos de censura, recordándome así el tiempo que pasé ocultándole mi relación con su amigo—, llevaba tiempo notando que entre Mark y tu había algo. Los piques que os traíais entre manos a mí no me engañaban. Yo veía más allá. Estaba segura de la atracción que sentíais el uno por el otro y ya ves que no me equivocaba.

Ahora que sabes que Mark siente lo mismo que tú, ¿te vas a echar atrás?

—No, no, ni loca. —Por lo menos, de eso estoy convencida—. Solo que no estoy segura de que Mark quiera saber más de mí. Soy consciente del daño que le he hecho. Si hubiese sido al contrario, no sé hasta qué punto sería capaz de perdonarlo.

—Te harías un poco la dura —sentencia Violeta—, pero al final acabarías acurrucada en sus brazos.

Ryan permanece callado, atento a lo que decimos, pero en este punto asiente y le da la razón a su mujer.

—Bueno, espero que Mark sea más fácil en ese sentido que yo, que no se haga mucho el duro. No creo que mi estómago pueda resistir la incertidumbre. —Solo de pensarlo, me entran los siete males.

—Entonces —interviene Ryan—, ¿sigues adelante en tu intención de ir a su casa a disculparte?

—Sí, aunque tenga que arrastrarme. —Espero no tener que llegar a ese punto—. Ya sé que siempre he dicho que el amor es complicado, pero todo amor que vale la pena, merece ser luchado. Y yo voy a luchar por esta historia, aunque me rompa en el intento.

—Esa es mi chica —aplaude mi amiga—, para atrás ni para coger impulso. Y algo me dice que no vas a tener que insistir mucho para conseguir ese perdón. —Termina guiñándome un ojo.

La llegada del camarero con nuestra comida es la ocasión perfecta para cambiar de tema. Disfrutamos de nuestra pasta recordando los momentos más emocionantes de la boda (obviando el momento intensito protagonizado por Mark y por mí), y Violeta vuelve a darme las gracias mil veces por la organización tan perfecta del evento.

—Si alguna vez te aburres de ser guía de viajes —se ríe Ryan—, puedes dedicarte a la planificación de bodas.

Mi amiga le da un golpe en el brazo.

—Ni se te ocurra darle ideas a esta —dice enfurruñada—, es capaz de dejarme tirada para hacer felices a novias histéricas.

—No se me ocurriría, prefiero hacer felices a viajeros histéricos —le contesto sacando la lengua.

Y de esta manera, entre bromas y tonterías, pasamos el resto de la comida en un ambiente cómodo y relajado, como cada vez que estoy con dos de mis personas favoritas en el mundo. Solo falta mi otra persona favorita para ser completamente feliz.

Solo falta LA PERSONA, con mayúsculas.

Cuando llego a mi casa, después de despedirme de mis amigos y de desearles una feliz luna de miel, respiro aliviada al ver que todo sigue en silencio.

En cuanto entro en el salón y veo a mi hermano mirándome con cara de muñeco diabólico

con un libro en la mano, empiezo a arrepentirme de no haberme ido a casa de Violeta a ayudarla con el equipaje.

—Hombre, si es mi *drama queen* favorita —empieza con una sonrisa torcida—. *And the winner is*… mi hermana Laura por «cómo dar el espectáculo en una boda sin despeinarse». —Y rompe a reír a continuación.

—De verdad que no sé cómo te soportas a ti mismo —contesto tras dejar mi bolso en una silla y luego me siento en un sillón en frente de él—. Eres un capullo integral.

—Sí, sí, pero yo nunca la he liado como lo hiciste tú el otro día.

—¿Que no?, ¿te recuerdo aquella vez que te bañaste en bolas en la playa para hacerte el chulito delante de dos tías y, como te mangaron la ropa mientras estabas en el agua, aquí, tu hermana favorita, tuvo que llevarte ropa limpia para que pudieses volver a casa sin hacer más el ridículo? Todavía no entiendo cómo tuvieron la consideración de dejarte al menos la toalla. Yo me la hubiese llevado también. —Ahora me toca a mí reírme.

—Mira que eres cabrona, siempre que tengo munición contra ti, sacas a relucir esa parte tan humillante de mi juventud. —Se tapa la cara con las manos.

—Ah, colega, aquí la risa va por barrios. —Esta anécdota siempre quedará en los anales de la historia de la familia. Pues anda que no le hemos vacilado Cris y yo todos estos años. Y los que nos quedan.

—Vale, vale —recula—, cambiemos de tema. ¿Cómo estás?

—Decidida a hacer lo que haga falta para recuperar a Mark —me animo a contarle a mi hermano—. En cuanto vuelva a Nueva York, haré lo posible por ir a verlo.

—¿Y si no quiere verte? —Sergio pone en palabras mi mayor miedo—. Te portaste como una auténtica perra con él, por lo que tienes que estar preparada para ello.

—Si hace falta, acamparé en su portal hasta que consiga que me haga caso.

—O sea, hasta que lo convenzas por aburrimiento —se burla.

—En el amor y en la guerra, todo vale.

—Y a insistente no te gana nadie. Si no, que me lo digan a mí —dice poniendo los ojos en blanco—, que lo he sufrido en mis carnes.

—Eso son injurias. —Me río porque tiene más razón que un santo.

—¿Injurias? Joder, si cuando querías conseguir algo de mí, te pasabas días detrás, comiéndome la oreja hasta que me dejabas KO por agotamiento. —Su cara recordando aquella época hace que me descojone—. Y cuando no eras tú, era Cris. De verdad que no sé qué hice mal en la otra vida para que me tocasen dos hermanas como vosotras.

—¿Alguien está hablando de la menda? —Cristina hace acto de presencia sin habernos enterado de su llegada—. Hermanito, parece que no puedes vivir sin mí, siempre con mi nombre en la boca. —Se sienta de golpe en el sofá, tan pegada a Sergio que este tiene que recolocarse porque ha terminado con medio cuerpo encima de él.

—Dios, ya llegó mi otra cruz. —Un cojín en la cara evita que siga despotricando contra

nosotras.

—Vamos, hombre. —Mi hermana empieza a hacerle cosquillas—. Si tienes las hermanas más guapas del mundo mundial.

—Sí, guapas —contesta entre risas—, guapas vais a veros para casaros.

—Serás imbécil. —Vuelve a arrearle con el cojín—. Sin nosotras hubieses tenido una vida de lo más aburrida.

—Sip, pero de lo más tranquila. —Cris y yo le dedicamos una mirada de lo más elocuente, para hacerle entender que eso no se lo cree ni él.

—Bueno, entonces, ¿de qué estabais hablando? —pregunta mi hermana.

—Del *show* con el que nos amenizó tu hermanita del alma en la boda de su mejor amiga. —Me señala al hablar.

—Ay, sí. —Cristina dirige su mirada hacia mí—. ¿No crees que te pasaste dos pueblos? Estuve charlando con Mark durante la boda y me parece un tío estupendo. Y por cómo hablaba de ti, se ve a la legua que está superpillado.

—Eso era antes de la función, veremos ahora si siente lo mismo —asevera el idiota de mi hermano.

—Cállate, pedazo de víbora. —Cris lo apunta con el dedo y Sergio se lo agarra para retorcérselo, como cuando éramos niños—. Ten cuidado no te muerdas la lengua, que te envenenas.

—Bueno, sí que me pasé un poco —me corrijo al ver la mirada incrédula de este par—. Vale, me pasé mucho. Espero que se le haya pasado un poco el cabreo cuando me presente en su puerta implorando perdón.

—Ya puedes ir comprándote unas rodilleras, por eso de suplicar —me vacila mi hermano.

—Que te calles, coño. —Cris le tapa la boca con la mano—. ¿Y cómo piensas hacerlo?

Y allí, en el salón de mi casa de toda la vida, entre esas cuatro paredes que han sido guardianas de tantos secretos y confidencias entre mis hermanos y yo, me dispongo a contarles lo que estoy pensando hacer para conseguir que Mark vuelva a mi vida.

Para que lo haga para siempre, sin dudas, sin rencores. Con el corazón abierto. Como yo estoy dispuesta a acercarme a él. Con el corazón en la mano.

Los días que me quedan en mi tierra los paso cobijada en el cariño de mi familia. Conversaciones intrascendentes y no tanto con mis padres. Salidas a tres con mis hermanos. Cenas en nuestros sitios favoritos. Paseos por el Sardinero, arrullados por el sonido del Cantábrico…

Momentos sanadores, esos que necesitas para recomponerte, para recordar cuando esté lejos de toda la gente que quiero, para sacar en aquellas ocasiones en las que la morriña se apodere de

mí. Momentos que, aunque efímeros, permanecerán dentro de mí por una larga temporada, como mínimo hasta que vuelva a verlos.

El día de mi partida, me cuesta un mundo despedirme de todos. Tal vez es porque con ellos me siento protegida y, al decirles adiós, la realidad, mi realidad, vuelve con fuerza para recordarme lo que me espera cuando llegue a Nueva York.

Ya subida en el avión, tengo un largo viaje para darle vueltas a mi plan de acercarme a Mark. Lo repaso una y otra vez en mi cabeza y, a pesar de tenerlo todo claro, no dejo de pensar en todas las razones por las que puede salir mal. La primera y más importante, que Mark haya decidido que no merece la pena mi amor. Contra eso no hay perdón que valga. Aunque lo pida de rodillas como me ha sugerido mi hermano en incontables ocasiones.

Mi llegada a casa, de madrugada, cansada y con el *jet lag* a cuestas, solo me permite meterme en la ducha y caer en la cama rendida, libre de preocupaciones y comeduras de tarro.

Por la mañana (más bien al mediodía, ya que pasa de la una cuando consigo abrir los ojos), los nervios por volver a ver a Mark hacen que camine arriba y abajo por mi pequeño apartamento.

Empiezo a prepararlo todo a las seis de la tarde. Contando con que a esa hora sale del estudio. Prefiero darle tiempo a que llegue a su casa antes de presentarme allí.

A eso de las ocho, con todo preparado y yo arreglada con mi mejor vestido, bajo a la calle y me subo en mi coche, aparcado a una manzana de mi portal. Cuando consigo estacionar en su barrio, me sudan las manos y el corazón me late a mil por hora. Tengo que respirar profundamente para tranquilizarme o soy capaz de hiperventilar.

Una vez en el portal, la providencia quiere que un vecino salga del mismo, lo que evita que tenga que llamar al portero automático. Eso quiere decir algo, ¿no? Tiene que significar algo.

Ya delante de su apartamento, las dudas se apoderan de mí. ¿Y si no está en casa? ¿Y si ha salido con alguna amiga? O lo que es peor, ¿y si esa amiga está con él y mi visita es de lo más inoportuna?

Hago el amago de darme la vuelta, pero me acuerdo de las palabras de Violeta: «para atrás ni para coger impulso». Trago saliva y llamo a la puerta.

El tiempo que tarda en abrir se me hace eterno y, cuando por fin lo hace, lo que veo me deja sin palabras.

Sigue con el pantalón y la camisa del traje que usa para trabajar, aunque va descalzo. Pero lo que de verdad llama mi atención son los profundos surcos morados que adornan sus ojos azules, que aparecen apagados y sin vida.

Se queda helado al verme, signo inequívoco de que no esperaba volver a tenerme frente a él. Solo dura un momento y, cuando vuelve a ser dueño de sí mismo, me habla desde el rencor.

—¿Vienes a rematarme? —Su voz herida se me clava en lo más profundo del alma. Me lo tengo merecido, pero saberlo no hace que duela menos.

—Yo no…

—¿Qué quieres, Laura? —No deja que hable más. Pues sí que empieza bien la cosa.

—¿Puedo pasar? —No contesta, pero se hace a un lado y tomo ese gesto como una invitación.

Me quedo mirando el apartamento. Nunca he estado aquí y todo lo que hay dentro del mismo es tan Mark, tan él, que no puedo evitar una sonrisa.

—Bonito apartamento —digo, presa de los nervios.

—¿Has venido hasta aquí para elogiar el lugar donde vivo?

—Eh, no. Vengo a saldar una deuda —contesto levantando la bolsa que tengo en la mano.

—¿Una deuda? —me mira sin comprender.

—No sé si lo recuerdas —le observo fijamente—, pero cuando hicimos aquel viaje a los Hamptons, quedamos en que te demostraría lo bien que me quedaban las tortillas de patatas. Me pareció una buena ofrenda de paz —confieso un poco apenada. Es obvio que él no recuerda aquel viaje con el mismo cariño con el que lo recuerdo yo.

—Ya. Una ofrenda de paz. —Su tono de voz no me deja entrever si lo dice enfadado, resignado o dándolo ya todo por perdido.

Nos mantenemos un rato en silencio, calibrándonos con la mirada. La mía desbordando amor, perdón, nervios. En la suya no soy capaz de leer nada. Si me apuras, un poco de recelo.

—Creo recordar —rompe el silencio—, que en esa deuda venía incluida una botella de rioja.

Suspiro un poco aliviada al ver que recuerda nuestra conversación de aquel día. Saco la nombrada botella de la bolsa y se la enseño, acompañándola con una tímida sonrisa.

No me la devuelve, pero su mirada se dulcifica y eso me anima a empezar con mis disculpas.

—Mark, yo… —Tomo aire porque no sé cómo comenzar. En mi cabeza era todo mucho más fácil, pero claro, entonces no lo tenía delante, lo que hace que mis nervios aumenten—. Siento mucho lo que pasó en la boda. —Quiere decir algo, pero lo corto levantando una mano—. Sé que no fui justa. No te merecías mis palabras y mucho menos escucharlas con público.

—Laura…

—Espera, déjame seguir ahora que he cogido carrerilla —vuelvo a cortarle—. Como te dije aquella vez que nos encontramos en la calle, tenía miedo. Miedo a que te dieras cuenta de que no soy suficiente para ti, de que no soy lo que esperas. Estás acostumbrado a llevar una vida en la que no cabe una relación de pareja. Me entró el miedo a entregarte mi corazón y que no supieras corresponderlo. Verte con aquella pelirroja solo vino a corroborar ese miedo.

—Aquello fue una gilipollez por mi parte —reconoce.

—No te voy a quitar la razón. Me dejaste hecha polvo y mi autoestima arrastrada por los suelos.

—Te recuperaste enseguida. —Se sienta en el sofá—. A Kane le faltó tiempo para meterse en tu cama.

—Entre Kane y yo no hubo nada —confieso—, no fui capaz. Ha sido mi paño de lágrimas, pero de ahí no ha pasado.

—Ya. O sea, que querías darme celos —me dice con una postura indolente que me recuerda al chulito de nuestros inicios.

—No. Solo quería olvidarte —digo acercándome a él—. ¿Sabes? Existe una palabra japonesa «*koi no yokan*» que traducido significa ‘presentimiento de amor’. No es la idea de amor a primera vista. Es la sensación de cuando conoces a alguien y ya sabes que te vas a enamorar. Tal vez no de inmediato, pero será inevitable. Creo que eso me pasó a mí en aquel viaje a los Hamptons.

—Lamento no estar de acuerdo contigo —me dice muy serio.

Me quedo congelada en mi sitio. Ahora viene cuando me dice que no quiere saber nada más de mí, que no puede perdonarme y que me vaya con viento fresco.

—Porque yo me enamoré de ti en el momento en el que abriste la puerta de tu apartamento y vi tus ojos mirándome por primera vez. —Me agarra de la cintura y me sienta en su regazo, abrazándome fuertemente—. Puede que me costase verlo en el momento, pero si echo la vista atrás e intento recordar cual fue el momento en el que te empecé a querer, todos mis pensamientos vuelan a aquel día.

Dicho esto, se apodera de mi boca con hambre y yo le correspondo de igual manera, apretando el abrazo, queriendo fundirme con él y que nada ni nadie vuelva a separarnos. Ni siquiera mis miedos.

Rompemos el beso para poder respirar y veo que a sus ojos ha vuelto el brillo, que ya no están apagados como cuando llegué. Y me hago la promesa de conseguir que no vuelvan a dejar de brillar nunca, que no pierdan la calidez con la que me está mirando en este momento.

—Entonces, ¿ya no tienes miedo? —me pregunta.

—Sí, pero si tú me das la mano y nos enfrentamos juntos a los monstruos, a las dudas, podré con él —contesto volviendo a besarlo.

—Joder. —Se separa un poco de mi boca—. No sé cómo he podido vivir todo este tiempo sin tu sabor—. A continuación, me besa de nuevo.

Se levanta del sofá conmigo en brazos y, de esa manera, me lleva hasta su habitación, donde nos recibe una cama de sábanas revueltas. Caemos en ella riendo, intentando no romper el abrazo, pero tenemos que soltarnos para poder desprendernos de la ropa. Porque nos pueden las ganas, nos puede el recuperar el tiempo perdido que hemos pasado separados, sin sentir nuestra piel.

Cuando estamos los dos desnudos, sin más preámbulos, entra en mí y tengo que cerrar los ojos debido a la emoción que me embarga. Joder, cómo echaba de menos esto, sentirlo así, siendo parte de mí. Mark debe de estar sintiendo lo mismo, porque se limita a quedarse quieto y suspira con todo su ser.

—Dios, qué gusto volver a casa —dice antes de besarme—. Tú eres todo el hogar que necesito, no quiero más, no pido más.

Y yo sí que no necesito más, solo a él, mi persona favorita, mi puerto seguro en el mundo, mi

faro en la oscuridad.

Me dejo llevar por las sensaciones que aviva en mí, en mi cuerpo, despertando todas mis terminaciones nerviosas, rompiéndome en mil pedazos cuando explotamos. Volviéndolos a unir cuando nos abrazamos agotados.

—Creo que voy a necesitar más de una vida para saciarme de ti —dice completamente pleno.

—Pues no me lo has puesto precisamente fácil —contesto—. Si las miradas matasen, yo ya estaría muerta con la que me dedicaste al entrar. Me has hecho sudar el perdón.

—¿Pero qué dices? Si ya me tenías de rodillas nada más abrirte la puerta —reconoce.

—¿Quéééé? —grito incorporándome en la cama—. ¿Y por qué no me has dicho nada y has dejado que sufriese abriéndote mi corazón? —Le golpeo en el pecho.

—Bueno, tenías que probar de tu propia medicina —me dice con cara de suficiencia.

—No sé por qué estoy tan enamorada de ti —bufo—. Sigues siendo un chulo prepotente. —Vuelvo a tumbarme.

—Sí, pero soy tu chulo prepotente —contesta riéndose y tumbándose encima de mí.

Y de esta manera, dejamos olvidados la tortilla y el vino de la paz. Al fin y al cabo, me queda mucho tiempo para hacerle más tortillas.

Tenemos toda la vida.

epílogo

SEIS MESES DESPUÉS

MARK

No puedo dejar de mirarla. Es que, la estampa que tengo delante de mí, la imagen de Laura arrullando a Siena (no podrían haber elegido un nombre mejor, ya que en La Toscana empezó realmente su historia de amor), la hija de apenas tres meses de nuestros mejores amigos, es enternecedora. Solo tiene ojos para ella, y el bebé no aparta su mirada de la suya, a la vez que agarra con su diminuta mano el dedo meñique de mi chica.

Llevamos dos meses viviendo juntos, compartiéndolo todo. Mañanas perezosas al abrigo de las sábanas. Las mismas sábanas que desordenamos cada noche. Noches en las que, cuando estoy en ella, habitándola, aún no puedo creerme la suerte de tenerla a mi lado. No puedo dejar de pensar en lo afortunado que soy, en la maravilla que es ser el destinatario de sus sonrisas, sus miradas encendidas y, lo mejor de todo, sus gemidos de placer.

—Tío. —No me he dado cuenta de que Ryan se ha puesto a mi lado—. Si sigues mirándola de esa manera, vas a desgastarla —se burla.

—No puedo evitarlo —confieso a mi amigo—, es la imagen más bonita que he visto y veré.

—No hace falta que lo jures. —Palmea mi espalda—. No te he visto tan feliz en todos los años que hace que te conozco.

—Porque nunca había conocido a nadie como ella. —Suspiro relajado—. Ella es la artífice de mi felicidad.

Nos quedamos callados, mirando a Violeta y a Laura hacerle carantoñas a la niña.

—¿Qué se siente al tenerlo todo? —le pregunto a mi amigo.

—Buff, es algo indescriptible —contesta—, creo que, por mucho que lo hiciera, no lo entenderías hasta vivirlo en tus propias carnes.

Asiento sin apartar la vista de ellas y, en ese momento, me asaltan infinidad de imágenes de mi futuro con Laura.

De nosotros jurándonos amor eterno, de una Laura embarazada y de mí acariciando su vientre, de los dos decorando mi casa soñada…

—Eh, tierra llamando a Mark —dice Ryan dándome un codazo—, te has ausentado un buen rato, ¿en qué estabas pensando?

—En que yo quiero esto. —Mi amigo alza una ceja—. Quiero esto que tenéis Violeta y tú. No te digo que lo quiera ya, todavía me queda mucho por vivir con Laura como pareja, los dos solos. Pero sí que veo un futuro similar al vuestro más adelante. —Sonrío al imaginarlo—. Lo quiero todo con ella. Con mi Ella.

—Pues ya va siendo hora de que pongas un anillo en ese dedo. —Me aprieta el hombro—. Conociendo a Laura, es capaz de adelantarse y ponerse de rodillas para pedirte matrimonio.

Me río por la verdad que encierran las palabras de mi amigo. Mi chica es capaz de hacer eso

y mucho más.

—Tranquilo —contesto guiñándole un ojo—, esa parte está cubierta. —Sonrío al volver a mirar a las chicas.

Ryan me devuelve la sonrisa y, poniéndonos de acuerdo sin una sola palabra, nos acercamos hasta donde están ellas. Creo que ya es hora de ocupar el puesto de Laura en las atenciones de mi pequeña sobrina. Al fin y al cabo, tengo que ganarme el puesto de tío favorito, ¿no?

LAURA

Hace un rato que se han ido Violeta y Ryan con la pequeña Siena y me encuentro en la cocina recogiendo los restos de la cena improvisada que hemos compartido con ellos.

Una sonrisa cruza mi cara de lado a lado al pensar en la pequeña. Es tan bonita y tan perfecta. Tan vulnerable, tan frágil, que me embarga la ternura cada vez que la tengo en mis brazos. No puedo ser más feliz por mis amigos. Violeta ha conseguido todo lo que yo siempre soñé y no puedo más que alegrarme por ella. Se lo merece más que nadie en este mundo.

Mis pensamientos se desvían hacia Mark y su delicadeza al coger al bebé. Nunca he visto a mi chico mirar a nadie con tanto amor, con tanta devoción. Me temo que otra mujer me ha quitado el primer puesto en el corazón de mi chulito preferido.

Hablando de él, hace rato que no lo veo por aquí.

Me seco las manos con un trapo y me acerco al salón, pero allí tampoco está. Avanzo por el pasillo y veo luz salir por debajo de la puerta de su despacho, que no está cerrada del todo.

Me asomo y lo veo allí, de pie, inclinado sobre su mesa de dibujo, absorto en algo.

Me apoyo en el marco de la puerta sin hacer ruido y aprovecho que aún no es consciente de mi presencia para poder observarlo con absoluta libertad.

No sé si algún día dejaré de sentir este cosquilleo en mi interior cada vez que lo miro. Espero que no. No quiero dejar de sentir este calor que se apodera de mi cuerpo cada vez que me mira, que me toca. Ni dejar de experimentar cómo se me desboca el corazón cuando me abraza, cuando me besa.

Algún ruido he debido de hacer porque Mark se da la vuelta con una sonrisa en la boca.

—Eh, hola —me dice.

—¿Qué haces? —contesto sin moverme del sitio.

—Ven, acércate —me pide ofreciéndome una mano para animarme.

Lo hago y mis ojos se centran en el plano que descansa encima de la mesa.

—¿Qué es? —pregunto con curiosidad.

—Es el proyecto de mi vida —confiesa—. Acércate más para poder fijarte mejor en los detalles.

Le hago caso y me inclino para no perderme nada del plano. Parece una casa. Todo líneas rectas, todo modernidad. Se ve su estilo por todo el dibujo.

Me doy la vuelta para felicitarlo por su trabajo y lo encuentro de rodillas a mis pies con una pequeña caja en sus manos.

Me llevo las manos a la boca, incrédula.

—No soy muy dado al romanticismo —empieza un poco avergonzado—, pero creo que la ocasión lo merece. No puedo pasarme años restaurando una vieja casa como hizo Ryan Gosling

en *El diario de Noa* para demostrarte mi amor, pero pienso construirte una desde los cimientos. No puedo prometerte amor eterno, pero sí puedo jurarte que te amaré hasta mi último latido de vida. —En este punto del discurso ya estoy llorando a moco tendido—. No puedo asegurarte que no te haré enfadar. —Me guiña un ojo y no puedo evitar reír entre las lágrimas—. Pero sí puedo garantizarte que nuestras reconciliaciones serán memorables. No lo sabía hasta ahora, pero quiero lo que tienen Ryan y Violeta, y lo quiero contigo. Boda, casa, bebé y el «vivieron felices para siempre». Pero solo si es lo que tú quieres. —Abre la caja y me enseña el anillo más bonito y más perfecto que he visto en la vida—. Laura, ¿quieres hacerme el honor de ser mi esposa y mi compañera de baile por el resto de nuestras vidas?

No puedo hablar, ninguna contestación sale de mi boca. Lo único que puedo hacer es ponerme de rodillas y acercarme a él hasta pegar mi boca con la suya en un beso que, espero, sea suficiente para hacerle saber mi respuesta.

La humedad empapa mi cara y sonrío al ver que no son solo mis lágrimas las culpables de ello. Mi chico, mi amor, mi chulo prepotente, está igual o más emocionado que yo y eso solo consigue que mi corazón se expanda todavía más, acogiendo todo el amor que desprendemos en este momento.

—Bueno —dice en mi boca—, lo del bebé puede esperar unos cuantos meses, ¿verdad? Soy demasiado egoísta como para compartirte en estos momentos con nadie más.

—Trato hecho —contesto acariciándole la cara—, pero podemos ir practicando por el momento, ¿no? —guiño un ojo de forma pícara.

Suelta una carcajada, me coge en brazos y nos perdemos en la habitación, en ese mundo solo de los dos. En ese universo de besos y abrazos, de sonrisas y suspiros, donde la banda sonora que nos acompaña son los latidos de dos corazones completamente acompasados, totalmente sincronizados.

Y es que era totalmente imposible no enamorarme de mi chulo prepotente.

Total y completamente imposible.

FIN

referencias musicales

- El sitio de mi recreo— Antonio Vega
- Flamenco y Bachata— Daviles de Novelda
- It’s a heartache—Bonnie Tyler
- Don’t answer me— The Alan Parsons Project
- Voy a pasármelo bien— Hombres G
- Propuesta indecente— Romeo Santos
- Marta, Guille y los demás— Amaral
- Bajo la luz de la luna— Los Rebeldes
- The show must go on— Queen
- La noche perfecta— Antonio José
- El ritmo del garaje— Loquillo
- Sobrio— Maluma
- Ciega, sordomuda— Shakira
- Quiéreme mientras se pueda— Manuel Turizo
- 19 días y 500 noches— Joaquín Sabina
- Volver a nacer—Carlos Vives
- Cásate conmigo— Silvestre Dangond y Nicky Jam
- Gran noche— Rafael
- Creo en ti— Reik

agradecimientos

De nuevo estoy aquí, llena de agradecimientos hacia esas personas que me han acompañado en este viaje de la escritura.

Empiezo por mi familia, como no podía ser menos. Por mi marido e hijos, que han sufrido mi locura, soportando mis momentos de desconexión mientras mis otros hijos, los protagonistas de la historia, les quitaban el puesto en mi cabeza.

A mi madre, porque es mi seguidora número uno y eso, con su edad, es digno de alabar.

A los piques con mi hermano, que me han servido de inspiración para las bromas entre Laura y el suyo. Ya sabes, Bro, en este libro está tu esencia, eres mi cruz desde hace demasiados años.

Aquí no puedo olvidarme de mis amigas de adolescencia y juventud, con las que disfruté de las mayores juergas que uno se puede imaginar. Gracias, Mónica y Rocío, por esos *quinitos*, esas risas y esas noches interminables. Y por supuesto a Laura, mi amiga más antigua, por las noches de confidencias compartiendo cama, por todos esos momentos vividos. Fuiste la primera que se me vino a la cabeza cuando me imaginé a la mejor amiga de Violeta.

A mis mejores amigas, las que estáis ahí siempre, aguantando mi intensidad: Sonia, Esther, Patri, Eva, Isa, María y Rocío. No hace falta deciros cuánto os quiero.

De nuevo a mi lectora cero principal, Bego, que se ha quedado sin uñas leyendo capítulo a capítulo. Prometo no hacértelo pasar tan mal la próxima vez. A Marta, que ha tardado nada y menos en leer el manuscrito y entusiasmarse con la historia. Lo que la TB7 y el COVID ha unido, que no lo desuna nadie. Te adoro, gordi. Y mil gracias a mi María, de @almaa.delibro por su apoyo incondicional, sus comentarios sobre mis chicos y sus sugerencias en algún capitulo. Eres de lo mejorcito que me ha pasado trabajando en el hospital. Por muchos turnos juntas.

A @adela_argn_art por saber reflejar tan bien la imagen de mis chicos, otra vez. Y a @marisasefra por volver a ordenar el barullo que sale de mi cabeza y dejar todo tan perfecto para que podáis disfrutar de ellos.

Y por supuesto a tod@s vosotr@s, que habéis llegado hasta aquí, por dedicar un ratito de vuestro tiempo a mis chicos. Gracias mil.